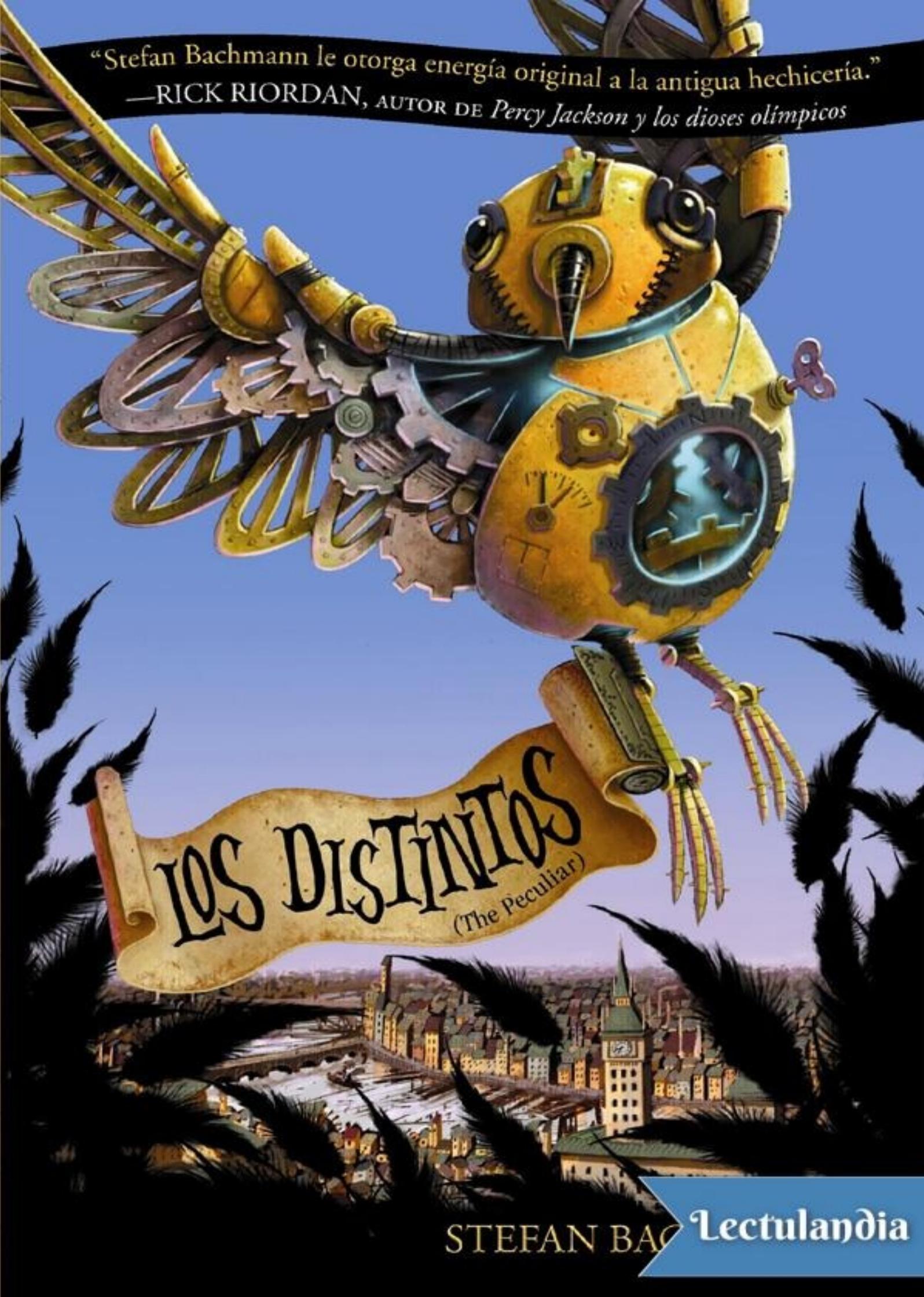


“Stefan Bachmann le otorga energía original a la antigua hechicería.”
—RICK RIORDAN, AUTOR DE *Percy Jackson y los dioses olímpicos*

A detailed illustration of a steampunk owl flying over a town. The owl is primarily yellow and gold, with a large, glowing blue circular dial on its chest. Its wings are composed of various gears, cogs, and mechanical parts. The owl is holding a scroll in its talons. The background shows a town with a river and a clock tower, framed by dark, silhouetted trees.

LOS DISTINTOS
(The Peculiar)

STEFAN BACHMANN Lectulandia

En los barrios bajos de Bath, en el gueto de los duendes, Bartolomeo y su hermana Queta, vivían bajo esa terrible regla. Como son sustitutos, distintos, ni los duendes ni los hombres quieren saber nada con ellos. Un día una hermosa dama de morado asomó por el Callejón del Viejo Cuervo y Bartolomeo vio cómo se llevaba a su vecino, un distinto como él. Entonces olvidó las reglas y se dejó notar. Primero, por la dama de morado, luego por una criatura llamada Saltimbán, manipulada por un duende malvado y poderoso y, más tarde, por Arturo Jelliby, alguien que -por otras razones- también trata de pasar inadvertido.

Lectulandia

Stefan Bachmann

Los Distintos

Los Distintos - 01

ePub r1.2

Rocy1991 06.12.14

Título original: *The Peculiar*
Stefan Bachmann, 2012
Traducción: Martín Schifino

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi mamá y a mi hermana, que lo leyeron primero

Prólogo

CAÍAN plumas del cielo.

Como nieve negra, bajaban flotando sobre una vieja ciudad llamada Bath. Se arremolinaban sobre los tejados, se apilaban en las esquinas de los callejones y oscurecían y silenciaban todo, como un día de invierno.

Los habitantes se extrañaron. Algunos se encerraron en el sótano. Otros corrieron a la iglesia. La mayoría abrió el paraguas y siguió con sus cosas. A las cuatro de la tarde, un grupo de cazadores de pájaros tomó el camino hacia Kentish Town, tirando de un carro cargado de jaulas. Fueron los últimos en ver Bath tal como había sido, los últimos en irse. En algún momento de la noche del veintitrés de septiembre se oyó un gran estrépito, como de alas y voces, de ramas quebradas y vientos huracanados, y a continuación, en un abrir y cerrar de ojos, Bath se esfumó y solo quedaron ruinas, mudas y desoladas bajo las estrellas.

No hubo llamas. Ni gritos. Todo el mundo desapareció en cinco leguas a la redonda, así que a la mañana siguiente nadie pudo hablar con el alguacil que llegó montado en un caballo chueco. Nadie humano.

Un granjero lo halló unas horas más tarde, de pie en un campo apisonado. El caballo se había esfumado y las botas del alguacil estaban gastadísimas, como si llevara varios días caminando.

—Frío —dijo, con la mirada distante—. Labios fríos y manos frías y qué cosa tan pero tan rara.

Entonces empezaron los rumores. Se susurraba que de las ruinas de Bath surgían monstruos, diablillos delgados como huesos y gigantes altos como colinas. En las granjas aledañas, la gente clavó cabezas de ajo en los marcos de las puertas y cerró los postigos con cintas rojas. Tres días después de la destrucción de la ciudad, llegaron unos científicos de Londres para estudiar el sitio donde antes estaba Bath, y se los vio por última vez en la copa de un roble nudoso, con los cuerpos blancos y exangües, las chaquetas atravesadas por ramas. Después de eso la gente echó llave a las puertas.

Pasaron semanas, y corrieron rumores de cosas peores. Los niños desaparecían de sus camas. Perros y ovejas de pronto quedaban rengos. En Gales, la gente se metía en el bosque y nunca más reaparecía. En Swainsick se oyó un violín en medio de la noche, y todas las mujeres del pueblo salieron en camisón y siguieron el sonido. Nadie nunca volvió a verlas.

Pensando que aquello era quizás obra de uno de los enemigos de Inglaterra, el Parlamento envió de inmediato una brigada de soldados a Bath. Llegaron los soldados y, aunque no hallaron rebeldes ni franceses entre los escombros, sí encontraron un cuadernito manoseado que había pertenecido a uno de los científicos a los que la muerte había sorprendido en la copa del roble. No tenía más que unas pocas páginas escritas a vuela pluma, muy manchadas, pero causó sensación en todo

el país. Se lo publicó en panfletos y periódicos, y se lo estampó en los kioscos de revistas. Lo leyeron carniceros y tejedores de seda; lo leyeron alumnos, abogados y duques, y los que no sabían leer pidieron que se lo leyera en rondas multitudinarias.

La primera parte estaba llena de cuadros y fórmulas, mezclados con garabatos sentimentales sobre una tal Lizzy. Pero a medida que se avanzaba, las observaciones del científico se ponían más interesantes. Describía las plumas que habían caído en Bath, que no eran plumas de ningún pájaro conocido. Describía huellas misteriosas y misteriosas cicatrices en la tierra. Por último describía un largo camino que se desdibujaba entre una voluta de azufre, y retrataba a unas criaturas que solo se ven en fábulas. Entonces se confirmaron los peores temores de todos: los pequeños, la gente oculta, los *sidhe*, habían pasado de su mundo al nuestro. Los duendes habían llegado a Inglaterra.

Por la noche se acercaron a los soldados *goblins* y sátiros, gnomos, espíritus y pálidos seres frágiles y sutiles de ojos azabache. De inmediato, el oficial de aspecto almidonado que estaba al mando de los ingleses, un tal Briggs, les dijo que eran sospechosos de grandes crímenes y que debían ir a Londres para ser interrogados; pero eso era ridículo, como decirle al mar que se lo juzgaría por los barcos que se había tragado. Los duendes hicieron oídos sordos a esos hombres torpes vestidos de rojo. Se pusieron a correr a su alrededor, abucheándolos y provocándolos. Una mano pálida se estiró para pellizcar una manga roja. En la oscuridad se disparó un arma. Y entonces empezó la guerra.

Se la llamó la Guerra Sonriente por la cantidad de cráneos, blancos y risueños, que quedaron esparcidos en los campos. Hubo pocas batallas verdaderas; nada de marchas triunfales ni descargas flamígeras que luego inspiraran epopeyas. Porque los duendes no eran como los hombres. No respetaban las reglas, ni formaban filas como soldaditos de plomo.

Los duendes invocaron a las aves para que arrancaran a picotazos los ojos a los soldados. Invocaron a la lluvia para que humedeciera la pólvora y pidieron al bosque que levantara sus raíces y fuera por la campiña de un lado a otro para confundir los mapas ingleses. Pero al final la magia de los duendes no pudo contra los cañones y la caballería ni contra la marea inagotable de casacas rojas que les cayó encima. En un montecito llamado Colina Negra, los británicos convergieron sobre los duendes y los avasallaron. A los que salieron corriendo los derribaron a tiros. Al resto (y eran muchos, pero muchos) los reunieron, los contaron, los bautizaron y los pusieron a trabajar en fábricas.

Bath se convirtió en su nuevo hogar en ese país nuevo. Al resurgir de los escombros, la ciudad creció como un sitio oscuro. El lugar donde había aparecido la carretera, donde todo había sido destruido por completo, se convirtió en Nueva Bath, un enjambre de casas y calles con una altura de más de ciento cincuenta metros, lleno de chimeneas ennegrecidas y de finos puentes que colgaban sobre un amasijo de basura apestosa y humeante.

El Parlamento, mientras tanto, dictaminó que la magia que habían traído consigo los duendes era una suerte de desgracia y que había que esconderla con vendajes y ungüentos. Una lechera de Townbridge descubrió que, cuando sonaba una campana, a su alrededor cesaban todos los sortilegios y los setos paraban de susurrar y los caminos volvían a llevar adonde siempre habían llevado, de manera que se promulgó una ley que obligaba a todas las iglesias del país a doblar las campanas cada cinco minutos en vez de cada quince. Desde hacía tiempo se sabía que el hierro protegía contra los hechizos, y de ahí en más se introdujeron limaduras de ese material en todo, desde los botones de la ropa hasta las migas de pan. En las grandes ciudades, se araron los parques y se derribaron los árboles, porque se suponía que los duendes eran capaces de extraer poder de las hojas y del rocío. Abraham Darby, en su disertación *Las propiedades del aire*, propuso la famosa hipótesis de que los mecanismos de relojería actuaban como una especie de antídoto contra la naturaleza rebelde de los duendes, y por ello los profesores y físicos y todas las grandes mentes volcaron sus esfuerzos en la mecánica y en la industria. Empezó entonces la Era de Humo.

Con el tiempo los duendes pasaron simplemente a formar parte de Inglaterra, una parte inseparable, como los brezos en los páramos grises, como las horcas en las cimas de las colinas. Los gnomos y genios salvajes no tardaron en comportarse como ingleses. Vivían en ciudades inglesas, respiraban humo inglés y, en poco tiempo, no estaban ni mejor ni peor que los miles de humanos pobres que trabajaban a su lado. Pero los líderes de los duendes —los pálidos, silenciosos *sidhes* de aspecto furtivo y chalecos ceñidos— no cedieron con tanta facilidad. No olvidaban que habían sido amos y amas en sus propios y grandes salones. No perdonaban. Los ingleses habrían ganado la Guerra Sonriente, pero había otras formas de luchar. Una palabra podía causar una revuelta, la muerte de un hombre podía escribirse con tinta, y los *sidhes* conocían esas armas como la palma de su mano. Claro que las conocían.

Capítulo I

Lo más pero lo más hermoso

BARTOLOMEO Perol la vio en el momento en que se fundía con las sombras del Callejón del Viejo Cuervo: era una gran dama vestida de terciopelo color ciruela, que avanzaba con estampa de reina por la calle enfangada. Era de suponer que nunca saldría de allí. Quizás en la carretilla del juntacadáveres o en una bolsa, pero casi seguro no por sus propios medios.

Bartolomeo cerró el libro que había estado leyendo y apretó la nariz contra la ventana sucia. En los guetos de Bath donde vivían los duendes no se era amable con los desconocidos. En un momento podías hallarte en una avenida bulliciosa, esquivando ruedas de tranvías y pilas de estiércol, procurando que no te devoraran los lobos que tiraban de los carruajes, y al siguiente descubrirte en un laberinto de callecitas estrechas flanqueadas por casas que se escoraban en lo alto, ocultando el cielo. Si tenías la mala suerte de cruzarte con alguien, lo más probable era que fuese un ladrón. Y no de los delicados, como los espíritus de dedos finos que hay en Londres. Más bien de esos que tienen mugre en las uñas y también hojas en el pelo y que, si consideraran que vale la pena hacerlo, no dudarían ni un segundo en rebanarte la garganta.

A Bartolomeo le pareció que la dama muy bien valía la pena. Sabía que se mataba por menos. A juzgar por los cadáveres enjutos que sacaban a rastras de las cunetas, se mataba por mucho menos.

Era muy alta y extraña y, engalanada como iba, parecía extranjera; daba la impresión de ocupar todo el callejón opaco. Llevaba las manos enfundadas en largos guantes del color de la medianoche. Le brillaba la garganta enjovada y en la cabeza tenía una galerita con una enorme flor morada. Como la galera estaba inclinada, hacía sombra sobre sus ojos.

—Queta —susurró Bartolomeo, sin alejarse de la ventana—: Ven a ver, Queta.

En el fondo de la habitación se oyeron pasitos rápidos. A su lado apareció una niña. Era muy flacucha, de cara huesuda y piel pálida, con un tinte azulado por falta de luz solar. Fea, como él. Sus ojos enormes y redondos eran charcos negros que se formaban en los huecos de su cráneo. Tenía las orejas en punta. Con un poco de suerte Bartolomeo podía pasar por un niño humano, pero Queta no. Era evidente que por sus venas corría sangre de duende. Porque donde Bartolomeo tenía un nido de pelo castaño, Queta tenía las ramas suaves y desnudas de un árbol joven.

Tras sacarse una rama caprichosa de delante de los ojos, soltó un grito ahogado.

—Oh, Barti... —suspiró, aferrándole la mano—. Es lo más pero lo más hermoso que vi en mi vida.

Él se arrodilló a su lado, de manera que las caras de los dos asomaban justo por

encima del alféizar carcomido.

Por cierto, la dama era muy hermosa, pero había algo extraño en ella. Algo oscuro y agitado. No llevaba maletín, ni capa, ni siquiera una sombrilla con que protegerse del calor de fines del verano. Como si hubiera salido de la quietud sombría de un salón directo al distrito de los duendes de Bath. Caminaba de manera envarada y a las sacudidas, como si no supiera utilizar muy bien las extremidades.

—¿Qué crees que hace aquí? —preguntó Bartolomeo, y empezó a mordisquearse lentamente la uña del pulgar.

Queta frunció el ceño.

—No sé. A lo mejor es una ladrona. Mamá dice que se visten bien. ¿Pero no es un poco llamativa para ser una ladrona? ¿No es como... —Queta lo miró de prisa, y el miedo brilló en sus ojos— ...como si estuviera buscando algo?

Bartolomeo paró de mordisquearse el pulgar y miró a su hermana. Después le apretó la mano.

—No nos busca a nosotros, Queta.

Pero al decirlo sintió que, de la inquietud, el estómago se le retorcía como una raíz. Era obvio que la dama buscaba algo. Sus ojos, medio escondidos en la sombra de su sombrero, barrían, estudiaban las casas a medida que pasaba por delante. Cuando la mirada se posó en la casa donde vivían ellos, Bartolomeo se agachó bajo el alféizar. Queta ya estaba ahí abajo. *No te hagas notar y nadie te colgará.* Era la regla más importante de todas para los sustitutos. Era una buena regla.

La dama de morado caminó hasta el fondo del callejón, donde la esquina doblaba hacia la Senda de la Vela Negra. Arrastraba las faldas por los adoquines, llevándose la mugre aceitosa que lo cubría todo, pero eso no parecía importarle. Luego se dio la vuelta con lentitud y desanduvo lo andado por el callejón, inspeccionando las casas de la vereda opuesta.

Tras recorrer el Callejón del Viejo Cuervo de arriba abajo unas seis o siete veces, se detuvo delante de la casa que estaba justo enfrente de la ventana de Queta y Bartolomeo. Se trataba de una casa en falsa escuadra, de tejados en punta, con chimeneas y puertas que asomaban por entre la piedra en lugares extraños. Estaba apretujada entre dos casas más grandes, y más retirada que las otras del callejón, tras un alto muro de piedra en cuyo centro había un arco. En el suelo yacían los restos retorcidos de una puerta de hierro. La mujer pasó sobre ellos y entró en el jardín.

Bartolomeo sabía quién vivía en esa casa. Una familia de mestizos, la madre duende y el padre herrero, que trabajaba en la fundición de cañones de la Calle Leechcraft. Había oído que se llamaban Buddelbinster. En una época tenían siete hijos sustitutos, y Bartolomeo los había visto jugar detrás de las ventanas y los marcos de las puertas. Pero también otra gente los había visto, y una noche vinieron y se los llevaron por la fuerza. Ahora solo quedaba uno, un niño de apariencia enclenque. Bartolomeo y él eran amigos. Al menos, eso le gustaba creer a Bartolomeo. A veces, cuando el Callejón del Viejo Cuervo estaba muy tranquilo, el

niño se escapaba a la calle de adoquines y luchaba con un palo contra cucos invisibles. Al darse cuenta de que Bartolomeo lo miraba fijo por la ventana, el niño lo saludaba con la mano. Y Bartolomeo le devolvía el saludo. Estaba por completo prohibido eso de saludar a la gente por la ventana, pero hacerlo era tan fantástico que Bartolomeo a veces olvidaba la prohibición.

La dama de morado dio unas zancadas por el parque cubierto de escombros y golpeó a la puerta más cercana al suelo. Durante un tiempo larguísimo no pasó nada. Luego la puerta se abrió hasta donde lo permitía su cadena, y una mujer flaca, con cara amarga, se asomó por la rendija. Era la hermana solterona del padre. Vivía con los Buddelbinster, a quienes ayudaba en sus tareas. Eso incluía atender la puerta cuando alguien llamaba. Bartolomeo la vio poner los ojos como platos al beber con la mirada a la exquisita desconocida. Abrió la boca para decir algo, pero pareció pensárselo mejor y le cerró la puerta en las narices.

La dama de morado se quedó muy quieta un momento, como si no entendiera qué había pasado. Después volvió a llamar con tal fuerza que el golpe resonó más allá del jardín, por todo el Callejón del Viejo Cuervo. En una casa un poco alejada, flameó una cortina.

Antes de que Bartolomeo y Queta pudieran ver qué pasaba, la escalera exterior que llevaba a las habitaciones donde vivían empezó a crujir sonoramente. Alguien subía a toda marcha. Poco después entró una mujer de mejillas coloradas, resoplando y limpiándose las manos en su delantal. Era de talla pequeña e iba mal vestida, y aunque bien alimentada habría sido un encanto, nunca había bastante comida, así que su piel parecía quedarle demasiado grande. Al verlos en el suelo se llevó las manos a la boca y pegó un grito.

—Niños, aléjense de la ventana —cruzó la habitación en tres pasos y se los llevó a la rastra del brazo—. Bartolomeo, ¡las ramas de tu hermana asomaban por el vidrio! ¿Es que quieres que los vean?

Los empujó al fondo de la habitación y echó el cerrojo a la puerta que daba al pasillo. Se volvió hacia ellos. Sus ojos se posaron en una estufa panzona, en la que la ceniza se escapaba por las rendijas de la portezuela.

—Ah, pero miren eso —dijo—. Te pedí que la vaciaras, Barti. Te pedí que cuidaras a tu hermana y le dieras cuerda al rodillo de la ropa. No has hecho nada...

En un instante Bartolomeo olvidó a la dama de morado.

—Madre, perdón por haberme olvidado de las ramas de Queta, pero descubrí algo, y tuve una muy buena idea, y tengo que explicártela.

—No quiero oírla —dijo ella, cansada—. Quiero que hagas lo que te pido.

—Pero es eso, ¡no va a hacer falta! —carraspeó, se paró derecho, extendiéndose hasta alcanzar el metro que medía, y dijo—: Madre, por favor, *porfa*, ¿me dejas invocar a un duende doméstico?

—¿Un qué? Pero ¿de qué hablas? ¿Qué pasa en el jardín de los Buddelbinster?

—Doméstico. Que vive en las casas. Quiero llamar a un duende sirviente. Leí

sobre el tema en distintas partes y aquí dice cómo hacerlo —Bartolomeo levantó tres libros viejos que estaban detrás de la estufa y los puso bajo la nariz de su madre—. ¿Por favor, madre?

—Pero caramba con el vestido. Barti, baja esos libros, que no me dejas ver bien.

—Madre, un duende, ¡para la casa!

—Debe costar unas veinte libras, ¿y qué hace la sonsa? Va y lo arrastra por toda esa mugre. Seguro tiene unos cuantos tornillos flojos en la cabeza. No, ni uno bien puesto debe de tener.

—Y si me consigo uno bueno, y lo trato bien, va a hacer todo tipo de tareas para nosotros y ayudarnos a bombear agua y...

Su madre ya no espiaba por la ventana. Se le habían puesto los ojos como de piedra y miraba fijo a Bartolomeo.

—...y darle cuerda al rodillo —concluyó él débilmente.

—Y si te toca uno malo... —no era una pregunta. La voz de su madre se le metió por entre las costillas como una esquirra de hierro podrido—. Te diré qué, Bartolomeo Perol. ¡Déjame decírtelo! Si tenemos suerte, echará la leche a perder, se comerá todo lo que hay en la alacena y se escapará con cualquier cosita brillante a la que eche mano. Si no, nos ahorcará mientras dormimos. No, mi pequeño. No. *Nunca* invites a un duende a cruzar esa puerta. Están arriba y abajo y al otro lado de la pared. Nos rodean por kilómetros y kilómetros a la redonda, pero aquí no entran. No de nuevo, ¿entendido?

De pronto pareció muy vieja. Le temblaban las manos sobre el delantal y las lágrimas brillaban en los bordes de sus ojos. Queta, solemne y en silencio como un fantasma, se retiró hacia su cama-armario y se trepó a ella, para cerrar la puerta con una mirada acusatoria. Bartolomeo se quedó mirando a su madre. Y ella a él. Entonces Bartolomeo salió corriendo al pasillo.

La oyó gritarle, pero no se detuvo. *No te hagas notar, que no te vean*. Sus pies descalzos no hicieron ruido al escapar por la casa, pero ojalá hubiera podido gritar y dar pisotones. *Quería* un duende. Más que nada en el mundo. Había imaginado exactamente cómo ocurriría todo. Haría la invitación, y al día siguiente habría un geniecillo con alas de pétalos agarrado a la cabecera de su cama. Tendría una sonrisa estúpida y orejas largas, y no se daría cuenta de que Bartolomeo era pequeño y feo y distinto de los demás.

Pero no. Su madre siempre arruinaba todo.

En el piso superior de la casona que compartían con varios ladrones y con asesinos y duendes, había un ático amplio y laberíntico. Se extendía en todas direcciones bajo los aleros abombados y, cuando Bartolomeo era pequeño, había estado lleno de muebles rotos y de todo tipo de trastos interesantes y excitantes. Todo lo interesante y excitante había desaparecido: los trastos se habían usado como leña durante los duros meses de invierno o intercambiado por chucherías que vendían los duendes traperos. A veces las mujeres subían allí para poner la ropa a secar sin riesgo

de que se la robaran, pero salvo por ellas el ático estaba a merced del polvo y de los zorzales.

Y de Bartolomeo. Había un sitio donde, con mucho cuidado, podía colarse por una brecha entre una viga y la piedra rugosa de una chimenea. Tras mucho culebrear y retorcerse, llegaba a un espacio abandonado bajo un tejado. Lo habían tapiado años atrás, y Bartolomeo ignoraba por qué razón. Pero se alegraba de que lo hubieran hecho. Ahora le pertenecía.

Lo había decorado con bagatelas recogidas por ahí: un felpudo de paja, unas ramas secas, unos gajos de hiedra y una colección de botellas rotas a las que había atado en una lamentable imitación de una guirnalda para la Fiesta de Yule, sobre la que había leído algo en un libro. Pero lo que más le gustaba del ático era la ventanita redonda, como las de los botes, que daba al Callejón del Viejo Cuervo y a un mar de tejados. Nunca se cansaba de mirar por ella. Desde ahí, en lo alto y escondido, podía ver el mundo entero.

Bartolomeo hizo un esfuerzo para pasar por la brecha y cayó rendido al suelo, con la respiración entrecortada. Hacía calor bajo las tejas del techo y afuera el sol caía a plomo, volviéndolo todo frágil y definido. Tras correr por setenta y nueve escalones hasta la punta de la casa, él se sentía como una pequeña hogaza de pan, horneándose bajo el tejado.

Tan pronto como recuperó el aliento, se arrastró hasta la ventana. Veía por encima del muro al otro lado del Callejón del Viejo Cuervo. Veía directamente el jardín delantero de la casa de los Buddelbinster. La dama seguía ahí, una mancha brillante y morada entre los techos marrones y el pasto ralo y quemado por el sol. La mujer con cara amarga había vuelto a abrir la puerta. Al parecer escuchaba con hastío a la dama, mientras sus manos sujetaban y soltaban por turnos la trenza gris que caía sobre su espalda. En eso la dama de morado le entregó algo. *¿Una carterita?* Imposible ver bien. La agria mujer volvió a desaparecer dentro de la casa, ávida y encorvada, como una rata que acaba de encontrar un trozo de carne y está resuelta a no compartirlo con nadie.

Apenas se cerró la puerta, la dama de morado entró en actividad. Se dejó caer al suelo, con las faldas arremolinadas en torno a ella, y extrajo algo de su galerita. Con el reflejo del sol, una botella brilló en su mano. La dama mordió el corcho, la destapó y empezó a vaciar el contenido a su alrededor.

Bartolomeo se inclinó hacia adelante, achinando los ojos para ver mejor a través del grueso cristal. Se le ocurrió que, en ese momento, era el único que veía a aquella figura. Otros ojos la habían seguido desde que había puesto un pie en el callejón. Bartolomeo lo sabía. Pero ahora la dama estaba en el fondo del jardín, y cualquiera de los demás curiosos del callejón solo vería el muro alto y descascarado. La dama de morado había elegido la casa de los Buddelbinster a propósito. *No quiere que la vean.*

Tras vaciar la botella, la sostuvo en alto y la hizo trizas con los dedos, para dejar caer los pedazos de vidrio en el suelo. Luego se levantó de golpe y se quedó mirando

la casa, con la calma y la elegancia de siempre.

Pasaron varios minutos. La puerta volvió a abrirse, con cierta desconfianza. Esa vez asomó la cabeza un niño. Era el sustituto, el amigo de Bartolomeo. Como en el caso de Queta, su sangre de duende se transparentaba sin asomo de dudas en su piel blanquísima. En su cabeza crecía una mata de zarzas. Tenía las orejas largas y en punta. Al parecer alguien le dio un empujón desde atrás, porque salió de la puerta de un tropezón y cayó a los pies de la dama. Se la quedó mirando, con los ojos dilatados.

Entonces ocurrieron muchas cosas a la vez. Bartolomeo, con la mirada fija en ellos, inclinó la cabeza de manera que la punta de su nariz rozó el cristal de la ventana. Y, en el mismo momento, hubo un movimiento rápido y brusco en el jardín, y la dama estiró las manos y se apartó los tirabuzones de la parte de atrás de la cabeza. A Bartolomeo le hirvió la sangre. Ahí abajo, mirándolo directamente a él, había otra cara, una cara diminuta, morena, fea como una raíz retorcida, llena de arrugas y de pequeños dientes afilados.

Con un gritito ahogado, empujó la ventana para alejarse y se pinchó las palmas con astillas. *La cosa esa no me vio, no me vio. No había forma de que supiera que yo estaba ahí.*

Pero lo había visto. Esos húmedos ojos negros habían mirado directo a los suyos. Por un momento se habían llenado de una furia tremenda. Y luego la criatura había estirado sus labios y le había sonreído.

Bartolomeo yacía sin aliento sobre las tablas del suelo; le palpitaban las venas de la cabeza. *Estoy muerto. Bien, bien muerto.* No tenía mucha pinta de sustituto, ¿no? Desde allá abajo seguro parecía un chico común y corriente. Cerró fuerte los ojos. *Un chico común y corriente que la espiaba.*

Muy de a poco levantó la cabeza hasta el nivel de la ventana, sin alejarse de la zona de sombra. En el jardín, la dama de morado se había apartado del chico. Su otra cara, la horrible, estaba de nuevo oculta bajo su pelo. Extendía una de sus largas manos envueltas en guantes de terciopelo hacia el amigo de Bartolomeo, llamándolo.

El chico la miró, miró de nuevo su casa. Por un instante, a Bartolomeo le pareció ver a alguien en una de las habitaciones superiores, una sombra encorvada, con la mano alzada contra el vidrio en señal de despedida. Desapareció en un parpadeo, y la ventana quedó vacía.

En el jardín el chico temblaba. Se volvió hacia la dama. Asintió y fue acercándosele, hasta tomar su mano extendida. Ella lo estrechó contra sí. Entonces hubo un estallido de oscuridad, una tormenta de aleteos negros, que explotó alrededor de ambos y ascendió al cielo, chillando. Por el aire pasó una onda. Después desaparecieron, y el Callejón del Viejo Cuervo volvió a sumirse en el sueño.

Capítulo II

Un engaño secreto

ARTURO Jelliby era un joven muy amable, lo que quizá le había impedido convertirse en un gran político. Era miembro del Parlamento, no porque fuera especialmente listo ni habilidoso en algo, sino porque su madre era una princesa del Estado de Hesse muy bien conectada y le había conseguido el puesto durante un juego de croquet con el Duque de Norfolk. De manera que, mientras que los funcionarios no cabían en sus trajes de ambición, intrigaban en pos de la ruina de sus rivales mientras cenaban ostras o, cuando menos, se informaban sobre los asuntos de Estado, al señor Jelliby le interesaba mucho más pasar largas horas en su club de Mayfair, comprar chocolates para su linda esposa o simplemente dormir hasta el mediodía.

Eso mismo hizo cierto día de agosto, y por eso la citación urgente para asistir a un Consejo Secreto en el Parlamento lo tomó completamente desprevenido.

Bajó a los tumbos las escaleras de su casa de Plaza Belgravia, desenredándose lo mejor posible el pelo con una mano y luchando con los botoncitos de su chaleco color cereza con la otra.

—¡Ofelia! —llamó, intentando poner voz alegre.

Su mujer apareció en la puerta que daba al salón, y él señaló con gesto de disculpa la cinta negra de seda que colgaba mustia de su cuello.

—El valet no está, y Brahms no sabe cómo hacerlo, y yo ¡no puedo atármelo solo! Por favor, querida, hazme el nudo, ¿sí? ¿Y con una sonrisa?

—Arturo, no tienes que dormir tanto —dijo Ofelia con severidad, dando un paso al frente para anudarle el pañuelo de cuello. El señor Jelliby era un hombre alto, de hombros anchos, y ella era bastante menuda, así que tuvo que ponerse en puntas de pie.

—Ah, pero hay que dar el ejemplo. Imagina los titulares: “¡Guerra evitada! ¡Miles de vidas salvadas! El Parlamento inglés durmió durante la sesión”. El mundo sería un lugar mucho más agradable.

La frase no le sonó todo lo ingeniosa que le había parecido en su cabeza, pero Ofelia rió de todos modos; y el señor Jelliby, sintiéndose muy gracioso, se aventuró hacia el tumulto de la ciudad.

Era un lindo día, tratándose de Londres. Eso significaba que era un día apenas menos propenso que otros a sofocarte y envenenarte los pulmones. La lluvia de la noche anterior había dispersado la negra cortina de humo que largaban las chimeneas de la ciudad. El aire aún olía a carbón, pero unos rayos de luz traspasaban las nubes. Automatas gubernamentales avanzaban por las calles haciendo rechinar sus articulaciones oxidadas, empujando el fango con escobas y dejando charcos de aceite

a su paso. En la calle, un grupo de faroleros daba de comer avispas y libélulas a los duendes decaídos y hoscos, que permanecían sentados dentro de los faroles hasta el atardecer.

El señor Jelliby dobló hacia la Calle de la Capilla, alzando la mano para conseguir un taxi. Por encima de su cabeza, se arqueaba un enorme puente de hierro, que chirriaba y soltaba chispas cuando pasaban con estruendo los trenes tirados por locomotoras de vapor. Cualquiera otro día el señor Jelliby habría ido sentado en uno de ellos, con la cabeza contra el vidrio, mirando distraído la ciudad. O quizá le hubiera pedido a Brahm, el criado, que lo ayudara a subir a su flamante bicicleta y le diera un empujón para echar a andar por los adoquines. Pero no era un día cualquiera. Ese día ni siquiera había desayunado, de manera que todo le parecía estropeado y acelerado.

Se detuvo a recogerlo un carruaje conducido por un gnomo viejo de dientes filosos y piel verde como una piedra mohosa. El gnomo conducía como si sus caballos fuesen una pareja de caracoles gigantes, y, cuando el señor Jelliby golpeó el techo del carruaje con el bastón y gritó que apurara el paso, recibió por respuesta una parrafada de maldiciones que lo dejó pegado al asiento. El señor Jelliby frunció el ceño y pensó en todas las razones por las que no deberían hablarle así, pero no abrió la boca por el resto del viaje.

El reloj de la nueva y alta torre de Westminster daba los treinta y cinco minutos de la hora cuando se apeó en York Road. *Ay ay ay*. Llegaba tarde. Cinco minutos tarde.

Corrió escaleras arriba a St. Stephen's Porch y pasó delante del portero hacia el amplio espacio del hall central. Los hombres se apiñaban en grupos por doquier, y sus voces reverberaban hasta las vigas del techo. El aire apestaba a lima y pintura fresca. En algunas áreas había andamios adheridos a las paredes, y parte del embaldosado aún estaba por terminarse. El palacio de Westminster no llevaba siquiera tres meses abierto para las reuniones. El viejo edificio había quedado reducido a una pila de cenizas después de que un espíritu malhumorado hubiera estallado en mil pedazos en los sótanos.

El señor Jelliby caminó aprisa escaleras arriba y apuró el paso por un pasillo flanqueado de lámparas donde todo retumbaba. Se alegró un poco al ver que no era el único que llegaba tarde. También Juan Wenceslao Lickerish, Lord Canciller y primer *sidhe* en ocupar un cargo en el gobierno británico, corría detrás de las manecillas apuradas de su reloj. Dobló una esquina desde un lado, el señor Jelliby desde el otro, y chocaron con cierta fuerza.

—¡Oh, señor Lickerish! Mil perdones —rió Jelliby, ayudando al caballero duende a ponerse de pie y limpiándole el polvo imaginario de las solapas—. Me temo que estoy un poco torpe esta mañana. ¿Se encuentra bien?

El señor Lickerish fulminó a Jelliby con la mirada y se apartó de sus manos con un leve aire de desagrado. Iba vestido de manera impecable, como siempre, cada

botón en su sitio, cada retazo de tela nuevo y hermoso. Llevaba un chaleco de terciopelo negro. El pañuelo de cuello era de tela de plata, estaba intachablemente anudado, y, al echarle una ojeada, el señor Jelliby atisbó bordados, medias de seda y un algodón tan almidonado que se hubiera podido romper con un martillo. *No hace más que realzar la suciedad*, pensó. Tuvo que morderse la lengua para no sonreír. El duende tenía medialunas de suciedad bajo las uñas, como si hubiera estado arañando la tierra fría.

—¿Mañana? —dijo el duende. Su voz era suave. Un susurro, como viento entre ramas deshojadas—. Joven Jelliby, ya no es de mañana. Ni siquiera es mediodía. Casi es de noche.

El señor Jelliby pareció confuso. No sabía exactamente qué acababa de decir el duende, pero no le parecía de muy buena educación que lo llamara “joven”. Era muy posible que el caballero no fuera ni un día mayor que él. La verdad, era difícil saberlo. El señor Lickerish era un duende encumbrado, y como todos los duendes encumbrados tenía la talla de un niño, era por completo calvo y su piel era tan blanca y lisa como el mármol que pisaban.

—Bueno —dijo el señor Jelliby de buen humor—. De cualquier manera, llegamos muy tarde —y para gran molestia del caballero duende, le siguió el paso durante todo el camino que llevaba hacia la cámara secreta, conversando amablemente del clima y de mercaderes de vino y de cómo el viento por poco había volado al mar su chalecito de Cardiff.

La sala donde se esperaba que se reuniera el Consejo Secreto era pequeña, de paneles oscuros, y estaba en el centro del edificio; sus ventanas de vidrios romboidales daban a un patio en el que había un espino. Filas de sillas de respaldo alto llenaban la sala, todas ocupadas menos dos. El presidente del Consejo, un tal Lord Horacio V. Esto-o-lo-de-más-allá (el señor Jelliby nunca recordaba su nombre), estaba sentado en el centro, en una especie de podio adornado con ingeniosas esculturas de faunos y racimos pesados de uvas. Al parecer el presidente se había quedado dormido, porque se incorporó de golpe cuando ellos entraron.

—Ah —dijo, cruzando los brazos sobre su amplia barriga y frunciendo el ceño—. Parece que después de todo el señor Jelliby y el Lord Canciller han decidido honrarnos con su presencia —los miró sombríamente—. Tomen asiento, por favor, así empezamos de una vez.

Los presentes refunfuñaron, se acomodaron y recogieron las piernas mientras el señor Jelliby avanzaba entre las filas hasta uno de los asientos vacíos. El duende eligió el que estaba en la punta opuesta de la habitación. Una vez que se sentaron, el presidente carraspeó.

—Señores del Consejo Secreto —empezó—, buenos días a todos.

Una de las cejas delgadas del duende político se arqueó al oír eso, y el señor Jelliby sonrió para sí. (A fin de cuentas no era de mañana; era de *noche*.)

—Estamos aquí reunidos para ocuparnos de un asunto muy grave y perturbador.

Ay de nuevo. El señor Jelliby suspiró y metió las manos hasta el fondo de los bolsillos. No le gustaba ocuparse de asuntos muy graves y perturbadores. De ser posible, le dejaba eso a Ofelia.

—Supongo que la mayoría de ustedes habrá visto los titulares... —los interpeló el presidente con su voz grave y lánguida—. ¿El último asesinato de un sustituto?

Se levantó un murmullo en la reunión. El señor Jelliby se retorció en su asiento. *Oh, no, un asesinato no.* ¿Por qué la gente no era amable con los demás?

—Para quienes no estén informados, permítanme resumir. El señor Jelliby sacó un pañuelo y se limpió la frente. *Ni falta que hace,* pensó, un poco irritado. El calor estaba aumentando hasta lo insoportable. Todas las ventanas estaban cerradas, y no parecía correr ni un sople de aire en la sala.

—Solo en el mes pasado hubo cinco muertes —dijo el presidente—. En total van nueve. Al parecer casi todas las víctimas son de Bath, pero es difícil saberlo porque nadie ha venido a reclamar los cuerpos. Como sea, las víctimas aparecen en Londres. En el Támesis.

Un caballero menudo y de aspecto severo que estaba sentando en la primera fila hizo un ruido con la nariz y alzó la mano con un gesto de furia.

El presidente lo miró impaciente, después asintió y le cedió la palabra.

—Delitos menores, señor presidente. Nada más. Estoy seguro de que Scotland Yard está haciendo todo lo posible. ¿Es que el Consejo Secreto no tiene nada más importante de qué ocuparse?

—Lord Harkness, vivimos tiempos difíciles. Estos “delitos menores”, como usted los llama, podrían tener consecuencias nefastas en un futuro próximo.

—En ese caso nos encargaremos de ellas cuando nos salgan al paso. Los sustitutos nunca han sido populares. Ni con su gente ni con la nuestra. Siempre se cometerán actos violentos contra ellos. No veo motivo para dar a estos incidentes más importancia de la que merecen.

—Señor, usted no sabe de qué está hablando. Las autoridades creen que hay relación entre los asesinatos, que fueron planeados y cometidos con deliberada malevolencia.

—¿Eso creen? Bueno, supongo que de alguna manera tienen que justificar el sueldo que se les paga.

—Lord Harkness, no es momento para esas cosas —un asomo de inquietud perturbó el talante adormecido del presidente—. Las víctimas son... —vaciló—. Son todas niños.

Lord Harkness habría podido decir: “¿Y con eso qué?”, pero no habría sido de buena educación. En vez de ello, dijo:

—Según tengo entendido, hay pocos sustitutos que no son niños. En general no duran mucho.

—Y la manera de matarlos también es la misma.

—Bueno, a ver, ¿cuál es? —Lord Harkness parecía decidido a demostrar que

aquella reunión era una absoluta y ridícula pérdida de tiempo. Nadie quería oír hablar de sustitutos. Nadie quería mencionar sustitutos, o siquiera pensar en sustitutos. Pero menos aún querían oír cómo habían muerto, por lo que los esfuerzos de Lord Harkness fueron recompensados con una tormenta de miradas fulminantes por parte de los demás caballeros. El señor Jelliby estuvo tentado de taparse las orejas.

La nariz del presidente se movió nerviosamente.

—Las autoridades no están seguras.

Ah, gracias al cielo.

—¿Y entonces cómo pueden afirmar que hay relación entre los asesinatos? —la voz de Lord Harkness era ácida. Tenía el pañuelo en la mano y parecía como si quisiera estrangular al presidente con él.

—Bueno, ¡los cadáveres! Están... Caramba, están... —Dígalo de una vez, hombre, ¿están qué?

El presidente miró directo al frente y dijo:

—Están huecos, Lord Harkness.

Durante unos cuantos momentos la sala quedó en un completo silencio. Una rata corrió por debajo del piso de madera y sus patitas apresuradas resonaron como una ráfaga de granizo.

—¿Huecos? —repitió Lord Harkness.

—Vacíos. Sin huesos ni órganos internos. Solo la piel. Como una bolsa.

—Cielo santo —susurró Lord Harkness, y se desplomó en su asiento.

—Ya lo creo —los ojos del presidente recorrieron a los demás caballeros de la sala, como desafiándolos a interrumpir la asamblea—. Los periódicos no dicen nada de eso, ¿verdad? Es porque no lo saben. Ignoran muchas cosas, y por el momento tenemos que asegurarnos de que siga siendo así. Hay algo extraño en estos asesinatos. Algo maligno e inhumano. Ustedes no lo han oído, pero esos sustitutos tenían la piel toda escrita. De pies a cabeza. Marquitas rojas en lengua de duendes. Se trata de un dialecto muy antiguo y diferente que no han podido descifrar los criptógrafos de Scotland Yard. Sin duda ustedes se darán cuenta de los disgustos a los que puede conducirnos el caso.

—Sí, claro —farfulló el Conde de Fitzwatler por debajo de su bigote de morsa—. Y creo que está bastante claro quién es responsable. Son los sindicatos antiduendes, ni qué decirlo. Hicieron asesinar a unos desamparados y luego garabatearon unas palabras de duendes para culpar a los *sidhes*. Está clarísimo.

Por respuesta recibió abucheos y otros tantos asentimientos de cabeza. Aproximadamente la mitad del Consejo pertenecía a algún grupo antiduendes. La otra mitad pensaba que ser anticualquier cosa era pura estrechez de miras, y consideraba fascinante a la magia y a los duendes, la llave del futuro.

—Bueno, ¡qué duda cabe de que es obra de los duendes! —protestó el anciano Lord Lillicrapp, y golpeó tan fuerte con su bastón en el suelo que le sacó chispas a una astilla de madera—. Pequeñas bestias. Demonios salidos del Infierno, a mi

entender. Son la razón de que Inglaterra esté como está. Miren a este país. Miren a Bath. Pura insubordinación, sí señor. Pronto tendremos que lidiar con una rebelión, ¿y entonces adónde llegaremos? Convertirán nuestros cañones en rosales y se adueñarán de la ciudad. No entienden nuestras leyes. No les importa el asesinato. ¿Unos cuantos muertos aquí y allá? —dijo el hombre con desdén—. Para ellos no tiene nada de malo.

Varias cabezas asintieron tras el exabrupto. El señor Jelliby se apretó el puente de la nariz y rogó que todo terminara pronto. Deseaba estar en otra parte, en un lugar alegre y vocinglero, de ser posible donde hubiera coñac y gente que hablara del tiempo y de comerciantes de vinos.

A continuación habló el Arzobispo de Canterbury. Era un hombre alto de aspecto severo y rasgos macilentos, y su traje de paño —ya no muy nuevo— contrastaba con las corbatas y los chalecos coloridos de los demás caballeros.

—Yo no emitiría un juicio tan apresurado —dijo, inclinándose hacia adelante en su silla—. Los sustitutos siempre han sido un problema en nuestra sociedad. La Iglesia los llama “distintos”, y puedo asegurarles que es una de las maneras más amables de llamarlos. “Demonios pálidos” es una muy arraigada. “Los sangre blanca.” “Los niños del Diablo.” En las aldeas más remotas siempre los cuelgan. Los humanos los toman por maldiciones en forma de niños. A los duendes les repugna su fealdad y tienen la costumbre de enterrarlos vivos debajo de los saúcos, por las dudas de que sean contagiosos. Creo que los dos bandos son lo bastante estúpidos e ignorantes como para matar.

Hasta entonces, el señor Lickerish había escuchado de manera calma la discusión. Pero al oír las palabras del arzobispo se puso tieso. Apretó la boca. El señor Jelliby lo vio meter la mano en el bolsillo de su chaleco. Introdujo los dedos, que temblaron y luego se aquietaron.

El duende se puso de pie. Al señor Jelliby le pareció oler tierra mojada. Al aire ya no lo sentía cerrado: solo viejo y húmedo y dulzón, como podrido.

Sin pedirle permiso al presidente del Consejo, el señor Lickerish tomó la palabra.

—Caballeros, estas cuestiones son de lo más perturbadoras. Pero ¿decir que los duendes asesinan a los sustitutos? Es deplorable. No me quedaré sentado en silencio cuando se culpa a los duendes de otro más de los pesares de Inglaterra. ¡Son ciudadanos! ¡Patriotas! ¿Acaso ustedes han olvidado Waterloo? ¿Dónde estaría Inglaterra sin nuestras valientes tropas de duendes? En manos de Napoleón, junto con su imperio. ¿Y el continente americano? Si no fuera por los incansables esfuerzos de los trolls y de los gigantes, que forjan nuestros cañones y mosquetes en medio del calor infernal de las fábricas, que construyen los barcos de guerra y las armas de éter, seguiría siendo una nación rebelde. Debemos mucho a los duendes —la cara del señor Lickerish no se había alterado, pero sus palabras tenían un extraño atractivo, lleno de matices y de un sutil fervor. Hasta los miembros del Consejo que eran antiduendes recalcitrantes se irguieron en sus asientos.

Solo el hombre que estaba junto a Jelliby —un tal Lord Locktower— hizo un ruido con la lengua.

—Sí, incluyendo el cuarenta y tres por ciento del crimen en nuestro país.

El señor Lickerish se volvió hacia él y mostró sus dientes en punta.

—Eso es porque son muy pobres —dijo. Se quedó quieto un momento, estudiando a Lord Locktower; luego giró bruscamente y se dirigió a los caballeros que estaban al otro lado de la sala—. ¡Es porque los explotan!

Más asentimientos y unos pocos abucheos. El olor a humedad era ahora muy fuerte. Lord Locktower hizo una mueca de disgusto. El señor Jelliby lo vio sacar un pesado y viejo reloj del bolsillo y estudiarlo con una mirada furiosa. El reloj era una antigüedad, con firuletes y hecho de hierro. Al señor Jelliby le pareció un poco pasado de moda.

El duende político empezó a dar pasos de un lado a otro.

—Así ha sido desde que llegamos —dijo—. Primero nos masacraron, luego nos esclavizaron, luego volvieron a masacrarnos. ¿Y ahora? Ahora somos un chivo expiatorio, y se nos acusa de crímenes que ustedes consideran demasiado desagradables para culpar a su propia gente. ¿Por qué nos *odia* Inglaterra? ¿Qué hemos hecho para que nos aborrezcan tanto? No estamos aquí *por gusto*. No hemos venido para quedarnos. Pero el camino que llevaba a casa ha desaparecido, la puerta se ha cerrado.

El duende dejó de dar pasos. Miraba a la asamblea de caballeros con mucha atención. Con una voz finita, dijo:

—Jamás volveremos a ver nuestro hogar.

Al señor Jelliby aquello le pareció de una tristeza insoportable. Se descubrió asintiendo solemnemente junto a la mayoría de los demás.

Pero el señor Lickerish aún no había terminado. Dio unos pasos hasta el centro de la sala, adonde estaba el podio del presidente, y agregó:

—Hemos sufrido muchísimo en manos del destino. Aquí vivimos encadenados, encerrados en guetos, entre hierro y campanas que nos trastornan hasta la esencia misma de nuestro ser. ¿No les alcanza con eso? Ah, no. También tenemos que ser asesinos. Asesinos de niños inocentes, niños que llevan nuestra misma sangre —negó con la cabeza una vez y sus rasgos, sesgados por la luz, parecieron cambiar, volverse más suaves. Ya no parecía frío. De pronto parecía trágico, como los ángeles que lloran en el parque frente al palacio de St. James—. Solo espero que al final se haga justicia.

El señor Jelliby miró al duende político con la esperanza de transmitirle su honda y sentida benevolencia. Los demás caballeros chasquearon la lengua y resoplaron. Pero entonces Lord Locktower se paró y dio un pisotón.

—¡Ya basta! —gritó, fulminando a todos con la mirada—. Esto no es más que quejas y lloriqueos. No pienso aceptarlo —un caballero que estaba sentado dos sillas más allá intentó callarlo, pero solo logró que subiera el volumen. Intervinieron otros

hombres. Lord Locktower empezó a gritar, con la cara toda colorada. Cuando el Barón de Somerville trató de retenerlo en su asiento, Lord Locktower levantó un guante y lo abofeteó con fuerza.

Pareció como si toda la habitación hubiera inspirado hondo. Luego se desató el pandemonio. Las sillas se volcaron hacia atrás, los bastones cayeron al suelo y todo el mundo se puso de pie, a los gritos.

El señor Jelliby se dirigió a la puerta. Los lores y los duques iban de un lado a otro, a los empujones y a los codazos, y alguien gritó: “¡Abajo Inglaterra!”. El señor Jelliby se vio obligado a apartarse, y al hacerlo vio de nuevo al señor Lickerish. El duende estaba de pie en medio de la conmoción, como un barco pálido en un mar de caras rojas y sombreros negros agitados. Sonreía.

Capítulo III

Alas negras y viento

BARTOLOMEO estaba hecho un ovillo en el suelo del ático, inmóvil como una piedra. El día se iba agotando. El sol empezaba a hundirse tras la masa imponente de Nueva Bath; la luz que entraba por la ventana estiraba sus dedos cada vez más rojos, cada vez más lejos, por sobre su cara, y él seguía sin moverse.

Un miedo duro y frío se había instalado en su estómago, y no había forma de expulsarlo.

En su mente, volvía a ver una y otra vez a la dama de morado caminando por el callejón. Tenía el pelo apartado; la carita lo miraba, oscura y nudosa, y el niño del pelo de zarza entraba con ella en una sombra con forma de alas. *Joyas, y sombreros, y faldas moradas. Una mano azul que pulverizaba vidrio. Húmedos ojos negros y, debajo, una sonrisa horrenda, pero horrenda en serio.*

Aquello lo sobrepasaba. Había ocurrido demasiado rápido, un torrente de ruido y furor, como si el tiempo se acelerara. Desde la ventana del ático Bartolomeo había visto ladrones, un autómatas sin piernas, uno o dos cadáveres pálidos, pero aquello era peor. Era peligroso, y lo habían visto. *¿A qué vino la dama? ¿Y por qué se llevó a mi amigo?* Le dolía la cabeza.

Se quedó mirando las maderas del suelo tanto tiempo que pudo ver cada agujero carcomido. Sabía que no se había amedrentado por la magia. Desde siempre, la magia formaba parte de Bath. En alguna parte de Londres, hombres importantes habían decidido que lo mejor sería esconderla, mantener las fábricas en marcha y las campanas de las iglesias doblando, pero no había servido de gran cosa. La magia seguía presente. Simplemente, estaba bajo la superficie, oculta en los rincones secretos de la ciudad. Cada tanto Bartolomeo veía a un gnomo de ojos brillantes por el Callejón del Viejo Cuervo, que arrastraba tras de sí una raíz con forma de niño. La gente abría la ventana para mirar, y cuando alguien le arrojaba al gnomo un penique o un bollo de pan, este ponía a la raíz a bailar y la hacía dar volteretas y cantar. Una vez cada muerte de obispo, el viejo roble de la Calle Despistápolis murmuraba profecías. Y era bien sabido que la duende de la familia Buddelbinster podía convocar a los ratones de entre las paredes y hacerlos revolver la sopa e hilvanar la lana en su rueca.

Así que a ojos de Bartolomeo un torbellino de oscuridad no era algo espantoso. Lo horrendo era que había ocurrido ahí, dentro de los límites barrocos de su callecita, y que le había sucedido a alguien como él. Y que lo habían visto.

El sol se había ocultado por completo. Las sombras empezaban a colarse desde detrás de las vigas, y eso hizo que Bartolomeo se levantara. Salió del ático a rastras y fue hacia abajo, tratando de que el crujir de la casa hundida no lo delatara. *No te hagas notar y nadie te colgará.*

Bartolomeo se detuvo ante la puerta de las habitaciones de su familia. Por debajo se filtraba una luz amarilla y aceitosa. En el pasillo, el sonido rítmico del rodillo mecánico para escurrir la ropa resonaba amortiguado.

—Vamos, Queta —decía la madre de los niños—. Toma el caldo de una vez, y después a la cama. A la lámpara no le quedan más de quince minutos, y me hace falta por otras dos noches.

Se oyó un sorbido. Queta murmuró:

—No tiene gusto a nada.

Es que es pura agua, pensó Bartolomeo, apoyando la cabeza en el marco de la puerta. *Con gotitas de cera para hacernos creer que hay carne dentro*. De ahí que los platos de los candeleros siempre estuvieran vacíos por la mañana. Su madre cuidaba de que no se notase, pero él lo sabía.

Los limpiaban con la cuchara de cocina.

—Mami, Barti todavía no vuelve.

—Mmm...

—Afuera está oscuro. Es hora de ir a dormir, ¿no?

—Mmm.

—Sospecho algo, madre.

—¿Ah, sí, mi amor?

—¿Quieres saber lo que sospecho?

—No tenemos más sal.

—No, eso no. Sospecho que lo agarró un monstruo acuático y se lo llevó a su pozo sin fondo.

Bartolomeo se alejó antes de poder oír la respuesta de su madre. En cuanto terminara de ponderar la sal inexistente, se pondría a escuchar a Queta. Se daría cuenta de que él llevaba horas fuera del departamento. Empezaría a desesperarse. Tenía que volver antes de que pasara eso.

Bajó el resto de la escalera de puntillas, pegado a la pared que llevaba a la puerta de calle. A un lado había un duende sentado sobre un banquito, profundamente dormido. Bartolomeo se deslizó delante de él y buscó a tientas el picaporte de la puerta, que tenía una cara: mejillas y labios gordos, y ojos dormilones que salían de la madera gris y gastada. Su madre le decía que en una época la puerta pedía escarabajos a la gente que quería entrar y escupía los cascarones a la que quería salir, pero Bartolomeo jamás la había visto siquiera pestañear.

Sus dedos encontraron el cerrojo. Lo descorrió. Luego pasó por debajo de la cadena y salió a la calle de adoquines.

Era extraño estar a cielo abierto. El aire ahí afuera era denso y húmedo. No había paredes ni techos, solo el callejón que se bifurcaba en más callejones, y así sucesivamente hacia el ancho mundo. Daba la sensación de ser inmenso, aterrador e infinitamente peligroso. Pero Bartolomeo creía no tener opción.

Cruzó corriendo el callejón hasta el arco del muro de los Buddelbinster. El jardín

estaba a oscuras, la casa desvencijada también. Habían abierto sus muchas ventanas que parecían mirarlo.

Saltó por encima del portón roto y se apelotonó contra la pared. No hacía frío, pero aun así tembló. La dama de morado había estado ahí, hacía tan solo unas horas, invitando a su amigo con sus dedos de guantes azules.

Bartolomeo se sacudió y se alejó del muro. El círculo que había trazado la dama en el suelo seguía ahí, a pocos pasos hacia la derecha del sendero. Desde la ventana del ático, Bartolomeo lo había visto con claridad, pero de cerca era muy tenue, casi invisible si no se lo sabía ahí de antemano. Se arrodilló y quitó de en medio unos hierbajos para examinarlo. Frunció el ceño. El anillo estaba hecho de hongos. Honguitos negros que no se parecían a ningún hongo que él tuviera ganas de comer. Arrancó uno. Por un momento palpó con las yemas de los dedos su forma, blanda y suave. Luego la cosa empezó a derretirse, hasta que solo quedó una gota de líquido negro que manchaba la blancura de su piel.

Se miró la mano con curiosidad. La puso dentro del círculo. No pasó nada. La otra mano y la frente. Nada de nuevo. Por poco rió. Ya no surtía efecto. Ahora eran solo hongos.

Tras ponerse de pie, hundió el dedo gordo de su pie descalzo en el suelo frío, dentro del anillo. Luego pisó unos cuantos hongos. No estaba seguro, pero le pareció oír una risita suave al hacerlo, como una multitud de susurros, a la distancia. Sin pensarlo más, saltó y aterrizó en medio del anillo de hongos.

Un griterío espantoso estalló a su alrededor. De pronto todo fue oscuridad y aparecieron alas por todos lados, batiendo contra su cara, golpeándolo. Caía, volaba, y un viento furioso y helado le tironeaba del pelo y de la ropa gastada.

—¡Idiota! —gritó—. Pedazo de imbécil, en qué estabas pensando... —pero era demasiado tarde. La oscuridad ya amainaba. Y lo que vio no fue el Callejón del Viejo Cuervo o el jardín de los Buddelbinster. No estaba en ninguno de los demás guetos de los duendes. Entre las alas, como retazos de sol, destellaban la tibieza, el lujo, el brillo del cobre y la madera lustrada, y pesadas cortinas verdes con hojas estampadas. En algún sitio cercano había una chimenea. Bartolomeo no podía verlo, pero sabía que estaba ahí, crepitando.

Con una sacudida desesperada, intentó librarse de la oscuridad. *Por favor, por favor, llévenme de vuelta adonde estaba.* La magia no podía haberlo llevado muy lejos en esos pocos segundos, ¿no? Quizás unos cuantos kilómetros, pero si se apuraba encontraría el camino de regreso antes de que los duendes y los ingleses salieran a las calles.

Las alas se alejaron de su cara. Por un momento, la ley de gravedad pareció vacilar, y él pensó que su plan había dado resultado; se elevaba, ingrátido. Y entonces las alas desaparecieron. Cesó el griterío. Se golpeó la cabeza contra la madera pulida y se quedó sin aire en los pulmones.

Mareado, Bartolomeo se incorporó sobre los codos. Estaba en el suelo de la

habitación más hermosa que había visto jamás. Tenía cortinas verdes, que se recortaban contra la noche. Más allá, el hogar y las llamas. Por la chimenea escapaba un humo que olía a madera, y el aire era tibio y espeso. Las paredes estaban cubiertas de libros. Unas lámparas con pantallas de seda pintada proyectaban un suave relumbre contra ellos. Cerca de donde Bartolomeo había caído, había un círculo de tiza dibujado con esmero sobre el parqué desnudo. El círculo estaba rodeado por un anillo de escritura, con letras finas y entrelazadas que parecían girar y bailar mientras las miraba.

Se suponía que tenía que aterrizar ahí, pensó, sintiendo el chichón que crecía en su cabeza.

Se puso de pie con un titubeo. La habitación era una especie de estudio. Un pesado escritorio de madera ocupaba la mayor parte de un extremo. Tenía ranas y sapos bulbosos tallados y parecía como si todos estuvieran comiéndose unos a otros. Encima del escritorio, en una fila ordenada, había tres pájaros mecánicos. Cada uno de ellos era de un tamaño apenas distinto al del otro, y estaban contruidos para parecer gorriones, con alas de metal y diminutas ruedas de latón que asomaban entre las láminas. Estaban totalmente inmóviles, con sus ojos de obsidiana clavados en Bartolomeo.

Dio unos pocos pasos hacia ellos. Una vocecita dentro de su cabeza le decía que saliera corriendo de la habitación lo más rápido posible, pero se sentía atontado y aún le dolía la cabeza. Unos pocos minutos no cambiarían nada, ¿no? Y ahí era todo tan agradable, tan cálido y reluciente...

Se acercó un poco más a los pájaros. Tenía unas ganas enormes de estirar la mano y tocar uno de ellos. Quería *sentir* una de esas perfectas plumas de metal, la maquinaria delicada y los penetrantes ojos negros... Desencogió los dedos.

Bartolomeo quedó paralizado. Algo se había movido en el interior de la casa. Una madera del suelo o un panel. Y luego no oyó otra cosa que el clip-clip de unos pasos que se acercaban rápidamente desde el otro lado de la puerta que estaba en la punta de la habitación.

Se le contrajo el corazón, con dolor. *Alguien me ha oído*. Alguien había oído el ruido y ahora venían a investigar. Hallarían a un sustituto en sus habitaciones, a un indigente del gueto de los duendes claramente metido en su casa. Vendría un policía, lo molería a golpes. Por la mañana estaría colgado del cuello en el aire tórrido de la ciudad.

Bartolomeo cruzó la habitación a toda velocidad y sacudió el picaporte de la puerta con mano desesperada. Estaba cerrada con llave, pero ellos la tendrían. Tenía que salir de ahí.

Volvió corriendo al círculo de tiza, dio un salto y cayó justo en el centro. Sus talones golpearon el suelo dolorosamente, y el impacto repercutió en sus piernas.

No pasó nada.

Miró desesperado la puerta. Los pasos se habían detenido. Alguien estaba justo

ahí, al otro lado, respirando. Bartolomeo oyó una mano posarse sobre el picaporte, que empezó a girar. *Clic*. Cerrado con llave.

El pánico se deslizó por su garganta.

Estoy atrapado. ¡Tengo que salir! ¡Tengo que salir!

Por un momento la persona que estaba afuera permaneció en silencio. Luego el picaporte empezó a traquetear. Primero lentamente, pero después con mayor insistencia, cada vez más fuerte, hasta que toda la puerta temblaba contra el marco.

Bartolomeo dio un pisotón. *¡Vamos!*, pensó desesperado. *¡Hazlo! ¡Sácame de aquí!* Empezó a dolerle el pecho. Algo le aguijoneaba el fondo de los ojos, y por un momento solo quiso echarse a llorar como cuando era chico y se había soltado de la mano de su madre en el mercado.

La persona de afuera empezó a golpear la puerta brutalmente.

De nada serviría llorar. Bartolomeo se limpió la nariz con la mano. También colgarían a un ladrón lloroso. Miró las marcas que lo rodeaban e intentó pensar.

Ajá. Una sección del círculo de tiza del suelo estaba borroneada. El círculo ya no se cerraba. Debía de haberlo estropeado al aterrizar.

De rodillas, se puso a juntar el polvo de tiza para formar una línea desigual que completara el círculo.

En la puerta, un chasquido leve. La madera. *¡Quienquiera que esté afuera va a romper la puerta!*

Bartolomeo no iba a poder copiar todas las marquitas y los símbolos, pero al menos completaría el círculo. *Rápido, rápido...* Sus manos hacían ruido al frotar el suelo.

La puerta cayó hacia adentro con un estruendo espantoso.

Pero entonces las alas rodearon a Bartolomeo, la oscuridad aulló a su alrededor y el viento le tironeó la ropa. Con una diferencia. Algo andaba mal. Sintió cosas en medio de la negrura, cuerpos fríos y delgados que se le echaban encima y tocaban su piel. Bocas que oprimían sus orejas, vocecitas oscuras que susurraban. Una lengua fría y húmeda lamió su mejilla. Y a continuación solo sintió dolor, un horrendo dolor punzante, que desgarraba sus brazos y se le metía en los huesos. Contuvo el grito hasta que la habitación empezó a desaparecer tras el torbellino de sombras. Entonces aulló con el viento y las alas furiosas.

Capítulo IV

Casa Simpar

LA Casa Simpar parecía un barco: un enorme barco de piedra, salido de una pesadilla, que hubiera encallado en el fango de Londres en la zona norte del puente de Blackfriars. Sus techos dentados eran las velas; sus chimeneas cubiertas de liquen, los mástiles, y las volutas de humo parecían banderas hechas jirones, flotando al viento. Cientos de ventanitas grises moteaban las paredes. Una puerta hundida en el muro daba a la calle. Más abajo pasaba el río, nutriendo los manojos de verdín que trepaban por los cimientos de la construcción y le daban a la piedra un tinte negro y viscoso.

Un carruaje se abría paso hacia la casa por entre el ajetreo vespertino de la Calle Fleet. No paraba de llover. Empezaban a encenderse los faroles de la calle, que se reflejaban en los costados bruñidos del carruaje, arrojando lenguas de luz contra las ventanas.

De pronto el carruaje se detuvo frente a la Casa Simpar, y el señor Jelliby salió de él, saltando por sobre un charco para guarecerse de la lluvia bajo el alero de la puerta. Alzó su bastón y golpeó dos veces contra la negra madera carcomida. Luego se abrazó el torso y frunció el ceño.

Estaba ahí en contra de su voluntad. Hubiera preferido estar en cualquier otra parte. Tenía en su casa, esparcidas sobre su escritorio, gran cantidad de tarjetas con bordes dorados e invitaciones con monogramas que le daban acceso a muchísimos salones alegres y de moda. Y, en cambio, estaba en medio del viento y la lluvia ante la puerta de la casa del señor Lickerish, el duende político. Las situaciones así tendrían que estar prohibidas por ley.

Caray con estas tertulias cerveceras... Eran una tradición muy antigua, pero no por eso al señor Jelliby le gustaban. Los miembros del Consejo Secreto se daban cita, de a dos o tres, en las residencias de uno u otro para beber algo y conversar, con la esperanza de generar compañerismo y respeto por las opiniones divergentes. El señor Jelliby frunció el ceño aún más. *¡Ja, compañerismo!* Quizá lo hubieran fomentado hacía cuatro siglos, cuando los miembros aún bebían cerveza. Pero en estos días solo se servía té, y las tertulias eran asuntos inconducentes: anfitriones e invitados las temían por igual.

El señor Jelliby enderezó los hombros. Al otro lado de la puerta traqueteaban las cerraduras. Por lo menos tenía que dar la impresión de no querer estar en ninguna otra parte. Levantó el mentón, dobló los guantes sobre la empuñadura de su bastón y asumió una expresión de agradable curiosidad.

Tras un último y seco sonido metálico, la puerta se abrió. Algo muy alto y delgado asomó la cabeza y miró parpadeando al señor Jelliby.

El señor Jelliby parpadeó a su vez. La criatura que surgía del portal en sombras debía de medir dos metros y pico, pero era tan huesuda y tenía tal pinta de famélica que apenas parecía capaz de soportar su propio peso. La piel pálida de sus manos era seca, delgada como la corteza de un abedul y se tensaba sobre los pequeños nudillos. El duende (el señor Jelliby se dio cuenta de que era un “él”) llevaba un traje gastado que terminaba varios centímetros por arriba de sus tobillos, y el aire que lo rodeaba olía ligeramente a cementerio. Pero eso no era lo más extraño. En un lado de su cara portaba una red de latón, con piecitas y pistoncitos que zumbaban y cliqueaban con un movimiento constante. Un monóculo fijo de vidrio verde le recubría un ojo. Cada pocos segundos vibraba, y un lente pasaba tras él como un parpadeo. Luego un hilo de vapor salía de debajo de un tornillo fijado al marco.

—¿Arturo Jelliby? —preguntó la criatura. Tenía una voz atiplada y suave, y su otro ojo —el sesgado, propio de los duendes— se cerraba casi del todo cuando hablaba.

Al señor Jelliby eso no le gustó nada.

—Ah... —dijo.

—Pase, por favor —el duende lo hizo pasar con un agraciado gesto de la mano. El señor Jelliby dio un paso adelante, procurando no mirarlo fijo a la cara. Oyó un portazo a sus espaldas, y de inmediato quedó sumido en el silencio. Se esfumó el ruido de la Calle Fleet. La lluvia se oía muy lejana, solo un débil tamborileo en el borde de lo perceptible.

El abrigo del señor Jelliby goteaba sobre las baldosas blancas y negras. Se encontraba en un hall alto y lleno de ecos, y las sombras se cernían sobre él, pesadas y húmedas en los rincones y en los umbrales. No se veía una sola mecha encendida, ni una bujía de gas, ni una vela. En los revestimientos de madera había largas y verdes trazas de hongos. De las paredes colgaban tapices desvaídos, que apenas se veían en la penumbra. Un reloj de pie con caritas en lugar de números permanecía en silencio contra la pared.

—Por aquí, por favor —dijo el duende, adentrándose en el recibidor.

El señor Jelliby lo siguió, aferrando con incertidumbre sus guantes. El mayordomo tendría que haberlos tomado. En una residencia decente lo habría hecho, junto con el sombrero y el abrigo del señor Jelliby. De pronto se volvió consciente del ruido que hacían sus zapatos al golpear el suelo mojado. No se atrevía a comprobarlo, pero imaginó que iba dejando a su paso una estela resbaladiza sobre las baldosas, como una enorme babosa.

El duende mayordomo lo condujo hasta un extremo del hall y subieron las escaleras. Estas eran una masa enorme de madera podrida y tenían esculturas de sirenas de un aspecto tan cruel que al señor Jelliby le dio miedo apoyar la mano en la barandilla.

—El señor Lickerish lo recibirá en la biblioteca verde —le dijo el mayordomo por encima del hombro.

—Ah, muy amable —dijo el señor Jelliby, que no sabía qué más decir. En alguna parte de la casa gimió el viento. Sin duda había quedado alguna ventana abierta, olvidada.

La extrañeza de la Casa Simpar lo inquietaba cada vez más. Era obvio que aquel no era lugar para humanos. Los cuadros de las paredes no mostraban paisajes o ancestros ceñudos como en la casa del señor Jelliby, sino cosas simples, como una cuchara opaca, una jarra con una mosca posada encima, y una puerta rojo intenso en un muro de piedra. Y sin embargo todos estaban pintados con tanta sombra que parecían decididamente siniestros. Se diría que habían usado la cuchara para matar a alguien, que la jarra estaba llena de veneno y que la puerta roja daba a un jardín atestado de plantas carnívoras. No había fotografías ni adornos, pero sí muchos espejos y cortinas, y arbolitos que crecían en las grietas de los revestimientos.

Estaba casi en la cima de la escalera cuando vio a un duendecito encorvado que avanzaba por el balcón que daba al hall. Algo tintineaba en sus manos; el duende se paraba ante cada puerta, haciendo sonidos metálicos, y el señor Jelliby vio que las estaba cerrando con llave una por una.

En el segundo piso la casa se volvió un laberinto, y el señor Jelliby perdió el sentido de la ubicación. El mayordomo lo condujo primero por un pasillo, después por otro, haciéndolo pasar por salones y arcos y por galerías largas y lúgubres, y subir más escalones en dirección al interior de la casa. Cada tanto el señor Jelliby percibía movimientos en la oscuridad. Oía pasitos que corrían y risitas contenidas. Pero en cuanto se volvía no veía nada. *Han de ser los criados*, pensó, pero no estaba seguro.

Unos minutos después pasaron por la entrada de un pasillo largo y muy estrecho, como el de un vagón de tren. El señor Jelliby frenó en seco, para mirar adentro. El pasillo estaba muy iluminado. En las paredes chisporroteaban lámparas de gas, lo que le daba el aspecto de un túnel de oro en llamas que se internara en la oscuridad de la casa. Había en él una mujer que se alejaba a toda prisa, y en su apuro parecía volar como un pájaro, con las faldas moradas flotando tras de sí como alas. Al instante el mayordomo tomó al señor Jelliby del codo y lo llevó por una escalera retorcida, y de nuevo se hallaron entre las sombras.

—¿Disculpe? —dijo el señor Jelliby, soltándose del apretón del duende—. Disculpe, mayordomo. ¿El señor Lickerish tiene esposa?

—¿Esposa? —dijo el mayordomo en su voz dulzona y pegajosa—. ¿Para qué iba a tener una esposa?

El señor Jelliby frunció el ceño.

—Bueno... En fin, no lo sé, pero vi una...

—Aquí estamos. La biblioteca verde. Se servirá el té en un momento.

Se habían detenido delante de una alta puerta en punta hecha de paneles de vidrio verde con forma de anguilas, de algas y de serpientes acuáticas, que se retorcían y se enredaban unas alrededor de otras.

El mayordomo golpeó contra una de ellas con sus largas uñas amarillas.

—¿*Mi Sathir?* —gimió—. *Kath eccis melar*. Ha llegado Arturo Jelliby.

A continuación se dio la vuelta y se perdió en la oscuridad.

La puerta se abrió en silencio. El señor Jelliby estaba seguro de que el duende político asomaría la cabeza para recibirlo, pero nadie lo hizo. En cambio, se asomó él. Al frente se extendía una sala muy larga; era una biblioteca, pero no parecía muy verde. Había unas cuantas lámparas encendidas, lo que le daba un aire acogedor si se la comparaba con el resto de la casa. Alfombras y sillas y mesitas ocupaban el suelo, y cada palmo de las paredes estaba revestido de... *Ajá*. Los libros eran verdes. Todos ellos. Eran de muchas formas y tamaños distintos y, a media luz, le habían parecido iguales a libros cualesquiera, pero ahora que sus ojos se adaptaban veía que, en efecto, esa era una biblioteca de libros verdes. Dio unos pasos, sacudiendo incrédulamente la cabeza. Se preguntó si en esa extraña casa habría también una biblioteca azul de libros azules, o una biblioteca borgoña de libros aborgoñados.

En el extremo opuesto de la sala, contra el resplandor de una chimenea, se recortaban tres figuras.

—Buenas noches, joven Jelliby —lo llamó el duende político cuando él se acercó. Fue una réplica dicha en voz baja, con gran frialdad. El señor Lickerish no ocultó el hecho de que allí el señor Jelliby no era bienvenido.

—Buenas noches, Lord Canciller —dijo el señor Jelliby y se esforzó por sonreír a medias—. Señor Lumbidule, señor Throgmorton, encantado de verlos —hizo una pequeña reverencia y ellos inclinaron a su vez la cabeza. Al parecer tampoco iban a ocultar nada. A fin de cuentas, pertenecían al partido opuesto. El señor Jelliby tomó asiento rápidamente en una de las sillas vacías.

Habían servido refrigerios en una mesa baja. El duende mayordomo entró con una tetera de plata, y entonces todo cobró un aspecto muy respetable e inglés. Sin embargo, la comida no sabía como la inglesa. Ni siquiera como la francesa. Lo que a primera vista parecía un sándwich de paté tenía el gusto de la brisa fría de otoño. El té olía a escarabajos, y la tarta de limón era amarga de modo nada alimonado. Para peor, había un suntuoso incensario de ónix a cada lado de los reunidos, que despedía un humo verdoso. Era de lo más empalagoso y le hacía pensar al señor Jelliby en fruta podrida, moho y moscas zumbonas. Casi igual al aroma que había olido en la cámara del Consejo Secreto, después de que el señor Lickerish agitara los dedos en el bolsillo de su chaleco.

El señor Jelliby apartó su tarta de limón. Miró de reojo a los otros dos caballeros. No parecían en absoluto incómodos. Sorbían su té de escarabajos, sonriendo y asintiendo como para demostrar que todo era de su agrado. Cuando abrían la boca, era para decir algo tan vano que a los dos segundos el señor Jelliby ya lo había olvidado. El duende, por su parte, permanecía inmóvil en su asiento, de brazos cruzados, sin comer ni beber.

El señor Jelliby inspiró, boqueando. El humo verde serpenteaba en su garganta y le daba la sensación de que le estaban llenando los pulmones de seda. Una niebla

empezó a afectar su visión periférica. De pronto le pareció que la habitación temblaba. El suelo se mecía, se sacudía, como olas de madera en un mar de madera. Vagamente oyó al señor Throgmorton preguntarle al señor Lumbidule por el peso de su jabalí mecánico de caza.

—Hay que dispararle con un tipo especial de rifle... —decía el señor Lumbidule —; tiene sangre verdadera, carne verdadera y, si uno se cansa de darle caza, se recuesta en su espalda de hierro y...

El señor Jelliby no soportó más. Tras pasarse un pañuelo por la frente, dijo:

—Disculpe, señor Lickerish, pero me siento indispuerto. ¿Hay un cuarto de baño por aquí cerca?

Los otros dos hombres interrumpieron la cháchara un instante para sonreírle con suficiencia. El señor Jelliby apenas lo notó. Estaba demasiado concentrado en hacer un esfuerzo por no vomitar.

La boca del duende dio un tirón. Este miró al señor Jelliby severamente por un momento y luego dijo:

—Por supuesto que hay un cuarto de baño. A la izquierda de la puerta encontrará el llamador de una campana. Alguien lo acompañará.

—Oh... —el señor Jelliby abandonó con brusquedad su asiento y se alejó a los tumbos de las sillas. La cabeza le daba vueltas. Al cruzar la habitación le pareció que volcaba algo —oyó el ruido y sintió que algo delicado se hacía añicos bajo sus pies —, pero estaba demasiado mareado para detenerse.

Salió de la biblioteca a los tropiezos y buscó el llamador a tientas. Sus dedos rozaron unos flecos. Cerró la mano en torno a una gruesa cuerda de terciopelo y jaló con toda su fuerza. En lo profundo de la casa tintineó una campana.

Esperó, prestando oídos al sonido de pasos, a una puerta que se abriera, a una voz. Nada. La campanada se extinguió. Volvió a oírse la lluvia que tamborileaba sobre el techo.

Jaló de nuevo. De nuevo un tintineo. De nuevo nada.

Muy bien. Buscaría el excusado solo. De cualquier manera, afuera de la biblioteca verde se sentía mejor. La cabeza empezaba a aclarársele y ya no sentía el estómago revuelto. Un poco de agua fría y estaría lo más bien. Volvió sobre sus pasos, bajó por la escalera sinuosa y trató de abrir cada puerta que pasaba para ver si detrás había un excusado. Volvió a pensar en el pasillo iluminado, en la mujer que corría por él. ¿Quién sería? No era una criada. No con esa ropa suntuosa. Tampoco le había parecido una duende.

El señor Jelliby llegó al final del hall y entró en otro. Era el mismo donde se había encontrado hacía menos de veinte minutos, pero ahora que estaba allí él solo le pareció algo más oscuro e imponente. Daba a una sala sucia, con muebles cubiertos con sábanas. Esa sala llevaba a otro hall, que a su vez conducía a una sala llena de jaulas para pájaros vacías y luego a un salón fumador, estancias que no se parecían en nada a las que había cruzado. Se dio cuenta de que ya no estaba buscando un

excusado. Buscaba el pasillo de las lámparas de gas, y se preguntaba si la mujer seguiría ahí y si podría descubrir quién era. Estaba a punto de dar la vuelta y de buscar por otra parte cuando una habitación se abrió hacia otra y se encontró a la entrada del pasillo brillante.

Hubiera jurado que antes estaba en otro lugar. ¿No había un jarrón con rosas marchitas a su izquierda? ¿Y un aparador con una frutera color hueso encima? Pero ahí estaba el pasillo largo y estrecho que tanto se parecía a los de los vagones. No podía haberse movido.

El pasillo estaba vacío. Las puertas estaban cerradas por ambos lados; sin duda, el duende al que había visto antes les había echado llave. Se adentró un paso, con los oídos atentos. El golpeteo distante de la lluvia desapareció. No había sonido alguno: solo una ligera vibración, un zumbido que no se oía sino que se sentía. Estaba dentro del revestimiento de madera, en el suelo y le hacía cosquillas en el interior de la frente.

Avanzó hasta el fondo del pasillo, rozando con la mano cada puerta que pasaba. La madera de la última puerta estaba tibia. Debía de haber un fuego encendido en la sala de adentro. Acercó un oído a la puerta. Al otro lado se oyó un golpe pesado, como si un objeto grande hubiera caído al suelo. *¿La mujer estará ahí dentro? ¿Se habrá caído?* Qué problema. Cabía suponer que se había resbalado de una silla al querer alcanzar algo y ahora estaba tirada con un hueso roto. Giró el picaporte de la puerta. Estaba cerrada con llave. Agarró el picaporte con las dos manos y empezó a sacudirlo. Se oyó otro sonido detrás de la puerta: una respiración agitada y algo así como un raspado. Empezó a golpear la puerta. *La mujer no está inconsciente. Pero ¿estará sorda? ¿Muda?* Tal vez tendría que ir a buscar a un criado de una corrida. Pero antes de que pudiera plantearse bien esa idea, oyó un tremendo estrépito de madera rota, y la puerta quedó hecha trizas a sus pies. Delante de sus ojos se reveló una habitación iluminada por un hermoso fuego y en la que había un escritorio con sapos tallados. Estaba vacía. Muy, muy lejos, oyó un grito. Tan lejos que no supo si lo estaba imaginando.

Y entonces apareció el mayordomo a la entrada del pasillo, con su ojo verde echando chispas y la maquinaria de su cara sacudiéndose a lo loco.

—¿Qué es esto? —gritó—. Pero ¿qué ha hecho?

El mayordomo empezó a correr, con los largos brazos extendidos al frente como las garras de un horrible insecto.

—Oh, oh, cielo santo —tartamudeó el señor Jelliby—. Mil perdones. No era mi intención...

—¡Señor Lickerish! —se desgañitó el mayordomo—. *¡Sathir, el eguliem pak!* —su voz se hizo tan aguda que la última palabra casi le reventó los tímpanos al señor Jelliby. En alguna parte de la casa se abrió una puerta, después otra. Se oyeron pasos por los pasillos y las escaleras; no eran fuertes, pero se acercaban aprisa.

Qué problema, pensó el señor Jelliby.

El mayordomo llegó hasta él y lo tomó del brazo, acercándole tanto la cara que el señor Jelliby pudo oler su aliento fétido.

—¡Venga conmigo ahora mismo! —casi ordenó el mayordomo—. Vuelva a la casa —y por poco lo sacó a rastras del pasillo iluminado, hasta llegar a la sólida oscuridad que quedaba más allá. Alguien los esperaba allí. Un grupo formado por varios “alguien”. El señor Throgmorton y el señor Lumbidule, el señor Lickerish con los ojos dilatados y, entre las sombras, un corrillo de duendes de menor rango, que susurraban “*pak, pak*” entre ellos.

—No... no era un excusado —dijo el señor Jelliby débilmente.

El señor Throgmorton soltó un ladrido de risa.

—Ah, ¡qué sorpresa! Y aun así echó la puerta abajo. Señor Jelliby, las puertas de los excusados se cierran con llave por buenas razones, si no me equivoco. Se cierran cuando están en uso, cuando no se los debe usar o cuando no son, de hecho, un excusado.

El señor Throgmorton volvió a reír; le temblaban los labios gruesos. El señor Lumbidule se le unió. Los duendes solo observaban, con expresión inescrutable.

De repente el señor Lickerish batió las palmas, produciendo un sonido claro y severo. A los dos políticos se les atragantó la risa.

El duende se volvió hacia el señor Jelliby:

—Es hora de que se vaya —y su voz hizo que el señor Jelliby deseara encogerse y caer por entre las grietas del suelo de madera.

Más tarde el señor Jelliby no recordaría cómo regresó al hall de la escalera con sirenas. Solo recordaba caminar, caminar por pasillos interminables, con la cabeza gacha para ocultar su vergüenza. Y luego se veía ante la puerta, y el mayordomo lo invitaba a salir. Pero antes de salir de un tropiezo a la desdicha interminable de la ciudad, recordaba haber vuelto la vista hacia las sombras de la Casa Simpar. Y ahí dentro, en el descanso de la escalera, estaba el duende político, un destello de blanco en la oscuridad. Observaba al señor Jelliby con las manos pálidas cruzadas sobre los botones plateados de su chaleco. Su cara era una máscara plana e inescrutable. Pero sus ojos seguían bien abiertos. Y al señor Jelliby se le ocurrió que un duende con los ojos bien abiertos no era un duende sorprendido. Era un duende furioso.

Capítulo V

Invitar a un duende

BARTOLOMEO abrió los ojos. El aire apestaba. Estaba en su propia cama y la luz entraba a chorros por la ventana. Su madre se inclinaba sobre él. Queta se agarraba a sus faldas, mirándolo como si fuera un animal salvaje.

—¿Barti? —la voz de su madre temblaba—. ¿Y bien, Barti?

Intentó incorporarse, pero el dolor estalló en sus brazos, y se desmoronó, sofocando un grito.

—Bueno, ¿qué pasa, madre? —preguntó en voz baja.

—No te hagas el tonto conmigo, Bartolomeo Perol. ¿Quién te hizo esto? ¿Al menos viste quién te hizo esto?

—¿Hacer qué? —le dolía la piel. ¿Por qué le dolía tanto? El tormento llegaba al hueso, lo pinchaba y latía como si tuviera gusanos debajo, mordiéndolo.

Su madre apartó la vista y gimió con la cara en las manos:

—¡Rayos y centellas, está amnésico!

Después se volvió hacia Bartolomeo y dijo prácticamente a gritos:

—Te han hecho jirones a los arañazos, eso te hicieron. ¡Han dejado a mi bebé hecho jirones! —levantó la esquina de la manta de lana de Bartolomeo.

Queta ocultó su cara.

Bartolomeo tragó saliva. Todo al frente de su cuerpo, por sus brazos y su pecho, había rayas color rojo sangre, arañazos finos que se retorcían y se arremolinaban por su piel blanca. Eran muy ordenados. Formaban una figura, como la escritura que estaba en la habitación de los pájaros mecánicos. De un modo violento y aterrador parecían casi hermosos.

—Oh... —suspiró—. Oh, no. No, no, yo...

—¿Fueron duendes o personas? —había miedo en la voz de su madre. Miedo vivo, desesperado—. ¿Alguno de los vecinos descubrió que eras un sustituto? ¿Juan Mediaslargas, o la mujer esa, Malita?

Bartolomeo no respondió. Su madre debía de haberlo encontrado en la calle. Recordaba haber salido a rastras, medio entumecido por el dolor, del jardín de los Buddelbinster. *Los adoquines roñosos contra la mejilla.*

Me preguntaba si no me pasaría por encima un carruaje. No podía contarle a su madre sobre la mujer del vestido ciruela. No podía contarle sobre el sustituto, los hongos, ni los pájaros. Sería para peor.

—No me acuerdo —mintió. Probó de frotarse los arañazos, como si el rojo fuera a borrarse. El dolor se hizo más agudo, al punto que se le nubló la vista. Las líneas, vivas y continuas, no se alteraron.

Alzó la mirada. Queta lo espiaba. La cara de su madre estaba demacrada, la boca

arrugada para evitar temblar, el miedo de sus ojos a punto de propagarse en un nuevo ataque de histeria.

—Tengo que salir, madre —dijo—. A preguntarle a alguien. Lo arreglaré todo.

Se levantó, tambaleándose un poco cuando el dolor lo golpeó con toda su fuerza. Agarró su ropa sucia, que colgaba de la cabecera de la cama. Después se dirigió a la puerta, cojeando tan rápido como podía.

Su madre intentó detenerlo, pero él la apartó de un empujón, salió del departamento y avanzó por el pasillo.

—¡Por favor, Bartolomeo! —gimió su madre desde la puerta—. Vuelve adentro. ¿Qué pasará si alguien te ve?

Bartolomeo se echó a correr. Iba a invocar a un duende. Tenía que hacerlo. De repente estaba claro como el agua. Un duende doméstico le diría qué era un anillo de hongos, adónde llevaba y por qué las criaturitas aladas habían escrito sobre su cuerpo. Tal vez los mantuviera seguros y les trajera suerte. Y sería su amigo. Un amigo real que hiciera más que saludar por la ventana.

Arreglaré todo.

Subió cojeando al ático. Por la mañana, cuando los pasillos estaban vacíos y las motas de polvo daban lentas volteretas en medio de los rayos de luz que entraban por la ventana, la casa inspiraba seguridad. Pero no era segura. En el gueto de los duendes nadie dormía después de las cinco, si es que dormía, y Bartolomeo prefería no saber qué cosas ocurrían detrás de las paredes carcomidas. Un brusco ruido metálico llenaba el pasillo que iba hacia la puerta de Mediaslargas, y del otro lado se oía lo que parecían cuchillos frotándose entre sí. En el departamento de Dedipincho corrían y chillaban unos *piskis*. En el tercer piso, el olor a nabos hervidos y a ropa de cama mohosa era asfixiante, hacía más calor y el aire parecía espeso como algodón.

Delante de Bartolomeo se abrió una puerta, y apenas consiguió esquivarla. Salió una matrona duende, que cerró la puerta de un puntapié.

A Bartolomeo se le contrajo la garganta. *Encima de todo, eso.*

Estaba muy cerca. Bartolomeo veía cada arruga de su delantal, las florecitas azules bordadas en su gorra desvaída y arrugada. Por un aciago momento, la duende se detuvo, con la cabeza alzada, como prestando oídos. Si giraba los ojos aunque fuera un pelito, lo vería ahí parado, inmóvil en medio del pasillo. Vería su cara en punta y, en sus brazos, el hilván sangriento de los rasguños.

Uno, dos, tres...

Al final la duende vieja resopló y se alejó pesadamente por el pasillo. Tras ella, unos ruidos, después un golpe. Se detuvo en el acto y se volvió.

Pero los talones de Bartolomeo ya habían desaparecido por la trampilla que llevaba al ático.

Una vez dentro del tejado secreto, tomó de su escondite entre las vigas un viejo tazón de lata y volcó su contenido en el suelo.

Su madre le había prohibido invitar a un duende doméstico, pero qué sabía ella.

Solo le tenía miedo a los duendes. Así había sido desde que el padre *sidhe* de los niños se había ido durante la noche, para no volver. Aunque eso era diferente; Bartolomeo se daba cuenta. Su padre había sido un duende encumbrado, artero y egoísta, y había apartado a su madre de su compañía de teatro cuando era joven, bonita y vivaz. Su madre había abandonado todo para huir con él. Y después, cuando ella perdió su cara bonita y se le ajaron las manos por efecto de la lejía, e iba de un lado a otro para alimentar a los niños, él simplemente se había ido. Desde entonces su madre no había hablado con ningún duende. Bartolomeo apenas recordaba a su padre, pero sabía que había tenido miedo a esos ojos negros que siempre lo enfocaban con disgusto y, quizá, con un atisbo de interrogación. Una vez su padre le había hablado en un idioma extraño, durante un rato que pareció durar horas, y cuando terminó y Bartolomeo simplemente se quedó ahí de pie, mudo y con los ojos bien abiertos, su padre se enfureció y arrojó todos los platos de su madre contra la pared. Los duendes domésticos no eran así, pensó Bartolomeo. Nada tan frío y volátil. Más bien eran como animales, decidió, como aves muy inteligentes.

Miró sombríamente los objetos que tenía delante, procurando ignorar el dolor de sus brazos. El duende no los ahorcaría dormidos. Claro que no. En uno de los libros de Bartolomeo, dibujada en tinta negra, había un criaturita temblorosa, no más alta que el candelero contra el que se tenía de pie. El duende llevaba una gorra con una pluma y en su espalda crecían pétalos de campanilla. Era una monada.

Bartolomeo recogió una de las ramitas y la dejó caer. *¿Por qué mi madre me prohíbe cosas?* Así era peor. Se equivocaba. Ya se daría cuenta cuando el duende doméstico resolviera todos sus problemas. Después de que Bartolomeo hiciera que el duende le borrara los rasguños y le dijera cosas y jugara con él al escondite en el ático, lo pondría a trabajar. Ayudaría a remendar, a llevar recados y a limpiar la estufa panzona en la que calentaban agua para lavar. Su madre no tendría que trabajar tanto, y quizás un día podrían salir de allí y vivir en una habitación hermosa como la de las cortinas verdes y la chimenea.

Ya vería su madre.

Tras cerrar de un golpe un volumen polvoriento, Bartolomeo se dispuso a invitar a un duende.

El duende doméstico, o “duende hogareño”, es un ser mágico proveniente del País Antiguo, situado tras la puerta de los duendes. Es inmaterial y capaz de manifestarse en todas formas y tamaños. La apariencia de tu duende dependerá por completo de su carácter y de su humor.

Para invitar al duende debes encontrar un lugar tranquilo, apartado y muy silencioso. Los huecos mohosos y oscuros que se forman cerca de los bosques son especialmente aptos. (No temas, el duende te seguirá hasta tu casa.) Recoge un montoncito de hojas, paja, ramitas y demás fibra vegetal. Entrelázalas formando un montículo hueco, y deja una abertura en la base. (Esta es la puerta para que entre el duende.) Enreda trozos de comida natural (como bayas de saúco y anís) en las

paredes de la morada. Pon dentro:

Una cuchara (pero NO de hierro).

Una cinta de color vistoso.

Un dedal.

Un pedazo de vidrio.

Pedacitos de comida doméstica (como pan o queso).

Por último, agrega por encima una pizca de sal. Los duendes aborrecen la sal por sobre todas las cosas, pero al poner un poco sobre tu ofrenda le infundirás respeto. Sin embargo, no pongas DEMASIADA sal, o el duende te tendrá más miedo que al mismo Diablo y no te servirá para nada.

Nota: cuanto mejor sea la calidad de cada artículo, más alta será la probabilidad de atraer al duende. Además, la calidad de los artículos es directamente proporcional a la calidad del duende que se deja atraer por ellos. Con una cuchara de plata y una cinta de seda es bastante probable obtener un duende amable y bueno.

Y después, en una letrita descolorida:

Extracto de la original Enciclopedia de duendes, de John Spense, 1779. Thistleby & Sons Ltd. no garantiza la eficacia de los actos arriba consignados ni se hace responsable por cualquier resultado indeseable.

Bartolomeo había leído eso tantas veces que casi podía recitarlo de memoria, pero lo leyó de nuevo una última vez. Luego recogió los ingredientes y puso manos a la obra. Le había llevado meses reunir los artículos que se mencionaban, buscándolos y ocultándolos en su caja de tesoros. Las hojas provenían de la hiedra que trepaba por el muro trasero de la casa. La paja la había tomado de su almohada. Había sustraído de la cocina una cuchara, mendrugos, tres cerezas secas y lo que quedaba de sal.

Veinte minutos más tarde, Bartolomeo se limpió las manos y se sentó a estudiar su obra. La morada del duende no parecía muy atractiva. De hecho, era deprimente, como si alguien hubiese vaciado un cubo de basura en el suelo. Empezó a preguntarse si aquello no sería una tontería imposible. La piel le dolía muchísimo. No sabía cuánto tiempo le llevaba a un duende encontrar una morada así, y tampoco sabía si debía esperarlo o si debía irse y regresar más tarde. ¿Y qué pasaría si el duende *no* ayudaba? ¿Qué pasaría si no quería ser su amigo y echaba a perder la leche, como había dicho su madre? Cuanto Bartolomeo más pensaba en eso peor se sentía, hasta que sacudió lastimosamente la cabeza y fue a sentarse junto a la ventana redonda. Abrazándose las rodillas, miró hacia afuera.

Un perro negro y sarnoso paseaba cerca de la cuneta, en busca de una hoja de repollo o de un hueso. En el fondo del callejón, dos hombres conversaban bajo la sombra azulada de unos aleros. Del tajo del cielo bajaba una luz color miel. Enfrente, la casa de los Buddelbinster se arrellanaba sobre sí misma. La mujer con cara amarga estaba en el jardín, con un cesto de ropa lavada apoyado en la cadera. Estaba tendiendo las sábanas sobre la hierba para que se secaran. Una, dos, diez veces, pasó arrastrando los pies por donde había estado el círculo de hongos, pero nada ocurrió.

Ni alas ni viento. Aquello ya no surtía efecto. La magia había desaparecido.

La mirada de Bartolomeo se paseó por la casa. Algo se agitaba en la ventana más alta. Se puso tenso, esperando a medias que apareciera una vez más la silueta oscura que había visto allí el día en que se llevaron a su amigo. De pronto la ventana se abrió y alguien apartó unas cortinas delgadas. Era la madre duende, que estaba sentada en una silla recta de madera, con la cabeza en alto y las manos en el regazo, mirando por la ventana.

Bartolomeo se alejó de la suya. Rara vez la había visto. Aunque, la verdad, rara vez veía a nadie. La mujer era una criatura del bosque, pequeña y delicada, con una corona de astas en la cabeza. Era casi bonita. A excepción de los ojos, que eran planos y sin vida y enfocaban el jardín como si fueran canicas ciegas. Había estado llorando.

Perplejo, Bartolomeo se la quedó mirando. *¿Extrañaba a su hijo? ¿Lo habían raptado?* Él casi se había convencido de que la dama de morado era una especie de maga, una pariente, y que se había llevado al niño a su casa para darle una vida mejor. Pero, de pronto, dudaba. Aquella no era la cara de una madre que se siente sola. Era la cara vacía e incrédula de alguien que carga con tanto sufrimiento que nada puede hacer con él, alguien con tal puntada en el corazón que ni todo el llanto ni los gritos del mundo la podrían aliviar nunca.

En el jardín, la mujer con cara amarga seguía tendiendo la ropa lavada. Le daba la cara a la casa; incluso pasó bajo la ventana varias veces, pero ni una levantó la vista para mirar a la duende. *Qué persona tan maleducada y miserable*, pensó Bartolomeo. Volvió a mirar a la madre duende.

Su boca empezaba a moverse. Sus labios formaban palabras, pero él estaba demasiado lejos para oírlas. La mujer cruzaba y descruzaba las manos sobre su regazo. De a poco empezó a mecarse en su silla. La mujer con cara amarga seguía tendiendo la ropa, convirtiendo el jardín en un tablero de ajedrez hecho de fundas para almohadas y de hierba marchita.

Bartolomeo se acercó más al vidrio. Se estaba levantando brisa. Las volutas de la cortina blanca flotaban cerca de la cara de la duende, delante de sus astas y de sus ojos. Ella no se movió de su silla.

La brisa cobró fuerza. Las sábanas y otra ropa de cama empezaron a moverse, deslizándose por la hierba del jardín. Pasó una sombra. Bartolomeo alzó la vista y notó que el cielo estival había descendido y se enfurecía, oscureciéndose de pronto. Las sábanas se arrugaron y acabaron todas revueltas.

La mujer con cara amarga seguía atareada y tendía más sábanas, pese a que las otras se retorcieron en el jardín. En el fondo del Callejón del Viejo Cuervo los hombres seguían conversando. El perro había encontrado alguna porquería y la mordisqueaba con pereza. Ninguno parecía percatarse de la oscuridad que se cernía sobre ellos.

Ahora la brisa era un viento que revolvía las sábanas, las agitaba y las levantaba

en el aire. Las cortinas se desgarraban y flameaban en la ventana tras la que permanecía sentada la duende madre, ocultándola y exhibiéndola alternadamente en contraste con su blancura.

De pronto se oyó un chillido espantoso, como cuando el metal frota metal. La cara de la duende explotó a solo centímetros de la suya, apretada contra el otro lado de la ventana de Bartolomeo. Los ojos de la duende eran enormes, negros como la muerte, y hundidos. Por sus mejillas corrían lágrimas, demasiadas lágrimas. Su boca estaba abierta.

Bartolomeo gritó. Trató de apartarse del vidrio, pero no pudo moverse. Tenía el cuerpo frío, duro como la bomba de agua en invierno. La boca de la duende se abrió aún más y emitió un horrendo gemido plañidero.

—No lo oirás venir —gritaba, y sus ojos se pusieron en blanco.

Bartolomeo lloraba, temblando, con los pulmones constreñidos por el terror.

—No oirás nada. Las pezuñas en el suelo de madera. La voz en la oscuridad. Vendrá a buscarte, y no oirás nada.

Bartolomeo tapó la ventana con las manos, desesperado por cubrir esa cara.

Pero ella soltó una risa angustiosa y luego empezó a cantar:

“No lo oirás tocar a tu puerta. No lo sabrás hasta que sea demasiado tarde, demasiado tarde, ¡demasiado tarde!”.

Espantado, Bartolomeo cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza contra el suelo.

A la mañana siguiente, cuando Bartolomeo aún estaba en cama, su madre entró con una olorosa cataplasma y con un paño húmedo para su frente. Al pensar en lo anterior —la casita del duende en el ático, la ventana redonda y la cara—, Bartolomeo se sintió mil veces peor.

—¿Madre? —dijo en voz baja—. Madre, ¿oíste algo sobre los Buddelbinster?

—¿Los Buddelbinster? —estaba casi tan ronca como él—. No te preocupes por ellos. Ya bastante mala suerte tenemos. No necesitamos la de nadie más.

—¿Mala suerte? —Bartolomeo se incorporó un poco—. ¿Por lo de su hijo?

—Shhh, Barti, recuéstate. No, el hijo no. La madre. Se volvió loca de dolor, dice Marinube, pero son rumores. Lo más probable es que haya muerto de cólera. Parece que en Londres hay una epidemia.

Su madre terminó de aplicar la cataplasma y salió. La puerta chata se cerró y a continuación lo hizo la de calle. Bartolomeo oyó a Queta caminando por la cocina, y el tintineo de un cuenco. Unos minutos después su hermana entró en la habitación diminuta, con los brazos desnudos. Había exprimido las bayas que su madre utilizaba para darle color a la ropa al lavarla, y se había pintado rayas torpes y entreveradas en los brazos.

—Hola, Barti —dijo, y le sonrió.

Bartolomeo se la quedó mirando. Estuvo a punto de gritarle: *Qué tontería has hecho. ¡Qué tonta eres y qué poco sabes!*

Queta no paraba de sonreír.

—¿Adónde fue mamá? —preguntó él al rato.

Queta dejó de sonreír y se trepó a la cama.

—Fue a buscar rábanos para el desayuno. No pasa nada, Barti.

Bartolomeo miró los brazos de ambos: los de Queta llenos de rojo, al lado de los suyos, con sus delicados rayones. Entendió por qué ella lo había hecho.

—Caramba, ¿a que somos los más lindos de Bath? —dijo, y después fueron hasta la bañera y él la ayudó a lavarse la tintura. Cuando la madre volvió con los rábanos los dos estaban sonriendo.

Capítulo VI

Melusina

PAC, sust.: Palabra duende que significa “alguien de nariz larga” o “espía”. (No confundir con el tipo de duende llamado “puc” o “puca”, maligno ser que cambia de forma y cuya astucia y su escandalosa falta de reserva moral ilustran una vez más la naturaleza corrupta del duende.)

El señor Jelliby cerró el diccionario y se agarró la cabeza, dejando que el volumen encuadernado en piel resbalara por su regazo. Cayó en la alfombra y quedó allí, con el lomo hacia arriba y las páginas arrugadas.

Sus labios soltaron un gemido grave. Pensaban que había estado espionando. El señor Lickerish, Lord Canciller de la Reina, lo creía un espía. *A él, nada menos.* Sin duda personas como Throgmorton y Lumbidule no tendrían reparo en echar abajo una puerta o dos para enterarse de los asuntos de los demás. Pero el sospechoso resultaba ser el señor Jelliby, que se cansaba solo de levantarse de la cama y no sentía deseos de meterse en lo que no le incumbía. No estaba acostumbrado a que desconfiaran de él, y eso lo alteraba mucho.

Tras su vergonzosa partida de la Casa Simpar, estuvo de un humor de perros durante días. Ofelia se dio cuenta casi al instante, pero cuando le preguntó qué le ocurría él no le dijo nada. Dejó de ir a su club. Dejó de recibir a las visitas que acudían a su casa de Plaza Belgravia. En el estreno de la ópera *Semiramide* estuvo ausente del palco familiar, y hasta se quedó en casa en vez de ir a misa el domingo por la mañana. Cuando por fin Ofelia le planteó cara a cara que una de sus queridas amigas le había contado lo sucedido y que no había de qué preocuparse, se encerró en su estudio y se negó a salir.

Él conocía a las “queridas amigas” de Ofelia. Vaya si las conocía. Eran unas chismosas. Se ocupaban de saberlo todo sobre todo el mundo y luego se arrojaban la información una a otra como flores en una boda. Si habían obtenido alguna noticia escandalosa, sería la comidilla de todos los salones de Londres. Qué humillación. Qué deshonor para su nombre. La gente siempre lo había considerado una persona agradable y un poco distraída. La clase de persona a la que se puede invitar a reuniones sin temor a que vaya a sacar temas como la integración de los duendes o las novelas de Charles Dickens. Nadie le había prestado nunca mucha atención al señor Jelliby, pero al menos no habían pensado mal de él. ¿Y ahora? Ahora inventarían historias descabelladas. En su mente vio una bandada de ocas de cuello largo, con enaguas y miriñaques, sentadas en salones mal ventilados, hablando de él.

—¿Sabías, Gertrudis, que echó abajo una puerta? ¡Así como lo oyes! En casa del Lord Canciller. Mira, detrás de esa pinta suya de buen mozo y de todas sus sonrisas debe de ocultarse un tipo bastante violento.

—Casi seguro que sí, Muriel. En su profesión es necesario. Y solo el cielo sabe cómo se las arregla la pobre Ofelia con esa espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza. Es un ángel: nunca se queja y solo dice cosas buenas de él. Pobrecita. Y es obvio que él es un vil espía...

Y eso no era lo peor. Lo aterraba completamente la próxima reunión del Consejo Secreto. El señor Lickerish estaría presente. Y los demás miembros estarían presentes, todos muy bien informados, todos preguntándose si trabajaba para los norteamericanos, para los franceses o para alguna organización antiduendes. Todos preguntándose cuánto le pagaban.

Pero el día llegó, más allá de que él lo quisiera, y cuando Ofelia acercó la oreja a su puerta y le dijo que debía prepararse, él le gruñó que enviara al valet en su lugar con una nota.

—Eso no hará más que empeorar las cosas, Arturo —dijo ella, apoyando la cabeza en la puerta—. ¡Tienes que enfrentarte a ellos! No hay nada que temer —esperó una respuesta, y al no obtener ninguna agregó con suavidad—: Yo no creo que estuvieras espionando al señor Lickerish. Y tú *sabes* que no lo hacías. No hiciste nada malo salvo ese pequeño accidente con la puerta, y ya le envié una sincera disculpa al señor Lickerish, con seis guineas para el arreglo.

El señor Jelliby refunfuñó y atizó las cenizas frías de la chimenea.

—Seis guineas. Seis guineas no arreglarán mi reputación. Nunca más podré asomar la cara en público. Gracias a tus tontas amigas es como si hubieran publicado todo en la primera plana del *Times*.

Ofelia suspiró.

—Ay, Arturo, le estás dando más importancia de la que tiene. ¡La gente siempre habla! Siempre inventa y adorna las cosas para que parezcan más interesantes. Sin duda recuerdas la vez que me puse el vestido azul en vez de guardar luto por el fallecimiento de mi padre, y aunque lo hice por error, de todos modos corrió la historia de que papá no era mi padre y de que me habían adoptado en la India. ¡En la India, querido! Lo único que se puede hacer es no prestar atención a esas cosas. Preséntate con alegría y confianza y...

Tuvo que seguir en esa vena por unos buenos quince minutos, reconfortándolo con paciencia mientras él rezongaba y refunfuñaba. Pero pocas cosas son tan persuasivas como el tiempo, y al final el señor Jelliby dijo:

—Ah, ¡al diablo con todo! —y se vistió, se peinó y salió de la habitación con cautela, como si esperara que toda la casa se abalanzara sobre él apenas pisara el recibidor. Casi se sorprendió al ver que la criada solo le hacía una reverencia, Brahms estaba de buen humor y el gnomo anciano que, para su desgracia, tenía de chofer no se mostraba peor dispuesto hacia él que de costumbre.

Ese día las carretas y los carruajes de vapor taponaban las calles más que el humo, pero el gnomo dio un rodeo por la Calle Colinot y el señor Jelliby llegó a Westminster con tiempo. Se apeó del carruaje frente a la Puerta Sur y se quedó quieto

unos momentos, en medio de la muchedumbre de manifestantes y vendedores de periódicos que solía reunirse allí. Las cenizas de las chimeneas se posaron en su abrigo. Inspiró hondo y entró decidido al frío hall.

Todo el aliento que le había dado Ofelia se evaporó en cuanto pisó aquellas enormes baldosas de piedra. De pronto volvió a ser un niño, el alumno nuevo que entra en el comedor del internado por primera vez y siente que cada risita y cada mirada de soslayo le provocan punzadas de vergüenza en las sienes. Caminó con los ojos fijos en sus zapatos, deseando ser capaz de pasar volando delante de todas esas caras entrometidas. Solo cuando se sentó en el rincón más alejado y oscuro de la sala del Consejo Secreto se atrevió a levantar la vista. Un criado lo miró desde donde lustraba las patas de una silla. Por un momento se contemplaron el uno al otro. Luego el criado se encogió de hombros y volvió a ocuparse de su tarea. El señor Jelliby se dejó caer hacia atrás. *Caray*. No había nadie más en la sala. Había llegado ridículamente temprano.

No podía quedarse ahí sentado veinte minutos. No mientras fueran entrando los lores y los barones con la nariz en alto y los ojos perplejos. Se levantó y salió, y atravesó el hall a buen paso para que cualquiera que lo viese pensara que iba a algún sitio. En el nuevo palacio había kilómetros de pasillos, todos muy anchos y algo oscuros pese a los faroles de gas alineados en las paredes. Al principio halló gente por todas partes y el aire lleno de voces, pero cuanto más se alejaba más desiertos se volvían los pasillos, hasta que no oyó nada salvo el lejano tictac de un reloj que resonaba al ritmo de sus pasos. Tras varios minutos empezó a sentirse medio sonso caminado aprisa por un pasillo vacío tras otro. Se detuvo ante una puerta, escuchó y, al no oír nada, entró.

La habitación era pequeña, del tamaño de un guardarropa si se la comparaba con otras cámaras del palacio. En la pared que daba al río había un gran ventanal, y el resto estaba cubierto de estanterías vacías, excepción hecha de un enorme armario de nogal, junto a la puerta. No había cortinas, papeles ni fotografías. El señor Jelliby supuso que sería una oficina que aún no habría ocupado uno de los empleados. Tanto mejor. Se sentó en el piso de madera desnuda, decidido a esperar. En diez minutos regresaría aprisa a la cámara del Consejo y pasaría desapercibido entre la multitud de caballeros.

Era una habitación muy silenciosa. La ausencia de libros en los estantes le daba un aire hueco y, de alguna manera, falta de vida. Sacó su reloj y esperó que se moviera el minutero. *Tic*. Se puso a tamborilear con los dedos en el suelo. *Tic*. Pasaron dos personas por el pasillo. “De lo más inapropiado...”, oyó antes de que las voces desaparecieran. *Tic*. Más pasos. Se acercaba otra persona por el pasillo, a pasitos ligeros. El señor Jelliby se puso de pie y se estiró. Los pasos se acercaron. *¿Se hacían más lentos? Oh, cielos, no podían detenerse. Seguirían de largo. Tenían que seguir de largo.*

Los pasos se detuvieron, justo ante la puerta de la oficina vacía.

El señor Jelliby apretó con tal fuerza su reloj que casi quebró la esfera de vidrio. Sus ojos revolotearon por la habitación. *¿Qué hacer?* Podía ir a la puerta y dar la cara ante quienquiera que estuviese por entrar. O podía esconderse. Esconderse en el armario y esperar con las más grandes esperanzas a que quienquiera que fuese se fuera rápido y no tuviera el menor interés en los armarios de nogal. El señor Jelliby optó por el armario.

Se trataba de uno de esos extraños armarios de oficina que son en realidad una diminuta recámara, con cajones y compartimentos para tinta y sobres en las paredes. Tenía un banquito acolchonado y una lámpara de kerosén. En la puerta había un panel de vidrio esmerilado. El señor Jelliby se metió con prisa y torpeza y, cuando estaba bien al fondo, cerró la puerta.

Justo a tiempo. La puerta que daba al pasillo se abrió sin hacer ruido. El señor Jelliby contuvo el aliento. Y Juan Wenceslao Lickerish entró en la habitación.

Al señor Jelliby le llevó un segundo hacerse una idea de su mala suerte. Tenía que ser un sueño. Tal vez había una pérdida en el palacio y había aspirado gases, o se había intoxicado con la comida, y el efecto se presentaba ahora en forma de alucinaciones y dolor de cabeza. Pero no. Se trataba de la vida real. El hecho lo hizo montar en cólera.

¡Maldita sea! ¡Al diablo con todo! Por supuesto que era el duende político. Y por supuesto que ese insufrible cabeza hueca elegía esa habitación entre los cientos de habitaciones que había en Westminster. Si ahora lo descubrían, el señor Jelliby no solo saldría humillado. Lo investigarían, le negarían la entrada a su club y a sus salones favoritos, y tal vez hasta lo arrestaran. Esconderse en el mobiliario de una cámara privada del Parlamento pocos días después de que se rumoreara que era un espía no se prestaba a interpretaciones favorables. Con unas pocas palabras bien elegidas, sus adversarios podrían echarlo del Parlamento para siempre. El señor Jelliby pensó en salir del armario de golpe y gritarle al duende que le traía una mala suerte inmensa y que no quería tener nada que ver con él. Pero, desde luego, nunca se habría atrevido a hacerlo. Se quedó ahí sentado, atornillado al banco, mirando por el panel de vidrio.

El duende fue hasta el centro de la habitación y miró a su alrededor. Se acercó a la amplia ventana con parteluz que daba al Támesis, recorrió el pestillo y la abrió. Sacó una mano. Algo se movió en su palma: plumas de metal y resortes. Un gorrión mecánico. Levantó vuelo desde la palma de Lickerish, aleteando por un instante en el aire. El señor Jelliby vio cómo una cápsula de latón reflejaba el sol y el brillo de una patita. Luego el ave cruzó el río al vuelo y se perdió entre las cintas de humo que despedían los techos de la ciudad.

El señor Jelliby inspiró con mucho cuidado. *Una cápsula.* De manera que llevaba un mensaje. El pájaro era un pájaro mensajero, como los que habían usado sus abuelos cuando no existían las máquinas de hablar y los telégrafos. Con la diferencia de que los que usaban sus abuelos tenían corazones palpitantes y plumas suaves. Un

artilugio como el que acababa de lanzar el duende no era barato. En casa del señor Jelliby no había ninguno. Ofelia no se llevaba bien con esas cosas, sofisticada como era, y le interesaba más la magia que la maquinaria. Pero él los había visto a menudo al salir de paseo: autómatas en forma de perros, cuervos e incluso gente, mirando con ojos redondos y brillantes desde las vitrinas de las refinadas tiendas de mecanoalquimia situadas en Calle Jermyn. Los caballos mecánicos eran el último grito de la moda. Horrendos y ruidosos, despedían vapor por todas las articulaciones y se parecían más a rinocerontes que a caballos, pero el Rey de Francia tenía un establo lleno, y la Reina de Inglaterra, para no ser menos, había comprado suficientes para ocupar un campo entero, y pronto todos los duques y miembros de la baja nobleza tuvieron al menos una diligencia tirada por un caballo mecánico.

El duende cerró la ventana y se volvió para irse, mirando de nuevo en torno a la habitación. Estaba a pocos pasos del pasillo cuando la puerta se abrió nuevamente y casi le rompió un par de sus filosos dientes.

Desde su escondite en el armario, el señor Jelliby no veía al visitante, pero sí vio que la cara del Lord Canciller se contraía, sus ojos se endurecían y sus manos estiraban la tela de su saco. Era alguien conocido. Alguien a quien el duende no quería ver.

—Pedazo de cera maloliente —chilló el señor Lickerish—. ¿Qué haces aquí? ¡No deben vernos juntos, Melusina! ¡No en público!

Era la dama que el señor Jelliby había visto correr por el pasillo brillante de la Casa Simpar. El señor Lickerish la hizo entrar de un tirón y cerró la puerta detrás de ella, para luego deslizar con fuerza el pasador.

La mujer fue hasta el centro de la habitación.

—No estamos en público —dijo, volviéndose para mirar al duende.

El señor Jelliby se la quedó mirando. Sus labios, de un rojo carmesí que resaltaba en medio de su piel empolvada, no se habían movido. La voz provenía de las inmediaciones, pero no era una voz de mujer. Ni siquiera era una voz de hombre. Era una voz atiplada, fría y perezosa que al señor Jelliby le hizo pensar en hojas escarchadas encima de una piedra. Era la voz inconfundible de un duende.

El señor Lickerish pegó una patada contra el piso.

—Melusina, nosotros...

—No me llames así —ladró la voz. De nuevo los labios permanecieron inmóviles.

Los ojos del señor Lickerish se dilataron hasta formar dos lunas negras. Con una prontitud salvaje, alzó su bastón y golpeó la parte trasera de la cabeza de la mujer. Se oyó un aullido de dolor. Ella se inclinó hacia adelante por la fuerza del golpe, pero su cara siguió tiesa.

—Nunca me des órdenes —dijo el señor Lickerish, bajando el bastón. Y agregó—: *Melusina* —escupiendo el nombre.

—Perdóname, *Sathir* —la voz era de nuevo baja—. Es el nombre de ella, no el

mío. Y le trae recuerdos. Cosas en las que quisiera que no piense.

El señor Lickerish iba de un lado a otro a espaldas de la mujer, que permanecía inmóvil como una figura de cera, una estatua sombría en el centro de la habitación. El señor Jelliby se sobresaltó al darse cuenta de que la cara de la mujer enfocaba directo a su escondite. Ella llevaba una galerita que le ocultaba los ojos, pero *¿lo estaba mirando? ¿En ese mismo momento?* La miró a su vez, preguntándose quién sería. En una época su ropa había sido suntuosa, metros y metros de terciopelo, botones y costuras arremolinadas. Ya no lo era. Las faldas color ciruela estaban mugrientas, y con cada movimiento salían a la luz capas y capas de encaje y enaguas, sucias y descoloridas. Uno de sus guantes estaba desgarrado y salpicado con lo que parecía ser sangre seca. Trató de distinguir sus rasgos, pero todo lo que veía era un mentón delicado y esa boca rojísima.

—¿A qué has venido, Saltimbán? —el señor Lickerish se detuvo el tiempo suficiente para fulminar con la mirada la espalda de la mujer—. Dilo rápido, y más te vale que sea lo bastante importante como para haberme molestado. El Consejo Secreto se reúne en menos de cinco minutos —sacó un reloj de bolsillo de su chaleco y lo estudió con una mirada feroz.

—Minutos —dijo la voz, con una mezcla de desdén e incredulidad—. Los minutos son para los *humanos*.

Los ojos del señor Lickerish se dilataron una vez más. La mujer se alejó de él un par de pasos, titubeando.

—No importa —agregó rápido la voz—. Por supuesto, harás lo que tengas que hacer. Pero he encontrado un espécimen más.

Hubo una pausa.

—Lo vi el día que me llevé al Niño Número Nueve, al espiar desde una ventana. Vive enfrente del Nueve, en el mismo callejón.

Otra pausa. El señor Lickerish guardaba silencio.

—Los barrios de los duendes son de gran provecho para nosotros, *Sathir*. Decenas y cientos de sustitutos listos para ser arrancados. Y a nadie le importa un candelero si viven o mueren —en la habitación resonó una risa ronca y desagradable—. Al último ni siquiera tuve que robarlo. Lo compré bajo las narices de su madre. Por una bolsa de escaramujos.

Al señor Jelliby le había dado un calambre y trataba de aliviarlo por todos los medios sin hacer ruido, pero eso no le impidió parar la oreja. *Sustitutos. ¿Dónde había oído hablar de ellos por última vez...?* Ah, claro. Caramba. De manera que Juan Lickerish... estaba metido en eso. El Lord Canciller de Inglaterra, enredado en la muerte de nueve mestizos.

El señor Jelliby solo podía pensar en lo desafortunado que era enterarse de eso. *Si solo me hubiera quedado afuera de esta maldita habitación.* Habría podido elegir otra puerta, o hacerse el distraído, o simplemente quedarse en la cámara del Consejo y enfrentarse a las miradas. En unas pocas horas habría vuelto a casa y pasado una

tarde agradable quejándose ante Ofelia de sus muchas cuitas. Y es que el señor Jelliby *no quería saber* quién era el asesino de los niños. A fin de cuentas, eran sustitutos. Estaban lejos, y él no los conocía, y tenía sus propios problemas. Pero la conversación continuó, y el señor Jelliby se vio obligado a escuchar cada palabra.

—No necesito cientos —decía el señor Lickerish, con voz airada pero muy baja—. Necesito uno. *Uno solo* que funcione. Estoy harto. Harto del fracaso constante. Ya llevamos mucho tiempo, ¿me oyes? El asunto llama demasiado la atención y demasiada gente se está enterando. La semana pasada el Consejo Secreto se reunió para discutir este mismo tema —se volvió hacia la ventana con expresión tensa—. Si prestaras algo de atención a lo que pasa a tu alrededor hubieras oído que encontraron a los sustitutos fallidos. Yo lo tenía previsto. El río no se guarda a los muertos mucho tiempo. Pero ¿quién hubiera pensado que se armaría semejante revuelo! Solo fueron nueve. Nueve despreciables mocositos distintos, y todo el país se pone histérico. Hay que terminar. Tienes que encontrarme un sustituto que funcione, uno que cumpla todos los requisitos. No quiero más casi. No más *muy cerquita* —el señor Lickerish se paró sobre las puntas de sus zapatos lustrados y le susurró a la nuca de la mujer, tan bajo que el señor Jelliby apenas alcanzó a oír las palabras—: Quiero uno que lo tenga todo, Saltimbán. No me traigas otro hasta estar seguro.

La mujer se alejó de nuevo del señor Lickerish.

—Creí estar seguro la vez pasada —dijo la voz—. *Estaba* seguro. Y sin embargo... no. No cometeré más errores, *Sathir*. Esta vez tomaré más precauciones. Para que no quede ni sombra de duda.

La pierna del señor Jelliby pegó un tirón. Un tironcito ínfimo, de un músculo o de un tendón, pero que repercutió en el armario. El banquito acolchonado crujió apenas. El señor Lickerish se dio vuelta.

—¿Oíste eso? —susurró, paseando la mirada por toda la habitación.

El señor Jelliby palideció.

—Sí —dijo la voz—. Sí, lo oí.

El señor Lickerish dio un paso hacia el armario, con los labios tan apretados que parecían exangües. Alzó una mano, estirando los dedos hacia el pomo de la puerta. Era demasiado bajo para ver a través del vidrio, pero eso no cambiaba nada. Un paso más y abriría la puerta. Vería al señor Jelliby encogido en la oscuridad y entonces...

Un espasmo en la cara de la mujer, un temblor bajo la superficie de su cara, y de repente su expresión ya no estaba en blanco. Sus ojos se fijaron en los del señor Jelliby a través del vidrio. Él los vio bien, relucientes y transidos de dolor. Luego los labios rojos se abrieron y la mujer habló con una voz suave y cremosa y con un ligerísimo acento extranjero.

—Es la madera, amo. Se expande con el calor.

La voz se detuvo, pero siguió mirando al señor Jelliby, y la boca continuó moviéndose. Formó una palabra. Una sola palabra muda, dicha solo una vez, que resonó como una campana en su mente.

Ayúdeme.

Capítulo VII

Una mala

—MAMÁ, ¿tú tienes peniques detrás de los ojos?

Queta ni siquiera alzó la vista al preguntar. Sus manos huesudas aferraban un jarrito deteriorado lleno de caldo, y ella miraba algo en el fondo.

Su madre no dijo nada. Estaba hilvanando un calcetín de lana con una larga aguja. Tenía la mente muy, muy lejos.

—¿Tienes peniques detrás de los ojos? —volvió a preguntar Queta, ahora con voz más alta.

Bartolomeo alzó la vista de su jarrito de caldo. Por lo general se hubiera reído de su hermana. La habría pellizcado bajo la mesa y habría repetido la pregunta con voz aguda y sonsa hasta que ella se echara a reír. Pero ya no podía hacer eso. Se sentía mayor, y con miedo, y reír y pellizcar eran cosas de hacía mucho.

Los símbolos rojos no sanaban. Su madre se los había lavado con agua caliente, frotado con hojas olorosas, cubierto de cataplasmas y envuelto en las telas más limpias que había encontrado, pero incluso ahora, tras varios días, tenían más o menos el mismo aspecto. La carne no estaba tan hinchada como antes, y, por raro que pareciera, solo sentía los símbolos al oírse un sonido penetrante, como el crujido del piso de madera o el graznido de un pájaro. Pero no se borraban; tampoco cicatrizaban ni les salían cascaritas. Solo seguían ahí, una figura de rayas rojas dando vueltas en su piel.

—¡Mamá! —dijo Queta.

Su madre se pinchó el dedo justo debajo de la uña y levantó la cabeza mientras ahogaba un grito.

—Pero ¿qué son esas ideas, Queta? —se chupó el dedo—. ¿Cómo voy a tener peniques detrás de los ojos?

Queta hundió la cara en el jarro.

—Me lo contó una persona —respondió, y su voz reverberó en la sala—. Me dijo que te los sacara y fuera a comprar azúcar morena.

Bartolomeo se irguió en su asiento. Ahora su madre le iba a gritar a Queta, iba a gritar y a llorar, e iba a rogar que no fuera cierto, que Queta no hubiese hablado con desconocidos. Pero no había oído la última parte. Y lo cierto es que sus ojos se iluminaron con un brillo extraño y preguntó:

—¿Ah, sí? ¿Y quién sería esa persona? ¿Un principito, quizá, montado en un jabalí salvaje?

Queta la miró con cara de reproche.

—No, un andrajoso.

—¿Un andrajoso? —la madre golpeó su dedo herido contra la mesa, como para

comprobar que aún seguía funcionando, y volvió a encorvarse sobre su costura—.

No tiene mucho encanto.

—Claro que no tiene encanto, mamá, es un andrajoso —Queta estaba de un humor muy hosco esa mañana. *¿Por qué se fastidiaba tanto?*, pensó Bartolomeo. No había estado a un tris de que la colgaran. No habían raptado a su amigo, ni le habían escrito el cuerpo con magia, ni una duende muerta le había gritado un montón de sinsentidos sobre pezuñas y voces.

La madre miró a Queta con tristeza:

—Ay, ay, ay.

Soltó la costura y alzó a Queta en su regazo.

—Ay, ay, ay. Cómo me gustaría que pudieras tener amigos reales. Que pudieras salir a la calle y perseguir a los diablillos de los bosques y hacer mandados en el mercado como los demás chicos, pero... En fin, es imposible. La gente de afuera no sabe... Y dada la oportunidad... —la madre se interrumpió.

Dada la oportunidad te matarían, pensó Bartolomeo, pero su madre no iba a decirle eso a Queta. No iba a decirle que nunca sería capaz de jugar en la calle, o ir al mercado, o perseguir a los diablillos del bosque. Al menos no en Bath. Atraparían a Queta y la colgarían en menos de lo que canta un gallo.

—Me temo que habrá que arreglarse con amigos inventados un tiempo más —fue todo lo que dijo su madre.

—Mami, el andrajoso no es mi amigo —la corrigió Queta con severidad.

Su madre la levantó de su regazo y la plantó en el suelo.

—Bueno, ¿y por qué lo inventaste? —dijo enseguida, y por la brusquedad con que pinchó el calcetín con la aguja quedaba claro que no deseaba saber la respuesta.

Sin embargo, Queta no se dio cuenta.

—¡No me lo inventé! —dijo, para ir hasta el cubo de agua que estaba junto a la estufa y hundir el jarrito en el agua fría y jabonosa—. Vino solo. Se mete aquí todas las noches, por el agujero de la cerradura —bajó la voz—. Me canta canciones. Canciones largas y tristes —el jarro tocó el fondo del cubo con un ruido sordo—. No son lindas canciones.

Su madre dejó la labor lentamente. Vigilaba a Queta, le miraba la espalda.

—¿De qué hablas, hija? ¿Quién es esa persona?

Bartolomeo vio el miedo en las arrugas de su cara, lo oyó en el tono grave de su voz. Y luego todo cuanto había dicho Queta se unió en su mente. *Un desconocido... entra por la cerradura... viene de noche.*

Se puso de pie de un salto, haciendo ruido con el banco.

—El desayuno estuvo delicioso, madre. No le hagas caso a Queta, está haciendo de cuenta que ve cosas. ¿No deberíamos ir a buscarte un poco de arena al fondo? ¿No, Queta? Vamos. Ahora.

Su madre tomó de nuevo el calcetín, pero aún le echaba el ojo a Queta.

—Arena. Sí, tráiganme un poco. Pero, Bartolomeo... —las manos de su madre

apretaban la lana, tanto que se le acentuaban los nudillos—. Si alguien mira a Queta la traes aquí corriendo, ¿entendido? La metes derecho por esa puerta, con arena o sin arena.

—Sí, madre, está bien. Volvemos en un santiamén.

La señora Perol lavaba ropa para la poca gente que podía permitirse no hacerlo ella misma, la poca gente a la que engatusaba con que tenía un verdadero servicio de lavandería y a la que le ocultaba que cargaba los camisones y la ropa interior en una carretilla verde hasta las profundidades del gueto de los duendes. Les compraba lejía a los vendedores ambulantes, pero desde siempre los niños se ocupaban de conseguir arena para refregar en el jardín del fondo de la casa.

Queta se ató la capucha bajo el mentón y fue hacia Bartolomeo, aunque sin tomar la mano que él le tendía.

—¡Bueno, vamos! —dijo él en voz baja, y la agarró del hombro para empujarla hacia la puerta. Descorrió el cerrojo y se asomó para asegurarse de que no hubiera nadie. Luego salió sigilosamente al pasillo y le hizo señas a Queta de que lo siguiera. En cuanto se alejaron lo bastante como para que su madre no los oyera, Bartolomeo la hizo entrar en un hueco que estaba debajo de la escalera y se arrodilló a su lado para susurrarle:

—¿Dónde vive, Queta? ¿Vuela? ¿Es muy amable?

Queta lo miró sin entender.

—¿Amable? —repitió—. Se supone que tenemos que recoger arena. ¿Por qué estamos debajo de las escaleras?

—De acuerdo, pero ¿cuándo lo viste por primera vez? ¿Y cómo se te ocurre darle semejante susto a nuestra madre? —al decirlo le sacudió el hombro—. ¡Vamos, Queta, dímelo ya!

—Antes de ayer —dijo, sacándose la mano de encima—. Y no me zarandeas, Barti. Se me va a caer la cabeza.

El día en que construí la morada del duende. Bartolomeo se escapó de debajo de la escalera.

—Vuelve arriba, Queta, buscaremos arena más tarde.

Su madre le daría un tortazo por dejar sola a Queta, pero en ese momento no podía preocuparse por eso. Su invitación había funcionado. Había *funcionado*. Corrió por el pasillo y subió por otra escalera de a dos escalones a la vez. Y por un momento, mientras volaba escaleras arriba, fue feliz. Completa y absolutamente feliz.

Luego se internó en la oscuridad polvorienta del ático. Al pensar en que el duende se había manifestado ante Queta y no ante él, sintió que una pequeña espina de envidia penetraba entre sus costillas. No tendría que haberlo visto primero ella. El duende tendría que haber acudido a él. Era su duende.

Cruzó la habitación a toda prisa y se metió en su escondite secreto. La morada del duende estaba tal como la había dejado. Las cerezas achicharradas seguían pegadas a las paredes. La sal que había rociado sobre el techo brillaba como nieve bajo el sol,

intacta. En los últimos días, Bartolomeo había subido en cada oportunidad que se le presentaba, buscando el menor cambio en la pequeña habitación, el más diminuto indicio de que había llegado el duende. Nunca había nada. Y seguía sin haber nada.

Se arrodilló en el suelo, resoplando, haciendo que una telaraña se meciera hacia atrás y hacia adelante, atrás y adelante. *¿Qué significa eso?* Si la invitación había dado resultado, ¿por qué el duende no había comido las ofrendas de Bartolomeo? Bastante le había costado recogerlas para esa criatura estúpida. ¿Y no tendría que haberse anunciado? Su respiración se calmó. La felicidad de hacía unos minutos se extinguió como una vela. *¿Cuánto había que esperar?*

Pensó de nuevo en las palabras del libro viejo sobre el duende y sobre cómo se suponía que seguiría a su dueño hasta su casa. Él no había visto a ningún duende. Queta sí. Y si un duende podía seguirlo a casa desde el arroyo de un bosque, tendría que ser capaz de encontrar el camino por unas escaleras.

Pero ¿qué pasaba si el duende no quería anunciarse? ¿Qué pasaba si los duendes domésticos no procedían de esa manera y era Bartolomeo quien tenía que ser amable primero para ganarse su confianza? El libro era muy vago en ese punto. No perdía nada con probar. Podría escribirle una carta al duende, hacerle una o dos preguntas, dejar el papel dentro de la morada y esperar a que le contestara. Ni siquiera estaba seguro de que los duendes domésticos supieran leer. Pero no se le ocurría qué otra cosa hacer.

La primera pregunta sería qué significaban las figuras arañadas en su piel. Eran palabras, no tenía duda, pero ¿en qué idioma? Se parecían mucho a la escritura que había visto en el suelo de la habitación de los pájaros metálicos. Aunque no tan complicadas. De hecho, parecía como si hubiera solo dos o tres símbolos, repetidos una y otra vez.

Uno de los viejos libros tenía una página en blanco entre la cubierta y la portada. La separó del lomo, con cuidado de no romper el pegamento. No escribía con gran habilidad. Cuando era pequeño —hacía muchísimo tiempo—, en el departamento de al lado vivía un joven que vestía chalecos coloridos y siempre parecía enfermo. Era un pintor pobrísimo que, vaya uno a saber por qué, consideraba atractivas las calles mugrientas y las casas desvencijadas de los distritos de los duendes. No era alguien como el común de la gente. Cuando veía a Bartolomeo subir corriendo al ático, no se asustaba de él ni lo cubría con una rama de saúco. Le había contado historias y enseñado a leer. Le había regalado los libros que ahora Bartolomeo guardaba detrás de la estufa. Había sido una especie de amigo. Pero al final se había marchado en un cajón de pino y Bartolomeo había olvidado muchas de sus enseñanzas. Bartolomeo no escribía con gran habilidad.

Pero de todas maneras lo hacía.

Tengo una pregunta importante. Me pondrá muy contento y te estaré muy agradecido si me contestas. ¿Qué significan estos signos?

A continuación copió en el papel las marcas de su piel con toda la fidelidad de la que era capaz. Era mucho más fácil que escribir en su idioma. Era como dibujar, y no tenía que preocuparse por cómo enlazar las letras o por qué sonido hacían. Luego escribió:

Muchas gracias, y buenos días.

Y firmó la carta:

Bartolomeo Perol.

Hizo un firulete debajo de su nombre que le causó mucho orgullo, e insertó el papel con cuidado en la morada del duende. Después bajó a su casa y recibió un tortazo por haber dejado sola a Queta.

Esa noche, al acostarse en su catre, Bartolomeo se puso mitad a pensar y mitad a soñar con duendes y plumas y signos de pregunta. En eso oyó un ruido. Un suave tintineo en la cocina, como un metal viejo y oxidado raspando contra otro. La puerta del departamento. Alguien estaba hurgando en la cerradura.

Se incorporó al instante. Más tintineos. Tras bajar las piernas por el borde de la cama, se levantó y fue de puntillas hasta la puerta de su habitación. El sonido cesó. Se arrodilló y miró por el ojo de la cerradura. La cocina tenía un aspecto fantasmagórico, muerto. El fuego se había extinguido por completo. Su madre estaba profundamente dormida en su estrecha camita, y todas las llaves colgaban en la pared del fondo en su lugar: la gran llave dentada de la puerta del departamento, la llave de su habitación, la llave del armario del jabón y la de la puerta trasera, todas en un clavo metido en el revoque.

Algo andaba mal. Sus ojos barrieron de nuevo la habitación. *La puerta de la cama-armario de Queta*. Estaba entornada. Y, dentro, alguien cantaba.

Se le apretó el corazón. No era la voz de Queta. No se parecía a ninguna voz que hubiera oído jamás. Era hueca y terrosa. Cantaba en un idioma atiplado y punzante que, por algún motivo, hizo que Bartolomeo se sintiera incómodo al escucharlo, como si no le correspondiera oírlo, o estuviera entrometiéndose. Pero la melodía era paralizante. Subía, caía, encantaba de manera salvaje, salía serpenteando del armario hasta llenar todo el departamento. Bartolomeo estaba rodeado por ella; nadaba a contracorriente de unas negras cintas arremolinadas de sonido. La música le llenó la cabeza, se hizo cada vez más fuerte y rápida hasta ser todo, todo lo que él percibía.

Los párpados le pesaban como plomo. En su vista florecían puntos de tinta. Lo último que vio antes de que sus ojos se apartaran de la cerradura y de caerse redondo al suelo fue la puerta de Queta que se abría un poco más. Una mano oscura y nudosa la aferraba desde adentro. Luego la cabeza de Bartolomeo golpeó el suelo como una piedra y se quedó dormido.

Un golpe a su puerta lo despertó al día siguiente. Su madre entró en la habitación

con un montón de hilos, y la madera carcomida rebotó sonoramente contra su cabeza.

Se levantó de un salto, gritando.

—Bartolomeo Perol, ¿qué haces en el suelo? Rayos y centellas, ¿para qué tienes la cama? Caramba, me da ganas de...

Bartolomeo no se quedó para oír de qué le daba ganas. Atravesó la puerta corriendo, y siguió corriendo escaleras arriba hacia el altillo, con sus piernas activas como pistones. *Por favor, que haya una respuesta; por favor, que haya una respuesta.* Lo aterraba la idea de que el duende no le hiciera caso, de encontrar todo tal como lo había dejado.

Pero esta vez nada estaba como lo había dejado. Se quedó sin aire al introducirse en su escondite. Parecía que una tormenta hubiera pasado por allí. La caja de tesoros estaba abierta y su contenido, desparramado por el suelo. La cuerda de vidrio tenía un nudo enorme, tan prieto y complicado que no imaginaba cómo podría deshacerlo. Habían arrancado la paja del felpudo para embutirla entre las tejas del techo, y ahora caía, suave y dorada, a la luz de la ventana. En cuanto a la morada del duende, estaba destrozada. Las ramitas que tantos meses le había llevado juntar estaban pisoteadas y enterradas en las grietas del suelo. Las cerezas habían desaparecido. También la cuchara.

Avanzó un par de pasos, con la mente paralizada. Pisó algo arrugado. Era su carta, medio oculta bajo una maraña de hiedra. Se arrodilló y la desdobló con manos temblorosas.

Ahí estaba su escritura, tan mala y torcida que se avergonzó de ella, y a su alrededor, pequeñas huellas dactilares como las de un niño pequeño. En el envés, desdibujado en el papel crema como una mancha, había un número. Un solo número... 10

Y eso era todo.

Se lo quedó mirando, mientras la paja caía a su alrededor, y las palabras de su madre se presentaron sin que nadie las convocara. Las palabras que había dicho aquel día, semanas atrás, cuando la dama de morado había aparecido entre las sombras del Callejón del Viejo Cuervo y él le había suplicado a su madre que lo dejara invitar a un duende.

¿Y si te toca uno malo?

Capítulo VIII

Atrapar a un pájaro

VEINTE minutos después de que el duende saliera de la habitación empujando a Melusina con el bastón como a una cabra sarnosa, el señor Jelliby seguía acurrucado dentro del armario, con los ojos cerrados, mientras la sangre palpitante le tatuaba la cabeza por dentro. Sentía que iba a enloquecer. Le dolía el cerebro. Estaba casi seguro de que se le escaparía por la nariz de un momento a otro, para alejarse por el suelo como movido por tentáculos.

La dama de morado lo había visto. Lo había mirado directo a los ojos, y no había gritado ni había alertado al señor Lickerish de su presencia, como se habría esperado de la secuaz de un horrendo asesino. No, le había implorado ayuda. Recordaba sus labios formando la palabra, y la desesperación de esos ojos inteligentes y lustrosos.

Ayúdame. Tanto daba gritar. Pero ¿ayudarla cómo? ¿*Quién era ella?*

Con calma y cautela, el señor Jelliby abrió la puerta del armario y se asomó. La habitación tenía un aspecto ridículamente agradable. El sol entraba con calidez por la ventana, formando una figura en el suelo. La melancolía y la penumbra parecían haberse ido con el duende y la dama de morado.

El señor Jelliby salió del armario. Le flaquearon las piernas y tuvo que agarrarse del mueble para estabilizarse, pues las rodillas se le doblaban.

No entendía nada. No entendía de dónde provenía la voz descascarada, o lo que habían dicho sobre escaramujos y números. Pero no podía quedarse sin hacer nada. Al fin y al cabo, ¿la dama no había impedido que el señor Lickerish lo descubriera? Algo tenía que hacer, estaba en deuda con ella. Suponía que podría rescatarla. Con mucha sutileza, claro. No había necesidad de emprender actos de arrojo. Ofelia no vería con buenos ojos que él se hiciera el galante con damas extranjeras que llevaban vestidos sucios.

Dio unos pasos para estirar las piernas y se dirigió a la puerta.

Melusina. Qué nombre tan raro y sombrío. ¿Sería francés? No, se lo confundía con Mélisande. Tendría que buscarlo al llegar a casa. O preguntarle a su tía Dorcas. Ella lo sabría. Sabía todo. La tía Dorcas era la hermana de su padre, estaba casada con un funcionario y vivía en tres habitaciones alquiladas en Fitzrovia; al no tener ni por asomo un pasar como el que hubiera deseado, se consolaba con saberlo todo acerca de la gente que lo tenía. En todo sentido, la tía Dorcas era una enciclopedia sobre la alta sociedad metida en un vestido. Si existía una dama medianamente importante llamada Melusina, era seguro que la tía Dorcas estaría al corriente de quién era.

El señor Jelliby asomó la cabeza, miró a un lado del pasillo, luego al otro, salió y

se alejó a paso rápido y envarado. *Caray*, pensó tristemente. *Caray, caramba y maldita sea*. El Consejo Secreto. Había comenzado hacía un rato largo. Ahora no tenía la menor oportunidad de entrar sin que los demás lo advirtieran.

Volvió sobre sus pasos por los pasillos llenos de ecos hasta llegar al ala del edificio donde se encontraba la cámara del Consejo. En el hall de entrada no quedaba nadie. Puso la mano en el picaporte y apoyó la cabeza en la madera fresca de la puerta. Del otro lado resonaba la voz monótona del director. Una frase. Una pausa. Tres frases y otra pausa. Una silla crujió sonoramente. No se discutía ni se peleaba. Lo más probable era que todos estuvieran muertos de aburrimiento. *¿Y no sería una excitante distracción si el sujeto ese Arturo Jelliby entrara justo entonces, tarde por supuesto, quizá retrasado por uno de sus asuntos de espionaje?*

No podía abrir la puerta. Era imposible. Iría a alguna cafetería a esperar una hora detrás de un periódico y luego se iría a casa y... Ofelia no se iba a contentar tan fácil. Le preguntaría cómo le había ido y él tendría que contar un sinfín de mentiras. Pero mentir parecía muchísimo más fácil que entrar. La verdad, no tenía el valor de abrir la puerta y de pasar delante de todos esos ojos curiosos. Además, el señor Lickerish estaría dentro. El señor Jelliby no se creía capaz de volver a sentarse en compañía de esa criatura ruin.

Un señor elegante, que llevaba un sombrero hecho con una seta gigante, dobló hacia el pasillo y al instante eliminó el dilema del señor Jelliby. Sin pensarlo dos veces, se alejó caminando en la dirección opuesta.

Liberado de los muros de Westminster, en medio del humo arremolinado y de la luz del día, rodeado por el ruido de la ciudad, el señor Jelliby se sintió casi aliviado. Inspiró unas bocanadas de aire contaminado. Luego se dirigió a la Calle Whitehall, jugando con la cadena del reloj que salía de su chaleco.

Necesitaría un plan para encontrar a Melusina. Tal vez la habían raptado. O era víctima de un chantaje. En ese caso, la tía Dorcas sin duda habría oído hablar de ella. Lo más probable era que lo hubiera hecho de cualquier manera, pues era evidente que en una época la dama de morado había sido rica. No hacía mucho su vestido de terciopelo habría sido un espectáculo, cosido con la intención de que las cabezas se volvieran y las mandíbulas se desencajaran. Debía de haberle costado una fortuna.

El señor Jelliby se internó en el laberinto de puestos de la Calle Charing Cross, en medio de una multitud de vendedores. Apenas reparó en los expositores de juguetes a cuerda, pretzels, manzanas con caramelo y espejos de mano que mejoraban el aspecto de quien se mirara en ellos. La gente lo empujaba por todos lados. Las caras sucias aparecían cerca y se alejaban de nuevo, perdiéndose entre las espaldas de los transeúntes. Una duende diminuta, de cabello verde ondulado como hierba de río, se materializó delante de él. A la espalda llevaba lo que parecía ser un hatillo de bastones.

—¿Paraguas para el señor? —dijo, dejando a la vista sus colmillos en punta—. ¿Por si llueve?

El señor Jelliby se rió. No era la risa alegre y despreocupada que solía soltar, pero era lo mejor que tenía a su alcance.

—¿Llover? Señora, hay un sol radiante.

—Claro, señor, pero no durará mucho. Se vienen las nubes, desde el norte. Estarán aquí por la tarde. Me lo contó un mirlo hace una hora.

El señor Jelliby hizo una pausa para mirar a la duende con curiosidad. Después le dio un cuarto de penique y se perdió en la multitud, apurando el paso.

Se lo había contado un mirlo. *Un pájaro*. Los pájaros sabían todo tipo de cosas. Y qué sabría el pájaro del señor Lickerish, se preguntó, ese pajarito mecánico que había entrado por la ventana de la oficina vacía. Suponiendo que lograba atraparlo: ¿qué tipo de mensaje llevaría en la cápsula de su pata? ¿Y a quién se dirigía con tanta prisa? Tal vez el pájaro no lo condujera directo a Melusina, pero ¿quizás a alguien que la conocía? ¿Quizás a un socio? Al menos era una pista, algo que se podía seguir.

Tenía que atrapar al pájaro. En cuanto lo tuviera, esperaba que lo guiara a Melusina. Y una vez que la rescatara y todo eso, tendría que encontrar una manera de detener al señor Lickerish. Esa parte le gustaba menos. De hecho, le parecía un poco peligrosa. El duende político no era un asesino violento que se escondía en un callejón de Londres durante las noches de niebla. No se podía simplemente enviar a la policía a buscarlo. Era el Lord Canciller de la Reina. Era rico y poderoso, y si se le antojaba podía aplastar al señor Jelliby como a un bicho. La ley no ayudaría al señor Jelliby. No contra un *sidhe*.

Pero ya basta. Basta de desanimarse y de hacerse preguntas. Tenía que atrapar al pájaro. Excepto que no tenía idea de *cómo*. Se sentó en una cafetería, en la esquina de donde la Calle Strand desemboca en Trafalgar Square, y siguió dándole vueltas al asunto.

Suponía que podía derribarlo de un tiro. Sobre la chimenea de su estudio colgaba un viejo rifle de caza. Pero el arma era bestial, e incluso si conseguía llevarla a escondidas hasta el área de Westminster, todo Londres oiría su detonación. También había unas pistolas españolas en el armario del recibidor. Y una pistolita que le habían regalado al cumplir quince años. La empuñadura era de madreperla, y el cañón y el gatillo tenían rubíes y ópalos incrustados. No sabía si funcionaba. Rara vez lo hacían las cosas así de lindas.

Un camarero vestido con anticuados pantalones de montar se acercó a la mesa del señor Jelliby, y este le pidió uno de esos nuevos tragos tropicales que, se decía, eran “dulces como el azúcar, fríos como cubitos, vivaces como flores y el doble de bonitos”. En verano, Londres podía ser agobiante cuando las nubes de ceniza cerraban el cielo como una cúpula y no soplaba ni la más ligera brisa desde el río. Aun en esa zona, donde las arterias de la ciudad eran muy anchas y había casas altas y rectas a ambos lados, el aire se encontraba prácticamente en estado sólido y olía a cebollas, a chimeneas y a piel sucia. El señor Jelliby tenía húmedo de sudor el cuello almidonado de la camisa.

Para cuando llegó, el trago ya no estaba muy frío: parecía un jarro de pintura verde, espeso como jarabe y tan dulce que le hizo doler los dientes. Le dio dos sorbos y lo apartó, para frotarse los ojos con las palmas de las manos. ¿En qué estaba pensando? ¿En un arma? El pájaro estallaría en el aire. Tenía que atraparlo al vuelo haciéndole el menor daño posible, no reventarlo de un disparo. Quizá debería ver adónde volaba. Sabía que esos aparatos mecánicos solo volaban a y desde un punto. Todo su ser estaba construido para una ruta: las alas eran de la longitud adecuada; las piecitas y los mecanismos interiores, del tamaño correcto para un trayecto, y solo para uno. Los más nuevos, sabía, funcionaban con pequeñas pilas-duende. Estaban equipados con una especie de mapa mecánico que evitaba que chocaran con campanarios o con puentes. Aun así, había que lanzarlos desde el lugar correcto, desde la altura correcta y en la dirección correcta. A continuación, sencillamente volaban hasta que se les acababa la cuerda. Debía ser por eso que el señor Lickerish lo había lanzado desde lo alto de Westminster. Era probable que, desde un punto más bajo, el pájaro se hubiera estrellado contra la ventana de algún ático.

Un grupo de niños andrajosos pasó corriendo entre las mesas, gritando y pidiendo al mismo tiempo, intentando conseguir peniques antes de que los camareros los echaran. Uno se acercó al señor Jelliby con una palma extendida, tan llena de tierra que en ella habría podido crecer una planta. El señor Jelliby le ofreció su trago, pero el granuja hizo una mueca y se fue a la carrera.

Volvió a pensar en la tarea que lo ocupaba. Solo tenía que descubrir la trayectoria del pájaro por sobre los techos de Londres. Luego podría apostarse a esperarlo en uno de los puntos por los que pasaba. Se imaginó trepado a una chimenea en alguna parte, balanceándose peligrosamente con una red para mariposas. No era una idea agradable. Solo esperaba que nadie lo viera.

Inclinándose en su asiento, vertió el espeso líquido verde en la cuneta. Luego inició el camino de regreso a casa, paseando por las calles a paso tranquilo, con los ojos en los adoquines y el sombrero cubriéndole la cara. *Labios carmesí, inmóviles en una cara blanca. Faldas de color ciruela. La galerita, haciéndole sombra sobre los ojos.* Iba tan absorto en sus pensamientos que subió la escalinata de su casa en Plaza Belgravia sin siquiera darse cuenta de que había empezado a llover y estaba empapado.

A la mañana siguiente, tras desayunar salchichas y tostadas con manteca, el señor Jelliby pedaleó en su bicicleta hasta Westminster y se bajó en un lugar del puente desde donde veía las ventanas del nuevo palacio que daban al río. Apoyó la bicicleta contra un farol y recargó los brazos sobre la barandilla, mirando las hileras de ventanas con atención. Casi nunca se abrían. Cuando lo hacían, el señor Jelliby estiraba el cuello y achinaba los ojos con gran determinación, pero lo único que salía de ellas eran caras acaloradas y nerviosas y, en una oportunidad, una chaqueta de hombre. Cayó en el río y ahí la pescó un barquero, que se la puso empapada como estaba.

Los floristas que estaban cerca del señor Jelliby empezaron a hacer gestos de reprobación con la cabeza. Un policía lo miraba con suspicacia cada vez que pasaba. Al cabo de seis horas, el señor Jelliby no aguantó más y volvió pedaleando a su casa, cansado y humillado, mientras los duendes flamígeros empezaban a brillar en los faroles.

Le llevó cuatro días. Cuatro días de mirar las ventanas de Westminster como un loco, hasta que por fin se abrió una trampilla del techo y una perlita mecánica de latón salió volando por sobre el río.

En cuanto la vio, el señor Jelliby echó a correr. Abandonó la bicicleta, abandonó el sombrero, abandonó a los floristas que se reían de sus locuras y cruzó el puente a toda velocidad.

Igual que la primera vez, el pájaro volaba derecho al bosque de mansardas y chimeneas del este de Londres.

El señor Jelliby se metió a toda velocidad entre el tráfico de Lambeth Road, sin prestar atención a los bocinazos y a los gritos enfurecidos. Un carruaje de vapor pasó a centímetros de su nariz, pero él no se inmutó. No debía perder de vista al pájaro. No ahora.

Por fortuna, no era un gorrión real. Sus alas de metal lo volvían pesado y lento por mucho que las batiera, y no se arrojaba en picada para atrapar gusanos e insectos como hacían los pájaros de carne y plumas. El señor Jelliby casi podía seguirle el ritmo si corría a toda velocidad.

Por desgracia, la velocidad a la que corría no era muy impresionante. No corría desde que había participado de una cacería de zorros, hacía unos cuantos años, en la casa de campo de Lord Peskinborough; el señor Jelliby había tenido un desacuerdo con su caballo en cuanto a la dirección que debían tomar, y el caballo lo había dejado, para que tomara la dirección que quisiera.

Corrió por una callejuela rompiéndose los pies contra los adoquines. Su mentón apuntaba al cielo, sus ojos estaban ciegos a todo lo que no fuera el pájaro de metal. Alguien rebotó contra él mientras corría y él lo oyó caer contra la vidriera de una tienda. La gente empezó a gritarle, a reírse y a burlarse de él. Un hombre de pinta fiera y dientes metálicos le agarró el brazo y lo hizo girar. El señor Jelliby se lo quitó de encima, para llevarse por delante a una dama rellenita que tenía una sombrilla. La dama pegó un grito. El bulto que él había creído una bufanda reveló una boca y aulló, y una lluvia de coloridos paquetes cayó alrededor de Jelliby. No se detuvo.

—¡Perdón! ¡Tengo que pasar! ¡Mil disculpas! —gritó, apartando de un manotazo a un deshollinador cubierto de ceniza.

Ahí estaba. Vio un destello de latón mecánico cuando el pájaro pasó por la franja de cielo que separaba dos techos, para desaparecer de nuevo.

Tenía que tomar por otra calle. Maldición, esa iba en la dirección equivocada.

Vio un callejón sinuoso y oscuro que llevaba a un matorral de edificios, y aceleró por él. La ropa colgada, llena de lejía, le golpeó la cara. Los niños gritaban a su paso,

y huían a esconderse en distintos rincones como escarabajos cuando pasa una escoba. Un pedazo de canaleta caída por poco terminó con su persecución, pero la pasó de un saltó y salió a una calle más ancha.

¡El pájaro! ¿Dónde estaba el pájaro? Se detuvo sin aliento y, girando, barrió los techos con la mirada.

Ahí. El señor Jelliby se le había adelantado. El pájaro volaba por sobre los techos hacia él, con toda la calma del mundo. Se metió en la sombra de un portal ahuyentando a un duende sin piernas, y entró a todo vapor. Corrió escaleras arriba, cruzó un pasillo y subió otras escaleras tan desvencijadas que, le pareció, podían venirse abajo en cualquier momento. *Tercer piso, cuarto piso...* Tenía que llegar a la cima de la casa, hallar una ventana y atrapar al pájaro en vuelo. Era la única forma.

Las escaleras terminaban delante de una puerta baja y deforme, con la pintura blanca descascarada. Golpeó con todas sus fuerzas y la puerta se abrió. Detrás había una bonita habitación. Una habitación diminuta bajo un techo inclinado, ordenada y limpia, con un armario para la vajilla y un mantel blanquísimo sobre la mesa. Sentada a ella había una mujer anciana encorvada sobre su bordado, que al verlo entrar alzó la vista con languidez, como si su intrusión fuera la cosa más anodina del mundo. — Discúlpeme, señora, me voy en un momento; esto me da mucha vergüenza, pero deme un momento, ¿me permite abrir la ventana?

No esperó a que le contestara. Cruzó la habitación en dos zancadas y abrió la ventana de golpe. Los paneles de vidrio temblaron en el marco cuando este golpeó contra la pared. Él asomó la cabeza.

Ahí estaba el pájaro. Venía derecho por la calle. En tres segundos habría pasado, aleteando por sobre la ciudad humeante. *Pero podía alcanzarlo.* Si asomaba todo el cuerpo y estiraba los dedos cuanto era posible, el pájaro volaría directo hasta sus manos.

Se tambaleó en el alféizar, que daba sobre la calle. Quince metros más abajo, la gente se detenía y apuntaba hacia él. Alguien gritó. El señor Jelliby vio al pájaro que se aproximaba. De cerca, tenía un aspecto atemorizante, y además... ¡Ay! Era fuerte. El metal delgadísimo de sus plumas le lastimó los dedos mientras el pájaro seguía aleteando. Lo atrajo hacia sí, metiéndose de nuevo en la mansarda de la casa de la anciana. El pájaro se soltó y cruzó la habitación al vuelo, duro y extraño entre la suavidad color lavanda del departamento. Se estrelló contra una pared, cayó al suelo y ahí se quedó, vibrando frenéticamente.

El señor Jelliby lo miró con los ojos dilatados, respirando con dificultad.

—¿Herald? —la anciana, que se le había acercado, le apoyó la mano sobre el brazo—. Herald, querido, llegas muy tarde —dijo—. Es la hora del té.

Llevó al señor Jelliby hasta la mesa. Él no se resistió. El servicio de té estaba ahí: dos tazas, dos platos, una jarrito con crema, una azucarera y una tarta de grosellas, como si lo hubieran estado esperando.

Así que tomaron el té, frente a frente, observando en silencio cómo el pájaro de

metal se convulsionaba a sus pies.

Cuando dejó de aletear, soltó un maullido lastimero y tosió una gota de luz dorada que chisporroteó y dio la vuelta, antes de apagarse como una estrella a la que alguien tapara con la mano.

—Oh —dijo la anciana, dejando su plato—. Está muerto. Herald, sé bueno y sácalo con la pala. No me gustaría que ensuciara la alfombra estampada.

Capítulo IX

Cenizas

ACUCLILLADO en el suelo ante su santuario arruinado, Bartolomeo Perol tomó una decisión. Esa noche atraparía al duende rebelde. Se enfrentaría a la criatura y, ya fuera buena o mala, la obligaría a hacer las cosas para las que la había convocado. Si el duende no quería ser su amigo, no había nada que hacerle, pero que pensara que podía jugarle malas pasadas era el colmo. ¿Así que creía que podía romper sus tesoros y asustar a Queta? Bartolomeo no iba a tolerarlo más. Por la noche, cuando el duende se deslizara entre las sombras y la luz de la luna, él lo estaría esperando.

Pero esa noche los visitó otra persona, y Bartolomeo tuvo que posponer sus planes. Se oyó a alguien subir pesadamente la escalera, un farol iluminó el borde de la puerta y Agnes Skinner, la vecina de la casa de al lado, llegó para tomar una taza de té. Bartolomeo y Queta fueron despachados al cuartito donde dormía él, y la puerta se cerró a sus espaldas.

Apoyado contra la pared húmeda, Bartolomeo esperó a que las voces aumentaran el volumen en la cocina. Las visitas le daban pavor. Le parecía tonto dejar que entrara gente; era como dejar entrar a un lobo en una habitación llena de pájaros. Pero los lobos podían ser interesantes. A veces él oía el retazo de una palabra, o una entera, y pensaba en eso por días. A veces deseaba poder sentarse él mismo en la cocina para oír y tomar té.

Siempre que el lobo no haga preguntas.

Solo unas pocas personas sabían que Betsy Perol tenía dos hijos, y Agnes Skinner era una de ellas. *No te hagas notar y nadie te colgará.* No era difícil que alguien los notara: alcanzaba con la piel demasiado blanca, o con un poco de mala suerte y una gansa que no pusiera huevos. Luego la gente dejaría de saludar a su madre en el pasillo. Pasarían de puntillas por delante de la puerta de los Perol como si estuviera embrujada. *Y entonces...*

Queta era una fuente de preocupaciones. Le dolía cuando su madre intentaba podar las ramas que crecían en su cabeza, y nada salvo una venda ocultaba su mirada de vidrio negro. Su madre le había cosido una capota verde oscuro para que pudiera salir al jardín trasero a juntar arena, pero tenía prohibido hablar con nadie y nunca le permitían ir arriba o a la calle.

Su madre hacía malabares con ellos, y Bartolomeo sentía algo de orgullo cuando pensaba en lo bien que se las arreglaba. De mostrarse demasiado abierta, los descubrirían; si guardaba muchos secretos, la gente empezaría a hablar, reemplazando lo que no sabían con sus propias y horrendas suposiciones. Así que ella tenía unos pocos amigos, chismorreaba con los vecinos y llevaba violetas a los demás cuando alguien moría en su familia. Agnes Skinner era una de sus amigas más antiguas. Era

viuda y ladrona, y tenía una voz entrecortada, dura y aguda, que se metía en todo. Cada tanto preguntaba por los niños, a veces de manera tan directa que Bartolomeo dudaba de que sospechara algo. Y cada vez que venía de visita, él se quedaba sentado en la oscuridad, asustado como un pajarito, con el lobo al otro lado de la puerta.

La cocina se llenó de cháchara mientras las mujeres daban pasitos de un lado a otro. El agua de la pava empezó a hervir y Bartolomeo percibió el olor del té. Oyó que se descorchaba una botella con un plop.

Sería el alcohol. En el estante más alto de la cocina había una botella de cristal tallado que contenía licor de arándanos. Era una reliquia de la época en que el padre de Bartolomeo aún vivía con ellos. Aquel padre solía ausentarse, sin previo aviso, a veces durante meses enteros, y un buen día se abría la puerta y estaba de regreso. A veces volvía sucio y manchado por el viaje; a veces, limpio y reluciente, vestido con una camisa con puños de encaje. Siempre que volvía traía algo. A veces eran cintas; otras, repollos. Una vez había traído un jamón y un collar de perlas oculto dentro de la camisa. El licor de arándanos era uno de esos regalos efímeros, el único que su madre no había vendido ni trocado por otra cosa. Bartolomeo no sabía por qué lo guardaba. En fin, la única excusa razonable para beberlo era que hubiera compañía, así que ella tenía la costumbre de agregarle un poco de licor al té.

Las dos mujeres no tardaron en ponerse alegres. Cada tanto soltaban una cascada de risitas, y alzaban tanto la voz que Bartolomeo escuchaba todo lo que decían.

—¿Has visto que ha plantado rosas? —decía su madre; él oyó el rechinar de la madera mientras una de las dos se echaba atrás en su silla—. ¡Rosas, Aggy! ¡Como si quisiera embellecer ese jardín horrible —rió, con un poco de amargura—. No crecerán, claro. La tierra de por aquí está consumida por las fábricas que funcionan día y noche, y aunque no lo estuviera, las rosas no le harían ningún favor a esa casa espantosa. Que no. Más le va a convenir hacer mermelada con los frutos de la planta si insiste en comprar esas cosas tan frívolas. O té —su voz se tornó nostálgica—. El té de rosas es muy rico...

La señora Skinner la consoló con un ruido incoherente.

—Nunca lo he probado, Betsy, pero te apuesto a que no tiene comparación con el nuestro. Este me calienta los huesos. Siempre.

Bartolomeo imaginó a su madre contenta al oír esas palabras, tratando de ser refinada, tratando de hacer lo correcto, mientras agitaba las manos agrietadas por el trabajo como si fueran los suaves dedos blancos de una dama.

—Tonterías, Aggy. Pero te sirvo un poco más, ¿eh? Ahí está, pero cuida de que no se te salga por la nariz cuando te cuente lo que hizo el señor Trimwick...

Las voces volvieron a bajar el volumen. Bartolomeo solo oía un murmullo a través de la pared. Se arrodilló y avanzó en silencio por la habitación, buscando a tientas a Queta. Ella estaba acucillada junto a la ventana, jugando en silencio con una muñeca que se llamaba Calabaza y tenía un vestido hecho con un pañuelo a cuadros. También tenía un pañuelo a cuadros por cabeza, y brazos y piernas de pañuelo. No

era más que un pañuelo a cuadros.

—¿Qué pinta tiene, Queta? —la voz de Bartolomeo era un susurro ínfimo. La señora Skinner no debía oírlos. Probablemente su madre le había dicho que dormían—. Queta, qué pinta tiene el andrajoso.

—De andrajoso —dijo ella, y se llevó su pañuelo a otro rincón. Al parecer no le perdonaba que la hubiera dejado debajo de la escalera.

—Shh, no hagas ruido. Bueno, Queta, perdón. Ya te pedí perdón, y no tendría que haberme escapado así. ¿Me cuentas, por favor?

Ella lo miró desde detrás de sus ramas. Bartolomeo casi podía oír los engranajes girando en su cabeza, mientras se preguntaba si debía ignorarlo como se tenía merecido o si debía disfrutar de la satisfacción de contarle algo que él se moría por oír.

—No se para derecho —dijo ella tras un momento—. Está todo encorvado y sucio, y lleva un sombrero desfondado. Nunca lo veo mucho, y cuando respira parece que tuviera bichos en la garganta y... —le costaba ponerlo en palabras—. Y las sombras... lo siguen de un lado a otro.

Nada de alas de pétalos. Nada bueno. Qué tonto había sido.

—Ah, bueno. ¿Te dijo algo? ¿De qué hablan sus canciones?

Incluso en la oscuridad Bartolomeo notó que la mirada de su hermana se endurecía y se dilataba.

—No quiero hablar de eso —dijo. Se alejó de nuevo y estrechó la muñeca contra su mejilla, meciéndola como a un bebé.

Bartolomeo se sintió muy molesto al oír eso, pero se forzó a sobreponerse. No era el único que se sentía mal, el único que temía cosas. Era su culpa que Queta se encontrara así.

—Pero ¿te dijo quién era? ¿Te dijo algo, lo que sea, esa pequeña bestia?

Se dio cuenta demasiado tarde de que había hablado en voz más alta de la deseada. Al otro lado de la puerta no se oía un solo ruido. Su madre carraspeó.

Entonces habló la señora Skinner.

—¿Y cómo andan los chicos, Betsy?

¿Bartolomeo imaginaba cosas o su voz sonaba un poco maliciosa?

—Dice Mary que últimamente tu hijo pasa mucho tiempo en el ático. Y nadie ha visto a la niña en todo el verano.

—Han estado enfermos —dijo la madre, secamente. Por un largo momento nadie habló. Luego la botella se descorchó una vez más y se oyó un gluglú, y por la voz de su madre Bartolomeo supo que estaba sonriendo—. Pero no hay de qué preocuparse, van a estar corriendo por ahí en menos de lo que canta un gallo. Pero cuéntame de ti.

Los negocios van bien, si no me equivoco.

Bartolomeo soltó el aire de a poco. Ni siquiera se había dado cuenta de que había aguantado la respiración. *Eso está muy bien*, pensó. Nada le gustaba más a Agnes Skinner que hablar de sus “negocios”.

—Ah, no hay de qué quejarse. Aunque hace unas semanas se me escapó un bocadillo muy sabroso —suspiró la señora Skinner—. Iba toda vestida de terciopelo morado, y encorvada por el peso de las joyas. Yo quería agarrarla cuando saliera, pero nunca lo hizo. Supongo que se me adelantaron.

Su madre debió de responderle algo gracioso, porque las dos mujeres se echaron a reír. Luego retomaron la conversación, cubriendo los demás sonidos.

Queta le tocó el brazo.

—Me hizo un montón de preguntas —susurró—. El andrajoso. Sobre ti y mamá, y sobre quién era nuestro padre. Y cuando yo ya no le quise contestar y me hice la dormida, se quedó ahí mirándome. Se queda muy quieto en la oscuridad. Se queda ahí hasta que ya no aguanto.

—Queta, es un duende, ¿no?

—¡Y qué más va a ser! Todas las noches mamá cierra la puerta con llave y el gnomo de abajo le pasa el cerrojo a la puerta de calle, pero el andrajoso entra igual. Mete el dedo en las cerraduras, entiendes, y el mecanismo se abre, así de simple — Queta ya no jugaba con su muñeca. Permanecía sentada muy quieta, mirando a Bartolomeo—. No me cae bien, Barti. No me gusta cómo me mira, todo doblado, y no me gustan sus canciones. Anoche me dormí mientras cantaba y tuve unos sueños horribles.

Los ojos negros de Queta relucían, húmedos.

—No pasa nada —dijo Bartolomeo suavemente, acercándosele y pasándole el brazo por sobre los hombros—. Fue solo una pesadilla. Ya sabes que no dejaré que te pase nada.

Queta hundió la cabeza en su camisa.

—No parecía una pesadilla, Barti. Parecía *real*. Soñé que estaba tirada en el pasillo de afuera, sola, y que alguien me había clavado las ramas al suelo. Los llamaba y llamaba a ti y a mamá, pero nadie me oía. La casa estaba vacía. Y entonces veía que todos los ratones escapaban de las paredes, y también los pájaros y los murciélagos se iban volando. No me daba cuenta de por qué corrían, pero lo oía, lo oía acercarse por la casa, soltando unos chillidos y un castañeteo espantoso. Giré la cabeza y le pregunté a un escarabajo que pasaba a toda prisa de qué se escapaban. Y el escarabajo dijo: “El Rey Rata. Viene el Rey Rata”. Y siguió corriendo, y me dejó ahí —Queta tomó aire—. ¿Sabes que después el andrajoso va a tu habitación? Después de cantarme.

Bartolomeo tembló. Hasta entonces no lo sabía. Esperó a que ella dijera algo más, pero Queta solo cerró los ojos y se acurrucó contra él. Bartolomeo se quedó sentado mirándola por unos minutos. Luego se acomodó él también y, tras cubrirse y cubrir a su hermana con la manta, intentó dormir.

Era muy tarde cuando oyó la despedida en la otra habitación. Al saludarse, las voces se volvieron firmes y formales; luego la puerta se cerró de un golpe y los escalones crujieron mientras bajaba la señora Skinner. Por unos minutos Bartolomeo

temió que su madre le echara llave a la puerta y él tuviera que esperar incluso más para poner en marcha su plan. Pero después de que los pasos de la señora Skinner se perdieran por el Callejón del Viejo Cuervo y otra puerta se golpeará en la noche, su madre fue a verlos.

Queta se había dormido en el regazo de Bartolomeo. Estaba ovillada sobre sí misma. Solo se veía su pelo de ramitas, y parecía como si un arbusto hubiera terminado entre su ropa. Bartolomeo se hizo el dormido. Oyó a su madre entrar en la habitación. Respiró adrede de manera honda y regular, y se preguntó qué expresión tendría en la cara.

Tras un momento, la madre alzó a Queta y se la llevó.

Apenas se cerró la puerta, Bartolomeo puso manos a la obra y se acuclilló en el suelo frío al lado de la pared. No tenía que adormecerse. No tenía que ponerse cómodo. Su deber era atrapar a un duende. Con los brazos en torno a las rodillas, esperó a que todo se aquietara en la otra habitación.

Esperó una eternidad. Las campanas de Bath sonaban cada cinco minutos una vez tras otra, los gritos resonaban en los callejones aledaños y él seguía oyendo a su madre en la cocina, que caminaba sobre el suelo crujiente de madera, guardaba el licor de arándanos en su rincón lleno de telarañas, limpiaba tazas de té y molía hojas y pétalos para los lavados del día siguiente. Un rato después la oyó apagar la lámpara de un soplido. Luego, sus primeros ronquidos. Bartolomeo se puso de pie y fue de puntillas a la cocina.

Hacía buen tiempo, pero aun así su madre tenía que encender la estufa panzona para hervir agua con que lavar la ropa. Bartolomeo cruzó la sala en puntas de pie y levantó el recipiente del carbón, en el que siempre había un buen montoncito de cenizas, con cuidado de no hacer ruido. Era pesadísimo. Solo logró dar unos pasos y tuvo que apoyarlo en el suelo. Tomó un puñado de ceniza fina y empezó a dispersarla. Puso un montón delante del armario de Queta. Luego, luchando con el peso, llevó el recipiente del carbón a su cuarto e hizo lo mismo alrededor de su propio catre. Cuando hubo una capa gruesa de ceniza sobre el piso, llenó el cacillo con agua y, caminando hacia atrás, la fue vertiendo sobre las cenizas. En la oscuridad, la oyó gotear y chapotear y, cuando se inclinó para tocarla, la mezcla se le quedó firmemente pegada a los dedos. Con eso alcanzaría. Tras dejar el cacillo junto a la puerta para no remover la alfombra de ceniza, se trepó a su cama.

Estaba profundamente dormido cuando se abrió la cerradura del departamento.

Cuando despertó, entraba una luz gris por las ventanas. La casa estaba en silencio.

Se incorporó de golpe. *Las cenizas*. Si su madre veía ese chiquero no solo le daría una bofetada en las orejas, lo llevaría de inmediato al curandero que atendía en el patio trasero de la cantina Bolsa de Clavos, y este lo zarandearía y le haría ingerir quién sabe cuántos menjunjes repugnantes. Antes de que ella despertara, tenía que limpiar hasta el último copo de ceniza.

Se sacó la manta y miró el suelo desde el borde de la cama. El agua y las cenizas

se habían secado durante la noche, formando una especie de barro gris. Y en medio de ellas, marcándolas como bellotas dispersas, había huellas.

Ahora te tengo, pensó Bartolomeo. Las huellas eran pequeñas, bifurcadas, con una hendidura en el medio. Estaban alrededor de su cama, por todo el suelo, cientos de ellas que iban aquí y allá. Dejaban una estela sucia que se alejaba por debajo de la puerta.

Bartolomeo era un niño de ciudad. Nunca había trepado a un árbol ni corrido por un prado. Nunca había visto una granja, salvo las pintadas en latas de café. Pero de pequeño su madre lo había llevado al mercado, y reconocía la planta de la pata de un animal. Aquellas eran huellas de cabra. Pezuñas.

Recordó una vez más las sábanas que se retorcían en el jardín de los Buddelbinster, mientras el cielo se volvía de hierro y la cara de la madre duende abría la boca contra la ventana del ático.

No oirás nada, había gritado ella, y su voz seguía resonando en la cabeza de Bartolomeo, dolorosa, desgarradora. Las pezuñas en el suelo de madera. Las voces en la oscuridad. Vendrá a buscarte y no oirás nada.

Temblando, se levantó y siguió las huellas hasta la otra habitación.

Capítulo X

El mecanoalquimista

—AH, Melusina, Melusina —la tía Dorcas sacudió la cabeza, juntó las manos sobre el barato broche de peltre que llevaba en el pecho, y puso una cara nostálgica y de lástima. Pronunció el nombre de la dama misteriosa como si hablara de su más querida amiga.

Ofelia levantó la vista de la mesa del comedor en la que estaba ordenando unos rollos de tela que la tía Dorcas había traído consigo en el carruaje de vapor. La Calle Curzon no quedaba tan lejos de Plaza Belgravia y el marchante siempre enviaba a un mandadero con las compras grandes, pero como había dicho la tía Dorcas: “Es una bajeza ir a pie”. Poco importaba que tuviera que pedirle dinero para el taxi al cocinero de los Jelliby.

El señor Jelliby, que hasta ese punto había permanecido sentado, con cara de desánimo, en su sillón de tela estampada, se irguió de golpe. *La tía Dorcas sabe. Sabe quién es la dama de morado.*

El señor Jelliby carraspeó. Se ajustó los puños de la camisa y procurando no parecer demasiado interesado, preguntó:

—¿Y? ¿Quién es, tía?

—Sí, ¿quién es? —dijo Ofelia, con un atisbo de sarcasmo en la voz.

La tía Dorcas sonrió con benevolencia.

—Melusina Aiofe O’Baollagh —dijo, agitando su abanico ante sus mejillas coloradas. Se suponía que el abanico debía tener el aspecto elegante de esos con un *piski* encima de un palo que agita sus alas delgadísimas. Pero el de ella no estaba vivo. Era una pobre copia hecha de cera esculpida y algodón, y habría que ser un poco ciego para confundirlo con un duende vivo—. Irlandesa —agregó rápido, al ver que ellos no sabían quién era—. La pobre. En fin, no era más que la hija de un comerciante, pero un comerciante muy pero muy rico.

El señor Jelliby parpadeó.

—¿Era?

—Cayó en desgracia —dijo la tía Dorcas, con un suspiro—. Creo que fue por culpa de su enamorado. Era el hombre más apuesto del mundo, por lo que dicen. Estaban comprometidos, pero hubo un incidente. Algo muy misterioso. Nadie sabe los detalles. Lo cierto es que la familia empezó a sospechar de él y ¡los tortolitos huyeron juntos! A ella los suyos la repudiaron, y nunca se volvió a saber de la pareja. Es muy romántico.

—Sí, muy... —dijo el señor Jelliby, reclinándose pensativo en su sillón.

Ofelia apartó un fino rollo de encaje veneciano y preguntó: —¿Se puede saber de dónde conoces a esta apasionada criatura, Arturo?

—Bueno, no es que la conozca —dijo el señor Jelliby, encogiéndose de hombros con algo de timidez—. Oí hablar de ella. La mencionó un caballero de Westminster. ¿Hace cuánto pasó todo esto, tía?

—Ah, no hace tanto. Déjame ver —inclinó la cabeza y cerró los ojos. Dos segundos después los abrió y dijo—: ¡El mes pasado! El mes pasado oí a Lady Swinton hablar del tema mientras yo le hacía el dobladillo de las enaguas... Quiero decir, mientras la visitaba... —los miró a ambos con dureza—. Y después, hace dos semanas dijo algo Madame Claremont, y el martes pasado salió el tema en casa de la Baronesa de Eresby. La verdad, está en boca de todos. No entiendo cómo no han oído nada.

—Sí, qué extraño. Bueno, gracias, tía —el señor Jelliby se puso de pie y le hizo una reverencia, luego se volvió hacia su mujer y repitió la acción—. Y que pasen buen día, queridas. Me temo que debo irme.

Y tras decirlo se alejó aprisa de la habitación.

El día anterior, apenas la anciana lo había despachado con la mano vendada en un retazo de los pijamas de Herald y el pájaro mecánico cuidadosamente recogido en una palita, el señor Jelliby había vuelto directo a la cafetería que quedaba en la esquina de la Plaza Trafalgar.

Tras darle un chelín al camarero para poder sentarse sin verse obligado a pedir bebidas de colores poco naturales, extendió la criatura rota en la mesa tambaleante de hierro forjado y se puso a examinarla. De entre el enchapado de su pecho saltó un resorte que cayó sobre la mesa. El señor Jelliby maldijo en silencio. El pájaro había quedado muy estropeado. Sus alas colgaban hechas pedazos y los ojos negros, tan penetrantes y observadores unas horas antes, estaban opacos como el carbón. Tal vez habría sido mejor derribarlo de un tiro.

Desprendió la cápsula de su pata y la estudió con los dedos. *En alguna parte tenía que haber un engarce oculto...* Pasó la uña por la superficie y lo halló. La cápsula se abrió con un clic y salió un rollito de papel. Era blanco inmaculado, de buena calidad. Lo desenrolló con cuidado.

Envíalo a la Luna, decía, en una letrita de patas de hormiga. Y después, manchado de tinta y subrayado con un trazo cruel:

Ya viene el Niño Número Diez.

El señor Jelliby parpadeó. Lo leyó de nuevo. Lo dio vuelta y miró el envés. Las palabras eran raras y perturbadoras, pero no le decían nada. Ninguna dirección. Nada de “para Fulano de parte de Mengano”. Nada acerca de la dama de morado. Tanto esfuerzo por diez palabritas que no le decían más que si hubieran estado escritas en algún dialecto antiguo de duendes. ¿Por qué alguien tenía que enviar algo a la Luna? Era de suponer que el Correo Real no hacía entregas ahí. ¿Y el Niño Número Diez? ¿Quién...?

El señor Jelliby sintió un escalofrío helado en la espalda pese a la tibieza del día. De pronto, los sonidos de la Calle Strand, el ruido de los cascos de los caballos, los

gritos de los vendedores, el redoble de las campanas de la iglesia St. Martin-in-the-Fields, le parecieron ecos muy lejanos.

Solo ha habido nueve... Esas habían sido las palabras del duende caballero; lo que le había dicho a la dama mientras el señor Jelliby escuchaba desde la oscuridad del armario. El Niño Número Diez era un sustituto. El señor Lickerish iba a matar a uno más.

El señor Jelliby echó una mirada a su alrededor. Era el final de la tarde y los cafés estaban muy concurridos. Había muchas parejas en las terrazas de la vereda, y también un puñado de caballeros y una de esas modernas mujeres que llevaban pantalones y se sentaban solas en los cafés. Y todos estaban mirándolo. Creían hacerlo con discreción, ocultos tras abanicos levantados o periódicos, por encima de los anteojos y bajo el ala de sombreros de flores. Pero de cualquier manera lo miraban fijo. Solo para ver qué iba a hacer a continuación ese hombre apuesto con la palita.

Lentamente se volvió hacia el pájaro. Por un segundo quiso salir corriendo. Dejar el pájaro y el café, tomar un carruaje a Plaza Belgravia y beber coñac en casa como si nada hubiera sucedido. La gente no sabía. Nadie sabía lo que él sabía, y a todos les daría lo mismo que él nada supiera.

Pero en alguna parte del gueto de los duendes un niño iba a morir. Y Arturo Jelliby era la única persona en el mundo que lo sabía. Sentía que se le había atragantado una piedra y tenía que empujarla con fuerza. Era su responsabilidad. No solo hallar a la mujer del vestido ciruela. Todo. Ya no podía hacer de cuenta que no sabía nada.

Tras sacar un estuche laqueado del bolsillo de su chaqueta, se enganchó unos quevedos en la nariz. Se inclinó para estudiar al pájaro más de cerca. En alguna parte diría dónde lo habían construido. *Si solo pudiera encontrarlo...* Entrecerró los ojos y dio vuelta la máquina en sus manos. El pájaro parecía muy frágil. Mientras lo palpaba, la maquinaria se movía minuciosamente, y por un segundo tuvo el impulso infantil de aplastarlo en el puño y sentir cómo los resortes y las placas de metal se deshacían entre sus dedos. No lo hizo, claro. Bastante esfuerzo le había costado atraparlo como para hacerlo añicos. Además, ahí estaban las palabras. Acababa de verlas. Una letrita diminuta grabada con una aguja al rojo vivo en el envés de una pluma metálica.

Decía: *Mcn. Alq.*

Y después, en letritas más pequeñas: *X.Y.Z.*

Lo de *Mcn. Alq.* quería decir “mecanoalquimista”. Eso el señor Jelliby lo sabía. ¿Y lo de *X.Y.Z.*? Tal vez las iniciales de la tienda, o del fabricante mismo. Pero qué iniciales más extrañas. El señor Jelliby tendría que buscarlas en una guía al regresar a casa. Y ojalá el mecanoalquimista hubiera puesto un anuncio. Si trabajaba en negro metido en un agujero de Limehouse nunca lo encontraría, por más que buscara cien años.

Abandonó el café y tomó por la Calle Regent hacia Mayfair, mientras buscaba con la mirada un kiosco de periódicos. Era costumbre ver en ellos listas de tiendas, junto a las capas y capas de volantes que flameaban como los pétalos de una flor sucia: circos, ópera, pantomimas y espectáculos de variedades. Pero al toparse con uno encontró solo dos folletos que anunciaban mecanoalquimistas y los dos, que atendían en la Calle Grovesnor, eran intimidantemente prestigiosos y no tenían una sola X, Y o Z.

El señor Jelliby regresó a Plaza Belgravia en taxi y entró de puntillas en la sala de su casa. Ofelia estaba sentada en su sillón preferido, leyendo absorta el último número de *Hebra de Araña y Gotas de Rocío: Revista de Magia Duéndica*. Sintió de inmediato la presencia de su marido, pero no lo llamó; él fue hacia arriba, se encerró con llave en su estudio y se puso a estudiar con prisa febril los anuncios de los periódicos especializados que guardaba.

Le llevó casi una hora hallar lo que buscaba. El anuncio era pequeño, sobrio, recortado nítidamente contra las ilustraciones suntuosas de pelucas y sardinas y criadas mecánicas. Unos renglones negros que declaraban —con bastante empaque pese a su aspecto humilde—: *¡Las maravillas mecánicas del señor Zerubbabel! ¡Todo lo que ha soñado y mucho con lo que nunca soñó, confeccionado en latón y mecanismos de relojería, hecho a mano, único en su tipo. Baterías duéndicas de larga duración y rendimiento impecable. Encargos solamente. Tarifas accesibles. Y luego la dirección: Calle Stovepipe 19, quinto piso, Clerkenwell.*

¿*Clerkenwell*? El señor Jelliby bajó el periódico. No era un barrio muy elegante. De hecho, era de baja categoría. Y el señor Jelliby nunca había oído hablar de un establecimiento llamado “Las Maravillas Mecánicas del Señor Zerubbabel”. Se hubiera dicho que un caballero en la posición del señor Lickerish acudiría a los mejores mecanoalquimistas de Londres en busca de artilugios. No a *Clerkenwell*. A menos que el duende no quisiera lo mejor. A menos que quisiera lo más tranquilo, lo más rápido y lo más secreto.

Fue en ese momento cuando sonó el timbre, la tía Dorcas desembarcó en la casa, Ofelia lo llamó para que la saludara y demostrara buena educación, y él hizo las preguntas del caso acerca de Melusina.

Pero acababa de escapar. Fue al recibidor y recogió su saco y su sombrero de donde esperaban para ser cepillados. Luego salió y apretó el paso por los adoquines, que estaban resbaladizos por la lluvia.

Clerkenwell quedaba a una distancia considerable de Plaza Belgravia. Decidió que lo más fácil sería subir la interminable escalera de caracol que llevaba al tren de vapor y viajar por encima de los techos de Londres. Eso era mejor, en cualquier caso, que buscar el camino por entre las calles. Rara vez se aventuraba más al norte del puente de Waterloo, nunca pasaba de Ludgate Hill, y ese día no tenía ánimo de lidiar con las barriadas sucias y peligrosas que mediaban entre su casa y Clerkenwell.

Cuando el señor Jelliby llegó a la cima de las escaleras, casi sin aliento, un

autómata que no tenía piernas ni ojos, no se parecía en nada a un humano y, sin embargo, estaba equipado con un bigote de latón enrollado y una galera, extendió hacia él una mano en forma de tenaza. El señor Jelliby depositó en ella un chelín. La mano con la moneda se cerró y se metió dentro del cuerpo del autómata. A continuación sonó una campanita dentro de su barriga y le expidió al señor Jelliby un billete. Luego el autómata lo saludó en silencio mientras pasaba a la plataforma.

El tren de vapor llegó a su debido momento, y el señor Jelliby se sentó en un compartimento de paneles oscuros del vagón de pasajeros. El tren empezó a moverse. Al otro lado de la ventanilla pasaban veletas y humo. Pese a la claridad del día, había lámparas de gas encendidas en las paredes, que consumían el oxígeno. Para cuando bajó en la estación King's Cross, se le partía la cabeza.

El hecho de bajar por las escaleras a las calles cavernosas y llenas de humo de Clerkenwell no lo alivió en nada. Entre los conventillos destartados, el aire era repugnante. Le llenaba los pulmones como un montón de algodón negro llenaría una botella; lo hacía boquear. Al menos la población parecía menos peligrosa que el aire. La mayoría eran mujeres y niños de mejillas hundidas. *Sin duda los ladrones y los vándalos están trabajando en partes más prósperas de la ciudad*, pensó el señor Jelliby.

Calle Stovepipe, Calle Stovepipe. Cielo santo, ¿no había letreros en Clerkenwell? Buscó con la vista, entre los ladrillos mugrientos, los carteles descascarados de las tiendas y de las puertas. Encontró uno solo, medio roto, atado con un pedazo de alambre a la cima de un farol, pero no pudo leer qué decía. Alguien había pintado encima, en letras rojas: *Duendilandia*.

Subió aprisa por la calle, no vio nada parecido a un mecanoalquimista, dio la vuelta cuando pensó que nadie lo miraba y volvió rápidamente sobre sus pasos. Hizo eso varias veces antes de atreverse a pedirle indicaciones a una mujer sin dientes vestida con enaguas escarlata. Esta le señaló un callejón oscuro que serpenteaba entre una masa de edificios dilapidados. Ya había pasado delante del callejón al menos cinco veces, y cada vez le había parecido demasiado sospechoso para arriesgarse a meterse por ahí.

Por fin lo hizo. El aire era espeso, viscoso como alquitrán. Miró las casas que se inclinaban encima de su cabeza y vio una enorme gota de agua tiznada con hollín que caía hacia él. Dio un paso a un lado y la gota reventó contra el suelo, produciendo un eco entre las construcciones. Tampoco en aquel callejón había letreros, ni siquiera carteles de tiendas o tabernas. Solo casa inclinadas, negras como la noche y llenas de ventanas rotas. A mitad del callejón vio a un gnomo borracho repantigado en un umbral, y volvió a pedir indicaciones.

El gnomo hizo una mueca bajo sus cejas pobladas.

—Por ahí —dijo con voz ronca, señalando con su garra una casa alta y estrecha, cerca del final del callejón. La construcción se encontraba tan desvencijada como el resto. Por cierto, no era un sitio donde imaginar al Lord Canciller de visita. Él, con

sus trajes extravagantes y su perfecta piel blanca.

El señor Jelliby le agradeció al gnomo y se acercó a la casa con cautela. Al alzar la vista descubrió que terminaba en una enorme maraña de chimeneas y volutas de humo, que le recordó una cabeza de pelo negro y enredado. Entró por una puerta baja y subió por las escaleras, una planta tras otra, pasando delante de inquilinos recelosos y habitaciones fétidas, hasta que por fin llegó al quinto piso. Allí encontró un pequeño cartel pintado a mano que indicaba una puertita pintada a mano en la que decía, muy sencillamente, *Señor Zerubbabel*. Nada de maravillas mecánicas.

Al entrar el señor Jelliby, sonaron un montón de campanas oxidadas sobre la puerta. De techo bajo, la sala se veía oscura y abarrotada: con todos los estantes y pilas de maquinaria que había, era difícil distinguir su verdadera forma. Unos esqueletos de autómatas a medio construir estaban sentados encima de cajones, con los ojos muertos fijos en la nada. El cielo raso era un entrelazado de rieles, y, sobre ellos, docenas de hombrecitos de lata iban de un lado a otro montados en monociclos, rechinando bajito y llevando en la mano destornilladores, martillos y vertedores de aceite brillante.

En un rincón alejado de la habitación se oyó un ruido metálico y, cuando el señor Jelliby se volvió, vio a un anciano encorvado sobre un escritorio, que ajustaba las cintas de un caracol mecánico.

El señor Jelliby se acercó un paso.

—¿Señor? —dijo.

La palabra cayó en el suelo como una bola de piel. El anciano alzó la vista. Arrugando la nariz, escudriñó al señor Jelliby a través de sus anteojos de medialuna.

—¿Qué se le ofrece? —dijo, dejando el caracol en el escritorio. Este zumbó contento y empezó a dar círculos alrededor de un jarro lleno de grasa negra.

—Ah, ¿tengo el gusto de dirigirme al señor Zerubbabel?

—Sí, soy el señor Zerubbabel, aunque lo de tener o no el gusto corre por su cuenta —la voz del anciano era educada, muy incongruente con aquel taller revuelto. Llevaba en la cabeza un sombrerito negro—. Xerxes Yardley Zerubbabel, para servirlo.

El señor Jelliby le agradeció con una sonrisa.

—Tengo una pieza de mecánica dañada, que fue construida en este taller. Resulta que... que se estrelló contra la ventana de mi ático —esa mañana, mientras leía el periódico durante el desayuno, había practicado lo que iba a decir. No le estaba saliendo bien—. Si usted tiene la bondad de decirme adónde se dirigía, se lo llevaré de inmediato a su dueño.

—Ah, no es necesario, se lo aseguro. En absoluto. Tengo los nombres de todos mis clientes archivados. Muéstreme la máquina, por favor.

El señor Jelliby empezó a sacar el pájaro del bolsillo. Una garra de metal se enganchó en la tela y se desprendió con un ruido como el de una cuerda de guitarra. El anciano hizo una mueca de dolor. Mientras el señor Jelliby se esforzaba por soltar

las plumas de las costuras de su chaleco, el anciano dijo:

—¡Ah! El pájaro del *sidhe*. Gracias, me aseguraré de devolvérselo yo mismo.

—Sí —el señor Jelliby pareció acongojado—. Bueno, en cualquier caso, ¿no me podría decir adónde se dirigía?

El entrecejo del ancianito se oscureció. Al hablar, fue precavido.

—No, no, creo que es mejor no hacerlo.

El señor Jelliby retorció la boca, tironeó de uno de los resortes de pájaro, movió los pies en el lugar y después dijo:

—De acuerdo, escúcheme bien. Estoy con la policía, y la criatura que le compró este pájaro es un criminal atroz.

—Es un político —dijo el anciano sin inmutarse.

—¡Pero también es un asesino! Ha estado matando niños inocentes en Londres y en Bath y los ha dejado vacíos como árboles muertos, y usted, como inglés honrado que es, tiene el deber de ayudarme.

El señor Zerubbabel gruñó.

—Primero, no soy inglés. Segundo, nunca en mi vida oí un cuento tan disparatado. Y eso de la policía, ¡vamos! No le creo una palabra. Y por más que lo hiciera... —resopló y, levantando las cejas, se puso a retocar el mecanismo del caracol—. No es asunto mío.

El señor Jelliby alzó las manos, exasperado.

—¿Cómo puede... qué... no tiene...? —dejó caer los brazos. Abrió la billetera, sacó dos relucientes monedas de oro y las agitó en las narices del viejo—. ¿Lo puedo tentar para que lo sea?

El viejo echó una ojeada a las monedas. Agarró una y la mordió. Luego miró al señor Jelliby, se puso en puntas de pie para observar por la ventana del taller y dijo de mala manera:

—Voy a buscar en el archivo.

Como una rata vieja, el señor Zerubbabel se metió por un agujero entre dos estantes abombados. Adentro, el señor Jelliby solo veía negrura. Salieron unos juramentos, seguidos por un estruendo aparatoso que sacudió la altísima casa hasta sus cimientos. De un frasco cercano se derramó una cascada de mosquitos mecánicos. El viejo asomó la cabeza.

—Se lo han comido. Un momento, por favor.

Desapareció en el agujero una vez más.

Se oyó otro estruendo, que sonó a garras que tamborileaban y a susurros furiosos, y el viejo volvió a salir, esta vez con un mapa en la mano.

—¡Ahora sí! —dijo, agitado—. Veamos qué tenemos aquí —desplegó el mapa sobre una pila de piezas sueltas y se puso a estudiarlo, con ojos que iban de un lado a otro como moscas. Había largas líneas rojas trazadas en él. El señor Zerubbabel las siguió con un dedo marchito.

—Tengo a un duende aéreo para que recorra las distancias, calcule las rutas

seguras, etcétera —explicó—. Identifica los obstáculos y mide la altura desde la que hay que soltar los aparatos —miró de reojo al señor Jelliby—. Para que no se estrellen contra las ventanas de los áticos, ¿me entiende?

El señor Jelliby asintió sabiamente.

El señor Zerubbabel volvió a su mapa, frunciendo el ceño. Golpeó con los dedos tres veces, en distintos lugares del mapa.

—Estos son los puntos que me dio. Tres pájaros. Cada uno tiene su propia ruta. Tres pájaros para tres rutas. Y todos parten de distintos puntos en Londres —por un momento el señor Zerubbabel se quedó pensativo—. El que usted atrapó va desde el palacio de Westminster, parece, hasta el norte de Yorkshire. Se lo lanza hacia el este para evitar las cenizas de las fábricas. El segundo vuela entre Bath y una casa en el puente de Blackfriars. Y al tercero nunca lo entendí. Me hizo calibrarlo para que volara en línea recta hacia arriba desde un altillo en Islington, cien metros hacia cielo abierto. Y cuando envié a Bonifacio —mi duende aéreo— a fijarse qué había ahí, no encontró nada. Solo nubes y cielo.

El señor Jelliby había dejado de escuchar. Tenía lo que necesitaba.

—Gracias, señor, muchísimas gracias. ¿Me podría dar las referencias? ¿Las líneas longitudinales o como quiera que se llamen? —le mostró otra moneda—. Se lo agradecería muchísimo.

El viejo metió la moneda en el bolsillo y garabateó una serie de números en un pedazo amarillento de papel. Se lo pasó al señor Jelliby.

—No sé qué se trae entre manos. Supongo que intentará arruinar a ese sujeto. ¿Chantajé, tal vez? Ustedes son muy parecidos, los ingleses y los duendes. Están tan desesperados por los extremos que no pueden ver nada en el medio. Ah, bueno, me callo. En esta parte de Londres nada habla más alto que la cara de una moneda y, como dije, no es asunto mío.

Al señor Jelliby no le pareció de muy buen gusto haber dicho aquello en voz alta. Estaba por despedirse del hombre con frialdad, cuando las campanas sonaron sobre la puerta y entró otro cliente.

Y quién entró no era otro que el duende mayordomo del Lord Canciller Juan Wenceslao Lickerish.

La mano del señor Jelliby apretó el pájaro. Muy lentamente, empezó a metérselo en la manga. La garra se le enganchó en el puño. *No se soltaba*. De golpe se le ocurrió que el mayordomo, por sus brazos y sus dedos largos, se parecía mucho a una mantis religiosa, a un mortal insecto pálido. El duende tenía que inclinar extrañamente la cabeza hacia un lado para no golpearse contra el cielo raso. La maquinaria de latón de su cara estaba tiesa, inmóvil.

Un paso. Un paso a la derecha y el señor Jelliby quedaría oculto tras los tentáculos de un pulpo mecánico lleno de remaches. Pero era demasiado tarde. El duende mayordomo se dio vuelta y lo vio.

—Oh —exclamó, mientras los lentes de su ojo verde enfocaron ruidosamente el

pájaro que sostenía el señor Jeliby—. Pero qué sorpresa, usted por aquí...

Capítulo XI

El Niño Número Diez

LAS huellas de la cabra se paseaban por el suelo de la cocina, de la puerta a la mesa, de las camas a la estufa panzona sobre la que se secaban unas hierbas. La madre de Bartolomeo inspiraba y espiraba dormida, y la vieja cama crujía con cada inspiración. En su armario, Queta se movió un poco y suspiró.

Bartolomeo soltó el aire de a poco. ¿A qué había venido el duende? ¿Qué quería?

Ojalá no lo hubiera invitado. Ojalá hubiera escuchado a su madre y hubiera prestado atención a sus advertencias. Le había dicho lo que podía ocurrir. Por poco le había suplicado que no lo hiciera. Pero él tenía mucha necesidad de un amigo. Quería que alguien lo protegiera y le hablara, que le hiciera sentir que no solo era extraño y feo. Pero este *no iba* a ser su amigo. No iba a protegerlo, y tampoco iba a darle cuerda al rodillo de la ropa. Lo único que hacía era pasearse por la noche y meterle pesadillas en la cabeza a Queta. Con toda probabilidad, el número diez en el papel del ático era otra de sus bromas. Seguramente el duende se reía solo en ese mismo momento.

Bartolomeo se mordió el labio y siguió las huellas hasta la puerta de entrada. Seguía cerrada. *Mete el dedo en las cerraduras, entiendes, y el mecanismo se abre, así de simple.* Y con llave, al parecer. Tras bajar la llave de su ganchito, la abrió. Luego, cuidando de no hacer ruido, salió de puntillas al pasillo.

La casa estaba fría y oscura. Las maderas del suelo, pulidas por los años, relumbraban con la luz tenue que entraba por la ventana.

El rastro de cenizas llevaba arriba. Se hacía más débil a medida que Bartolomeo lo seguía, y se borraba hasta ser apenas una exhalación sobre la madera. Cuando llegó al tercer piso casi había desaparecido. Lo mismo daba. Sabía adónde había ido el duende.

Silencioso como la Luna, subió al ático por la trampilla. Se agachó ante la primera viga y avanzó a rastras, mirando hacia todas partes, en busca de una pista sobre el escondite del duende. Al encontrarlo lo mataría. El pensamiento se le ocurrió con repentina violencia. Si encontraba al monstruito, le retorcería el pescuezo. Se lo retorcería antes de que la criatura se lo retorciera a Queta, y a su madre, y a él mismo.

Al oír un sonido frenó en seco: voces, susurrantes, amortiguadas bajo el tejado.

—Ah, sí. Es un distinto como cualquier otro —la voz que hablaba era un bisbiseo, pero Bartolomeo la reconoció de inmediato. *Hueca, terrosa. La voz que cantaba.* Solo que ahora, cada pocas palabras, su dueño inspiraba laboriosamente a través de los dientes—. El mestizo construyó una casa, ¿ves? Una casa muy inferior, con la que atrapar a un duende. La encontré al explorar el lugar. La rompí a patadas, claro. ¡Ja, ja! La hice trizas.

Se oyó una risa. Bartolomeo se clavó los dedos en las palmas y se apretó contra el techo inclinado. La voz provenía del lugar que estaba bajo el alero. Su lugar.

—Y ese estúpido sustituto sigue creyendo que funcionó. Se cree que soy su duende esclavo —una inspiración—. Me hizo preguntas y todo. Me escribió una carta, con palabras, toda muy cuidadita, y me preguntaba qué quería decir algo en el idioma de los amos duendes y —otra inspiración— entonces pasó lo más extraño de todo. Resulta...

—No me importa —lo interrumpió una segunda voz. También hablaba muy bajo, pero de un modo totalmente distinto. Era áspera, peligrosa y fría—. ¿Es lo que necesito o no? No puedo permitirme más errores. Ni de parte tuya ni de nadie. Te contrato para que te asegures de que los sustitutos sirven, de que son lo que el Lord Canciller necesita —la voz se enfureció—. ¡Y nueve veces seguidas me has entregado *basura*! Lo pagaré con mi cuello si una vez más el material resulta ser inutilizable.

—Bueno, tienes tantos cuellos que...

Hubo un siseo furioso y Bartolomeo vio una sombra que pasaba rápido sobre la viga.

—*Cállate*. Cállate de una vez. Hay demasiado en juego. ¿Te aseguraste con la lista que te envió mi amo? ¿Te llegó siquiera, la lista? Últimamente ha habido... interrupciones a los pájaros mensajeros del Lord Canciller. Él no estaba seguro de que esta hubiera llegado a destino.

—Sí, recibí los pájaros —hubo un sonido metálico.

Bartolomeo se acercó un poquitín. Por entre las vigas distinguió apenas una figura. Se quedó sin aire. Era el andrajoso. No cabía duda. La criatura respondía exactamente a la descripción de Queta. Era pequeño y malformado, y estaba de pie muy quieto, con la barbilla pegada al cuello. Tenía un sombrero de copa roto inclinado sobre su cara. Solo llevaba un chaleco y una chaqueta harapienta. No usaba pantalones. De inmediato Bartolomeo vio por qué. De la cintura para abajo el andrajoso era una cabra. El pelaje de sus ancas era espeso y negro, empastado con tierra y sangre. Dos pezuñas descascaradas asomaban debajo de la lana enmarañada de sus patas. El andrajoso era un fauno.

—Muy bien —dijo la voz fría—. Te creo. Aunque si tuviera tiempo lo investigaría yo mismo.

Bartolomeo no podía ver al que había pronunciado esas palabras. Quienquiera que fuese, estaba oculto tras la esquina del alero, y Bartolomeo no se atrevía a acercarse más para ver mejor.

La voz continuó en un susurro.

—Te lo advierto, *sluagh*. Si el Lord Canciller queda insatisfecho una vez más con la entrega —si el sustituto es de nuevo un fracaso—, te golpearé en la cabeza bastante más que para sacarte solo un par de dientes. El andrajoso movió las pezuñas y no dijo nada.

—¿Está claro? —la voz era de hielo.

Bartolomeo no esperó para oír el resto. Arrastrándose como antes, reuló hacia la trampilla.

Todo era diferente. Toda había cambiado. Aquel asunto ya no era obra de un tonto duende doméstico. No quería imaginarse qué le harían esas criaturas si lo descubrían escuchándolas. Se descolgó en el pasillo del tercer piso y fue a toda prisa hacia la escalera.

La cabeza le daba vueltas. *Entonces no funcionó. La invitación. La casita lamentable con las cerezas metidas en las paredes.* No había servido de nada. El andrajoso no era su duende. Al andrajoso lo habían contratado. Para espiar. Para asegurarse de que Bartolomeo sirviera, fuera apropiado, a diferencia de los otros nueve. *Nueve.* El chico de los Buddelbinster era uno de ellos. Sin duda. Y ahora Bartolomeo sería el número diez. *El papel del ático.* Se arremangó y miró las marcas de su brazo. Números diez rojo sangre en el lenguaje de los duendes. Al menos en eso, el andrajoso le había dicho la verdad.

Se echó a correr escaleras abajo, pinchándose la mano con las astillas de madera de la barandilla. No sabía para qué lo querían. La criatura —la que estaba oculta— había dicho que trabajaba para el Lord Canciller. ¿No era eso bueno? ¿No le estaba permitido solo a la gente más buena y más sabia ser Lord Canciller? *Pero ¿por qué un Lord Canciller contrataría a duendes cuya voz sonara como el invierno y que amenazaran con bajarle los dientes a la gente?* Bartolomeo no sabía qué pensar. Estaba aterrado y excitado al mismo tiempo, y tenía la sensación de que una nube de polillas batía las alas dentro de su estómago. En su mente destelló una imagen de gente importante, duques y generales llenos de medallas, capas de armiño que se arrastraban sobre pisos de mármol, y grandes salones con innumerables velas encendidas. Un cuchillo de plata golpeaba contra una copa. Vitoreaban a alguien. Y Bartolomeo se dio cuenta de que lo vitoreaban a él. Barti Perol. El Niño Número Diez, del Callejón del Viejo Cuervo, Séptimo Distrito Duende, Bath. Era una idea ridícula. Una idea feliz, esperanzada y de lo más ridícula, que hacía agua por todos lados.

Casi había llegado a la puerta del departamento cuando, por la ventana del pasillo, vio algo que le llamó la atención. Había algo en el callejón, una sombra más donde no era lugar de sombras. Volvió sobre sus pasos y acercó la cara a los paneles redondos con rebordes de plomo.

Era la dama de morado. Había vuelto al Callejón del Viejo Cuervo y estaba sentada sin moverse en un banco de madera rugosa, contra la pared de un lugar conocido como Casa del Musgo. Los aleros medio desmoronados llegaban tan bajo que la cubrían de oscuridad. La mujer se recostaba contra la pared, con las manos en el regazo y el mentón apoyado en el pecho.

Por un momento Bartolomeo se olvidó de los duendes que discutían en el ático. Se olvidó de los salones con velas encendidas y de las capas de armiño. ¿Por qué

resistirse a que se lo llevara la dama? Alguien —no, no cualquiera—: el Lord Canciller se había tomado mucho trabajo para encontrarlo. Eso quería decir que él era importante. En el gueto de los duendes no lo era. En el gueto de los duendes era una más de las criaturitas feas escondidas de las que nunca se hablaba. Moriría allí. Tarde o temprano.

Pero los horribles duendes que estaban en el ático, gritó una voz, redoblando dentro de su cabeza como la campana de un carro de bomberos. La advertencia de la madre de los Buddelbinster, esa cara fea en la nuca de la dama, y las pezuñas, y las voces. Bartolomeo la silenció. No importaba. ¿Qué más daba cuando lo único que hacían era llevarlo a un lugar mejor? El lugar al que pertenecía. Sería mejor para todo el mundo que él se fuera. Su madre tendría una boca menos que alimentar, un sustituto menos del que ocuparse. Queta lloraría, y él la extrañaría horrores, pero seguro que iría de visita. Y si la habitación a la que había viajado a través del círculo de hongos se parecía en algo al lugar adonde iba, pues le gustaría vivir ahí. Podría raspar la doradura de los muebles y su madre y Queta comerían pato y pasteles durante meses.

Para cuando se apartó de la ventana se había decidido. En alguna parte de Londres había gente esperándolo, gente gloriosa con pájaros mecánicos, habitaciones hermosas y chimeneas. Dejaría atrás el Callejón del Viejo Cuervo.

Apoyó la cabeza contra la puerta del departamento y susurró:

—Adiós, madre. Adiós, Queta. Voy a mejorar las cosas.

Esperó unos momentos, como si esperara una respuesta. Luego bajó las escaleras. El gnomo estaba dormido en su banqueta. La cara de la puerta miraba ciega, ojos de madera gris sobre mejillas de madera gris. En silencio, Bartolomeo se despidió también de ellos. Luego se deslizó hacia los estrechos confines del callejón.

Las casas aledañas eran puntas negras recortadas contra el cielo. El sol aún no había salido y solo el gris de la madrugada le daba algo de luz al callejón. A unas cuantas calles de distancia, un carro traqueteaba sobre los adoquines, con un ruido reverberante.

Bartolomeo cruzó el callejón y se acercó a la dama con cuidado, pegado a la pared. Ella parecía incluso más alta de cerca, más oscura y más imponente, como si atrajera las sombras de los rincones y de los hondos portales, y estas le empaparan las faldas. La última vez que la había visto, Bartolomeo estaba en el ático, detrás del vidrio. Ahora la veía en detalle. Era joven. Para nada una gran dama, sino una muchacha de no más de veinte años. Aún llevaba la galerita inclinada sobre su cabeza, pero ya no tenía joyas en la garganta, y uno de sus guantes color noche estaba desgarrado, con una costra de lo que parecía ser sangre seca. El carmín de sus labios estaba algo corrido. Bartolomeo pensó que era la cosa más magnífica y aterradora que había visto.

Se acercó hasta una distancia de tres pasos y se detuvo. Ella estaba muy quieta. Muy pero muy quieta a la sombra del alero. Bartolomeo consideró la posibilidad de

estirar la mano y tocar la de ella. No le pareció prudente.

Estaba a punto de meterse de nuevo adentro y quedarse temblando contra la puerta hasta que se le ocurriera qué decir, cuando la dama se movió. Sus párpados se abrieron y dijo muy bajito:

—Oh, hola, niño.

Su voz era aireada y etérea, a mitad de camino entre el sueño y la vigilia.

Bartolomeo se echó atrás. Por un momento dudó de que le hablara a él, porque no había vuelto la cabeza y ni siquiera lo había mirado. Pero el callejón estaba vacío. La dama y él eran los únicos que estaban ahí.

—¿Te envía mi padre? —preguntó ella—. ¿Eres el nuevo valet?

Bartolomeo se quedó de pie, con la boca abierta, sin saber qué contestar. *¿Es una especie de prueba? Ay, no. No tengo que embarrarla. Algo inteligente, debo decir algo inteligente para impresionarla.* Ella seguía siendo la hechicera que se había llevado a su amigo, la mujer con la otra cara, retorcida. Pero sus ojos eran muy amables. Y tenía una voz muy linda. Bartolomeo ya ni se acordaba de la otra cara. A lo mejor pertenecía a otra persona.

—Dile que no daré el brazo a torcer —prosiguió ella—. Mientras el cielo sea cielo, Jack será mío, y nada se interpondrá entre nosotros. Pero estoy tan cansada... ¿Qué es esta silla dura sobre la que estoy sentada? ¿Dónde están mis almohadas? ¿Dónde está Mirabel con los *pêches et crème*? Niño, dónde...

De pronto sus ojos se abrieron del todo. Sus pupilas enfocaron a Bartolomeo y ella se sentó bien derecha, aferrándolo de las manos.

—Oh, no —murmuró la dama, y la voz le tembló. En su cara se veía la desesperación y sus ojos brillaban con el fulgor del miedo—. No, no. Tienes que escapar. Niño, han venido a *llevarte*. No los dejes. Corre. Corre como el viento y nunca vuelvas la vista atrás.

De inmediato se oyó un sonido, un golpeteo que se expandió por el callejón. Venía de los techos. Bartolomeo alzó la vista justo a tiempo para ver que la ventanita redonda de su tejado se abría de golpe, escupiendo una nube de vidrio al aire. De allí salió volando una forma, una masa hirviente de negrura. Cayó en picada, mientras el vidrio destellaba a su alrededor, y aterrizó en el callejón con un espantoso sonido a pequeños pasos.

El corazón de Bartolomeo dio un vuelco. La mujer soltó un grito ahogado y dejó caer las manos.

Entonces todo pareció moverse muy lentamente. El vidrio de la ventana llovió sobre el suelo, rebotando como cientos de diamantes. La forma que se retorció avanzó hacia ellos por sobre los adoquines. Y la cabeza de la mujer se volvió hacia Bartolomeo, con los ojos llenos de lágrimas.

—Dile a mi padre que lo siento —susurró—. Dile que lo siento —y entonces la forma oscura se estrelló contra ella y ella se dobló en dos, sin aire.

Cuando alzó de nuevo la cabeza, sus ojos eran duros y negros. Ojos de duende.

Bartolomeo echó a correr.

—¡*Vekistra takeshi!* ¡*Vekistra!* —gritó la dama de morado a sus espaldas—. Atrapa al décimo niño.

Era la voz de la criatura oculta en el ático que Bartolomeo no había podido ver. Y ya no era tranquila y fría.

Era chillona, desesperada.

Bartolomeo entró a toda velocidad en la casa. Un momento antes de dar un portazo vio a la dama de morado agacharse en el pavimento, con la botella en la mano, para dejar caer tinta negra en los adoquines. Entonces la puerta encajó en el marco y él corrió escaleras arriba y entró en el departamento. Cerró la puerta y pasó el cerrojo. *Pasos*. Alguien subía por la escalera, a los pisotones en la casa en silencio. Bartolomeo agarró la llave y la metió en la cerradura. *¿Adónde puedo ir?* El grito de “atrapa al décimo niño” aún resonaba en sus oídos, horrendo y final. La dama de morado no se lo llevaría con delicadeza como al chico de los Buddelbinster. No tenía intención de volar con él a salones encantados llenos de luz y de ropas finas. Iba a raptarlo.

—¿Queta? —gritó Bartolomeo, corriendo a su cama—. Queta, despierta. ¡Despierta! ¡Están por entrar! —abrió de golpe la puerta del armario, dando manotazos en las mantas para despertarla.

Queta no estaba en su cama.

Bartolomeo soltó un alarido y corrió a la cama de su madre. La sacudió y le golpeó la espalda con los puños.

—¡Madre! —gritó, mientras le saltaban lágrimas de desesperación—. ¡*Madre, despierta!* —su madre ni siquiera se movió.

Las pisadas habían llegado al pasillo. Se acercaban a la puerta, lenta y deliberadamente. *¿Por qué no despierta?*

Abriría la ventana. La abriría de par en par y daría gritos hasta que el gueto de los duendes se levantara sobresaltado. Pero era demasiado tarde. En la puerta sonó un ínfimo *clic*. La cerradura. Alguien la había abierto.

Bartolomeo se alejó de la forma inmóvil de su madre. Sus dedos se cerraron en torno a la manija del recipiente del carbón. Lo levantó, estrechándolo contra sí. Era muy pesado. De ser preciso, con él podía romperle la cabeza al duende. Pegado contra la pared, esperó detrás de la estufa panzona.

La puerta del departamento se abrió. Muy, muy de a poco, reveló una figura que se recortaba contra la luz mortecina del pasillo. La figura tenía patas de cabra y un sombrero desfondado. Dos ojos de carbón encendido brillaban bajo su ala. Se pasearon por la habitación, de un lado a otro, de un lado a otro. Hicieron una pausa. Volvieron a la estufa panzona. *Él no puede saber, no puede saber...* —Hola, niño.

Con un enorme sollozo de ira, Bartolomeo salió de un salto de atrás de la estufa, blandiendo el recipiente del carbón tan alto como podía. El andrajoso esbozó una sonrisa. De sus ojos salió un intenso destello, chisporroteó por la habitación y asestó

a Bartolomeo un golpe en un punto sensible de lo profundo de su cabeza. Su visión se apagó. Se supo ahí de pie, ciego y torpe, en el medio de la habitación. A lo lejos, oyó un batir de alas, alas oscuras que se arremolinaban y golpeaban, y el rugido de un viento helado. Su cuerpo le pesaba mucho, como si tiraran de él hacia abajo. *Queta*, pensó, antes de desmoronarse. *A la que querían era a Queta. Y se la han llevado.*

El recipiente cayó de su mano. Se estrelló contra el suelo como un trueno. Pero en la casa nadie despertó.

Capítulo XII

La casa y la furia

EL Señor Jelliby era el tipo de hombre que no toma decisiones apresuradas. De hecho, era el tipo de hombre que no toma decisiones en absoluto. Pero cuando el ojo mecánico del mayordomo se clavó en el pájaro que llevaba en la mano, y cuando el duende sonrió con esa sonrisa hambrienta que tenía y dijo: “Pero qué sorpresa, usted por aquí”, como si fueran excelentes amigos, el señor Jelliby tomó una decisión muy apresurada, incluso precipitada.

Echó a correr.

Tras meterse el pájaro en el bolsillo del pantalón, salió a toda prisa del taller y enfiló por el pasillo estrecho que llevaba a las escaleras. Oyó gritos a sus espaldas. Las campanas que estaban sobre la puerta se pusieron a repicar con violencia. Él corrió escaleras abajo, de a cuatro escalones por vez, y apenas esquivó a la anciana decrepita que subía en ese momento.

Cuando el señor Jelliby salió como un bólido al aire espeso de Stovepipe Road, frenó en seco.

Oh, no. En la entrada del callejón, inmóvil como un ataúd, estaba estacionado un enorme carruaje negro que bloqueaba su ruta de escape. Había dos caballos mecánicos al frente, que piafaban sobre los adoquines. Sus cascos metálicos desprendían chispas.

El señor Jelliby echó a correr por el callejón a toda velocidad en dirección opuesta. Se abrió camino por una conejera de callecitas, cubriéndose la boca con la manga para que los efluvios apestosos no le dieran arcadas y, en cuanto pudo, dobló de nuevo hacia la avenida más ancha. Llegó justo cuando las campanas daban las siete, anunciando el fin de la jornada laboral. Los trabajadores de las fundiciones y de las cervecerías salían en tropel de los portales y taponaban las calles. Se abrió paso a empujones y subió las escaleras que conducían a la estación del tren elevado.

Cuando llegó a la plataforma un tren de vapor estaba por dejar la estación, haciendo sonar la bocina. El señor Jelliby abordó de un salto el balconcito de acero forjado del último vagón y se desmoronó, exhausto, sobre la barandilla. El sudor se le metía en los ojos, pero se libró de él parpadeando. En las calles había una muchedumbre, fila tras fila de cuerpos cansados y mugrientos que se dirigían con paso pesado a sus pensiones o a los bares, con los ojos fijos en el fango que pisaban sus botas. No se veía ningún duende, pálido como la muerte y delgado como un ciprés, avanzar entre ellos.

El último vagón empezaba a tomar una curva cuando el señor Jelliby vio el carruaje negro, que separaba a la multitud como un bote lustroso en medio del agua sucia. Hizo una breve pausa en una encrucijada. Luego siguió su camino, para

desaparecer en la ciudad.

El señor Jelliby inspiró honda y lentamente. Lo hizo un par de veces, pero nada disipaba el pánico que se le había adherido a los pulmones. El duende mayordomo lo había visto. Lo había visto con el pájaro mensajero del señor Lickerish en la mano, sin duda el mismo pájaro por el que lo habían enviado a pedir información. Si antes habían pensado que el señor Jelliby era un espía, ahora confirmarían sus sospechas. Y, para colmo, un ladrón. Entonces se le ocurrió algo que lo hizo sentirse muy extraño: ya había decidido rescatar a Melusina, detener los tejemanejes asesinos del duende político y librar a Inglaterra de la consumación de esos planes siniestros. Pero había querido hacerlo sin que nadie se fijara en él, sin que lo miraran con desaprobación, sin parecer diferente de los demás caballeros de Westminster. Pero así no funcionaban las cosas. Así no funcionaban las cosas difíciles. Ahora se daba cuenta. Claro que se fijarían en él. Lo mirarían con desaprobación y malicia, y *tendría* que ser diferente de los demás caballeros. Porque los hombres como Throgmorton y Lumbidule no se ponían a perseguir pájaros mecánicos. No iban detrás de asesinos ni ayudaban a la gente. Se ayudaban a sí mismos. Y así cualquiera.

El duende mayordomo comunicaría al señor Lickerish lo que había visto. Este comprendería al instante. Se daría cuenta de que el señor Jelliby sabía cosas que supuestamente ningún humano debía saber. Se daría cuenta de que el señor Jelliby tenía intenciones de entrometerse. ¿Y de qué sería capaz? Ah, ¿de qué sería capaz ese duende con el corazón de piedra? El señor Jelliby tembló y se inclinó contra el viento lleno de cenizas.

Llegó a Plaza Belgravia justo antes del anochecer, desaliñado y manchado con la mugre que se junta al pasar a cincuenta kilómetros por hora entre las chimeneas de Londres. Tras cerrar la puerta, pasó el cerrojo y la cadena, buscó la llave oculta en la pantalla de una lámpara de gas y también le dio vuelta a la cerradura. Luego se recostó contra la puerta y gritó:

—¡Brahms! ¡Brahms! Cierra las persianas en toda la casa. Y corre los muebles contra las ventanas. ¡Ahora! ¿Ofelia?

Nadie le respondió.

—¡Ofelia!

En la cima de la escalera apareció una criada muy sorprendida.

—Buenas noches, señor —murmuró—. La cocinera le ha guardado la cena caliente y se han...

El señor Jelliby se volvió hacia ella.

—¿Jane? ¿O Margaret? Es igual. Tráeme todas las armas de las repisas, y todas las espadas y los cuchillos filosos y, ya que estás, una sartén o dos y todo lo que pueda usarse como arma, y cierra con llave la puerta del jardín. Ah, y dile a la cocinera que salga a comprar una buena provisión de galletas y carne de cerdo, y que cierre las ventanas del ático, no vaya a ser que quieran entrar por el techo, ¡y no te olvides de las armas!

La criada se quedó inmóvil, con la confusión pintada en la cara.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre? ¡Haz lo que te digo!

La chica balbuceó algo y empezó a retroceder hacia el pasillo. Luego dio media vuelta y echó a correr, golpeando con los tacos en la alfombra. Se oyó una puerta que se cerraba. Menos de un minuto después, Ofelia apareció en la cima de la escalera, con la criada asomada detrás.

—¿Arturo? ¿Querido, qué pasa?

—¿No cree que habría que dormirlo de un golpe? —susurró la criada—. Tengo entendido que la gente queda poseída por los duendes, y entonces hay que agarrar un palo, me entiende, o ese candelero de ahí, y...

—Ya basta, Beatriz —dijo Ofelia, sin quitar la vista de la cara del señor Jelliby—. Ve a barrer las hojas de té de la sala. Seguro que están llenas de polvo.

La criada inclinó la cabeza y corrió escaleras abajo. Pasó a centímetros del señor Jelliby, lo miró espantada y siguió camino a la sala. Ofelia esperó hasta que la puerta se cerrara. Luego ella también corrió escaleras abajo.

Con su carita arrugada de preocupación, alejó al señor Jelliby de la puerta.

—¿Arturo, qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

El señor Jelliby echó un vistazo atemorizado a su alrededor y llevó a su esposa hasta una silla, para susurrarle:

—Estamos en problemas, Ofelia. Tremendos, tremendos problemas. Ay, ¿qué va a pasarnos? ¿Qué va a pasar?

—Bueno, si me dices lo que ya ha pasado a lo mejor te puedo decir lo que pasará —dijo Ofelia con dulzura.

El señor Jelliby se cubrió la cara con las manos.

—No puedo contarte. No puedes saberlo. No debes. Robé algo, ¿de acuerdo? Se lo robé a alguien importante.

Y ahora lo saben. ¡*Saben* que robé!

—¡Arturo! ¡Pero no es posible! ¿Con tu herencia?

—Están asesinando gente, Ofelia. Niños. Tuve que hacerlo.

—Tendrías que haber llamado a la policía. En estos casos de nada sirve robar dinero.

El señor Jelliby soltó un complicado sonido de molestia.

—Escúchame, no robé dinero. Robé un pájaro. Un pájaro mecánico encantando.

—¿Un pájaro? ¿De quién? ¿El señor Lickerish? Querido, ¿se trata del señor Lickerish? —se mordió una uña—. Arturo, ¿sabes qué me temo? Me temo que estás atribuyéndole crímenes. Vamos, cuelga tu abrigo —ah, pero qué sucio está, ¿no lo mandaste cepillar?— y siéntate junto al fuego a beber un poco de té de manzanilla. Luego te das un baño caliente y a la cama, y mañana veremos qué hacer. A lo mejor no hace falta reacomodar el mobiliario.

Sonaba razonable. Al fin y al cabo, el señor Jelliby se encontraba en el santuario de su salón principal. La ventana daba a Plaza Belgravia, a carruajes y a gente, a las

sombras del ocaso. La somnolienta luz de la tarde pintaba los techos de rosa y cobrizo. ¿Qué podía hacerle ahí el señor Lickerish? Afuera, en la tierra salvaje de la ciudad, podía descargar un millón de horrores sobre su espalda. Podía hacer que lo tiraran de un puente, o lo empujaran debajo de un carruaje, u ordenarles a todas las arañas de Pimlico que tejieran una tela y lo colgaran de una viga. Pero ¿en su propio hogar? Lo peor que podía hacer el señor Lickerish era asesinarlo mientras dormía. Y eso era muy poco probable...

El señor Jelliby se quitó la chaqueta y fue a beber té de manzanilla.

Esa noche, la niebla se coló sigilosamente entre las lápidas de la iglesia St. Mary, Reina de los Mártires. Olía a carbón y a podredumbre, y se estiraba en formas lentas por la pendiente del camposanto. En lo alto pasaban nubes, ocultando la luna. En alguna calle ladraba un perro.

El sereno estaba sentado en su garita junto a la iglesia, profundamente dormido a la luz titilante de un farol. Los robatumbas ya se habían ido; habían terminado su trabajo hacía horas e iban camino a los consultorios médicos de la Calle Harley y a las casas de algunos duendes de paladares exigentes. Nadie oyó el repentino chillido del viento, ni vio la columna de alas que se formó en la oscuridad. Nadie vio a la dama que salió de entre ellas y miró alrededor, sacudiendo la cabeza como un pájaro. La dama dio media vuelta y se dirigió al portón, arrastrando las faldas color ciruela por el suelo húmedo.

Llevaba de la mano a una niña pequeña, una sustituta delgaducha, con ramas por cabello. Era Queta. Por poco se dormía al caminar y tropezaba con raíces y lápidas hundidas. Cada tanto su cabeza se inclinaba hacia un lado, como si no supiera que estaba en un camposanto lleno de niebla y se imaginara en su cama, donde podía acomodarse en la almohada y dormir.

—Deja de retrasarte, no seas tonta —ladró la dama, tirando de ella—. Ya casi terminamos.

Al hablar no movía los labios. La niebla se tragaba todo, pero aun así la voz de la dama era distante, como si llegara desde atrás de muchas capas de tela.

—Tengo que encargarme de una última cosa y, después, por mí puedes dormir hasta que las uñas te crezcan hasta el suelo.

Queta se frotó los ojos con la mano libre y dijo algo sobre ratas y casas.

—Y cierra el pico —la dama salió por el portón del camposanto, para tomar la Calle Retortijón. Olfateaba el aire. A continuación empezó a caminar por los adoquines. Queta apenas podía seguirla, pero la dama no le prestaba atención. Arrastró a Queta por la Calle Bellyache hasta llegar a Plaza Belgravia. A la luz de los faroles, la cruzaron de prisa y en silencio.

Se detuvieron delante de una casa alta con una bicicleta encadenada a la verja del frente. Más negra que el cielo nocturno, se alzaba imponente, sin una sola luz encendida en sus ventanas. La dama le echó una ojeada. Luego llevó a Queta hasta el farol más cercano y la plantó debajo de él; señaló al duende flamígero que estaba

detrás del cristal y dijo:

—Niña sonsa, ¿lo ves? ¿Ves cómo apoya las manitos anaranjadas contra los cristales y te mira? Ahora no te muevas. Vuelvo en un segundo.

Dio media vuelta y se alejó, dejando a Queta encantada bajo el farol.

En la cima de la escalinata de entrada, la dama hizo un alto y sacó de los pliegues de su vestido un pesado cilindro de metal. Antiquísimo, estaba verde de moho y tenía símbolos paganos tallados. En la tapa tenía grabada una cara sonriente, de mejillas gordinflonas y ojos pícaros.

La dama giró la tapa, dándole cuerda como a un reloj, y de repente la cara empezó a cambiar. Al rotar se iba enojando, sus ojos se oscurecían y su boca esbozaba una mueca amarga. El cilindro se abrió.

—Arturo Jelliby —susurró la dama, y sonrió cuando algo salió volando del cilindro, entró por el ojo de la cerradura y se internó en la oscuridad suntuosa de la casa. Cuando no quedó nada en el cilindro volvió a metérselo entre las faldas y, tras volver a sujetar a Queta, volvió al camposanto de St. Mary.

Al señor Jelliby no lo despertó un ruido. Más bien fue el efecto combinado de sentir frío por causa de las mantas caídas y un bulto incómodo en el colchón, a la altura del centro de la espalda, como si asomara un resorte.

Se incorporó y, en la oscuridad, buscó a tientas la fuente de su incomodidad. Estaba agotado. Si en ese momento se le hubiera aparecido un hombre de zapatos en punta y le hubiera pedido que firmara su nombre con sangre en un libro negro, lo habría hecho con tal de que le permitiera acostarse de nuevo sobre su almohada y volver a dormir.

Sus dedos tocaron algo liso y frío entre las sábanas. No era un resorte. *¿Qué demonios?* Ni siquiera era de metal.

Con un quejido, se levantó de la cama y encendió la lámpara de la mesa de noche. Sosteniéndola sobre la cama, estudió las sábanas arrugadas. Lo que lo había despertado era un pedazo de madera. Estaba bien pulido y parecía haber crecido hacia arriba desde debajo de la cama, atravesando el colchón y el cubrecolchón, hasta agujerear la sábana.

Dando tropiezos con su mente adormecida, sin entender nada, el señor Jelliby se lo quedó mirando. Con movimientos adormilados se arrodilló y miró debajo de la cama. Era una enorme cama con baldaquín, tallada en madera oscura y de modo tal que parecía un bosque de sauces llorones, con las ramas entretejidas formando un dosel. Ahora que lo pensaba, la madera que estaba entre las sábanas se parecía mucho a...

Se quedó tieso. Algo empezaba a envolverle el tobillo. Soltando un grito sordo, sacudió la pierna y se dio la vuelta para ver qué era. Se oyó un ruido a cosa que se parte, como un fósforo. Miró hacia abajo, y a sus pies había otro pedazo de rama, inmóvil en el suelo.

—¿Ofelia? —susurró en la oscuridad—. Ofelia, me parece que tendrías que

echarle un vistazo a esto.

Pero, mientras hablaba, otra rama se irguió detrás de él y le enlazó el cuello en silencio. De un rápido tirón se lo apretó con fuerza. Al señor Jelliby se le cayó la lámpara de las manos. Esta se hizo añicos contra el suelo y se apagó. Los ojos se le salían de las órbitas. Boqueando, se agarró la garganta.

—¡Ofelia! —gritó con voz ronca, y rompió la rama. Ahora las ramas lo atacaban a más velocidad, desde la izquierda y la derecha, crepitando al apartarse de la carpintería de la cama y serpenteando hacia él.

—¡Ofelia!

De pronto, la alfombra dio un violento tirón bajo sus pies y se escapó sola. Él cayó al suelo como una piedra de una tonelada. La alfombra dio la vuelta, se abalanzó sobre él y empezó a envolverlo, retorciéndose y apretando. Con un grito, la apartó a patadas y se arrastró desesperado hacia la puerta.

Logró salir al recibidor, y ahí se hubiera quedado si las maderas del suelo no hubieran empezado a levantarse, para golpearlo en la espalda y en los brazos. Bajó como un bólido las escaleras y abajo se quedó temblando. Era un sueño, seguramente. *Tenía* que estar soñando.

Echó una mirada a la sala. Todo estaba tranquilo.

Fue a la biblioteca y tomó la licorera de coñac. En unas horas voy a despertar. Las alfombras y las camas de sauce serán exactamente como se supone que eran, y podré...

A sus espaldas crepitó una madera. El señor Jelliby se volvió justo a tiempo para ver que una mesa con patas en forma de garras se le venía encima. Entonces la mesa dio un salto y lo golpeó en el centro del pecho, empujándolo hacia atrás —con todo y la licorera— contra la pared. La licorera se hizo añicos, dejando una mancha que chorreaba en el empapelado. El señor Jelliby luchó con la mesa, resollando, demasiado sorprendido para siquiera gritar. Vio el sable segundos antes de que lo atacara. Venía del escudo de armas que estaba colgado sobre la chimenea, cortando el aire con la punta, en dirección a él. Levantó la mesa como un escudo, pero el sable la traspasó, rozándole la mejilla, y se clavó en la pared a dos centímetros de su ojo izquierdo.

—¡Brahms! —gritó—. ¿Ofelia? ¡Despierta! ¡Despierta! Pasó por debajo de la mesa, dejando que esta se debatiera con el sable y, medio a rastras, medio cojeando, fue hasta el recibidor. Arriba se golpeó una puerta. Las voces se llamaban unas a otras y los pasos corrían por el suelo.

Para cuando el señor Jelliby llegó a la puerta de calle, esta ya estaba moviéndose. Los leones de caoba tallados en el marco daban tarascones, estirándose desde las jambas. Agarró el picaporte, pero este se retorció en su mano. Lo soltó con un grito. Un lagarto de latón se arrojó sobre su cara y su cola le cortó la mejilla, dejando una huella sangrienta. Desde el cielo raso, una enredadera de yeso bajó en espirales hasta su boca. Con todas sus fuerzas, él la partió de un mordisco.

En la cima de la escalera se encendió una luz. Brahms apareció con su gorra de dormir, sosteniendo en alto una gran lámpara de kerosén que iluminaba un círculo de caras fantasmales. Todas miraban con miedo y asombro la batalla que se desataba abajo.

—¿Ofelia? —gritó el señor Jelliby—. ¿Ofelia está bien?

La alfombra del recibidor también estaba viva, y las panteras y los gatos salvajes dibujados en su guarda avanzaban fluidamente hacia él.

Su esposa se abrió paso entre la ronda de criados, vestida con un camisón blanco que flameó en la oscuridad.

—Estoy bien, Arturo, todos estamos bien, pero...

El señor Jelliby dio un pisotón, aplastando a un gato de ojos rojos contra el tejido serpenteante de la alfombra.

—¡Es el señor Lickerish! Ha enviado a alguien. A algo para que...

Otro gato se despegó de la alfombra. Lo sintió en la pierna, el dolor de una mordida, como si le cosieran la piel con hilos. Arañó a la bestezuela.

—Arturo, aquí estamos —gritó Ofelia. Brahms hizo ademán de descender, pero las escaleras se plegaron como un acordeón y dejaron al pobre criado agitando los brazos a varios metros del suelo. Los otros lo agarraron y lo tiraron hacia atrás, gritando de miedo.

—Arturo, ¿qué está pasando?

Tenía que salir. La casa lo perseguía, y a él solo, pero ninguno de los demás estaría seguro hasta que él se fuera. Si la puerta no lo dejaba salir, encontraría otra manera. Andando con dificultad, fue hacia la biblioteca y luego al jardín trasero.

Ahora las cosas se arrojaban contra él desde todas partes. Los clavos se salían del parque, los soportes de plantas y las sillas corrían tras él desde sus rincones. Los cuadros de las paredes soltaron a sus habitantes, y de pronto lo atacaron unos viejos de pelucas empolvadas, arañando y susurrando. Una señora de nariz ganchuda lo agarró del pelo y, de un tirón, lo obligó a acercar la cabeza a su tela.

—¿No la viste? —susurró en su oído—. ¿No viste a esa sirvientita rayarme con un alfiler? ¡Y no hiciste *nada*!

El señor Jelliby olió la mano pintada, aguarrás y polvo, mientras las pinceladas que formaban sus dedos le arañaban la cara, en busca de sus ojos. Con un grito, rompió la tela en dos y se alejó de los retratos. Un paraguas se enredó en su pierna. Trató de sacárselo a patadas, pero se tambaleó contra algún tipo de busto, que le escupió un pedazo de mármol en la cara.

—¡Mi nariz no es así! —gritó el busto. El señor Jelliby retrocedió y tanteó la vidriera de colores que daba al jardín. Su mano halló el picaporte de la puerta. Lo sacudió. Cerrada con llave. Tras levantar el busto por el cuello, lo arrojó con todas sus fuerzas contra la puerta. La hizo pedazos y salió de un salto.

Todo se aquietó.

Las mesitas y las pavas alborotadas se detuvieron al borde del umbral. El busto se

alejó rodando hacia los matorrales.

El señor Jelliby cayó en el jardín, sin aliento, casi esperando que las plantas se levantaran para devorarlo; pero el jardín estaba en silencio. Nada de voces quejándose. Nada de rosas carnívoras u horrendos espíritus de los bosques. Se levantó con esfuerzo, sintiendo el frío del rocío y la tierra bajo sus pies descalzos. Y entonces lo oyó. En una esquina, al fondo del jardín, crecía un ruido entre las azaleas. El sonido de piedra contra piedra.

Algo se movía entre las ramas. Varias cosas. Las hojas crujían. Un momento después, una gárgola emergió de las sombras, arrastrando sus alas de piedra. La siguió un enano de mejillas rosadas que blandía una hachita. En la cara tenía fija una sonrisa demente. Del follaje fueron saliendo faunos de piedra, ninfas y una enorme rana de latón, cada uno quejándose de sus cuitas.

—Ahí estás —susurró una Venus, y la voz que emitía su garganta era sobrecogedora y rasposa—. ¿Por qué no tengo brazos? ¿Qué clase de *imbécil* esculpe una diosa sin brazos? Tienes suerte, supongo, porque si los tuviera te estrangularía.

Lenta y firmemente, las criaturas avanzaban, arrastrando los pies por el césped con un frufú. A sus espaldas, en la casa, el señor Jelliby oía el movimiento del mobiliario, el golpeteo de madera y mármol, y un tamborileo de lata. En pocos momentos estaría rodeado por completo.

Tras inspirar hondo, corrió hacia las estatuas. La gárgola se levantó en dos patas, mostrando los dientes. El señor Jelliby dio un salto. Su pie golpeó en la boca de la gárgola y se catapultó por encima de ella, cruzó el aire y cayó en el césped, lejos. La gárgola soltó un rugido chirriante, pero era demasiado pesada para darse vuelta con rapidez. El señor Jelliby llegó corriendo al muro del jardín. Empezó a trepar. Su pie encontró un enrejado, sus manos se hundieron en la anciana hiedra y subió hasta lo más alto. Giró para mirar el jardín.

Lo vigilaban. Un momento después la Venus se apartó de los otros y se acercó a la base del muro. Lo miró lúgubrementemente con sus chatos ojos de piedra.

—Este es tu hogar —dijo—. Algún día tendrás que volver. Y cuando lo hagas, te mataremos por todas las injusticias que cometiste en nuestra contra.

—¡Yo no he hecho nada! —gritó el señor Jelliby—. Yo no te esculpí sin brazos. ¡No martillé los clavos contra las maderas ni pinté mal los cuadros!

Pero la Venus no lo escuchaba. Solo lo miraba, mientras su voz monótona recitaba todas las vilezas que, estaba convencida, él había cometido.

El señor Jelliby maldijo y se descolgó del otro lado del muro, en el callejón estrecho que lo circundaba, que era solo una grieta torcida que lo separaba de otros jardines. Estaba desierto. A intervalos regulares se abrían sobre él portones de hierro forjado y puertas descascaradas pintadas de verde y amarillo. Había llovido, y la luz de la luna relucía en el pavimento mojado, convirtiéndolo en un sendero de plata. Se oía un eco de agua que goteaba de las ramas y de los tubos de desagüe.

El señor Jelliby volvió la vista atrás para mirar su casa, oscura y a la expectativa

tras el muro del jardín. En una de las ventanas del piso superior relumbraba una lámpara. Luego oyó voces, amortiguadas tras el vidrio. La policía llegaría pronto, con la sirena encendida. Pero no encontrarían nada. Solo una cama en forma de sauce y cuadros desgarrados y una mesa traspasada por un sable, todo tan quieto como era posible.

Arrebujándose en su bata, el señor Jelliby se perdió en la noche.

Capítulo XIII

Salir del callejón

BARTOLOMEO no despertó, porque en realidad no se había dormido. Había sentido que el recipiente del carbón se le caía de la mano, lo había oído rebotar con una larga nota nítida que repercutió dentro de su cráneo. Él también había caído. Un dolor sordo le traspasaba el brazo y algo había pasado en sus ojos, y aunque veía de nuevo, era de manera borrosa e indefinida. El andrajoso estaba de pie junto a la ventana: una mancha recortada a contraluz, saludando con la mano. Luego la ventana se había puesto negra, y afuera las alas habían llenado el callejón. Pero todo le había parecido muy lejano. Era como si él estuviera ovillado en lo profundo de ese cuerpo tieso y adolorido que era el suyo y ya no lo incumbiera lo que ocurría en el mundo.

Le daba la impresión de que llevaba un año ahí tirado. Imaginó el polvo posándose sobre él y el Callejón del Viejo Cuervo en ruinas a su alrededor. Pero al cabo sintió que su voluntad volvía, propagándose por su cuerpo como un charco que se derrama en una ranura. Afuera el sol brillaba. La luz entraba por los pequeños paneles de la ventana de la cocina y le hería los ojos. Se incorporó y se limpió la nariz con el dorso de la mano.

Queta ha desaparecido. Fue un pensamiento lento y hueco. La dama de morado vino y se la llevó, como a los otros nueve. Como a mi amigo. No me buscaban a mí. Soy solo un niño tonto que no se dio cuenta del peligro hasta que fue demasiado tarde, que pensó que se trataba de él y que iba a ir a Londres y a ser importante. Y ahora Queta ha desaparecido.

Bartolomeo se levantó agarrándose de la pata de una mesa. Tenía la ropa cubierta de ceniza, pero no le importó. Se acercó a la cama de su madre. Ella seguía tal como la había dejado, profundamente dormida, respirando de manera regular, en calma. A veces sonreía un poco, o roncaba, o se daba vuelta como por lo general hacía al dormir. Solo que no se despertaba.

Bartolomeo la agarró del hombro. “¿Madre?”, quiso decir, pero de su garganta solo salió un sonido cascado.

Aturdido, salió del departamento, prestando oídos a los vecinos al pasar delante de sus puertas. Todo estaba en silencio. Ningún niño lloraba, no se oía un solo paso en el viejo parqué desnudo, ni siquiera olía a nabos. Fue al piso de arriba, al de abajo, a toda la casa, y en todas partes era igual. Lo único que cada tanto oía eran ronquidos, o lo que sonaba como el chirrido de un resorte de cama. Hasta el gnomo que cuidaba la puerta que daba al Callejón del Viejo Cuervo estaba dormido en su banquito, con un hilo de baba brillante en el mentón.

—Hola —dijo Bartolomeo—. ¡Hola! —un poco más alto. La palabra escapó escaleras arriba, por entre los pasillos silenciosos y las zonas de luz. La escalera le

devolvió un eco: “la, la, la...”.

Todo el mundo dormía. Todos bajo ese techo, menos él. Las campanas de Bath dieron las doce del mediodía. Salió y se detuvo en el callejón, entumecido y con los ojos bien abiertos, preguntándose qué hacer.

Se acercaban nubes, pero aún estaba claro. Sintió el sol en su piel, pero este no lo calentó. Entre los adoquines había crecido un círculo de hongos. Eran pocos y estaban separados, y cuando Bartolomeo se paró en el centro, el aire ni siquiera se agitó. Los pisoteó uno a uno y esparció el líquido negro por el suelo.

Al rato vio a un hombre que subía por el callejón. Llevaba un sucio traje blanco y una camisa de cuello azul. Bartolomeo supuso que sería un marinero. El hombre no lo vio hasta estar a unos pocos pasos. Los ojos se le dilataron y se persignó al pasar pegado a la pared, para después doblar rápido la esquina. Con una expresión fría y anodina, Bartolomeo lo miró irse.

Tipo estúpido. De repente Bartolomeo sintió odio. ¿Por qué se persignó y se quedó mirándome? No es mejor que yo. No es más que un marinero estúpido y sucio, y seguro que ni siquiera sabe leer. Yo sé leer. Empezaron a dolerle los dientes y se dio cuenta de que estaba apretando la mandíbula. En su mente no paraba de golpear al hombre, le propinaba puñetazos en la cara hasta que, al mirarla, ya no era una cara en absoluto sino un recipiente redondo hecho pedazos, del que se derramaba un guiso rojo.

—¡Ey, tú! —dijo una voz áspera a sus espaldas. Una mano lo asió con violencia del hombro e hizo que se diera vuelta.

Se encontró ante una cara redonda, picada de viruela, parecida a un panqueque rancio. La cara pertenecía a un tipejo gordo, que prácticamente reventaba en su chaqueta militar. Llevaba una mochila de buhonero al hombro, pero todos los ganchos de los que normalmente colgarían cucharas y sartenes y cacerolas y mantelitos estaban vacíos.

—¿Qué crees que haces, eh? ¿Qué es eso de susurrar hechizos tras la espalda de la gente? ¿Qué clase de brujería tramabas?

El hombrecito atrajo a Bartolomeo del cuello hasta que estuvo a solo centímetros de su cara sucia y barbuda.

—Ah, así que eres uno de esos hijos del Diablo —resolló—. Un distinto. Dime, diablito, ¿tu madre te daba comida para perros en vez de leche?

—N... no —dijo Bartolomeo con voz ronca. Su mente se despertó del letargo. El miedo la había acelerado de golpe. *No te hagas notar y nadie te colgará. No te hagas...* Se había hecho notar.

—Últimamente están matando a los de tu clase, ¿sabías? Sí, sí. Los pescan en el río, empapados y fríos. Dicen que tienen marcas rojas en los brazos, en la piel. Y están... huecos, flotando como una tela en el agua sucia —el hombrecito se rió con ganas—. ¡Sin entrañas! ¡Ja, ja! ¿Qué te parece, eh? Y tú, ¿tienes rayas rojas en los brazos que giran y se retuercen? —levantó una de las mangas de Bartolomeo. Los

ojitos porcinos se le dilataron de sorpresa, y de a poco se le achinaron de nuevo. Cuando habló su voz era grave y peligrosa.

—Pronto vas a estar muerto, diablito. Estás marcado. ¿Conoces al último niño que murió? Era de por acá, se parecía a ti. Binsterbull o Biddelbummer o un nombre por el estilo. Y lo pescaron en el Támesis, sí señor. En Londres. Y tenía tus mismas marcas. Sí, sí, las mismas —el aliento del hombre apestaba a ginebra y a dientes podridos. Bartolomeo tenía ganas de vomitar—. ¿Qué te traes entre manos? ¿Eh, diablito? —gimió el hombre cerca de su cara—. ¿Por qué te quieren matar? A lo mejor te mato primero y les ahorro el...

Detrás de ellos, alguien carraspeó.

—Disculpe —dijo una voz educada.

Sin soltar el cuello de Bartolomeo, el buhonero se volvió de golpe. Soltó una risotada.

—¿Y usted, qué quiere?

—Quiero que suelte al joven —dijo la voz.

—Mejor empiece a correr, señor. Váyase o le doy a usted también.

El hombre no se movió.

—Suéltelo o lo mato de un tiro.

Bartolomeo estiró el cuello, tratando de ver a su benefactor. Se descubrió mirando el cañón de un revólver. Era un pequeño revólver de plata con cachas de madreperla y rubíes y ópalos en los costados.

El buhonero solo se dignó a escupir.

—¿Usted? Usted no le dispararía ni a un gatito que le mordiera la nariz.

El hombre disparó. Del cañón salió una perla delicada y perezosa, que cayó en los adoquines y se alejó rebotando.

—Maldita sea —dijo el hombre del revólver—. Mire, deje al chico tranquilo, ¿de acuerdo? Quédese con el arma. Vale una buena suma, supongo. Y le aseguro que no llevo nada más. Mi dinero está en notas a mi nombre, así que no podrá cobrarlas, y ni siquiera tengo un reloj con cadena, así que ni se moleste en robarme —le ofreció la pistola enjoyada—. Ahora quítele la mano de encima al chico.

El hombre de cara de panqueque dejó caer bruscamente a Bartolomeo en los adoquines. Le arrebató al otro la pistola.

—Está bien —dijo, mirando con desconfianza al desconocido—. Pero este no es un chico. Es uno de esos sustitutos, es, y está marcado. Va a morir pronto.

Luego se fue aprisa por el callejón.

Bartolomeo se levantó del suelo y miró de arriba abajo a su rescatador.

Era un caballero. Sus zapatos negros brillaban, llevaba el cuello de la camisa almidonado y olía muy limpio, como a jabón y a agua fresca. Además era bastante alto, de hombros anchos y rasgos simétricos, con una barbita rubia en su mandíbula que hacía pensar en que llevaba varios días sin afeitarse. Lo miraba con una expresión de tímida curiosidad. A Bartolomeo no le cayó nada bien.

—Hola —dijo el caballero en voz baja—. ¿Tú eres el Niño Número Diez?

—¿*Mi Sathir*? Hay un problema.

La dama de morado le daba la espalda al señor Lickerish. Sus brazos colgaban a los lados y sus dedos elegantes se movían apenas, toqueteando el terciopelo de las faldas. No movía los labios.

—*Mi Sathir* —dijo de nuevo la voz. El señor Lickerish no levantó la vista. Estaba ocupado escribiendo en un pedazo de papel con una pluma negra arqueada; la concentración se trasuntaba en sus rasgos de huesos finos.

La dama y el duende se encontraban en una hermosa habitación. Las paredes estaban recubiertas de libros y las lámparas proyectaban halos sobre ellos. Un zumbido grave llenaba el aire. Sobre el escritorio del señor Lickerish había dos pájaros de metal, con ojos oscuros y penetrantes. En un rincón de la habitación, alguien había trazado con esmero un círculo en el suelo. Una sección del círculo parecía más nueva que el resto, más definida y blanca, como si la hubieran tenido que volver a trazar.

—Un problema, Sathir.

El señor Lickerish soltó la pluma.

—Sí, hay muchos problemas, Saltimbán, y uno de ellos eres tú, y otro es Arturo Jelliby, y otro es el viejo señor Zerubbabel, con sus dedos lentos y retorcidos. ¿Cuánto tiempo se tarda en construir otro pájaro de metal? Tiene los diseños y la ruta y... Hablando del tema, ¿mataste a Arturo Jelliby?

—Sí, está muerto. Lo más probable es que lo hayan estrangulado sus sábanas porque no les gustaba que las pusieran bajo planchas hirviendo o las ahogaran en agua con jabón. Sabes, casi da pena malgastar el hechizo de *Malundis Lavriel* tan tarde por la noche. No hay nadie cerca para apreciarlo. En cambio, en una calle concurrida, en pleno día, el resultado puede ser muy espectacular... Pero me estoy yendo de tema. Tenemos un problema.

La dama de morado dio un paso a un lado, revelando a una nena ovillada en el suelo. La dama estiró un zapato azabache de debajo de las faldas y le dio un golpecito a la niña en las costillas.

—Despierta, esperpento. ¡Despierta!

Queta levantó su cabeza, adormilada. Durante medio segundo sus ojos no registraron emoción alguna, como si pensara que seguía en su casa, a salvo. Luego se incorporó. Con los labios fruncidos, fulminó con la mirada a la dama y al señor Lickerish, de a uno por vez.

—Levántate las mangas, mestiza. Muéstrale.

Hizo lo que le decían, pero sin dejar de mirarlos. Se arremangó la tela sucia, revelando una trama de rayas, tentáculos rojos que se enredaban en torno a sus delgados brazos blancos.

—¿Y bien? —preguntó el duende político—. ¿Qué hay? Tiene un aspecto igual de espantoso que los otros nueve.

Una lengua chasqueó en señal de molestia. No era la lengua de la dama, la lengua que estaba detrás de los labios rojo intenso. Era una lengua larga, áspera, que pasaba por unos dientes.

—Léelo —gruñó la voz.

El duende político se inclinó sobre su escritorio. Hizo una pausa. Asombrado, arqueó una ceja de forma perfecta.

—¿Once? ¿Por qué está marcada once?

—He ahí el problema. No lo sé. Hice el hechizo tal como lo ordenaste, *Skasrit Sylphii*, para marcar a cada uno de los sustitutos que viajaban entre las alas y abrirles la piel a la magia. Esta tendría que estar marcada como número diez.

El señor Lickerish chasqueó los dedos y se acomodó en su asiento.

—Bueno, habrá estado mal contado. La magia no es más inteligente que quien la usa, y tú no eres tan inteligente como crees.

—Mi magia es efectiva. Y al menos yo todavía puedo hacer esas cosas. No sabes nada de las prácticas antiguas. Compras los hechizos y las pociones como un ricachón mimado —la voz habría debido detenerse ahí, pero prosiguió, provocadora—. O, si no, prescindes por completo de ellos. A fin de cuentas, la mecánica es mucho más práctica. Pájaros mecánicos y caballos de hierro —una risita—. Igual que un humano hecho y derecho.

—Cierra el pico —rezongó el señor Lickerish—. Yo soy quien va a salvarte. Salvarnos a todos de la cárcel que es este país. Y tú harás tu parte como yo hago la mía. Ahora —dijo, recuperando de pronto la calma—, si el hechizo sigue funcionando, ¿qué puede haber pasado?

—Veo solo una posibilidad. Alguien más atravesó el círculo duéndico.

Se hizo un silencio de muerte. Solo se oía aquel suave zumbido que vibraba dentro de las paredes.

Los dedos de la dama se agitaron, dando pequeñas sacudidas, como las de las patas de una araña justo cuando se la aplasta.

—Alguien —repitió la voz— entre el número nueve y esta. La magia tarda en disiparse. Si alguien entró por accidente, supongo que sería... No, es imposible. Las sílfides lo hubieran devorado al instante, lo habrían reducido a huesos a picotazos. ¡Pero no tiene sentido! ¡Solo se puede marcar a un sustituto!

El señor Lickerish se quedó mirando la cabeza de la mujer. Sus ojos eran duros y negros. La voz continuó, apresurada, precipitada.

—Es la única manera. La magia no contó mal. El hechizo surte efecto. Once sustitutos han viajado a esta habitación. Nueve hallaron la muerte. Un espécimen, este, te lo aseguro —las manos de la dama se movían furiosamente, arañando la tela como garras—, será el medio para un fin glorioso, y el otro ha de andar... —las manos se dejaron caer— ...por ahí.

—Andar por ahí —repitió el duende político, pronunciando la frase lentamente—. ¿Andar *por ahí*? Un sustituto se entrometió en mi habitación, vio vaya uno a saber

qué ¿y ahora se pasea tan campante por Inglaterra? —el señor Lickerish tomó una estatuilla de porcelana y la arrojó por el aire—. ¡Encuétralo! —gritó—. Encuéntralo de inmediato y mávalo.

La dama de morado se volvió hacia el señor Lickerish. Su expresión era neutra, con los labios a medio abrir. Se inclinó hacia adelante con una torpe reverencia y la voz dijo:

—Sí, *mi Sathir*, rastrearlo será lo más fácil del mundo.

Queta se había acercado adonde estaba la estatuilla hecha trizas. Juntaba los pedazos uno por uno y los miraba anonadada. El señor Lickerish se volvió hacia ella.

—Y llévate a esa cosa a la antesala. Ruega a la lluvia y a las piedras que sea todo lo que necesitamos que sea, o tú y tu enamorada pueden largarse en el presente estado, con total seguridad de que no podrá hacerse *nada* para cambiarlo. A propósito, está cada vez más indecente, tu enamorada.

El caballero duende señaló a la dama de morado.

—Podrías hacer que se cambiara ese vestido espantoso.

El señor Jelliby había pasado la noche en un banco de Hyde Park. En cuanto el deprimente cielo de Londres clareó lo bastante como para ver, se había dirigido a su banco vestido solo con la bata y había hecho sonar la campana como un desquiciado hasta que un empleado soñoliento lo dejó entrar. Pidió la pistola enjoyada y una gran cantidad de dinero de la caja de seguridad de la familia, y cuando los obtuvo, tomó un taxi hasta Saville Row, despertó al sastre y le pagó doble a fin de salir con la chaqueta y el chaleco nuevos del Barón D'Erezaby, una corbata de satén y una galera. Envió un telegrama a Ofelia para decirle que estaba sano y salvo, que ella debía irse a Cardiff ese mismo día y que no hablara con nadie. A las ocho de la mañana ya iba camino a Bath.

Era un viaje agradable pese a la humedad y al frío que se colaba en todo. La enorme locomotora de vapor volaba por la campiña, arrastrando una pluma de humo tras de sí y pintando una acuarela borrosa de verdes y grises en la ventanilla del señor Jelliby. Llegó a la estación de Bath justo antes de mediodía.

Había decidido que no tenía sentido ir a otra parte. Las coordenadas de Londres no le decían nada, y la otra dirección que figuraba en el papel que le había dado el señor Zerubbabel quedaba mucho más al norte, en Yorkshire. Además, en Bath estaban los sustitutos. Si el señor Jelliby iba a hacer algo por salvarlos, tendría que ser allí.

Se bajó del vagón en medio del vapor arremolinado del andén. Había oído hablar de aquella ciudad vertical y mugrienta, pero nunca había estado en ella. No era el tipo de lugar al que la gente iba si podía evitarlo. La estación de trenes había sido construida cerca de los cimientos de la ciudad, bajo una cúpula de hierro oxidado y vidrio. Los andenes estaban casi desiertos. Los jefes de estación y los guardas corrían de un vagón a otro, subiendo las escalerillas en cuanto podían, como si el suelo estuviese envenenado. No había ningún duende esperando. Tampoco muchos

humanos. De solo ver la conejera que eran las calles y las casas que se superponían a su alrededor, el señor Jelliby se convenció de que debía ir a buscar un taxi.

Había unos pocos medios de transporte estacionados al borde de la estación: un carruaje tirado por lobos, dos caracoles gigantes con carpas sobre los caparzones y doce botellas de una poción que, con toda probabilidad, te dejarían desmayado y sin un penique en vez de llevarte adonde querías ir. El señor Jelliby eligió un altísimo troll azul con un palanquín atado a sus espaldas e introdujo una guinea en la caja que aquel llevaba en el cinturón. La guinea resonó al golpear el fondo. Adentro no había ninguna otra moneda.

El troll gruñó y resopló por la nariz, y el señor Jelliby creyó que lo iba a levantar hasta el palanquín. Pero no. Él esperó. Luego vio los peldaños de madera fijados a la pierna del troll y trepó al palanquín por su cuenta.

Se pusieron en marcha. El señor Jelliby se acomodó sobre una pila de almohadones malolientes y se empeñó en no mirar la ciudad de los duendes mientras la iban atravesando.

En las afueras de la ciudad, el troll se detuvo abruptamente. El señor Jelliby se asomó para quejarse, pero al ver los ojos de la criatura, oscuros como una tormenta, cerró la boca al instante. Bajó por la pierna azul y miró al troll meterse otra vez en las sombras de Nueva Bath. Luego paró un taxi de vapor y le dio al conductor la dirección que el señor Zerubbabel le había escrito.

Menos de cinco minutos después el taxi también se detuvo. El señor Jelliby quería gritar de impotencia. Asomó la cabeza por la ventanilla.

—¿Y ahora qué problema hay?

—Eso es un gueto de duendes, pasando por ahí —dijo el cochero, señalando con la fusta un arco estrangulado por enredaderas que separaba a dos edificios de piedra—. Tendrá que hacer el resto del camino a pie.

Con una maldición, el señor Jelliby se bajó y cruzó por debajo del arco. Tomó por una calle fétida, luego por otra.

Pidió indicaciones varias veces, se perdió, fue objeto de miradas y burlas, y le robaron el sombrero. Pero al fin llegó a una callecita estrecha y torcida llamada Callejón del Viejo Cuervo, y allí encontró al niño al que estaban por matar.

—Bueno, ¿lo eres? —preguntó el señor Jelliby, procurando que su voz sonara lo más amable posible—. ¿Eres el Niño Número Diez? —no estaba de humor para ser amable. Sus ojos se desviaban una y otra vez hacia las orejas en punta del niño, hacia su cara afilada y famélica. *Así que este es el aspecto de un sustituto.* Feo, a mitad de camino entre un niño callejero desnutrido y una cabra. Pero en verdad nada por lo que armar tanto escándalo. La mitad de la población inglesa de duendes era más fea, y nadie enterraba a *esa* gente bajo arbustos de saúco. Tampoco daba la impresión de que el niño fuese a hechizar a nadie. Solo se veía triste y maltrecho. El señor Jelliby no sabía cómo reaccionar.

—No lo sé —dijo el niño—. Mi madre está dormida y no hay forma de

despertarla.

—¿Cómo dices?

—No hay forma de despertarla —repitió el niño. Por un instante sus ojos negros habían estudiado al señor Jelliby, leído su cara, leído su ropa. Ahora se negaban a mirarlo.

—Ah, en fin. Estará muy cansada. ¿Quizás has visto a una dama con un vestido color ciruela? Lleva una galerita en la cabeza con una flor prendida. Y guantes azules. Estoy decidido a encontrarla.

Los ojos del niño destellaron, y el señor Jelliby no supo si eso indicaba reconocimiento o miedo o algo por completo diferente.

Por un momento el niño se quedó ahí, mirándose los pies. Luego, en voz muy baja, preguntó:

—¿Usted, cómo la conoce?

—La vi una vez —la impaciencia le hizo fruncir el ceño al señor Jelliby; le iba dibujando una mueca en la cara, pero él se obligó a mantener la calma. No tenía que espantar al niño—. Parece que está en peligro, está asociada contra su voluntad con un asesino y llena de preocupaciones acerca de un pretendiente. Además, creo que...

El niño no lo escuchaba. Miraba a lo lejos, a través de él, con ojos penetrantes.

—Ha estado aquí —dijo. El señor Jelliby apenas podía oírlo—. Y ya van dos veces. Se llevó a mi amigo y luego a mi hermana. Rapta sustitutos en el gueto de los duendes y después...

Bartolomeo se quedó paralizado. Los pescan en el río, empapados y fríos. Huecos, flotando como una tela en el agua sucia. ¡Sin entrañas! ¡Ja, ja! ¡Sin entrañas!

Los sustitutos estaban muertos. Su amigo y... *No*. Queta, no. Queta no podía estar muerta. El pánico lo agarró del cuello con dedos huesudos.

—Por favor, señor —susurró, mirando al señor Jelliby a los ojos por primera vez—. La dama se llevó a mi hermana.

El señor Jelliby parecía incómodo.

—Lo siento mucho —dijo.

—Tengo que volver. Aún hay tiempo. Todavía no la deben haber matado, ¿no?

Más que una pregunta, era un súplica.

—Bueno, en fin, ¡no lo sé!

El señor Jelliby se estaba poniendo nervioso. Había llegado demasiado tarde. La dama había pasado y se había ido, y ya no había nada que hacer salvo dirigirse a las siguientes coordenadas del señor Zerubbabel y esperar encontrar *algo* allí. No quería oír las penas del hermano de la niña. No quería saber cuál era el costo de su fracaso.

—Fue hace solo unas horas —decía ahora el niño—. A lo mejor todavía está cerca. ¿Usted la ha visto?

En alguna parte de la cabeza del señor Jelliby sonó una campana. *El café de Trafalgar Square. Una cápsula brillante y una nota garabateada con tinta. “Envíala a la Luna”, decía.*

—Tu hermana está en la Luna —dijo—. Cualquiera que sea el significado de esa frase. Buena suerte. Tengo que irme.

Empezó a caminar. Bartolomeo lo siguió:

—Entonces, ¿no está muerta?

—¡No lo sé!

El señor Jelliby apretó el paso.

—¿Me ayudará a encontrarla? ¿Me lleva con usted?

El señor Jelliby se detuvo y dio media vuelta para enfrentar a Bartolomeo.

—Mira, niño. Lo siento mucho. Te compadezco por tu pérdida y por todos tus problemas, pero ahora no puedo ocuparme de ellos. Se están tramando intrigas malignas y creo que tengo muy poco tiempo para detenerlas. Encontrar a la dama es la única manera que se me ocurre de hacerlo. Así que, si sabes donde vive, no dudes en decírmelo. Si no, por favor, déjame tranquilo.

Bartolomeo no lo escuchaba.

—No voy a traerle problemas. Caminaré detrás de usted, y ni siquiera se va a dar cuenta de que estoy ahí, y después, cuando encontremos a Queta...

El señor Jelliby empezó a volverse, como para disculparse de nuevo.

Al verlo, Bartolomeo fue presa de un pánico horrendo y doloroso.

—¡No puede irse! —gritó, tirando de la manga del señor Jelliby—. ¡Ella está con la dama de morado! ¡Si la encontramos, encontraremos a mi hermana! Por favor, señor, le ruego que me lleve con usted.

Alarmado, el señor Jelliby se quedó mirando a Bartolomeo. No podía llevarse consigo a un sustituto.

—Tu madre —dijo—. Tu madre nunca lo permitiría.

—Ya se lo dije. Está dormida. No sé cuándo despertará. Pero si lo hace y yo estoy acá pero Queta no, ella no lo soportaría.

Al señor Jelliby no le gustaba la manera en que hablaba el niño. Tenía algo de cansino, de triste y de viejo.

—Bueno, pero seguro que tienes clases —dijo, con más firmeza de la que era su intención—. Las clases son muy importantes. Tienes que prestar mucha atención.

Bartolomeo miró al señor Jelliby de un modo que decía que lo consideraba muy estúpido.

—No tengo clases. No voy a la escuela. ¿Ahora me deja ir con usted?

El señor Jelliby hizo una mueca. Se apretó el puente de la nariz. Miró al cielo y luego miró por encima de su hombro. Al final dijo:

—Tendrás que disfrazarte.

Bartolomeo desapareció al instante. Regresó tres minutos después, vestido con una capa de lana gastada con capucha verde musgo. Era la capa de gnomos, tomada del armario del portero dormido. En los pies se había puesto un par de botas de punta roma que le quedaban grandes. Se había vendado la cara con un pedazo de tela de algodón, dejando solo una ranura para poder ver.

Al señor Jelliby le pareció un enano leproso. Suspiró.

—Buenos, vamos.

Ya bastante tiempo había perdido en el gueto de los duendes. Incluso por tren, las siguientes coordenadas del señor Zerubbabel quedaban a muchas horas de Bath.

Se puso en marcha por el callejón, con Bartolomeo a la zaga.

No habían dado siete pasos cuando algo llamó la atención de Bartolomeo. Se detuvo, mirando hacia arriba. El cielo era color peltre. Una pluma negra caía... Parecía como si un copo de nieve negra descendiera de las furiosas nubes que estaban en lo alto. De a poco, bajó en espiral hacia él.

Bartolomeo se volvió hacia el señor Jelliby.

—Corra —dijo. Y un momento después el callejón se llenó de alas.

Capítulo XIV

Lo más horrible

DEBATIÉNDOSE en medio de un chillido de alas, corrieron callejón abajo. Bartolomeo miró por encima del hombro justo a tiempo para ver emerger de la negrura la alta forma de la dama de morado. La cara de esta, medio oculta bajo la sombra de su sombrero, se volvió hacia él. Luego Bartolomeo dobló, corriendo con todas sus fuerzas detrás del señor Jelliby.

—¿Por qué corremos? —gritó el señor Jelliby mientras cruzaban a la carrera un patiecito, bajo las ramas de un viejo árbol nudoso—. Oye, sustituto, ¿qué son esas alas? ¿Qué está pasando?

—La dama... —boqueó Bartolomeo, tratando de no quedarse atrás—. ¡La dama de morado! Ha vuelto, y seguramente no volvió porque sí...

Sé que estás aquí, dijo una voz lóbrega que se metía en la cabeza de Bartolomeo. *Niño Número Diez, puedo sentirte.*

Un dolor agudo estalló en sus brazos, como si la punta de un cuchillo le abriera la piel. Casi se desmorona allí mismo.

—¿La dama de morado? —preguntó el señor Jelliby, frenando en seco.

Bartolomeo chocó contra su espalda. Levantando de un tirón la manga de la capa, vio que las rayas rojas estaban hinchadas, sobresalían de la piel y palpitaban con una luz colorada.

Corres, mestizo, dijo la voz, con algo de sorpresa. ¿Por qué corres? ¿Le tienes miedo a algo? En la cabeza de Bartolomeo resonó una risita. No tendrás algo que esconderme, ¿verdad?

—¡Pero eso es excelente! —decía el señor Jelliby—. ¡Llevo *semanas* buscándola! ¡Y dijiste que tu hermana estaba con ella! Tengo que hablar con esa dama de inmediato —con un paso decidido, dio media vuelta.

Bartolomeo empujó con todas su fuerzas al señor Jelliby contra un portal.

—Usted no entiende —dijo, apretando los dientes por el dolor que sentía en los brazos—. No es siempre la misma.

Hace cosas espantosas. No se da cuenta, ¡*ella* es la asesina!

El señor Jelliby frunció el ceño.

—Me pidió ayuda —dijo. Después se quitó de encima a Bartolomeo y volvió sobre sus pasos, gritando—: ¡Señorita!

¡Disculpe, señorita!

—¡No puedes hacer esto! —gritó Bartolomeo frenéticamente, y corrió tras él. Pero era demasiado tarde.

Una ráfaga de alas negras llenó la bocacalle y allí apareció la dama de morado, con las faldas de terciopelo flameando a su alrededor. Algo se movió nerviosamente

bajo su piel cuando ella vio al señor Jelliby. Algo así como una viborita serpenteando por el hueso y los tendones.

—Tú —dijo la voz, y esta vez no solo en la cabeza de Bartolomeo. La voz reptaba por entre las casas y le pinchaba los oídos. La dama empezó a acercarse.

—¡Señorita! —dijo el señor Jelliby—. ¡Señorita, tengo que hablar de un asunto de suma urgencia! Usted me pidió ayuda, ¿recuerda? ¿En Westminster? Yo estaba en el armario y usted...

La dama no se detuvo. Tras alzar un dedo enguantado, rasgó ferozmente el aire que tenía delante. El señor Jelliby salió volando y se estrelló contra una pared. Bartolomeo se volvió hacia el portal mientras algo así como una bandada de pájaros invisibles pasaba delante de su cara.

—¿Cómo has sobrevivido? —le refunfuñó la voz al señor Jelliby. El dedo de la dama seguía señalándolo y sosteniéndolo contra la pared. Los pies del señor Jelliby colgaban a varios palmos de los adoquines—. ¿Por qué sigue vivo? ¡Nadie ha sobrevivido jamás a esa magia!

El señor Jelliby, que empezaba a ahogarse, se arañaba el cuello con las manos.

Rápida y furtivamente, Bartolomeo salió del portal y levantó un adoquín flojo de la calle. Luego se acercó a la espalda de la dama, con el arma en alto.

Se oyó un grito de alarma. La dama se llevó la mano a la cabeza y se corrió el pelo. El señor Jelliby se desplomó. Bartolomeo quedó paralizado.

La otra cara, la pequeña cara correosa, miraba directo al niño, con dos ojitos brillantes metidos entre los pliegues de la piel. Por entre el cabello de la dama se retorcían unos gruesos tentáculos marrones. La cara espantosa abrió la boca con un aire despectivo.

—Niño Número Diez —dijo—. El de la ventana.

Bartolomeo arrojó el adoquín.

Un aullido de dolor atravesó el callejón, tan fuerte que espantó a una bandada de cuervos. La dama alzó tres dedos, sin duda para liquidarlos a ambos de una vez por todas, pero Bartolomeo ya estaba corriendo, y enseguida doblaba la esquina pisándole los talones al señor Jelliby.

El siguiente callejón era más ancho. Bartolomeo alcanzó a ver muy brevemente que la gente dejaba lo que estaba haciendo para mirarlo, que una ventana se abría, que una carnicería echaba despojos negros a la cuneta. Luego salieron a un espacio abierto, en medio de la multitud y de los tranvías que traqueteaban. Sobre sus cabezas la ropa colgada se mecía al viento. El aire estaba lleno de humo y de voces. A Bartolomeo le pareció oler a nabos hervidos, como en el piso de arriba en su casa del Callejón del Viejo Cuervo.

—¡Tenemos que llegar a la estación de trenes! —gritó el señor Jelliby, abriéndose paso entre un vendedor de agua mentolada y un duende que tenía bocas en lugar de ojos—. Dime si ves algún bicitaxi, muchacho. Por aquí tendría que haber un hombre de azul.

Bartolomeo miró entre las franjas de tela que le cubrían la cara. A su alrededor no vio nada sino piernas. Piernas que llevaban trajes, harapos, ropa de algodón, colores grises, corriendo en toda dirección. *Tanta gente*. Una puntada de miedo acompañó a ese pensamiento. *No te hagas notar. Que no te vean*. Estaban por doquier a su alrededor, dedos y ojos muy cerca, peligrosos. Y entonces, entre las piernas, divisó un destello color morado: terciopelo ciruela aferrado por una mano enguantada en azul de medianoche.

—Está aquí —le susurró Bartolomeo al señor Jelliby.

El señor Jelliby echó un vistazo sobre su hombro. Y, en efecto, ahí estaba la dama de morado, avanzando con paso decidido entre la multitud. Era una cabeza más alta que la corriente de chaquetas y sombreros grises, y su cara en sombras no mostraba expresión alguna. Caminaba tiesa como una marioneta, a no más de veinte pasos detrás de ellos, y la brecha iba acortándose deprisa.

Sin pensarlo, Bartolomeo y el señor Jelliby entraron por un portal y tomaron un pasadizo de piedra gris que daba sobre una huerta. El pasadizo los llevó a una cocina ruidosa y desembocó en una calle flanqueada por tiendas. Hicieron un alto para ubicarse.

—¿Por qué quiere matarme? —dijo el señor Jelliby, con una voz a mitad de camino entre un susurro y un grito. Caminaba en círculos por los adoquines, pasándose los dedos por el pelo—. ¡Me pidió ayuda! ¡*Mi ayuda*, por todos los santos! ¡Y ahora que la encuentro por poco me mata! Unos pájaros graznaron sobre la canaleta de un techo.

Bartolomeo intentaba atarse los cordones de las botas.

—¿Así que ella le pidió ayuda?

No era Bartolomeo el que había hablado. El señor Jelliby se volteó. Ahí, a no más de seis pasos, estaba la dama de morado, y sus labios no se movían. De a poco ella dio media vuelta. Apareció entonces la segunda cara, mirándolos con desdén a través de una cortina de pelo. De un corte espantoso, que le cruzaba la boca, le chorreaba por el mentón un líquido negro.

—Melusina, pequeña traidora —la voz era empalagosa, pero temblaba como si estuviera por quebrarse.

El señor Jelliby miraba la cara con la boca abierta. La cara le sostenía la mirada: su boca ajada temblaba y sus ojitos negros se sacudían como insectos.

Bartolomeo aprovechó la oportunidad. Entró a la cocina de al lado y una vez más echó a correr.

El señor Jelliby lo vio irse y el alma se le cayó al suelo. *Así agradece mi caridad*, pensó con amargura. Y entonces la dama de morado levantó un dedo primoroso y el señor Jelliby salió volando.

Se estrelló contra la vidriera de un zapatero y cayó dentro de la tienda, que en ese momento estaba cerrada. Por un instante flotó en el centro de la habitación, rodeado de botas y oscuridad. Luego tiraron de él hacia afuera, zarandeándolo hacia el otro

lado de la calle, donde se estrelló contra una puerta con tal fuerza que los remaches de metal se le incrustaron en la piel.

Algo desgarró la tela de su chaqueta de punta a punta. Un pedazo de vidrio le cortó la mano. Vio las gotitas de sangre —rojo rubí, brillantes— volar por el aire.

Era el fin. El pensamiento se le ocurrió al golpearse la cabeza contra un cartel pintado. Era el fin. Ahora moriría.

Pero algo ocurría calle abajo. Oyó un alboroto, pasos sobre los adoquines seguidos por un grito desesperado:

—¡Ahí está la mujer! ¡Ayúdenlo! ¡Ayúdenlo, que lo va a matar!

¿*El chico*? Se forzó a abrir los ojos. Estaba a unos dos metros y medio por sobre el suelo, enredado en el cartel metálico de un herrero. Debajo había dos oficiales de uniforme, que una y otra vez lo miraban y miraban a la dama de morado, con las expresiones más aturcidas que pudiera imaginarse en sus caras bigotudas. La confusión pareció durar una eternidad. Luego corrieron hacia la dama con los brazos extendidos, listos para agarrarla como a un niño.

La dama de morado ni siquiera se inmutó. Mientras sostenía al señor Jelliby en vilo con una mano, hizo un pase con la otra y apuntó, con la palma abierta, a uno de los policías. La cara de este se aplastó como contra un vidrio y el hombre se tambaleó hacia atrás, tomándose la nariz. El otro ya casi estaba sobre ella cuando también se detuvo de golpe. Empezó a marchar como un soldadito a cuerda y dio de lleno contra una pared.

Una vez más el señor Jelliby estaba en el aire. Algo lo había desenganchado del cartel y ahora lo levantaba, en medio de un aullido de alas y de viento. Lo elevó hasta los techos, luego lo dejó caer y tiró de él a centímetros de los adoquines. Pasó volando delante de la dama. Sus dedos rozaron pelo y piel ajada.

Tuvo solo una décima de segundo. Una décima de segundo para pensar e incluso para golpear; pero lo hizo. Le asestó un puñetazo en la boca a la cara arrugada. La dama de morado se tambaleó hacia adelante, y de repente ya nada sostuvo al señor Jelliby, que cayó en picada.

Un espantoso gemido de dolor llenó el callejón. El señor Jelliby se desplomó en la cuneta, mientras el gemido continuaba y continuaba, como rasgándole los huesos. La dama empezó a dar vueltas como una bailarina. Los bordes de sus faldas y las puntas de sus dedos se iban convirtiendo en plumas negras, brillantes y luminosas. Entonces el policía de la nariz ensangrentada saltó sobre ella y la redujo. Mientras las dos figuras luchaban, salían plumas negras para todos lados. La dama gritaba y se debatía, pero no sirvió de nada. El aleteo se hizo más débil y un momento después todo terminó. Las alas habían desaparecido. También el viento huracanado. La calle quedó en completo silencio.

Bartolomeo, la dama, los policías, todos parecían de piedra. Luego los rodeó el ruido de la ciudad. Gritos y bocinazos: sonidos cálidos y familiares.

Los policías fueron los primeros en moverse. Esposaron a la dama por las

muñecas, y uno de ellos se la llevó.

El señor Jelliby salió a rastras de la cuneta, adolorido y sin aliento. Bartolomeo hizo ademán de meterse en el pasaje de piedra para esfumarse entre la multitud de la calle ancha, pero el otro oficial lo atrapó por la capucha de la capa.

—No hemos terminado contigo, duendecito. Y me temo que con usted tampoco, señor. Parece que todos daremos un paseo por la comisaría.

La comisaría del octavo distrito de Bath estaba en un edificio macizo de ladrillos, justo debajo de un puente de hierro que llevaba a la nueva ciudad y del que caían chispas y humo. Las ventanas estaban cubiertas de hollín, los pisos sin barrer y todo, desde los archiveros a las lámparas, olía muy fuerte a opio.

A Bartolomeo y al señor Jelliby los hicieron tomar asiento en un despacho frío, en presencia de un secretario con cara de pocos amigos. Cada tanto la cabeza del señor Jelliby caía hacia adelante, y a Bartolomeo le daba miedo que se fuera de bruces al suelo. Tras un largo rato, entró una joven con una gorra blanca y roja que vendó con gasa limpia las numerosas heridas del señor Jelliby. Lo trató con buen humor, pero a Bartolomeo lo miraba nerviosa y siempre se ajustaba el delantal cuando se le acercaba, como si temiera que fuera a arrebatárselo. Al rato volvió a irse. Esperaron otra eternidad. El secretario les ponía mala cara. De la pared colgaba un viejo reloj de metal, y el repiqueteo de sus manecillas parecía ralentizar el tiempo más que contarlo.

Bartolomeo golpeaba el piso con el pie. Quería moverse, salir del edificio y correr hasta encontrar a Queta. *¿Cuánto tiempo tengo?* No mucho. No mucho antes de que ella quedara como los demás sustitutos, callada y muerta. De repente la imaginó en el agua. *Una forma blanca boyando en la oscuridad. Sus ramas marchitas, mustias entre las corrientes. Queta.* Bartolomeo apretó los ojos.

—Gracias por venir a buscarme —dijo de pronto el señor Jelliby, y Bartolomeo pegó un saltito. El hombre no había levantado la cabeza. Aún tenía los ojos cerrados. Bartolomeo no supo qué decir. Por un largo momento se quedó ahí sentado, tratando de pensar en algo, en lo que fuera. De golpe se abrió la puerta y entró un inspector, y Bartolomeo deseó poder hundirse en las sombras de su capa para que no lo vieran nunca.

El inspector se puso a hacerle al señor Jelliby un montón de preguntas. El señor Jelliby se sintió tentado de contarle todo. Todo acerca del señor Lickerish, de los sustitutos asesinados y de los pájaros mecánicos. Y que *ellos* se ocuparan. *Ellos* podrían hacerlo. Pero sabía que sería inútil. El señor Zerubbabel no le había creído. Ni siquiera Ofelia le había creído.

Una vez que el inspector se convenció de que el señor Jelliby sabía muy poco del asunto, se marchó también y fue reemplazado por un hombrecito barbudo que llevaba un saco de *tweed*. El hombre era de lo más corriente. Su cara era corriente, su calva era corriente y su corbata arrugada era corriente. Todo menos sus ojos, que eran de un azul asombroso y gélido, como agua de glaciar. Parecía como si quisiese comerte con ellos.

—Buenos días —dijo. Su voz era suave—. Soy el doctor Harrow, director de Estudios Duéndicos de la Universidad de Bradford. La dama que lo atacó hoy está poseída por un duende. Ahora bien: si usted tuviera la amabilidad de contarme en detalle todo lo que recuerde sobre sus acciones, quiero decir, las de la dama, sus reacciones, el sonido de su voz y el carácter de sus habilidades extraordinarias, se lo agradecería mucho.

El señor Jelliby asintió abatido bajo los vendajes y se embarcó en una larga descripción de cómo lo había atacado y perseguido y arrojado por los callejones. Luego, cuando juzgó oportuno el atrevimiento, preguntó:

—¿Me permitirían hablar con ella? ¿Es seguro? Estoy convencido de que solo me haría falta un momento.

El doctor Harrow pareció dudar.

—¿Dice que no la conoce para nada?

—No, no la conozco —se apresuró a decir el señor Jelliby—. Solo... solo quiero preguntarle una cosa, si es posible.

—¿Y ese es un gnomo? —preguntó el doctor, señalando con el pulgar a Bartolomeo—. Tendrá que quedarse afuera. Es probable que se confabulen entre ellos por medio de la magia.

El señor Jelliby no lo había pensado.

—Muy bien —dijo—. Vuelvo enseguida, muchacho.

El doctor Harrow le hizo señas al señor Jelliby de que lo siguiera, y los dos salieron a un pasillo y bajaron por unas escaleras de metal. Al pie de las escaleras comenzaba otro pasillo, pero este era bajo y abovedado, con paredes blanqueadas y un piso de baldosas verdes. A ambos lados se sucedían gruesas puertas de hierro. El aire olía a lejía y a ácido carbónico, de un modo tan penetrante que al señor Jelliby le quemaba la nariz, pero aun así no cubría el hedor a humanos y a duendes mugrientos.

El doctor lo llevó hasta una de las puertas y le indicó al guardia que estaba sentado al fondo del pasillo que la abriera.

Los hicieron pasar a una habitación muy blanca. No tenía ventanas ni el menor confort. El único mueble era una silla común de madera ubicada en el centro. Y sentada en ella, oscura y quieta, estaba la dama de morado.

Le habían quitado los guantes para tomarle las huellas dactilares. Le habían cortado parte del vestido. El sombrero, con todo, seguía en su lugar, ocultándole los ojos.

—El duende que habita en ella es una especie de sanguijuela —explicó el doctor, rodeándola—. Un parásito. Los casos así son extraordinarios. Por lo general el parásito se apodera de la conciencia de un animal o de un árbol. El hecho de que se haya prendido así a un humano es casi inaudito... De acuerdo con Spense, una vez que el parásito se ha infiltrado en su huésped, de a poco empieza a consumirlo. El duende sanguijuela se apodera de la mente, se mete en la carne y en los nervios... —corrió el pelo de la parte de atrás de la cabeza, revelando una cara retorcida y

machacada—. Se dice que solo las cuerdas vocales son imposibles de controlar. Así que tenga cuidado si alguna vez se cruza en el camino de una vaca en silencio —el doctor se rió de su propio chiste.

La cara que estaba debajo del pelo era lo más horrible que el señor Jelliby había visto jamás. No humana, apenas de duende, una masa fofa con dientes, tentáculos y piel arrugada. Tenía la boca abierta. Sus ojos estaban cerrados, casi ocultos por los chichones que le había causado Bartolomeo con el adoquín.

—El duende está sedado —dijo el doctor Harrow, soltando el pelo—. Por cómo se ven las cosas, lleva meses habitando en la dama. Sus raíces llegan muy hondo. Cualquier cosa que coma o sienta él, la afecta también a ella. Debe de estar adormecida. Dudo de que pueda decirle nada útil.

El señor Jelliby asintió. Tras arrodillarse para poder verle la cara de la dama, dijo: —¿Señorita? ¿Señorita, me oye?

No hubo respuesta. Se quedó ahí sentada, una estatua oscura e inmóvil en una silla.

El señor Jelliby miró al doctor por encima del hombro.

—Dijo que la consume. ¿Vivirá? ¿No se puede... extirpar al duende de alguna manera?

—Quizá de manera quirúrgica —respondió con calma el doctor Harrow—. Pero no sé si ella se recuperará del todo, si su mente volverá a funcionar por su cuenta, o si sus extremidades le responderán. Es poco probable.

Con cara apesadumbrada, el señor Jelliby se volvió a la dama.

—¿Melusina? —dijo en voz baja.

Esta vez los párpados se abrieron. Los ojos estaban negros como la muerte y relucían.

Él le susurró con vehemencia:

—Melusina, me pediste que te ayudara, ¿recuerdas? —las palabras le salían rápido y bajito—. No sé si te he ayudado. Espero que aquí estés segura. Pero la verdad es que soy yo el que necesita tu ayuda. ¿Recuerdas algo de los últimos meses? ¿Dónde estuviste? ¿Qué hiciste? ¿Melusina?

Ella siguió mirando al frente.

—Necesito que recuerdes —susurró él—. ¿Puedes intentarlo? —a sus espaldas el doctor fruncía el ceño, con una mano en la campana de alarma—. ¡Dime algo! ¡Cualquier cosa!

Algo se movió en los ojos de ella, hubo un cambio tras la máscara de su cara. La boca se abrió y soltó un suspiro profundo y adormilado.

—Había un pasillo —dijo. Habló tan de pronto que el señor Jelliby se sobresaltó—. Un pasillo que llevaba a la Luna.

El señor Jelliby creyó ver algo por el rabillo del ojo. Una masa de oscuridad que hormigueaba por la pared blanca.

—Yo corría por el pasillo —continuó la dama—. En busca de algo. Y había

alguien detrás de mí... de pie... mirándome.

El señor Jelliby miró de reojo la pared. *Nada por ese lado*. Se puso de pie, dándole la espalda a la dama.

—El del pasillo era yo —dijo en voz baja—. En Casa Simpar. No estábamos en la Luna —la mente de ella estaba borrada. No sería de ninguna ayuda.

—Ahora tengo que irme —dijo, dirigiéndose al doctor Harrow—. Le agradezco mucho por su tiempo.

El hombre barbudo hizo una pequeña reverencia.

—Ah, no hay de qué —dijo, y los ojos azules le brillaron con una luz extraña—. No... hay... de... qué —con un ademán ostentoso, abrió la puerta de la celda y la sostuvo para que pasara el señor Jelliby.

El señor Jelliby sonrió apenas. Caminó hacia la puerta. Pero justo al cruzar el umbral, se dio media vuelta. Arrojó un puñetazo que le dio al doctor Harrow entre los ojos. Después echó a correr por el pasillo.

—¿Muchacho? —gritó, haciendo a un lado al guardia de un empujón y acelerando escaleras arriba—. *Muchacho, ¡sal de aquí!*

Los labios del doctor Harrow no se habían movido.

Capítulo XV

El mercado duéndico

BARTOLOMEO creyó oír algo en la profundidad del edificio, una débil vibración de golpes que repercutía en las tuberías y en las paredes. Miró al secretario, que seguía con cara de perro. El hombre estaba ocupado aporreando una máquina de escribir. Al parecer no se había percatado de nada.

El ruido se iba haciendo cada vez más fuerte. Bartolomeo lo oía incluso por encima del repiqueteo de las teclas. Un pesado ruido metálico, como de una puerta que se cierra. Luego, pasos apresurados resonando en la profundidad del edificio. *Gritos*. Alguien gritaba a voz en cuello, pero Bartolomeo no alcanzaba a oír las palabras. Los dedos del secretario se paralizaron encima de las teclas. De golpe el hombre levantó la cabeza: sus cejas eran negras y erizadas.

Los gritos se acercaron. Bartolomeo no se atrevía a moverse, pero se esforzaba por escuchar, por comprender los gritos. Solo un poquito más cerca...

Bartolomeo y el secretario entendieron las palabras al mismo tiempo:

—¡Corre, muchacho! —gritaba el señor Jelliby—. *¡Sal de aquí!*

El secretario se puso de pie de un salto. Un montón de papeles salieron volando cuando pasó por encima del escritorio, pero Bartolomeo se le adelantó. Salió corriendo por la puerta y la cerró de un golpe tras de sí. Se volvió justo a tiempo para ver al señor Jelliby subir la escalera a los tumbos, con la cara desencajada por el terror.

—¡Corre a la calle! ¡Nos encontramos afuera!

A ambos lados del pasillo de la comisaría había docenas de puertas de nogal, y todas ellas parecieron abrirse al mismo tiempo, revelando caras rojas y curiosas y corbatas flojas. Unos cuantos oficiales salieron a toda prisa, luchando con las hebillas de sus armas. El señor Jelliby se abrió paso a empujones. Bartolomeo se coló por entre sus piernas y los dos se encontraron afuera, cojeando y tropezando entre los pilares del puente de hierro.

El señor Jelliby volvió la vista por encima del hombro. El doctor Harrow había llegado a la escalinata de la comisaría. Caminaba a las sacudidas, con la nariz ensangrentada allí donde el señor Jelliby lo había golpeado. Detrás de él varios oficiales de policía gritaban y se empujaban, mirando confundidos a las figuras que huían. Dos de ellos soplaron el silbato y los persiguieron, pero pronto se perdieron entre la multitud vespertina, y Bartolomeo y el señor Jelliby se internaron a toda prisa en la ciudad.

El señor Jelliby adivinó de inmediato por qué la policía no hacía esfuerzos más denodados por atraparlo. Sabían quién era. Un miembro del Consejo Secreto aficionado al espionaje y a los exabruptos de violencia no iba a desaparecer así como

así. En ese mismo momento enviarían un cable a Londres para alertar al jefe de policía de que enviara una patrulla a la casa de la Plaza Belgravia, con órdenes de arrestarlo en cuanto llegara.

Pero el señor Jelliby no tenía intenciones de regresar a Londres. No aún. Había dos direcciones más escritas en el pedazo de papel. Dos vidas a las que quizá podía salvar. *Siempre y cuando Ofelia no esté en Londres...* Tenía la esperanza de que hubiese ido a Cardiff. A la pobre se le partiría el alma si se encontraba en casa cuando llegara la policía.

Cuando aminoraron la marcha lo bastante como para recobrar el aliento, Bartolomeo se le puso al lado:

—¿Qué ha pasado? —preguntó, esquivando una pila de canastos de mimbre para mantenerse junto al señor Jelliby. En realidad, no quería saberlo. Probablemente se pondría furioso. Habían perdido muchas horas ahí dentro, y casi seguro porque el caballero había hecho de nuevo una tontería y se había metido en problemas. Pero Bartolomeo pensó que debía decir *algo* por haberse callado cuando el hombre le había dado las gracias.

—Melusina era un títere —dijo el señor Jelliby sin siquiera mirar a Bartolomeo. Alzó la mano para detener a un taxi, que iba tirado por dos lobos gigantescos. El taxi no paró. Los lobos siguieron avanzando, con los ojos amarillos apagados y ciegos. El señor Jelliby frunció el entrecejo al verlos pasar.

—Supongo que tiene sentido. La dama estaba controlada por un duende. Como una marioneta. Y apostaría mi dedo meñique a que ese duende trabaja para el Lord Canciller. Por eso ella trató de matarme, y ahora que ella está encerrada en la comisaría de Bath, el duende se pasó al cuerpo del barbudo. Se lo veía un poco tambaleante, ¿no? Con eso ganamos un poco de tiempo, espero, antes de que empiece a perseguirnos de nuevo.

El señor Jelliby le hizo señas a otro taxi. Este sí se detuvo, soltando humo de carbón por cada juntura, pero se alejó haciendo un ruido tremendo en cuanto el conductor supo adónde querían ir.

El señor Jelliby maldijo y siguió caminando, hasta cruzar un puente de piedra que pasaba sobre un riachuelo de aguas blancas.

—Tendremos que comprar provisiones. Armas, quizá, y necesito un sombrero. No tengo la menor idea de lo que nos espera en el lugar de las otras coordenadas, pero voy a estar preparado.

—¿Qué coordenadas? —preguntó Bartolomeo—. Tengo que encontrar a mi hermana. ¿Adónde vamos?

—Al norte. No sé decirte dónde está tu hermana, pero sé hacia dónde volaban los pájaros de Lickerish, y si ella está en alguna parte, estará allá. Tenemos que llegar hasta la ciudad de los duendes y subirnos a un tren en dirección a Yorkshire. Vamos al norte.

Menos de quince minutos después de haber huido de la comisaría, ambos se

desplomaron detrás de la cortina de un bicitaxi, que remontó traqueteando la ruta hacia Nueva Bath. El carro era del tipo convencional, tirado por una bicicleta de grandes ruedas sobre la que iba un gnomo muy pequeño, que resollaba y pedaleaba con todas sus fuerzas.

El interior estaba oscuro. El señor Jelliby se estiró en el banco y gimió mientras se tomaba la cabeza dolorida. Bartolomeo se acurrucó del otro lado.

Una vez seguro de que el caballero no le prestaba atención, corrió la cortina un centímetro y miró sobrecogido la ciudad vertical que se desplegaba a su alrededor. Estaba a solo medio kilómetro de las callecitas estrechas del Callejón del Viejo Cuervo, pero en el mundo de Bartolomeo estas formaban un bosque impenetrable. Él nunca iba a ningún lugar. Era imprudente salir de casa, peligroso bajar a la calle, y por completo insensato aventurarse más allá del gueto de los duendes. Bartolomeo no había tenido necesidad de ser por completo insensato hasta hacía muy poco. Además, su madre no hablaba bien de Nueva Bath. Siempre le había dicho que era un lugar ruin y mortal, peor aun que los distritos de duendes de la vieja ciudad. Nueva Bath, decía, era donde los *sidhe* se descontrolaban, los duendes vivían en el salvajismo y en el desorden de su propia tierra, y donde ni siquiera llegaba el largo brazo de la Policía Real. Cuando Bartolomeo era muy pequeño, ella lo había sentado en su regazo y le había contado que Nueva Bath era un organismo vivo al que un día le crecerían piernas, y que abriría sus ojos gris-nube y se marcharía a la campiña, abandonando la ciudad.

Mirando desde atrás de la cortina, Bartolomeo casi le dio crédito al cuento de su madre. El carro traqueteaba por un empinado camino de piedra que parecía sostenido en el aire por las ramas de un árbol enorme. Se acercaba la noche y aparecían lucecitas amarillas por doquier, bordeando las calles y salpicando la masa de construcciones extrañas con gotitas de oro.

Bartolomeo se arrebujó en su capa. Todo era tan distinto de Vieja Bath. Todo era más silencioso y las sombras eran, en cierto modo, más hondas. Cada tanto le parecía oír un fragmento triste de música traída por la brisa, que le rozaba las orejas como las alas de una polilla. Imaginó que eran los pensamientos de la ciudad que se escapaban de su cerebro y bailaban por el aire. Notó que, en esa zona, no había criaturas de vapor. Nada de trolebuses o de autómatas. Nada de tecnología. Quizá por eso todo era tan silencioso. Las únicas máquinas eran las que entraban y salían de la Terminal de Trenes de Nueva Bath, más abajo, en las entrañas de la ciudad; el edificio era una reliquia de una era pasada, cuando el gobierno había intentado conectar a la ciudad duende con el resto de Inglaterra. Era lo *único* que enlazaba a la una con la otra. Esos rieles. Nada más.

Resoplando, el pobre gnomo que iba al volante del carro los condujo por una avenida ancha, pasando delante de torres y de casas que colgaban de cadenas, hasta llegar a los lindes de un enorme espacio abierto en el centro mismo de la ciudad. *No se parece tanto a un monstruo, pensó Bartolomeo. Más bien se parece a una*

manzana. Una manzana enorme, negra, podrida, a la que le hubieran arrancado el corazón. El espacio se extendía desde las estructuras del suelo hasta las nubes. A su alrededor serpenteaban pasarelas que se entrecruzaban en muchos niveles: puentes, escaleras y planchas amarrados con cuerdas, colgantes, crepitantes, bamboleantes. A lo largo de ellos había miles de comercios, chozas y carros, capullos de seda como de mariposas gigantes y tiendas coloridas con toldos que flameaban. De cada poste y de cada barandilla colgaba un farol, lo que convertía a las pasarelas en cintas flamígeras.

—Hemos llegado —dijo el gnomo casi sin aliento, dejándose caer sobre el manubrio—. El mercado duéndico.

El señor Jelliby corrió la cortina del carro y bajó mirándolo todo. Bartolomeo lo siguió con cautela.

Estaban al final del camino de piedra, a cientos de metros de altura, y había duendes por todas partes. Más duendes que los que Bartolomeo había visto en toda su vida. Duendes de todas las formas y tamaños, algunos pálidos y pequeños como la señora Buddelbinster, algunos morenos y nudosos como Marinube, algunos gigantescos. Los había plateados y del color verde de las hojas; unos parecían completamente hechos de bruma y otros eran elegantes y color nuez, con alas de libélula en la espalda. Formaban una corriente constante en las pasarelas, que se arremolinaba y subía y bajaba. Y sin embargo en aquel espacio enorme reinaba un silencio inquietante. Había un sonido en el aire, pero no era la cacofonía de los gritos y las máquinas destartadas que llenaban los callejones de la Vieja Bath. Era un bisbiseo constante, como si miles de hojas muertas se arrastraran al mismo tiempo.

El señor Jelliby le dio una moneda al conductor del carro, y Bartolomeo y él se internaron en el mercado. A su paso, docenas de ojos negros se volvían a mirarlos. Voces agudas y suspicaces se desataban a sus espaldas. Bartolomeo se mantuvo pegado al señor Jelliby, con la cabeza gacha, deseando que su capa estuviera hecha de piedra y zarzas, y anhelando poder refugiarse donde nadie lo viera. Pero a él los duendes ni siquiera lo miraban. Se dio cuenta de golpe. Los duendes miraban al caballero.

Continuaron por las pasarelas durante varios minutos, y por cómo el hombre empinaba el mentón y miraba fijo al frente, Bartolomeo se percató de que estaba nervioso.

Bartolomeo sintió un pequeño fulgor de furia en el pecho. *Eso es lo que se siente, pensó. Ahora usted también lo sabe.* Era como si al remontar el camino en el carro hubiesen intercambiado lugares. Bartolomeo casi pertenecía a ese lugar extraño. Podía hacer lo que hacían los demás, y nadie se lo llevaría por eso. Nadie siquiera se fijaría en él. Por una vez en su vida, él no era el distinto.

Descorriendo un poco su capucha, miró con asombro las tiendas que lo rodeaban. Una vendía hermosas botellas negras con etiquetas que decían cosas como “vino de la tristeza” o “tinta de pulpo” o “destilado de odio”; otra vendía monedas, cantidades y montones de ellas. Pero cuando Bartolomeo pasó delante y las miró con

detenimiento, solo vio hojas y polvo. Otra tienda tenía hileras e hileras de moscas gordas color rojo sangre, pinchadas con alfileres en un tablero.

En un puesto vio bolitas lisas y grises y se acercó con curiosidad. Detrás de los artículos estaba sentada una anciana, adormecida bajo una capucha carmesí. Bartolomeo inspiró con cautela. Estiró la mano y tocó uno de los objetos. Era muy suave, una hermosa pelota de pelaje sedoso y perfecto. Le daban ganas de enterrar la mano y...

—Una hermosura de ratoncitos, ¿no? —dijo de pronto la vieja.

No estaba adormecida. Lo había estado mirando, había clavado los ojos en él desde la oscuridad de su capucha. Bartolomeo retiró la mano de un tirón y retrocedió, chocándose con un troll. Este gruñó furioso. Pero enseguida el caballero acudió a su lado y lo hizo avanzar.

—¡Vamos! Nada de entretenerse. No queremos pasar más tiempo aquí que el absolutamente necesario.

Cruzaron un puente de cuerdas, tomaron otra pasarela, subieron por una escalerilla nudosa, y entonces el señor Jelliby se apretó los ojos y, con una voz muy tensa, le dijo a Bartolomeo que tuviera la amabilidad de pedir indicaciones. Al oírlo, Bartolomeo sintió un retortijón. El caballero debería hacerlo él mismo. No era como si los duendes no hablaran su idioma. Pero Bartolomeo no quería que el hombre lo considerara un cobarde, así que abordó a una criatura flexible y escamosa de manos palmípedas y ojos como vidrio, y le preguntó en voz muy baja dónde podían comprar unas pistolas.

Los ojos diáfanos de la criatura se cruzaron con los suyos al evaluar su pequeña figura encapuchada. Luego respondió con voz áspera y cavernosa:

—Por ahí, después del vendedor de uñas y a unos veinticinco metros de las cabinas de los Donacorazones. Dobla a la izquierda en la tienda de caramelos Nell Curlicue. Es imposible no verla.

Bartolomeo asintió ante el duende acuático y se apresuró a reunirse con el señor Jelliby, que se había puesto en marcha al oír “vendedor de uñas”. Doblaron en la tienda de caramelos que anunciaba sabores a “luz de estrella”, a “cicuta” y a “estalactitas”, y finalmente llegaron a un pequeño establecimiento chillón, que tenía un cartel colorido con la palabra “bazar” sobre la puerta. Bartolomeo esperó a que entrara el señor Jelliby y luego lo siguió.

La tienda llamada “bazar” era mucho más grande por dentro de lo que se hubiera dicho desde la pasarela. Al parecer vendía todo lo que jamás había existido. El frente de la tienda tenía cosas corrientes como tarros de galletas y pepinillos en vinagre, pero cuanto más se penetraba en ella más misteriosos eran los objetos a la venta. Mientras el señor Jelliby regateaba por el precio de una brújula, Bartolomeo se paseaba por entre las góndolas, intentando mirar todo al mismo tiempo. Había muñecos vestidos con retazos negros y rojos que parpadeaban a su paso, semillas que supuestamente se convertían en gigantescas plantas de frijoles, y anillos y broches

intrincados que correteaban sobre patas de insecto bajo campanas de vidrio. Al final de una góndola especialmente larga se topó con una jaula de alambre en la que había algo parecido a un loro negro, envuelto en sus alas. Eran alas potentes, de oscuras plumas aceitosas que crecían de un hueso fuerte, y sobresalían en punta por encima de la cabeza de la criatura.

Sílfide penúmblica, decía el cartel sucio en la base la jaula. Semielemental. Poco común y extremadamente mágica. Incluso un solo espécimen es un tesoro muy buscado, puede usarse para mandados casi instantáneos, entrega de mensajes, etcétera. Precio: 40 libras-duende: no menos que el equivalente de un brazo y una pierna.

Bartolomeo se alejó de la jaula. Era de acero. Lo sentía incluso sin tocarla, por un dolor vago en la parte de atrás de la cabeza. La criatura pareció darse cuenta de que la estaban mirando. Abrió las alas y una delicada cara blanca miró a Bartolomeo. Tenía la boca ancha y labios azules.

Por un momento se miraron en silencio. Las alas se abrieron aún más. Bartolomeo vio el cuerpo de la sílfide, desproporcionadamente pequeño al lado de sus alas, bracitos como ramas y piernas que casi se perdían entre las plumas. Luego la sílfide mostró los dientes y soltó un silbido de serpiente.

—*Sustituto* —dijo en voz baja.

Bartolomeo alejó la cabeza de la jaula.

—*Sustituto* —dijo de nuevo, más alto.

—*Cállate* —susurró Bartolomeo.

—*Sustituto, sustituto, sustituto.* —Para entonces la sílfide iba de un lado a otro trazando círculos en la jaula, con la vista clavada en Bartolomeo. Luego soltó un chillido y se abalanzó contra los alambres, quemándose la carne.

—¡*Sustituto!*

Bartolomeo reculó, echando al suelo una bandeja etiquetada “mentiras”. Estas cayeron también y empezaron a expandirse: bulbos azules y esmeralda que se hicieron cada vez más grandes hasta explotar, produciendo una lluvia de gas fétido. Dio media vuelta para salir corriendo, pero un gnomo ya se le acercaba desde el extremo opuesto del pasillo. Antes de que Bartolomeo pudiera dar dos pasos lo aferraron unos dedos fríos, que tiraban de los pedazos de tela que le cubrían la cara. La tela se deshizo. El gnomo saltó hacia atrás como si lo hubiera mordido.

—¡*Fuera!* —graznó—. Sal de aquí antes de que te vean los clientes. Vete a otra parte con tu cara esperpéntica.

Bartolomeo echó a correr. Pasó delante de las semillas de frijoles y de los muñecos, sosteniendo su disfraz con las manos. Pasó delante del caballero, que lo esperaba en la puerta. El señor Jelliby cargaba en sus brazos pistolas, un sombrero nuevo, una brújula y un mapa muy grande. Empezó a decir algo, pero Bartolomeo no se quedó a oírlo. Lo hizo a un lado y salió del bazar a la pasarela. Se le acercaba una tropilla de duendes enanos con sombreros rojos en punta. A sus espaldas, Bartolomeo

oyó un aleteo y vocecitas que cuchicheaban. Vio una brecha oscura entre dos tiendas y se metió. Luego se desplomó en el suelo y se ovilló sobre sí mismo.

Esos duendes creyeron que yo era un gnomo. Por eso no me miraban. Creían que yo era como ellos. Pero no era como ellos. No era como nadie.

El señor Jelliby lo encontró diez minutos más tarde. Bartolomeo tenía la cabeza metida entre los brazos. Temblaba un poco.

—Muchacho —dijo el señor Jelliby en voz baja—. Muchacho, ¿qué pasa? ¿Por qué no me esperaste?

Bartolomeo se incorporó sobresaltado. Se limpió la nariz con la mano.

—Oh —dijo—. Nada. Tenemos que irnos.

El señor Jelliby lo miraba con cara rara. Bartolomeo no quería que lo miraran. Quería que lo dejaran tranquilo y deseaba que, si todo el mundo lo despreciaba, al menos se lo guardaran para ellos. Se puso de pie y empezó a caminar.

—¡Conseguí las pistolas! —dijo el señor Jelliby, corriendo tras él—. Y un sombrero. ¿Tienes hambre?

Bartolomeo no había comido desde la cena del día anterior, pero no dijo nada. Siguió caminando con la capucha puesta y la cabeza gacha. Tuvo que hacer un esfuerzo para no espiar por encima del hombro a ver si el caballero lo seguía. Por un rato solo caminó, sin saber adónde se dirigía. Luego el hombre apareció a su lado, con dos pasteles crocantes en la mano. Le dio uno a Bartolomeo. Bartolomeo se lo quedó mirando

—Vamos —dijo el señor Jelliby—. ¡Come!

El pastel estaba lleno de grasa, muy probablemente hecho con la carne de algún horrendo animal callejero, pero Bartolomeo se lo zampó con huesos y todo, y se chupó la grasa de los dedos. El señor Jelliby tomó la costra del suyo y le pasó el resto a Bartolomeo, que también se comió ese. Le recordaba la sopa con gotas de cera y a Queta, y eso le dio ganas de echar a correr de nuevo —hacia cualquier parte— para ir en su busca.

Dejaron el mercado duéndico a sus espaldas y prosiguieron por una pasarela que bordeaba el lado externo de la altísima ciudad.

—La estación de trenes —dijo el señor Jelliby— está cerca del suelo.

Y hacia ahí se dirigían.

Aún estaban a una altura de más de cien metros; la vista de Bartolomeo llegaba lejísimo, hasta el campo que se encontraba más allá del borde de la ciudad. El cielo se desplegaba ante sus ojos adquiriendo visos cobrizos en el atardecer, mientras las nubes pasaban bajas y ominosas sobre la curvatura del mundo.

Se detuvo a observar. Había algo en el cielo, aparte del interminable ocaso. Un destello. Una mancha negra, más oscura que las nubes, que se alejaba a una velocidad increíble de la ciudad.

Bartolomeo se inclinó contra la barandilla de cuerda.

—Mire —dijo, llamando con la mano al señor Jelliby—. Mire allá.

El señor Jelliby acudió a su lado. Entrecerró los ojos.

—Qué demonios...

—Son las alas —dijo Bartolomeo en voz baja—. Se están yendo. *Ay, Queta*, pensó. *Ojalá estés sana y salva*.

El señor Jelliby notó el cambio en su cara.

—Vamos —dijo—, no te preocupes. Encontraremos a tu hermana. La rescataremos —entonces sonrió, no con la sonrisa ancha que usaba en Westminster, sino con una verdadera—. Pero si vamos a seguir teniendo aventuras juntos, me parece que sería mejor decirnos nuestros nombres, ¿no? —le ofreció la mano a Bartolomeo—. Me llamo Arturo, Arturo Jelliby.

Bartolomeo no se movió. Se quedó mirando al señor Jelliby y su mano. Luego, con cautela, la tomó, y se dieron un apretón.

—Bartolomeo —dijo.

Juntos se volvieron y empezaron a bajar hacia la ciudad cada vez más oscura.

Capítulo XVI

Grinbruja

APENAS los pistones del tren subieron y bajaron una o dos veces, el señor Jelliby se quedó dormido.

Bartolomeo había supuesto que diría algo, que comentaría con él sus planes, o que le contaría más sobre la dama de morado, pero no lo hizo. *Y bueno*. El aire estaba tibio, el asiento era mullido, y Bartolomeo se acomodó en él y pegó la nariz contra la ventanilla fría. La ciudad pasaba debajo de ellos como un borrón azul oscuro, y las torres y los techos desaparecían tan aprisa que apenas los veía. Cruzaron el río y siguieron camino entre las enormes chimeneas de las fundiciones donde se fabricaban cañones. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, la ciudad quedó atrás, y atravesaron los prados verdes de la campiña. En pocos minutos Bath quedó convertida en una mancha de tinta en el horizonte, que se hacía más pequeña con cada respiración.

Bartolomeo la miró y sintió un dolor extraño en el pecho. Se iba. Dejaba todo lo que había conocido. Iba quién sabía adónde con un caballero que no comía cuando había comida y que le estrechaba la mano a un sustituto. En algún lugar de aquel punto menguante estaba su madre, dormida en un departamento vacío. Y Queta... Queta estaba en alguna parte. No ahí, pero en alguna parte.

Concentró su atención en el compartimento del tren número diez en dirección a Leeds. El señor Jelliby había comprado boletos de primera clase como hacía siempre, y Bartolomeo no estaba tan desorientado como para no darse cuenta de lo sumamente refinado que era todo. Sobre los asientos colgaban cuadritos enmarcados: escenas felices, agradables, de gente muy bien vestida que tomaba el té, o paseaba en la calle, mirando vidrieras o estanques. En los paneles de madera había montadas dos lámparas, cada una con un duende flamígero aprisionado dentro. El que estaba del lado de Bartolomeo golpeó el vidrio para llamar su atención y se puso a hacerle muecas groseras con su cara resplandeciente. Bartolomeo lo observó un rato. Cuando volvió a mirar por la ventana, el duende se puso a aporrear el interior de la lámpara con los puños y a escupir pequeñas llamaradas furiosas. Bartolomeo lo miró de reojo. Enseguida el duende se puso a hacerle muecas una vez más.

Un rato después el señor Jelliby despertó. Bartolomeo apoyó la cabeza contra la ventana y se hizo el dormido, mientras vigilaba al caballero a través de sus párpados entornados. El señor Jelliby lo miró una sola vez. A continuación, desplegó en el compartimento el mapa recién comprado.

Los dedos de señor Jelliby se paseaban por el grueso papel blanco, dando saltitos cuando el tren traqueteaba. Era un mapa algo distinto de aquellos a los que estaba acostumbrado. La Isla de Inglaterra se llamaba “El Lugar Abrasador”, Londres era “La Gran Pila de Abono” y Yorkshire Norte, “El Casi Mundo”. Pero se entendía

bastante bien. El tren los llevaba a Leeds, en Yorkshire. Sin embargo, las coordenadas que le había indicado el señor Zerubbabel no quedaban en Leeds. De hecho, hasta donde podía determinar el señor Jelliby, no quedaban en ningún lugar en particular. El punto que había marcado en el mapa no era una ciudad, ni una aldea, ni una granja. Sencillamente, era pleno campo.

Frunció el ceño mirando el mapa, lo dio vuelta, lo plegó y volvió a abrirlo. Leyó de nuevo las coordenadas, recalculó la longitud y la latitud. No sirvió de nada. Aquel sitio se negaba a ubicarse en alguna parte lógica.

Cuando el tren se detuvo en Birmingham, una señora mayor, vestida con un abrigo de piel plateada, abrió la puerta del compartimento con intención de sentarse. Tras una ojeada a la cara vendada de Bartolomeo y a las pistolas que el señor Jelliby llevaba en el cinturón, se dio vuelta muy aturrullada y cerró la puerta corrediza. Nadie los molestó por el resto del viaje.

Llegaron a Leeds después de medianoche. En la zona de carga, sobornaron al conductor de una diligencia para que abandonase a los pasajeros que esperaba y los llevase tan cerca como fuese posible del punto marcado en el mapa. Ningún camino llegaba a menos de siete u ocho kilómetros de allí. Esa noche iban a tener que caminar.

Salieron de la ciudad a la luz de la luna. La diligencia iba tirada por un par de gigantescos saltamontes, que corrían con arrojo, arrastrándola de manera tan brusca por sobre piedras y huellas que el señor Jelliby pensó que la harían pedazos. Por las rendijas laterales del carruaje entraba un viento gélido y las ramas golpeaban contra las ventanillas. En poco tiempo Bartolomeo y el señor Jelliby quedaron cubiertos de moretones y helados hasta los huesos. Después de una hora, la diligencia se detuvo. Descendieron adormilados.

—Bueno —dijo el cochero, encogido en su abrigo y mirándolos con ojitos relucientes—. Aquí es lo más cerca que puedo dejarlos. Hay una posada a un kilómetro y medio por donde vinimos. “La Luz del Pantano”. Los espero allí.

El señor Jelliby asintió y echó un vistazo alrededor, pasando los dedos por la copa de su sombrero una y otra vez. —No le hable a nadie de nosotros, si es tan amable. Y si no volvemos antes de que amanezca, puede dar por sentado que... que hemos encontrado otro camino. Buenas noches.

El cochero gruñó y chasqueó el látigo. Los saltamontes echaron a correr y la diligencia se alejó con estruendo por el camino. Temblando de frío, Bartolomeo la miró irse.

El señor Jelliby consultó la brújula. Luego se pusieron en marcha por un prado verde y húmedo. Una fina neblina flotaba sobre la hierba y los pantalones de ambos acabaron mojados hasta la rodilla. Al poco tiempo empezó a lloviznar. Bartolomeo estaba mareado de sueño y el señor Jelliby rengueaba, pero ninguno de los dos dijo nada. Siguieron su marcha cruzando más prados, sorteando colinas y vadeando pequeños arroyos, hasta que no les quedó un solo músculo libre de dolor.

El señor Jelliby trepó a un muro bajo de piedra, con la mirada clavada en la brújula.

—Tendríamos que llegar de un momento a otro —dijo, y se limpió la tierra de las rodillas—. Sea donde fuere que vayamos.

Resultó que iban a un grupo de árboles situado en medio del campo abierto. No era un bosque. Quizá lo había sido alguna vez, cuando aún había bosques por esos lugares, pero le habían podado todas sus extensiones y ahora solo quedaba un manojito de robles y olmos que se alzaba encima de la hierba. El señor Jelliby se detuvo en el linde a mirar las ramas abovedadas. Luego entró, con Bartolomeo pisándole los talones.

Bajo los árboles el aire estaba húmedo, pero no como en los prados. Era una humedad mohosa, viva, cargada de olor a corteza y a tierra mojada. El suelo estaba tapizado de musgo, y aunque los árboles crecían muy cerca unos de otros, no era difícil caminar. A los veinte pasos desembocaron en un pequeño claro. La lluvia era un susurro, y en ese lugar la hierba crecía alta. Bajo las gotitas de agua crepitaba una pila de ramas chamuscadas. Y en el centro del claro, tan alegre y acogedora como podía imaginarse, había una carreta de madera con capota, pintada de rojo, con azuleos amarillos y primaveras sobre la puerta y entre los rayos de las ruedas. Una sola ventana daba al exterior, y unas cortinas rojas estaban corridas dentro de los paneles. Tras ellas brillaba una luz cálida, que proyectaba cuadrados iluminados en la hierba.

Bartolomeo y el señor Jelliby miraron a su alrededor con inseguridad. Allí no había artilugios monstruosos, ni pequeñas tumbas, ni sílfides de alas negras susurrando entre las ramas. *¿Qué demonios podía interesarle al señor Lickerish en este lugar, como para que su pájaro hubiera venido volando tan lejos?* Bartolomeo esperó, esperó con desesperación, que Queta estuviera dentro del vagón pintado. De repente sintió una impaciencia tremenda.

El señor Jelliby subió los escalones que llevaban hasta la puerta de la carreta y golpeó dos veces.

—¡Hola! —llamó, con lo que esperaba que sonase como un voz imperiosa—. ¿Quién vive aquí? ¡Tenemos que hablar con usted!

Adentro se rompió algo. Un ruido brusco y repentino, como si alguien se hubiese llevado un buen susto y se le hubiese caído una taza o un cuenco de las manos.

—Ay, no. Ay no, ay no, ay no —se quejó una voz débil—. Váyase, por favor. Váyase. No tengo dinero. Nada de dinero.

El señor Jelliby miró a Bartolomeo, pero este no le devolvió la mirada. En cambio, no quitaba la vista de la puerta.

—Señora, le aseguro que no busco dinero —dijo el señor Jelliby—. Me ha dado su dirección Xerxes Ya... un conocido en común. Y necesito hablar con usted. ¿Señora? ¿Se encuentra bien?

En la puerta se abrió una mirilla y apareció una cara. El señor Jelliby se echó

atrás. Era una cara gris y arrugada enmarcada en una mata de ramas ralas de abedul. Una duende anciana.

—¿Usted no será de la Oficina de Inspectores de Duendes, no? —preguntó—. ¿O del Juzgado de Espinas?

¿O del *gobierno*?

—Yo, en fin, yo soy de Inglaterra —respondió estúpidamente el señor Jelliby.

La duende soltó una risa nerviosa y recorrió el cerrojo.

—Ah, yo no. A ver, pase y sálgase de la lluvia. A menos que la lluvia le guste, claro. Hay gente a la que le gusta.

Es bueno para los *selquis*, cura los granos de las ninfas, aunque, que yo sepa, no le hace bien a... ¡Oh! —al ver a Bartolomeo se llevó las manos a la boca—. ¡Pobrecito el distinto! ¡Está más flaco que una espina de pescado!

Bartolomeo intentó ver más allá de la duende, dentro de la carreta. Después la miró. ¿*Pobrecito el distinto*? Su voz no trasuntaba asco, nada del miedo del gnomo en el bazar, ni de la maldad mezquina del buhonero en el Callejón del Viejo Cuervo. Parecía más preocupada por su semejanza con un pescado que por el hecho de que fuese un sustituto.

Sí, bueno, no tenemos que comérmolo con nabos, ¿cierto?, pensó el señor Jelliby mientras la duende los hacía pasar a la carreta. La sala era diminuta, apretada y cálida, y estaba abarrotada de pergaminos y de botellas de bonitos colores. Del techo colgaban manojos de hierbas. Sobre los estantes ardían velas derretidas de formas fantásticas. La carreta era demasiado pequeña para esconder a alguien, y Queta no estaba ahí.

La vieja duende se puso a barrer los fragmentos del cuenco de arcilla.

—Ay, qué desastre —se quejó—. No tengo muchos visitantes, la verdad. No de los buenos, en cualquier caso.

Su gastada voz chirriaba, un poco como la del duende mayordomo. Eso sí, más amable. Quizá demasiado amable para alguien cuyo hogar alejado de todo acababa de ser invadido por desconocidos.

—Señora, venimos por un asunto de gran importancia —dijo el señor Jelliby.

—¿Ah, sí? —echó los fragmentos en el plato del gato, que estaba lleno de leche—. ¿Y cómo puede una grinbruja como yo ayudar a unos señores tan buenos como ustedes? ¿Están enfermos? ¿A alguno de los dos lo alcanzó el cólera? Tengo entendido que él está bastante ocupado en Londres.

El señor Jelliby se sacudió la humedad de los zapatos y se quitó el sombrero. ¿*Ocupado*?

—No, nada de cólera. Necesitamos hablarle de alguien.

La duende se enderezó, le sonaron las articulaciones y llevó la pava del té a la estufa del rincón.

—Ya no conozco a muchos “alguien”. ¿Quién podrá ser?

—El Lord Canciller. Juan Lickerish.

La vieja duende casi soltó la pava. Se volvió a mirarlos.

—Oh —susurró, mientras le temblaban los ojos—. Oh, fue sin mala intención. Sea lo que sea que haya hecho, que esté haciendo, lo mío fue sin mala intención.

La mano del señor Jelliby se posó en el mango de su pistola.

—No hemos venido a acusarla, señora —dijo en voz baja—. Necesitamos su ayuda. Tenemos pruebas confiables de que usted está conectada con el señor Lickerish y nos urge saber por qué. Por favor, ¿nos urge saberlo!

La duende se metió las manos en el delantal y empezó a caminar de un lado a otro, haciendo crujir el suelo de la carreta a cada paso.

—No lo conozco. Casi nada. ¡No es mi culpa! —se detuvo a mirarlos—. No me llevarán por la fuerza, ¿no? No a las ciudades con sus horrendas emanaciones. Ah, no, me moriría.

—Por favor, señora, cálmese. No la llevaremos a ninguna parte. Solo necesitamos que nos diga algunas cosas. Todo.

Los ojos de la duende enfocaron las pistolas. Miró al señor Jelliby, a las armas y de vuelta a su dueño. Luego regresó al lado de la estufa. El té humeaba cuando lo sirvió en tazas de loza azul.

—Todo... —dijo—. Usted moriría de viejo antes de que le contara la mitad.

Les llevó el té y se dejó caer en la mecedora.

Bartolomeo no tomó su taza. *Queta no está aquí*. Lo único que había allí era una vieja duende medio loca. Deberían irse, cruzar corriendo los prados para llegar hasta el cochero que los llevaría a Leeds. No beber té. Tiró de la manga del señor Jelliby, abrió la boca para decir algo, pero la duende habló primero.

—Acá, la vida alejada es dura —dijo, con voz petulante—. La gente de la ciudad trabaja en fábricas. Andan siempre entre los motores y las campanas de iglesias y el hierro. Y pierden su magia. Yo no podría. Acá a lo lejos me aferro a un poco de ella. Retazos. No es como en casa. La verdad que no. Pero casi. Es lo más cerca que puedo estar.

Bartolomeo sabía que hablaba de su casa en el País Antiguo. La duende debía de ser muy vieja.

—¡Y de algo hay que vivir! —se quejó—. No soy más que una vieja grinbruja y ya nadie quiere mi ayuda. Cada tanto vienen duendes de las ciudades cuando sus pequeños tosen sangre, pero no pueden pagar mucho. Y tuve que vender a la pobre Dolly para comprar pegamento, así que ya no podía salir de gira. Y de algo hay que vivir, ¿me entiende? —en sus ojos brilló una extraña chispa—. El Lord Canciller me envía oro.

—Ah, sí —dijo el señor Jelliby con frialdad—. ¿Y usted sabía que él ha estado matando sustitutos? ¿O le paga tanto que no le importa? Le agradecería que me contara de qué se trata todo este asunto. Con palabras sinceras. ¿Qué está planeando el Lord Canciller?

Dio la impresión de que la grinbruja iba a echarse a llorar. Bartolomeo sospechó

que era más por el tono de desaprobación de la voz del señor Jelliby que por las palabras en sí.

—¿Usted no sabe? —dijo ella—. Usted intenta detenerlo, ¿no? Por eso vino aquí. ¿Y ni siquiera sabe *qué* está intentando detener?

El señor Jelliby tragó su té. No lo sabía. Todo lo que tenía eran fragmentos y partes sueltas —el pájaro, el mensaje, la conversación en Westminster—, pero en su conjunto no era mucho.

La vieja duende arrimó la silla un poco adonde estaba él.

—Quiere abrir otro portal duéndico, por supuesto.

El señor Jelliby parpadeó por encima del borde de su taza. Bartolomeo hizo un ruidito con la garganta, a mitad de camino entre un grito sordo y una tos.

—¿No lo sabía? —rió ella, arrimándose más aún—. Sí, el portal duéndico. Muy pronto, tengo entendido. Mañana. Verá, el último ocurrió solo. Un fenómeno natural suscitado por un montón de coincidencias desafortunadas. Siempre ha habido grietas entre los mundos. Las cosas siempre han pasado de un lado a otro, y hay muchos cuentos de humanos que se encontraron en el País Antiguo por accidente. Pero este nuevo portal no será una grieta. No será un accidente. Juan Lickerish lo está *diseñando*. Ordenándole que exista. Un enorme pasaje en el medio de Londres. En medio de la noche.

El señor Jelliby bajó su taza con brusquedad.

—¡Pero eso será una carnicería! —exclamó, horrorizado—. Ofelia y Brahms y... ¡Ocurrirá todo de nuevo como en Bath!

—Será peor —dijo la duende, y en su cara se dibujó una sonrisa tan franca y dentada que al señor Jelliby se le puso la piel de gallina.

—No dará resultado —dijo él, mirando con aplicación la trenza de ajo que estaba sobre la cabeza de la duende—. Las campanas. Las campanas lo detendrán. No paran de sonar. Cada cinco minutos. El señor Lickerish no tendrá tiempo de intercalar un hechizo.

—Aaah, las campanas —la duende siguió sonriendo—. Bath tenía campanas y no poco relojes, y aun así voló por los aires hasta la Luna. Las campanas no funcionan contra hechizos de ese tipo. Puede que estorben a un *piski* que quiera darle a alguien una verruga o embrollen un encantamiento menor, pero no impedirán que se abra un portal duéndico, un camino al País Antiguo.

—¿Y entonces, qué hacemos? —gritó casi el señor Jelliby—. ¡No podemos quedarnos aquí sentados! ¿Cómo lo detenemos?

—Y yo qué sé.

Ahora ella estaba muy cerca. El señor Jelliby estaba seguro de que podía olerla: flores y humo y leche agria.

—Abrir un portal duéndico es un proceso complicado. Yo no lo entiendo. No *quiero* entenderlo. Lo único que sé es que el señor Lickerish necesita un brebaje. Plantas y partes de animales. Yo se las doy. Es una poción vinculante, el brebaje ese.

Atrae a una especie de duende llamado “sílfile penúmblica”; es capaz de dirigir a bandadas enteras de ellas y obligarlas a hacer lo que se les dice. Pero no sé para qué necesita a las sílfides. Yo soy hilo muy delgado, ¿entiende? Un hilo muy delgado en una enorme telaraña.

Hizo con los dedos el movimiento de una araña que corre.

—Me envía sus notas con un pájaro mecánico. Un pájaro hecho de metal, ¿alguna vez vio cosa semejante? Y hago lo que me pide. Pero esos distintos... —la sonrisa desapareció de su cara, y ella se encogió contra el respaldo de su silla. De repente pareció triste y asustada de nuevo—. No sé para qué son. Pobres, pobres criaturas. No sé por qué los mata. He enviado nueve botellas a Londres. También un montón de botellas pequeñas. Muy chiquitas. Y... y lo último de lo que me enteré es que había habido nueve muertes. Usted es de Londres, ¿no? Me di cuenta por la tierra de sus zapatos. A lo mejor él lleva un tiempo tratando de abrir el portal. Nueve veces. Nueve veces usted podría haber muerto en su cama y se ha salvado —la mirada de la duende se posó en la ventana—. Yo no quería que nadie saliera lastimado. De veras que no. Y cuando me enteré del asunto de los sustitutos en el río, de inmediato supe que era él. Pero, no, no me hagan pensar en eso. Yo no podía hacer nada. ¿Qué hubiera podido hacer? —hizo esa pregunta casi en forma de ruego.

Bartolomeo alzó la vista de sus botas. La fulminó con la mirada.

—¿Cómo que qué hubiera podido hacer?

La grinbruja se volvió sorprendida hacia él. Bartolomeo llevaba horas sin hablar y su voz había sonado áspera.

—Hubiera podido no hacer *nada*, eso hubiera podido hacer. Hubiera podido dejar de ayudarlo. Él ahora tiene a mi hermana, ¿sabía? Ella es la próxima, y es culpa suya. Usted es más culpable que cualquiera.

La vieja duende lo miró por un momento. La luz del fuego brillaba en sus ojos. Habló con voz suave.

—No fue mi culpa. Ya lo creo que no. El señor Lickerish es el responsable de las matanzas. Todo lo que hice fue revolver mi olla en el claro. No quiero pensar en eso. *¡No quiero pensar en eso!*

El señor Jelliby empezó a ponerse de pie. La grinbruja se volvió de golpe para enfrentarlo. Sonrió de nuevo.

—Pero a fin de cuentas supongo que sí es culpa mía. Ah, de veras lo siento. ¿Sabe una cosa? Cuando me enteré por primera vez del plan de Juan Lickerish, pensé: “¿Por qué no?”. ¿Por qué tendría que importarme lo que le pasara a Londres? Es hora de que los duendes se liberen, hora de darles una lección a los ingleses. Pero cambié de parecer. ¿Quiere más té? Me di cuenta de que el señor Lickerish no lo hacía por el bien de los duendes. No lo hacía por el bien de nadie, la verdad. Excepto por el suyo propio. Dice que no le gustan los muros ni las cadenas, pero en realidad sí. Siempre y cuando *él* construya los muros y fabrique las cadenas. Porque cuando se abra el portal duéndico no va a dejar las cosas ahí. Lo va a custodiar como un enorme perro

guardián, y será suyo. Quedará siempre abierto, pero él decidirá qué entra y qué sale.

Bartolomeo la miraba fijo. *¿Qué le pasa a esta vieja?* Era como si su mente se retorciera y se empujara y se mintiera a sí misma. La duende no paraba de mirar al señor Jelliby con esa horrenda sonrisa en la boca, mientras sus ojos y sus dedos daban pequeñas sacudidas.

—Muchas criaturas morirán cuando se abra —dijo ella—. Humanos y duendes, todos muertos en sus camas. En Bath murieron veinte mil. Cien mil en el período posterior. ¿Recuerda la Guerra Sonriente? ¿Colina Negra y los Días de Ahogados? Claro que no. Usted es demasiado joven y está demasiado bien alimentado. Pero yo sí me acuerdo. Pasaron años y años desde que el portal se abrió, y aún seguía habiendo confusión y derramamiento de sangre. Ocurrirá de nuevo. Vendrán nuevos duendes, y serán libres y salvajes, y bailarán sobre las entrañas de la gente y de los duendes ingleses, tontos y cansados. Y es que los duendes que están aquí no sabrán qué hacer. Ya no recuerdan cómo eran antes. Yo creo que todos morirán, ¿y usted? Morirán junto con todo lo demás. Y el señor Lickerish lo contemplará todo desde algún lugar seguro —miró al señor Jelliby con adoración—. Pero usted lo detendrá, ¿no es cierto...?

El señor Jelliby empujó su taza.

—No lo sé —dijo con sequedad, y sacó del bolsillo del chaleco el pedazo de papel que le había dado el señor Zerubbabel—. Tengo una dirección más del pájaro mensajero. Está en alguna parte de Londres. ¿Ese es el lugar? ¿Se lo ha dicho? Creo que los pájaros mensajeros conectan al señor Lickerish con todos los puntos de su plan: Bath y los sustitutos, y usted. De ida y de vuelta a Londres.

La sonrisa de la vieja duende se llenó de picardía.

—Usted sí que es inteligente, ¿eh? Tan inteligente y tan alto. Dígame: ¿cómo atrapó al pájaro mensajero del Lord Canciller? Si se llega a enterar lo mandará matar.

Ya lo ha intentado, pensó el señor Jelliby, pero dijo:

—Mire, señora, no tenemos tiempo para tonterías. Díganos qué aspecto tiene el portal y nos iremos a buscarlo y la dejaremos tranquila.

—Ah, ¡pero no quiero que me dejen tranquila! ¡No se vaya! No puedo contarle esas cosas. No puedo, sería un desastre. O a lo mejor puedo. Quizás un poco. Mis recuerdos de la última vez están muy borrosos, eso es todo. Muy borrosos y lejanos. Desperté en mi cama en la copa de un árbol y... —los ojos de la grinbruja se nublaron—. Mamá. Mamá estaba empacando. Nos decía que nos diéramos prisa porque estaba ocurriendo una maravilla junto a la Ciudad de la Risa Negra. Y recuerdo que caminamos, caminamos. Entonces yo era muy joven. Me pareció que caminábamos durante cien noches seguidas, pero no puede haber sido mucho tiempo. Y luego vimos una puerta en el aire. Era como una rasgadura en el cielo y los bordes eran alas negras que batían. A nuestro alrededor caían plumas. La atravesamos, pero no recuerdo qué aspecto tenía del otro lado. No volví la vista atrás. Ni una vez. No hasta que fue demasiado tarde. Puede que el portal haya sido enorme o diminuto.

Miles de nosotros pasamos por él al mismo tiempo, pero era magia pura, el portal aquel; puede que no haya sido más grande que mi nariz —arrugó la nariz—. El portal de Londres podría ser cualquier cosa. Estar en cualquier parte. Podría ser una ratonera o un armario. Podría ser el gran arco de mármol de Park Lane.

Sonrió con nostalgia, mientras frotaba con el pulgar el borde roto de la taza.

—Me gustaría volver, ¿sabe? Al País Antiguo. A casa.

Con sus ojos azules apagados y acuosos miró a Bartolomeo. Después apoyó la taza y se tapó las orejas con las manos.

—Lo mejor es no pensar en eso. Mejor no. *¡No quiero pensar en eso!* Los planes del señor Lickerish no pueden traer nada bueno. No para mí. Ni para mí, ni para nadie.

La carreta quedó en silencio por un minuto. El fuego crepitaba dentro de la pequeña estufa. Afuera, un búho ululó lastimeramente en un árbol.

Entonces el señor Jelliby se puso de pie.

—Así es. Es hora de irnos. Gracias por el té.

La grinbruja empezó a hablar de nuevo, levantándose apresuradamente de la silla y procurando retenerlos un rato más, pero el señor Jelliby ya estaba abriendo la puerta. Salió a la noche. Bartolomeo lo siguió, poniéndose la capucha.

Ya en el claro, el señor Jelliby inspiró hondo. Se volvió hacia Bartolomeo.

—Loca como una cabra, la pobre. Vamos, que hay que salvar al mundo.

Abandonaron el círculo de calor de la carreta y se dirigieron hacia la humedad pesada del bosque.

—Qué importa el mundo —dijo Bartolomeo a media voz—. Lo único que quiero es encontrar a Queta.

La vieja duende salió de su carreta y los observó marcharse, y siguió mirando en esa dirección hasta mucho después de que se los hubiera tragado la noche.

Pasaron horas. Permaneció tan quieta que hubiera podido ser confundida con un árbol. Al fin un gorrión mecánico descendió en el claro y se posó a sus pies en la hierba cubierta de rocío. Lo levantó. Sosteniéndolo en la palma de su mano, desenganchó la cápsula de latón y sacó un mensaje.

Regocíjate, hermana, decía con la letra garrapateada del señor Lickerish. La Número Once es todo. Todo lo que esperábamos. Prepara la poción. Hazla más fuerte que nunca y envíala a la Luna. Esta vez la puerta no fallará. Dentro de dos días, cuando salga el sol, se erguirá alta y orgullosa sobre las ruinas de Londres, un heraldo de nuestra gloriosa nueva era.

Y un símbolo de la caída del hombre.

El sol no saldrá para ellos.

La Era de Humo ha terminado.

Una sonrisa anchísima partió la vieja cara de la duende. De a poco enrolló la nota y la metió de nuevo en la cápsula. Luego sacó un arma de su delantal. Era nueva, comprada en un mercado duéndico, una de un par. La otra estaba en la carreta, donde

la había escondido con rapidez tras la estufa. Alzó el arma, apuntando adonde el bosque se había tragado a las dos figuras.

Pum, dijo para sus adentros, y soltó una risita.

Capítulo XVII

La Nube que Oculta la Luna

—MI *Sathir*, ¡la han atrapado! —había un hombrecito barbudo delante del escritorio del señor Lickerish. Llevaba la nariz vendada y estaba blanco como el papel, pero por lo demás se lo veía muy tranquilo, lo que contrastaba por completo con la voz áspera y desesperada que había hablado—. ¡Apresaron a mi Melusina!

El señor Lickerish no contestó de inmediato. Tenía delante un juego de ajedrez y, con un pincelito, estaba pintando de negro una pieza de marfil.

—¿Quién? —preguntó al fin, mirando apenas la nueva apariencia del duende.

—La policía. Nos atraparon. Nosotros...

—La atraparon a ella. Tú, parece, has escapado. Eso es bueno. ¿El otro mestizo está muerto? ¿El pequeño visitante?

El duende que estaba dentro del cráneo del doctor Harrow titubeó. Por un minuto entero no se oyó en la habitación más que el zumbido constante y el pincel del señor Lickerish que frotaba la pieza de ajedrez.

—No —dijo por fin—. No, el Niño Número Diez sigue vivo. Y Arturo Jelliby también.

El señor Lickerish soltó la pieza, que cayó sobre el escritorio con un abrupto clac y salió rodando: dejó un rastro negro en el cuero color borgoña.

—¿Qué? —pronunció la palabra con asombrosa fuerza, un sonido salvaje y gutural como el gruñido de un lobo. Su rostro se convirtió en una máscara de surcos y líneas blancas y se quedó mirando al hombre barbudo con ojos brillantes y enfurecidos—. Date vuelta y mírame, cobarde. ¿Qué ocurrió?

El doctor se volvió lentamente, revelando la cara oscura y arrugada que estaba sobre su calva.

—Escapó. No sé cómo. No sé cómo pudo ocurrir, pero no es mi culpa. Sobrevivió a la magia y escapó, y ahora Melusina...

—Arturo Jelliby *no puede* seguir vivo —dijo el señor Lickerish, levantándose de la silla. Sus largos dedos blancos temblaban y golpeteaban como huesos contra la madera de los apoyabrazos—. ¡Nos pondrá en peligro! Sabe demasiado. Demasiado. No puede seguir vivo —dijo, como tratando de convencerse.

—¡No es mi culpa!

El duende político giró en torno al hombre barbudo.

—Ah, Saltimbán, créeme que lo es. Tenías que matarlo. ¡Te dije que lo mataras!

—Pensé que lo había hecho. ¿Cómo iba a saber que sobreviviría? *Sathir*, hice todo lo que me pediste. Te traje a la niña, ¿no? Le puse un hechizo a la casa de Plaza Belgravia y volví a buscar al Niño Número Diez. ¡Tienes que ayudarme! ¡Hay que rescatar a Melusina!

—Melusina —la voz del señor Lickerish se oscureció de odio—. Me importa el ojo de un murciélago lo que le pase a Melusina. Si vive o muere es pura responsabilidad tuya. Permanecerá en la cárcel. No irá a ninguna parte hasta que cumplas con lo que te digo. Y si te toma mil años, se pudrirá ahí dentro.

Saltimbán suspiró temblando y en las comisuras de sus ojos asomó algo parecido a las lágrimas.

—No —dijo—. No puedes dejarla ahí. No sobrevivirá sin mí. ¡Está muriendo! Envía una carta. Un telegrama. La dejarán libre apenas lo digas.

—Pero no pienso decirlo.

Saltimbán se quedó mirando al señor Lickerish, quien le sostuvo la mirada con frialdad. Luego arqueó una ceja y con sus dedos pálidos recogió la pieza de ajedrez.

—El Número Diez. Así llamaste a nuestro visitante, ¿verdad? Vas a ir a buscarlo. A ambos: a Arturo Jelliby y al mestizo. Y como eres el duende más inútil y patético que hay, me los traerás vivos, y me encargaré de ellos yo mismo.

Para gran perplejidad del señor Jelliby, en la víspera de su destrucción Londres tenía el mismo aspecto de siempre. Él había esperado ver algún cambio durante el último día que le quedaba como la ciudad más grandiosa del mundo. Gente corriendo por las calles, tal vez, arrastrando baúles y platería. Ventanas en llamas. El aire tan lleno de pánico que podía olerse. Pero mientras Bartolomeo y el señor Jelliby avanzaban en un carruaje por la Avenida Strand, lo único que había en el aire era el humo negro y aceitoso que salía de las órbitas oculares de un barrendero mecánico muy oxidado; en cuanto a lo de la gente corriendo, tampoco mucha lo hacía. La corriente de sombreros ondeaba por la Calle Fleet tan constante como siempre. Los tranvías sucios y los ómnibus de vapor seguían yendo a las fábricas y a los muelles. Las diligencias seguían avanzando con solemnidad, y sus pasajeros bien vestidos seguían descendiendo con paso firme en las puertas de cafés y tiendas. Ninguno de ellos sabía cuán cerca estaba el final, lo pronto que las casas quedarían en ruinas, vacías las calles y los carruajes volteados de lado, con las ruedas girando al viento.

El señor Jelliby corrió la cortina negra sobre la ventanilla y se dejó caer contra el cuero reluciente del asiento. Temprano esa mañana, él y Bartolomeo habían llegado a Leeds, mojados, con frío y muy abatidos. Habían tomado el tren de las siete y llegado a Londres justo cuando empezaban a secárseles las medias. Habían subido a un carruaje en una calle bulliciosa junto a la estación de Paddington. El señor Jelliby había descubierto que sus pistolas habían desaparecido, pero entonces tenía cosas más importantes de qué preocuparse. Le ordenó al cochero que los llevara de inmediato a Plaza Belgravia.

No le había dicho a Bartolomeo adónde se dirigían, ni quería hacerlo. Se alivió al oír en un rincón del carruaje la respiración regular del sueño.

El señor Jelliby le indicó al cochero que se detuvieran al borde de la plaza. Se asomó de nuevo. A solo diez metros estaba su casa: alta, grande, blanca. Las pesadas cortinas de invierno estaban corridas tras las ventanas. Las persianas del primer piso

estaban cerradas. Y, estacionado ante el portal, a la vista de todo el mundo, había un gran carruaje negro de vapor, cuya puerta llevaba inscrito el escudo plateado de la policía de Londres.

En una ventana del piso superior se movió una cortina. Apareció una cara: Ofelia, mirando hacia la calle. Tenía la piel muy pálida y se tomaba la garganta con la mano. La última vez que el señor Jelliby la había visto hacer ese gesto había sido cuando recibió la carta que decía que su padre acababa de morir.

El señor Jelliby maldijo y se tapó la cara con las manos. Ofelia no había partido. Debía de estar muy enojada con él, preocupadísima y confundida. Toda la gente de Plaza Belgravia inventaría razones para explicar qué hacía la policía delante de la casa de los Jelliby, y nadie acertaría. *¿Qué piensas que habrá hecho ahora el señor Jelliby, Gertrudis querida? Yo creo que debe de haber matado a alguien. A puñaladas.*

Bueno, podían pensar de él lo que quisieran, pero no Ofelia. Quería bajar de un salto del carruaje, correr a su casa y decirle que todo era mentira, que ella debía huir de la ciudad y que nada de lo que le hubiese contado la policía era cierto. La puerta de entrada estaba a un tiro de piedra. Pero si se acercaba, lo atraparían. La casa o la policía. ¿Y quién sabía si Ofelia le creería sus delirios sobre un Lord Canciller asesino y sobre portales mágicos y la perdición de Londres? Los policías se lo llevarían por la fuerza, quizás a un manicomio. Ofelia lo miraría salir con ojos tristes y serios. No, el señor Jelliby no podía ir a su casa. No hasta encontrar la manera de detener al señor Lickerish.

Tras un largo suspiro, el señor Jelliby sacó la mano por la ventanilla y le indicó al cochero que se pusiera en marcha. El carruaje arrancó y se encaminó a Bishopgate y el río.

Irían al lugar de las últimas coordenadas. Al día siguiente nadie se preocuparía por los chismes y el escándalo. O bien desenmascaraba al señor Lickerish como el criminal que era y se convertía en el héroe de su época, o bien se abría el portal duéndico. Y si se abría el portal, él moriría. Ofelia moriría, y moriría Bartolomeo, y también su hermana, la pequeña sustituta. Moriría casi toda la población de Londres.

El señor Jelliby trató de no pensar en eso y se puso a estudiar el mapa.

En el rincón del carruaje, Bartolomeo empezó a desperezarse. Sentía las extremidades pesadas, sólidas como las ramas de un árbol. Se irguió en su asiento y echó un vistazo por la ventanilla.

Londres. Su madre le había contado cosas sobre aquella ciudad. Ese lugar enorme y lejano donde se escribía la ley y se acuñaba dinero, y donde estaban los espectáculos más deslumbrantes y los vodeviles más ruidosos. Era un lugar de calles muy anchas donde, sin embargo, la gente tenía que levantar vuelo en globos para respirar un poco de aire fresco.

Era una ciudad muy diferente de Bath, de eso no cabía duda, pero a Bartolomeo no le pareció muy alegre. A su madre debía de gustarle porque allí no había muchos

duendes. Había algunos: los de los faroles, un gnomo arreando un rebaño de cabras y un puñado de criadas *esprigan* caminando aprisa por la vereda, con ojos cansados y cestos llenos de ropa. Bartolomeo creyó ver uno o dos palos mágicos caminantes, de los que cantan con voz dulce. Pero nada más. No había raíces danzarinas, ni caras en las puertas, ni árboles. Ni siquiera hiedras por las que trepar por los muros de piedra cubiertos de hollín. La ciudad parecía hecha por entero de humo y mecanismos.

—¿Falta mucho? —preguntó, volviéndose hacia el señor Jelliby. El mapa ocupaba la mitad del carruaje y estaba desplegado delante del caballero. Este tenía el ceño fruncido, con las cejas apretadas encima de la nariz—. ¿Señor Jelliby?

La voz de Bartolomeo era baja pero insistente. ¿Cuánto tiempo les quedaba? El Lord Canciller tenía en su poder a Queta, a sílfides de alas negras y probablemente la poción de la grinbruja. No debía quedar mucho tiempo.

El señor Jelliby alzó la vista.

—Ah, buenos días. Hice un pequeño desvío, pero no te preocupes. Estamos en camino. Todos morirán en sus camas, dijo la grinbruja. El señor Lickerish abrirá el portal por la noche y aún no son las cuatro.

¿Un desvío? Puede que el portal se abra por la noche, pero eso no quiere decir que Queta esté sana y salva.

—Bueno, ¿pero cuánto falta?

—Una hora, quizá dos. Depende del tráfico. Y depende de si puedo entender esto. Hasta ahora no he tenido ningún éxito —el ceño se le volvió a fruncir cuando fijó la vista en el mapa—. La longitud y la latitud ubicarían nuestro destino en Wapping, en las dársenas del puerto, pero ¡la altitud! ¡Cien metros hacia arriba! No tiene sentido.

—Tal vez sea una torre —dijo Bartolomeo, estirando lentamente sus piernas entumecidas—. Hoy en día construyen torres muy altas.

Empezaba a sentirse muy mal. Le dolían las articulaciones y estaba muy cansado y sucio. Quería estar de nuevo en casa. No en el lugar vacío y adormecido que había dejado atrás, sino en la casa de antes. Su madre lo dejaría bañarse en el agua usada de lavar la ropa, mientras seguía tibia. Siempre olía a lavanda, y como a Queta le tocaba primero, tenía pedacitos de corteza y ramitas flotando. Bartolomeo solía armar escándalos por eso. Una vez había echo llorar a Queta, que había escondido su pelo ramoso bajo una sábana durante una semana. Después él se había sentido terrible, aunque peor se sentía ahora. Cuando regresara a Bath, de vuelta al lado de Queta y de su madre, nunca haría llorar de nuevo a su hermana. No dejaría que nada malo volviese a ocurrirle.

—Pero no de cien metros —dijo el señor Jelliby, con naturalidad—. Creo que el señor Zerubbabel me lo mencionó. Algo sobre el hecho de que la dirección estaba en el aire, y que un duende llamado Bonifacio y... ya no me acuerdo —hizo un ruido de enfado con la lengua y empezó a plegar el mapa—. Lo único que podemos hacer es ir a Wapping y ver qué hay ahí.

Bartolomeo lo miró y dijo:

—¿Queta estará ahí?

El señor Jelliby dejó de manosear el mapa y le devolvió la mirada. Sonrió:

—Sí —dijo—. Queta estará ahí —y nada más.

Bartolomeo supo de inmediato que habían entrado a la zona portuaria. El olor a pescado y a agua barrosa se colaba dentro el carruaje. Las calles se hicieron más anchas para dar cabida a los inmensos vapormóviles de acero que transportaban cargas, y ya no se veían casas: solo había almacenes y bosques de mástiles, cuyas puntas asomaban sobre los techos.

—Wapping —dijo el señor Jelliby, y apenas salieron las palabras de su boca el carruaje se detuvo delante de un enorme edificio de piedra. A Bartolomeo le recordó a las estaciones de trenes que había visto, como Paddington y la de Leeds, aunque aquello era más desolado, sin bullicio ni locomotoras. Tenía grandes ventanas cubiertas de hollín y un techo de chapa adornado con puntas y torretas. En el frente había una sola puerta de unos treinta metros de ancho. Un grueso cable de acero se elevaba desde el techo hacia el cielo. Subía y subía y subía...

Al lado de Bartolomeo, el señor Jelliby soltó un silbido de sorpresa.

Ahí estaba. La última dirección. Como una pensativa nube de tormenta, cien metros por sobre el muelle, flotaba una aeronave. El fuselaje era amplio, de líneas elegantes, más negro que el humo y los cuervos, más negro que el resto del cielo sombrío. Un trío de hélices giraba lentamente bajo su cabina.

—Cien metros —dijo el señor Jelliby en voz baja—. Ahí arriba él estará a salvo cuando se abra el portal.

Se apearon del carruaje y se acercaron con cautela al almacén, sin dejar de mirar la aeronave en lo alto. El almacén estaba en una zona muy tranquila y oscura de los muelles. La basura se apilaba contra sus cimientos. Periódicos y volantes rodaban por los adoquines. No había estibadores cerca. Ni un alma salvo un viejo marinero canoso, sentado en un barril a bastante distancia calle abajo. Con su pipa en la boca, los observaba.

El señor Jelliby despidió al carruaje y recorrió el frente del almacén. Bartolomeo lo seguía, mirando con recelo a su alrededor. Intentaron espiar por una de las ventanas, pero era imposible ver nada. El vidrio era completamente opaco, como si lo hubiesen pintado de negro por dentro.

—Tendremos que entrar por la fuerza —dijo el señor Jelliby, con total naturalidad—. Aquí es donde el señor Lickerish abrirá el portal. Debe hacerse. La puerta del almacén deber ser esa de ahí.

Tras poner de vigía a Bartolomeo en la esquina, el señor Jelliby se metió en el callejón que bordeaba la pared norte del almacén. A unos metros halló un gancho en el suelo, medio escondido bajo una pila de pescados viscosos y de mirada fija. Lo agarró y golpeteó con él una de las ventanas del almacén. Trató de pegarle con delicadeza, sin hacer mucho ruido, pero al tercer golpe el panel de vidrio estalló hacia adentro. El vidrio retumbó en todo el recinto. El señor Jelliby se volvió para

interrogar a Bartolomeo con la mirada. El niño asintió, indicándole que era seguro proseguir.

El señor Jelliby miró por la ventana rota. El interior estaba en penumbras. Apenas alcanzaba a ver torres y acantilados de cajones de madera apilados hasta el techo. En el rayo de luz que entraba por la ventana rota, vio también que el suelo estaba chamuscado, como tras un incendio.

Llamó a Bartomeo.

—¡Pst! ¿Bartolomeo? ¡Bartolomeo! ¡Vamos!

Bartolomeo echó un último vistazo al muelle. Luego corrió por el callejón.

—Vamos a entrar —dijo el señor Jelliby. Alzó el gancho y rompió una parte mayor de la ventana, barriendo los rebordes de vidrio con la punta. Cuando consiguió un hueco bastante grande como para meterse por él, aupó a Bartolomeo al alféizar y luego subió tras él. Saltaron juntos dentro del almacén.

Adentro todo retumbaba. El espacio era vasto y oscuro, y con cada movimiento, cada respiración, ascendían al techo llevados por alas metálicas. Cuando los sonidos volvían a oírse, eran lejanos y fantasmagóricos, como si otras criaturas anduvieran entre los caballetes, susurrando.

Bartolomeo dio unos cuantos pasos. Un olor extraño le hizo cosquillas en la nariz. Entre la penumbra del techo apenas se distinguían ganchos, poleas y largas cadenas. En la otra punta del almacén se oía el sonido del agua lamiendo la piedra.

—Es una zona de carga —dijo el señor Jelliby—. El almacén da directo al Támesis. Los sustitutos muertos... deben de haberlos echado al río desde aquí.

Bartolomeo tembló y se acercó al señor Jelliby. *Queta.*

Miró a su alrededor, tratando de ver algo en la negrura. *¿Ella está aquí? ¿Hay algo aquí?*

De pronto se aferró al brazo del señor Jelliby con tal fuerza que el hombre pegó un salto.

—¡Pero qué...! —dijo, sin que Bartolomeo lo soltara.

—Hay alguien —dijo Bartolomeo con una débil vocecita. Levantó un dedo y señaló un hueco estrecho que corría entre los cajones como un pasillo.

Y *había* alguien. En el fondo de las sombras se veía una silla corriente de madera, con una figura reclinada en ella. Estaba sentada muy quieta, desplomada sobre la silla. Una mano colgaba laxa, rozando el suelo con los dedos.

El corazón del señor Jelliby dio un vuelco. Intentó tragar pero no pudo. Le indicó a Bartolomeo que no se moviera.

—¿Hola? —llamó el señor Jelliby, acercándose un paso a la silueta. Su voz reverberó en la oscuridad, fría y hueca como una campana mojada.

La figura de la silla permaneció inmóvil. Casi parecía dormida. Tenía las piernas extendidas y su cabeza estaba echada hacia atrás sobre un hombro.

El señor Jelliby se acercó varios pasos más y se paralizó. Era el doctor de la cárcel de Bath. El director de Estudios Duéndicos. Sus ojos estaban abiertos, fijos,

pero ya no eran azules. Eran opacos e invidentes, grises como un cielo lluvioso. El doctor Harrow estaba muerto.

El señor Jelliby retrocedió, con la garganta cerrada por el horror y el asco.

—¿Quién es? —susurró Bartolomeo a sus espaldas—. Señor Jelliby, qué...

El señor Jelliby se dio vuelta. Abrió la boca para decir algo. Vidrio roto en el suelo. *La ventana por la que entramos*. Se volvió hacia ella. En la ventana no había nadie, pero un momento antes algo había pasado por ahí. Unos pedacitos de vidrio cayeron al suelo.

—¿Bartolomeo? —bisbiseó—. Bartolomeo, ¿qué fue eso?

—Entró algo —gimió Bartolomeo. Miraba desesperado a su alrededor, tratando de identificar formas entre las sombras—. *Aquí hay algo*.

En ese momento, un resplandor anaranjado iluminó el borde de una pila de cajones. Creció cada vez más, extendiéndose por la superficie de madera. Entonces se vio una silueta. El resplandor provenía de una pipa. La pipa estaba inserta entre los labios ajados del viejo marinero. Los había seguido.

El marinero caminaba con paso pesado y la cabeza gacha, y el resplandor de su pipa se acrecentaba con cada pitada. Luego se detuvo.

Algo se movió a sus espaldas en la oscuridad, y de pronto el hombre se desinfló, como una bandera cuando deja de soplar el viento. Un hervidero de sombras se posó sobre su hombro y sus ojos brillaron en la oscuridad.

Niño Número Diez, dijo una voz dentro de la cabeza de Bartolomeo.

La pipa cayó de la boca del marinero, pero no antes de que Bartolomeo atisbara la cosa que había hablado.

Al verla se le puso la piel de gallina. El parásito que antes estaba en la cabeza de la dama, la sombra del ático, la forma que corría por los adoquines del Callejón del Viejo Cuervo, era ahora una masa de ratas. No tenía más pies que las patitas agitadas de las ratas, otras manos que las que se formaban al enredarse las colas gruesas y marrones. La cara deforme parecía extenderse por los pelajes abigarrados como una máscara.

El señor Jelliby sujetó a Bartolomeo de un brazo y lo hizo agacharse bajo un enorme guinche de hierro, justo cuando la mirada de la criatura giraba hacia ellos.

—Quédate escondido —las palabras del señor Jelliby fueron como una caricia. Bartolomeo asintió, y los dos avanzaron por entre la gruta de cajones.

Es inútil huir, niño. Te siento.

Bartolomeo mantuvo la vista fija en el suelo y siguió caminando. Ya no quería saber quién estaba desplomado en la silla al final del pasillo. Olía la muerte en el aire y eso lo aterraba.

Niño travieso, con el recipiente del carbón. Tendrías que estar frito como el resto. ¿Arturo Jelliby está contigo? Me ahorraría muchos problemas si así fuera.

A Bartolomeo empezaron a dolerle los brazos. Bajó la vista y vio una luz roja que se transparentaba por la tela delgada de sus mangas. De nuevo las rayas

resplandecían.

Adelante, un cajón sobresalía más que el resto. Corrió en torno a él y se agachó detrás, con los ojos cerrados. El señor Jelliby intentó hacer que se pusiera de pie, pero Bartolomeo negó con la cabeza.

—Tiene que irse —susurró—. Me encontrará en cualquier parte donde me esconda. Me tiene marcado. Encuentre a mi hermana, señor Jelliby. Rescátela, y yo trataré de reunirme con usted después.

¿Oigo susurros? ¿Mentiritas susurradas en la oscuridad? ¿Tu mami no te enseñó que no hay que susurrar tras la espalda de los demás?

El señor Jelliby miró a Bartolomeo con seriedad. Asintió una vez. Luego le dio una palmada en el hombro y, tras dirigirle una sonrisa no muy convencida, fue a rastras hasta la forma desplomada del doctor Harrow.

Ah, pero claro, graznó la voz. Tu mami está dormida, ¿no? No te preocupes, se despertará dentro de unos días, famélica y prácticamente muerta de sed. Y pensará que durmió mil años, tanto habrá cambiado el mundo. Sus niños queridos. Los niños diez y once. Cómo va a extrañarlos. Porque también ellos habrán cambiado. Ah, sí. Habrán cambiado mucho.

Bartolomeo apretó más fuerte los párpados y apoyó la mejilla contra la madera áspera del cajón. *Mi madre no va a extrañarnos, pensó. No tendrá necesidad. Los cajones traquetearon contra la piedra cerca de ahí. Nos iremos a casa, Queta y yo. Iremos a casa, iremos a casa, iremos a casa...*

—No —escupió la voz. Ya no estaba dentro de su cabeza. Estaba del otro lado del cajón, filosa como clavos. Una mano, de dedos hechos de colas de ratas enlazadas, se agarró del borde. Luego apareció una cara, mostrando los dientes—. No, Bartolomeo Perol, no lo harás.

Un pequeño gnomo jorobado entró al estudio del señor Lickerish e hizo una reverencia, inclinándose tanto que su nariz bulbosa quedó a solo centímetros de la gruesa alfombra.

—*Mi Sathir* me permitirá hablar, ¿sí? ¿*Mi Sathir* me escuchará? Han encontrado un enorme gato negro en el almacén de abajo. Es un gato muy extraño con muchos dientes. Lleva una botella alrededor del cuello. Suponemos que lo envía la grinbruja, ¿sí?

—Ah —dijo el señor Lickerish, con una sonrisa—. Así que mi brujita lunática ha estado ocupada. Empezaba a preocuparme que tuviéramos que esperar otro día. Tráeme la botella. Echa de aquí a la criatura.

Las manecillas del reloj contaron casi media hora antes de que el gnomo reapareciera. Tenía la cara y las manos llenas de rasguños y aferraba una botella perfectamente redonda contra su pecho. La botella estaba llena de un líquido oscuro. Con los ojos clavados en el suelo, el gnomo se acercó aprisa al escritorio, dejó la botella y, sin decir una palabra, retrocedió hasta salir de la habitación.

El señor Lickerish esperó hasta que la puerta se cerrara. Luego tomó su pañuelo y

empezó a frotar la botella, puliendo el vidrio grueso hasta sacarle brillo. El líquido de adentro era muy hermoso. No era negro ni azul ni morado sino una mezcla de todos esos matices. La levantó a contraluz para admirar los colores. La estudió más de cerca. Algo flotaba dentro de la botella, algo apenas visible, en medio del líquido.

Los ojos se le dilataron. Era una pluma. Una perfecta pluma de metal, con el cálamo aún unido a las piecitas rotas de un gorrión mecánico.

Bartolomeo y el duende rata subían al cielo en un ascensor de vapor cuyos pistones causaban un gran estrépito. El ascensor trepaba por el cable que anclaba la aeronave al almacén. No tenía paredes y, cuanto más alto llegaba, más frío se volvía el aire. El viento helado pasaba por entre el pelo de Bartolomeo, su capa y su camisa, hasta tocarle la piel. La mano de colas de rata estaba enlazada en torno a su muñeca. Era tan gélida como el viento.

—Hubieras podido vivir, ¿sabes? —dijo el duende, apretando las colas hasta pellizcarlo—. Te me escapaste en el Callejón del Viejo Cuervo. Te me escapaste en Bath, y en la comisaría. Y ahora vienes a Londres, haces semejante viaje en busca de tu hermana, solo para morir.

No voy a morir, pensó Bartolomeo. *Y Queta tampoco*. Pero no dijo nada. Hizo oídos sordos a la voz del duende y se apartó de la barandilla. El ascensor estaba muy alto. Veía todo Londres desplegado a sus pies, una negra alfombra humeante de techos y chimeneas que se extendía kilómetros y kilómetros. A la distancia, las torres de Westminster. Un poco más cerca, la gran cúpula blanca de la catedral de St. Paul, como si fuera el pulgar de Dios.

Bartolomeo alzó la vista y miró la imponente aeronave que se iba aproximando. Era enorme y su tela negra se tragaba el cielo. Debajo colgaba una gran cabina, de dos pisos de altura, con hileras de ventanas con montantes que reflejaban las nubes. En la proa, debajo de una florida explosión de alas negras esculpidas, decía en letras rizadas de plata: *La Nube que Oculta la Luna*.

Bartolomeo apretó los dientes para que no le castañetearan. *Qué nombre más tonto para una aeronave*. Cerró los ojos. Más valía que el señor Lickerish tuviera consigo a Queta ahí arriba.

Cuando el ascensor entró en la panza de la aeronave, apenas podía sentir sus dedos. El lujo del lugar lo envolvió como un abrigo de piel. El aire se entibió. Ya no había viento. A su alrededor, las lámparas de gas daban a la carpintería y a los paneles de madera un lustre dorado. El suelo estaba cubierto por alfombras indias. En el cielo raso habían pintado un gran mural con un pájaro negro: una especie de cuervo, Bartolomeo no sabía cuál. Sostenía una botella en el pico y un niño en sus garras, y en su pecho emplumado había una pequeña puerta de madera. Bartolomeo se lo quedó mirando.

—No pongas esa cara de sorpresa —ladró el duende rata, instándolo a subir por una escalera—. No te hagas el que nunca viste este lugar.

La escalera los condujo a un pasillo estrecho y bien iluminado. El duende rata lo

empujó por él. Se detuvieron ante la última puerta. El duende golpeó una vez y, sin esperar respuesta, entró.

Los ojos de Bartolomeo se dilataron. Era *la* habitación. La hermosa habitación con las lámparas pintadas y las bibliotecas, el círculo de tiza en el suelo y los gorriones mecánicos. La misma en la que había caído desde el remolino de alas negras. Solo que ahora había alguien sentado tras el escritorio. Un duende blanco y nervudo vestido de negro, que comía una manzana rojísima.

El duende alzó abruptamente la vista cuando entraron. El jugo de la manzana le chorreaba por el mentón y tenía unos trocitos de cáscara roja pegados a los labios.

—Lo tengo, Lickerish. ¿Y ahora qué hacemos con Melusina?

El Lord Canciller no dijo nada. Se llevó un pañuelo a los labios y clavó los ojos en Bartolomeo, mirándolo intensamente.

El duende rata empujó a Bartolomeo, y docenas de boquitas le mordisquearon los hombros y la parte de atrás de las piernas, para que se acerca al escritorio. El Lord Canciller seguía sin decir nada. Dobló el pañuelo. Lo puso a un costado. Recogió una diminuta pluma de metal y empezó a hacerla girar entre el pulgar y el dedo índice.

Cuando Bartolomeo estuvo a solo unos centímetros, el señor Lickerish se detuvo:

—Ah —dijo—. De nuevo por aquí.

Bartolomeo apretó los dientes.

—Quiero ver a mi hermana —dijo—. Devuélvamela. ¿Por qué no puede abrir su estúpida puerta y dejar a Queta en paz?

La pluma se partió en dos.

—¿Dejar a Queta en paz? —el duende respiró—. Ah, me temo que eso es imposible. Queta es la pieza más importante. Queta es la puerta.

Capítulo XVIII

Los distintos

EL señor Jelliby se hizo pasar por un muerto. Se sentó en la silla, envuelto por las sombras, sin atreverse a moverse ni a respirar, esperando a que Bartolomeo y el duende rata se marcharan.

Un minuto después supo que el engaño había surtido efecto. Despegó un párpado. La voz del duende retumbaba en la vastedad del almacén, y luego se perdió entre un estruendo de ruidos y silbidos mecánicos. El señor Jelliby abrió bien los dos ojos y se levantó. Tras esquivar uno de los zapatos del doctor Harrow, cuya punta gastada y embarrada sobresalía de una brecha entre dos cajones, el señor Jelliby abandonó su escondite.

Apenas había dado diez pasos cuando oyó un estruendo sobre su cabeza. Una luz mortecina inundó el almacén al abrirse una gran parte del techo, que reveló el cielo y la aeronave que flotaba en lo alto. Caía la noche. Un ascensor mecánico subía por el cable de anclaje, meciéndose apenas al hacerlo. El ascensor no era cerrado, y el señor Jelliby aún veía a los dos pasajeros con claridad. El duende rata iba agarrado a la barandilla con brazos y piernas y extremidades sin nombre. A su lado, agachado, estaba Bartolomeo.

El señor Jelliby salió a toda prisa de entre los cajones. Ahora veía claramente el interior del almacén, húmedo y lleno de goteras, con montañas de cajones cubiertos de moho y grúas y, en uno de sus extremos, ganchos que colgaban sobre el agua oscura. En el centro del almacén había un par de zapatos de cuero. Eran pequeños — de niño — y estaban chamuscados. Irradiaban marcas de quemaduras como un sol carbonizado. Las suelas estaban clavadas al piso. Cerca de los zapatos se iba desenrollando una enorme bobina de cable, a medida que subía al cielo el ascensor. Este ya debía estar a unos diez metros por encima del señor Jelliby, y se alejaba a cada segundo.

Tras dar un salto, el señor Jelliby se aferró al cable con las dos manos. *No mires abajo*, pensó. Si el duende rata lo veía, no creía que pudiera hacerle gran cosa. Al menos no hasta llegar a la aeronave.

El cable lo levantó en el aire. El metal frío le quemaba las manos. Trató de ayudarse con los pies, pero las puntas de sus zapatos resbalaban y tuvo que sujetarse con todas sus fuerzas para no caer.

Subía cada vez más alto, más allá del techo abierto, hacia el cielo. El almacén empequeñeció debajo de él. El viento, frío y furioso, rugía meciendo el cable. Sus dedos se pusieron tiesos y a continuación perdieron la sensibilidad. Por encima de su cabeza, el ascensor zumbaba, y oyó palabras sueltas de la voz del duende rata, que provocaba a Bartolomeo.

Cerró los ojos. No se atrevía a mirar hacia abajo, a la ciudad. Pero tampoco se atrevía a mirar hacia arriba. Si veía cuánto le faltaba para encontrarse a salvo en la aeronave, probablemente se rendiría ahí mismo. *A salvo*. Nada iba a salvarlo allí adonde iba. Casi seguro el señor Lickerish estaba arriba, junto con quién sabe cuántos de sus esbirros duendes. Incluso si el señor Jelliby sobrevivía a la ascensión, las cosas irían de mal en peor.

El aire se enfrió aún más cuando el dirigible proyectó su sombra sobre ellos. Abrió los ojos. La aeronave era inmensa, llenaba el espacio: parecía una gigantesca ballena negra nadando en el cielo. Una vez, el señor Jelliby había llevado a Ofelia a volar en un globo de aire caliente. Recordaba que al acercarse a él en Hampstead Heath lo habían mirado asombrados. Sus colores —los colores de un pájaro tropical— eran intensos, más intensos que los de los árboles y la hierba y el cielo azul de un día veraniego. Tan intensos que era imposible mirar cualquier otra cosa. Aquel globo cabría en la cabina de este.

Al señor Jelliby se le partían los brazos. Sentía cada tendón, cada nervio y cada músculo tensándose contra los huesos. El cable lo llevó más arriba. Entonces vio el nombre de la nave, trazado en firuletes plateados en la proa.

La Nube que Oculta la Luna.

Su hombro pegó un tirón. Por un horrible momento pensó que sus brazos sencillamente flaquearían y caería al vacío hasta estrellarse en Wapping. ¿*La Luna*? ¿Eso era la Luna? La Luna de la nota del gorrión. La Luna de la que hablaba Melusina. No estaba loca. Se trataba de una aeronave.

Se abrió una compuerta en el vientre de la cabina. El señor Jelliby alcanzó a ver un salón, rebosante de calidez y de luz amarilla. El ascensor entró en él y se detuvo. También el cable. A cien metros por encima de Londres, el señor Jelliby miró a su alrededor sin saber qué hacer.

Dios santo. Sus ojos atisbaron el salón. El duende rata se había llevado a Bartolomeo del ascensor y había desaparecido. La compuerta empezó a cerrarse.

—No —jadeó el señor Jelliby, y los pulmones le rasparon como si estuviesen recubiertos de hielo—. ¡No! ¡Esperen!

Pero incluso si lo oían desde la aeronave, lo más probable era que sacudieran con fuerza el cable en vez de ayudarlo.

Empezó a escalar por el cable, centímetro a centímetro. La compuerta se cerraba lentamente, pero parecía estar muy lejos, a kilómetros de distancia. Ya casi no sentía dolor en los brazos. Los sentía muertos, sólidos...

No. Apretó la mandíbula. No iba a morir allí arriba, helado en un cable como un insecto estúpido. Cinco metros más, eso era todo. Podía subir cinco metros. Por Ofelia. Por Bartolomeo y Queta.

Continuó luchando, empujándose hacia arriba con pies y manos. La compuerta seguía cerrándose. Si se cerraba por completo no quedaría más que un pequeño agujero por donde entraba el cable al salón. No lo bastante grande como para un

hombre. *Un metro y medio. Un metro veinte. Un poquito más...* Con un arranque final de fuerzas, el señor Jelliby logró pasar por la abertura. El metal le mordió los tobillos al cerrarse. Levantó las piernas de un tirón, se alejó con un grito y se tendió en el suelo, temblando y sin aliento. La compuerta se cerró con un ruido metálico.

Después todo quedó en silencio.

Le hubiera gustado permanecer ahí tendido. La alfombra en la que tenía apoyada la mejilla era suave. Olía a aceite de lámpara y a tabaco, y el aire estaba tibio. Le hubiera gustado dormirse allí durante horas y horas, y olvidar todo lo demás. Pero se obligó a levantarse y, soplándose las manos despellejadas, fue rengueando hacia las escaleras.

Subió a los tumbos, pegado a la pared. Arriba había un pasillo. Era largo y estaba bien iluminado; le resultó extrañamente familiar. No vio a nadie ni oyó nada excepto el zumbido de los motores, de manera que avanzó de a poco por él, deteniéndose ante cada puerta para escuchar. Estaba seguro de haber estado allí no hacía mucho. Llegó al final del pasillo. La última puerta se veía más nueva que las otras, más suave y más lustrada. Y entonces lo supo. Casa Simpar. La dama de morado corriendo por el pasillo iluminado. Las palabras del duende mayordomo cuando lo atrapó: "*Salga de aquí ahora mismo. Regrese a la casa*". El pasillo formaba parte de la aeronave. El día de la tertulia cervecera se había metido sin darse cuenta en el lugar secreto del señor Lickerish. De alguna manera, la vieja casa del puente de Blackfriars y el dirigible estaban conectados. Alguna magia los había entretelado.

Se acercaban voces desde el otro lado de la puerta. La voz del señor Lickerish. La voz de Bartolomeo, baja pero firme. Y entonces empezó a abrirse una puerta que estaba un poco alejada en el pasillo.

El señor Jelliby giró sobre sí mismo: el miedo le inundó el pecho. Estaba atrapado. *No hay dónde esconderse, no hay dónde.* El pasillo estaba desnudo: solo lámparas y revestimiento de madera. Las puertas estaban todas cerradas. *Todas menos una.* Una de ellas tenía la llave en la cerradura. Corrió hacia ahí. Hizo girar la llave. La cerradura, bien aceiteada, se abrió con facilidad. Entró justo cuando un pequeño gnomo marrón salía al pasillo.

La habitación estaba por completo a oscuras. Las cortinas tapaban las ventanas, y solo se veía una astilla de luz roja que se filtraba desde el poniente.

En la habitación había alguien más. De pronto se dio cuenta, y se paralizó. Oía respiraciones: pequeñas respiraciones suaves cerca del suelo.

Se llevó una mano al cinturón en busca de las pistolas, y maldijo en silencio al recordar que las había perdido. Apoyó la espalda contra la puerta, tanteando para encender las luces. Sus dedos dieron con una perilla de porcelana y la hizo girar. Varias lámparas brillaron en las paredes.

Estaba en un salón pequeño, en el que había un armario, un sofá otomano y gran cantidad de almohadones con borlas tirados en el suelo. Y había una niña. Ovillada en un almohadón de seda verde jade, había una sustituta. Tenía la cara afilada y en

punta. En su cabeza crecían ramas. Estaba dormida.

La mano del señor Jelliby soltó la perilla.

—¿Queta? —susurró, dando unos pasos hacia ella—. ¿Ese es tu nombre, pequeña? ¿Eres Queta?

La niña no se movió cuando le habló. Pero era como si pudiera sentir que la observaban, incluso en sueños, y unos momentos después se incorporó sobresaltada. Miró al señor Jelliby con sus anchos ojos negros.

—No te preocupes —dijo él, acucillándose y sonriéndole—. Bartolomeo está aquí, y hemos venido a rescatarte. No hay nada que temer.

La cara de la niña no se relajó. Por un momento solo se lo quedó mirando. Luego, en un susurro arrebatado, dijo: —Apague las luces. Rápido, señor, ¡apáguelas!

El señor Jelliby la miró, confuso. Y luego lo oyó él también. Se acercaban unos pasos apresurados por el pasillo. No eran los pasos ligeros del señor Lickerish, ni el arrastrar de pies del gnomo jorobado. Afuera había algo pesado y fuerte, que venía directo a la puerta del saloncito.

El señor Jelliby se enderezó de un salto y giró la perilla. Las lámparas se extinguieron, y él cruzó volando la habitación, para esconderse tras las cortinas de las ventanas. Alguien se detuvo al otro lado de la puerta. Una mano se apoyó en la llave. Luego la retiró y se hizo una pausa. La puerta se abrió de golpe.

El señor Jelliby apenas tuvo tiempo de ver a la silueta que entraba antes de que la puerta volviera a cerrarse. Quienquiera que fuese no encendió la luz. Pero la silueta tenía una linterna. Un pequeño globo verde flotaba en la oscuridad. Hacía una especie de tictac, como un reloj. Se expandió un poco. De pronto las lámparas volvieron a encenderse. Y ahí estaba el duende mayordomo, con su ojo mecánico fijo en el fondo de la habitación y el ceño un poco fruncido.

—¿Pequeña? —dijo, con su voz supurante y quejosa—. Dime una cosa, pequeña. ¿Eres capaz de traspasar paredes?

Queta no lo miró.

—No —dijo, y se abrazó a su almohada.

—Ya veo —la voz del duende mayordomo se oscureció—. Entonces, ¿cómo es que la puerta estaba sin llave?

El señor Lickerish estiró un dedo largo y tocó el mentón de Bartolomeo. Luego dobló el dedo abruptamente, obligándolo a mirar hacia arriba. Bartolomeo soltó un quejido ahogado y se mordió la lengua para no gritar.

—Los sustitutos pertenecen a los dos mundos —dijo el señor Lickerish—. Niños de hombre con sangre de duende. Un puente. Una puerta. No creas que voy a explicarte mis planes, porque no lo haré. Eres demasiado estúpido para entenderlos.

—Solo dígame por qué tiene que ser Queta —dijo Bartolomeo, retorciéndose entre la mano del duende rata. Sabía que era el fin. Difícilmente saldría vivo de esa habitación. Ya no tenía sentido mostrarse temeroso—. ¿Por qué no fue uno de los otros? ¿Por qué no fue el chico de enfrente?

—¿El chico de enfrente? Si te refieres al Niño Número Nueve, pues porque era una criatura fallada y degenerada, como los ocho que lo precedieron. Descendientes de duende inferiores, todos. Hijos e hijas de *goblins*, de gnomos y de *esprigans*. La puerta sí se abrió para ellos. De hecho, funcionó. Pero era una puerta muy débil, muy pequeña. Y se abrió dentro de ellos.

El fuego crepitaba en la chimenea. El señor Lickerish rió suavemente y soltó el mentón de Bartolomeo, para echarse atrás en su asiento.

—¿Quizás oíste que los sustitutos estaban huecos? Seguro que sí. Los periódicos armaron un revuelo tremendo con ese tema. Me pregunto de qué se escandalizaban tanto. Y pensar que algún duende del País Antiguo, que andaba en sus cosas y estaba totalmente desprevenido, de repente se encontró con una pila de entrañas humeantes de sustituto. No bastaron, esos nueve. Eran demasiado vulgares. Demasiado duendes, o demasiado humanos. Pero la Niña Número Once, Queta, es hija de un *sidhe*. Es perfecta.

Bartolomeo tragó saliva.

—Yo soy su hermano. Tenemos el mismo padre. Yo seré la puerta.

—¿Tú?

El duende pareció a punto de echarse a reír. Pero entonces hizo una pausa y miró a Bartolomeo. Bartolomeo creyó ver sorpresa en esos ojos negros. —¿De veras quieres ser la puerta? —preguntó el duende—. ¿Quieres morir?

—No —dijo en voz baja Bartolomeo—. Pero quiero que Queta viva. Quiero que vuelva a casa. Por favor, señor, yo seré la puerta, pero suelte a Queta.

El señor Lickerish lo miró un largo rato. Se le formó una sonrisita en la comisura de los labios. Al final dijo:

—Ay, qué deseo más tonto —y a continuación se dirigió al duende rata—: Llévelo de vuelta al almacén y deshazte de él. Pensé que podía ser peligroso. No lo es. Ni siquiera es fuerte. Solo es un distinto.

El duende rata se quedó mirando al señor Lickerish: las ratas se retorcían y chillaban.

—Melusina —dijo en voz baja—. ¿Qué hay de Melusina?

—Al almacén, Saltimbán. Ya mismo.

El duende rata empujó a Bartolomeo hacia la puerta.

—¿Dónde está Queta? —gritó Bartolomeo, resistiéndose—. ¿Dónde está mi hermana?

Pero por toda respuesta el señor Lickerish le dio un malicioso mordiscón a su manzana.

El señor Jelliby permaneció inmóvil detrás de las cortinas. Los pliegos de terciopelo negro lo ahogaban con su olor a cera vieja y a pétalos marchitos. Su frente empezó a sudar, y las cortinas pegadas a su cara le daban calor y le picaban. Se apretó aún más contra el hueco de la ventana, hasta sentir los fríos paneles de vidrio en la mejilla. *Maldición*. La puerta había estado cerrada con llave desde afuera. El hecho

de que ahora estuviera abierta era una prueba contundente de que había alguien más en la habitación.

Del otro lado de las cortinas, el ojo verde del duende mayordomo miraba de un lado a otro por las paredes, cliqueando y zumbando al hacer foco en cada cosa: la arruga en la alfombra, las concavidades en las almohadas, las huellas dactilares en la perilla de porcelana...

—Trupanzón, ¿estás aquí? Dime, pequeña, ¿entró aquí ese gnomo degenerado?

Queta no contestó, y el duende mayordomo no se quedó esperando una respuesta. Cruzó la habitación, mientras miraba dentro del armario, abría cajones y daba puntapiés a las almohadas de seda.

—¿Saltimbán? ¡*Selenyo pekkal!* ¡No es momento para juegos!

El duende mayordomo estaba justo delante de las cortinas. El señor Jelliby oía su respiración jadeante, sentía su presencia como un gran peso al otro lado del terciopelo. El ojo verde del mayordomo se entrecerró. Estiró la mano, listo para abrir de golpe las cortinas. El señor Jelliby tenía los puños cerrados. Un segundo más y saldría de un salto, asestando puñetazos como un enajenado. Pero entonces una máquina de hablar sonó en la pared, estridente y vibrante como un pájaro enfadado.

El duende se dio vuelta y levantó el auricular.

—¿*Mi Sathir?*

En sumo silencio, el duende rata empujó a Bartolomeo por el corredor. Nada de provocaciones ni de amenazas.

Bartolomeo había esperado que empezara a darle lata en cuanto se alejaran del estudio, pero la boca de Saltimbán permaneció herméticamente cerrada.

Bajaron por la escalera en curva hacia el recibidor de la aeronave. El duende rata iba detrás de Bartolomeo, con las garras moviéndose a toda prisa y sosteniéndole el brazo tras la espalda.

—El señor Lickerish no va a ayudarte —la voz de Bartolomeo era perentoria—. No entiendo por qué piensas que lo hará. No sé qué le pasa a la dama de morado, pero al señor Lickerish no le importa. Solo te conserva para darte órdenes.

—Cállate —escupió el duende rata, y unos dientitos amarillos pincharon la espalda, las muñecas y los hombros de Bartolomeo—. Cállate, mocososo, tú no sabes nada... Bartolomeo quería llorar de dolor, pero no lo hizo.

—No piensa ayudarte, ¿no te das cuenta? Morirás cuando se abra esa puerta. Morirás como todos los demás. Al señor Lickerish no le importas. No le importa nadie salvo él mismo.

De inmediato el duende rata empujó a Bartolomeo contra la barandilla y se desmoronó, tropezando y rodando escaleras abajo. Bartolomeo lo vio detenerse al pie de la escalera, una desgraciada masa temblorosa.

Miró hacia arriba. ¿*Salgo corriendo?* Tal vez alguien lo estaba vigilando. Algún *piski* pequeñito escondido en los candelabros, o una cara de madera dentro del revestimiento. ¿*Y hacia dónde corro?*

Bartolomeo se acercó lentamente al duende rata.

—¿Qué le pasa a Melusina? —preguntó. Trató de hablar con voz amable—. Si detenemos al señor Lickerish podrás ayudarla. Esa es la *única* manera en que puedes hacerlo.

El duende rata miró a Bartolomeo. Su cara se retorció en señal de sorpresa, luego de suspicacia, luego de confusión. Bartolomeo pensó que diría algo, pero su boca solo se abrió y se cerró sobre sus dientes desparejos.

—¿Quién es ella? —preguntó Bartolomeo—. ¿Quién es Melusina?

Por un instante un destello de hostilidad despuntó en la cara del duende rata. Bartolomeo se echó atrás, convencido de que aquel iba a subir y a llevárselo consigo. Pero la hostilidad desapareció tan pronto como había llegado, para dar paso a algo que Bartolomeo nunca había visto en una cara tan inhumana. Una expresión nostálgica, triste y ausente.

—La conocí en Dublín —dijo en tono áspero—. Ella había ido a comprar cintas a la Calle Nassau, y era tan hermosa. Tan hermosa... Y yo era tan feo, espiándola desde las sombras. Me hechicé a mí mismo con un poderoso encantamiento que, en un abrir y cerrar de ojos, me convirtió en la criatura más apuesta del mundo entero. Me acerqué a su lado y le dije que las cintas moradas quedarían muy bonitas con su color de cabello. Nos pusimos a hablar. Me presentó a sus padres y me invitaron a cenar con ellos...

»Íbamos a casarnos en mayo. Pero la estúpida criada... una tontita supersticiosa que llevaba un anillo de hierro día y noche. O quizá no tan tonta. Me caló desde el primer momento. Me vio como realmente era, un horrendo nudo de ratas que se arrastraba al lado de la señorita de la casa. Por un tiempo creyó que estaba loca. Más tarde se confió al mayordomo. El mayordomo se lo dijo a la cocinera, la cocinera al ama de llaves y, al cabo, el cuento llegó a oídos del padre de Melusina. Era un hombre muy amable en todo momento, y quería mucho a su hija. El rumor lo perturbó. Mandaron a llamar a un cazador de duendes a Arklow para adivinar si había engaños mágicos en la casa, y el padre de Melusina decidió tener una conversación con ella, para transmitirle sus temores. Pero yo hablé con ella antes. La puse en contra de su padre. Ella lo llamó “mentiroso” y “monstruo desalmado”, y huimos juntos mientras se avecinaba una tormenta, cabalgando hasta cruzar las colinas.

Hubo una pausa durante la que la aeronave quedó en silencio. Las llamas de las lámparas de gas parpadearon y disminuyeron. El único ruido era el zumbido de los motores.

Las ideas se agolpaban en la mente de Bartolomeo. *No tengo tiempo para esto. Tengo que encontrar al señor Jelliby y a Queta antes de que se convierta en una horrible puerta.* Se preguntó cuántas fuerzas le quedaban al duende rata, qué haría si él intentaba salir corriendo. Sus manos aferraron uno de los barrotes de la barandilla. Podía arrancarlo, pensó, y golpear a las ratas con él.

Pero entonces el duende lo miró de nuevo, y sus ojos estaban húmedos y perdidos

e insoportablemente tristes.

—Nos fuimos a Londres —dijo, aunque, en realidad, no a Bartolomeo. En realidad, a nadie—. Vendimos sus joyas para comprar vino y bailamos hasta que nos dolieron los pies. Me parecía que todo iba de maravillas, pero a Melusina no. No a mi hermosa Melusina. Extrañaba a sus padres. Extrañaba Irlanda y las altas colinas verdes. A fin de cuentas, es una muchacha muy joven —Bartolomeo soltó el barrote—. Y entonces supe que nunca sería mía mientras durara el engaño. No me amaba. Amaba una ilusión y una mentira, así que un día me deshice del encantamiento. Le mostré qué era yo.

El duende rata apartó la vista. Cuando volvió a hablar, lo hizo conteniendo el llanto:

—Y me odió. Me odió por mi fealdad. Echó a correr. Corrió hacia la puerta, llorando y gritando. Pero yo no podía dejarla ir. *No podía*. Sabía que no dejarla ir la mataría. Sabía que las ratas la roerían por dentro y que ella nunca volvería a ser la misma, pero ¿de qué otra forma podía retenerla conmigo? *¡No podía permitirle que me dejara!* —el duende rata se estremeció en el suelo, como si sus muchas patas estuvieran corriendo en distintas direcciones. Luego se replegó sobre sí mismo como un caracol, escondiendo la cabeza—. Por entonces conocí al señor Lickerish —susurró—. Una noche, en la calle. Me contó su plan, y dijo que necesitaba a alguien que le trajera a los sustitutos. Si se abría el portal duéndico, dijo, todo volvería a estar en orden. En Inglaterra la magia sería fuerte y yo sería capaz de impedir la muerte de Melusina. Sería capaz de hacer un encantamiento tan potente y tan profundo que ni siquiera el anillo de hierro de la criada la ayudaría a penetrarlo. Y todo esto... —levantó una mano de colas de rata y la agitó ciegamente—. Todo esto parecería un mal sueño. Así que le obedecí. Hice cada cosa que me pidió.

Bartolomeo no dijo nada. No le gustaba lo que había oído. Quería encontrar a Queta y quería odiar a Saltimbán. Quería poder considerarlo un monstruo por todo el dolor que había causado. Pero una voz desagradable se había metido en su cabeza y le decía: *¿Un monstruo? Pero es igual que tú. Igual de feo, igual de egoísta. No eres diferente de él. ¿No matarías a un millón de personas para salvar a Queta?*

Bartolomeo cerró los ojos.

—Pero Melusina —dijo, tratando de hablar con calma—, ahora que la abandonaste vivirá. Bath queda muy lejos. Ella estará a salvo.

—A salvo —la voz del duende era un susurró desnudo y agitado—. A salvo de mí. A salvo para siempre.

Bartolomeo lo miró fijo.

—Nadie le prestó ayuda. Ni la policía, ni el señor Lickerish, aunque se lo rogué e hice todo lo que me pidió. Ella debe de haber durado un día, quizá dos, antes de morir sola en esa silla, en la blanca habitación subterránea.

El señor Lickerish habló apresuradamente en el aparato de latón, con un dejo de excitación en la voz.

—Por fin ha llegado el elixir de la grinbruja. Lleva a la Niña Número Once al almacén y dáselo de beber. Asegúrate de que trague hasta la última gota. Y luego aléjate a toda prisa. Las sílfides acudirán pronto. Tendrás solo unos minutos antes de que el portal empiece a destruir la ciudad. Vuelve a la *Luna* y no te retrases. Necesito que vuelvas al mundo mañana.

Alejó el auricular y mordió pensativamente la punta de la cinta de su reloj.

—¿*Sathir*? —la voz del duende mayordomo crepitó en el aparato—. ¿*Sathir*, está usted ahí? ¿Quiere decir algo más?

El señor Lickerish volvió a levantar el auricular.

—Sí, sí, creo que sí. Saltimbán se ha puesto un poco... inestable. Se dirige al almacén en este mismo momento. Asegúrate de que se quede allí —y sin esperar respuesta colgó el auricular.

El duende mayordomo colgó lentamente el aparato para hablar.

—Muy bien —dijo, sin dirigirse a nadie en particular y, tras echar una última ojeada por la habitación, tomó a Queta de la mano y la llevó hacia la puerta—. Vamos, mestiza. ¿Quieres beber algo? Supongo que estarás sedienta.

—Lamento que haya muerto —dijo Bartolomeo en voz baja. De un modo extraño lo lamentaba. Ella siempre le había parecido un fantasma y una bruja, un símbolo del mal que había irrumpido en su vida. Ella había iniciado todo, al meterse en el callejón y llevarse al niño de los Buddelbinster. Pero en realidad no había sido ella en absoluto. Cuando él se le había acercado bajo el alero de aquella casa en el Callejón del Viejo Cuervo, entonces había conocido a la verdadera Melusina. Había oído su voz suave y unas tonterías sobre valets y duraznos y crema. Bartolomeo nunca olvidaría la pena que llameó en los ojos de Melusina cuando vio venir al duende rata corriendo por los adoquines. *Dile a papá que lo siento*, había dicho.

Dile a papá que lo siento.

Si Bartolomeo vivía, se lo contaría a su padre. Lo encontraría y le diría cuánto lo había querido ella en sus últimos días, cuánto deseaba volver a casa.

Bartolomeo se arrodilló al lado de Saltimbán. Casi extendió la mano para tocarlo, pero fue incapaz de hacerlo. Cerró el puño y dijo:

—Ya no tienes que ayudar al señor Lickerish. No tienes que hacerle daño a la gente. ¿Sabes dónde está mi hermana? ¿Puedes llevarme adonde está ella? Por favor, ¿puedes ayudarme a salvarla?

Por un momento Saltimbán no dijo nada. Su cara estaba oculta entre la masa hirviente de pelajes y colas. Las ratas parecían darse cuenta de que algo andaba mal. Se subían unas sobre otras, ponían los ojos en blanco y les temblaban los dientecitos amarillos. Por un momento Saltimbán no dijo nada. Luego habló con voz sofocada:

—¿Por qué te ayudaría? ¿Por qué ayudaría a alguien, ahora?

Bartolomeo se clavó las uñas en las palmas.

—Porque... —balbuceó, pero no sabía la respuesta. No en ese momento. Solo podía pensar en Queta, y en su mano en la suya, y en sus estúpidas, impodables ramas

—. Solo ayúdame, ¿por favor? Por favor, ¿me ayudarás?

En el recibidor se oyó un sonido metálico y la compuerta empezó a abrirse, creando un agujero enorme en la tibieza de la sala. El viento la llenó, soplando junto a las orejas de Bartolomeo. Entonces una puerta se abrió y se cerró en el pasillo de arriba. Avanzaron pasos por la alfombra.

Alguien viene. Bartolomeo se incorporó, listo para echarse a correr. *Tenemos que irnos. Tenemos que irnos* ya mismo.

Pero el duende rata solo se sentó y se quedó mirando a Bartolomeo, que le suplicaba con sus ojos negros.

—¡Tienes que ayudarme! —repitió Bartolomeo desesperado—. ¡No sé por qué, pero tienes que hacerlo! ¡Mi hermana morirá! Ayúdame, por favor.

Saltimbán apartó la vista. Las ratas se estaban poniendo frenéticas, pero la cara del duende estaba muy quieta, casi en calma.

—No —dijo. La palabra cayó de su boca como una piedra. Y luego, tras arrastrarse hasta el borde de la compuerta, se arrojó al vacío de la noche. Bartolomeo no lo miró caer. Se tapó los oídos para no escuchar a las ratas y volvió la cabeza hacia la pared.

El señor Lickerish había terminado de comer la manzana. Dejó el carozo y empezó a sacar las semillas, poniéndolas en fila sobre su escritorio. Tras completar la tarea a su gusto, tocó la campana y pidió al gnomo jorobado que le trajera un vaso de leche. Cuando la leche llegó, en vez de bebérsela el señor Lickerish barrió las semillas con la palma de la mano y las echó dentro del vaso. Luego fue hasta la ventana y miró afuera, con los brazos cruzados detrás de la espalda.

Un tintineo débil lo hizo volverse. La habitación estaba vacía. Un pájaro mecánico miraba la nada con sus ojos duros. En el vaso se había formado una película sobre la leche, como siempre que la leche está bastante fresca. Mientras el señor Lickerish la observaba, la película se convirtió en una piel. La piel se hizo más gruesa. Y de pronto el vaso se volcó y un glóbulo semisólido de leche blanquiazul se derramó sobre el escritorio. Reptó hasta el borde. El señor Lickerish lo tomó en la mano y lo acercó a su cara. Su boca se estiró a lo ancho de sus dientes revelando una sonrisa reluciente. Veía débilmente las semillas de manzana en el centro de la leche: de ellas florecían venitas y pulmones y un corazón. Luego dos semillas salieron a la superficie para formar un par de ojos, y el glóbulo se puso de pie sobre unas piernas como tallos. Tenía una boca enorme que permanecía abierta: ancha, desnuda y vacía.

—Encantador —dijo el señor Lickerish, sin dejar de sonreír—. Serás mis ojos por un rato, diablillo. Ve rápido al almacén y vigila. Lo que tú veas yo lo veré, y lo que yo diga tú lo dirás. ¿Comprendes?

El glóbulo de leche lo miró fijo, con sus ojos de semilla de manzana un poco tristes. Asintió lentamente. Luego bajó de un salto de la mano del duende y fue bamboleándose hacia la puerta.

El señor Jelliby encontró a Bartolomeo en el recibidor de la aeronave, intentando

escondese bajo la alfombra. La compuerta estaba abierta. Era una noche fría y sin nubes, y la ciudad se extendía inmensa debajo de ellos. Las calles formaban una telaraña brillante: Mayfair y High Holborn refulgían iluminadas por duendes flamígeros, mientras que las calles más pobres, alumbradas con lámparas de gas, eran solo hilos mortecinos y titilantes, o no estaban encendidas en absoluto. Lento y negro, el río cortaba todo en dos, interrumpido solo por la luz de los botes que recogían cadáveres.

—¡Bartolomeo! ¿Qué haces? ¡Aléjate del borde! —susurró el señor Jelliby, caminando de puntillas por el recibidor—. En este mismo momento el duende mayordomo está con el señor Lickerish. Tiene a tu hermana, y le dará la poción y la llevará abajo en el ascensor.

Bartolomeo se incorporó de un salto.

—¿Queta? ¿Ha visto a Queta?

—¡Sí! ¡Con mis propios ojos! Pero tenemos que apresurarnos.

Corrió hacia el borde del piso y estiró la mano para alcanzar el ascensor, mientras lo estudiaba rápidamente.

—Ahí. ¿Ves esas barras de metal debajo? Podemos escondernos ahí, creo, y salir cuando el mayordomo esté solo en el almacén. ¡Rápido, adentro!

Sin decir una palabra, Bartolomeo se ubicó entre las barras de metal. La tibieza del recibidor desapareció al instante. Viento y ceniza helada soplaban de un lado a otro a su alrededor, pero apenas lo notó. *El señor Jelliby la encontró. Ella está aquí y está viva.*

El espacio debajo del ascensor tenía apenas treinta centímetros de alto y estaba por completo abierto. Solo unas barras muy separadas impedían que cayera al vacío. *Es el portaequipajes*, pensó. Era donde se habrían puesto las maletas y las cajas de sombreros si se le hubiera dado un uso común al dirigible.

El señor Jelliby tiró del cable y el ascensor descendió treinta centímetros. El portaequipajes se hundió debajo del borde de la compuerta y quedó oculto. Entonces él también se metió debajo.

Justo a tiempo. El señor Jelliby apenas logró acomodar los brazos y las manos antes de que se oyeran pasos en la escalera.

—¡Vamos! —la voz jadeante del duende mayordomo entró en el recibidor—. ¡Eres la criatura más fastidiosa que pueda imaginarse! Los otros nueve no eran ni la mitad de pesados.

Se oyó que el duende arrastraba a Queta mientras ella intentaba seguirle el paso. Luego el ascensor se meció cuando ellos subieron. Bartolomeo podía ver un poco a través de la grilla de metal del suelo. Apenas divisaba las sombras de los pies descalzos de Queta, las largas suelas de los zapatos del duende mayordomo... y había algo más. Algo pequeño y redondo que no se quedaba quieto, y que hacía un ruido extraño como agua dentro de una jarra.

Bartolomeo aguantó la respiración. Queta estaba tan cerca. A centímetros encima

de él. Quería treparse y abrazarla, y decirle que la había encontrado y que pronto se irían a casa. *Ya faltaba muy poco...*

El ascensor empezó a descender, chirriando al internarse en la noche. La única luz provenía del ojo verde del duende. El señor Jelliby rogó que no se le ocurriera mirar abajo. De hacerlo los vería de inmediato, ahí tendidos debajo del piso. Su ojo mecánico podía ver a través del metal y en la oscuridad y...

El duende levantó la nariz y olisqueó el aire. El señor Jelliby se quedó tieso.

—Huelo lluvia —dijo el duende, mirando con curiosidad a Queta—. Lluvia y barro.

Queta no dijo nada.

El duende mayordomo tamborileó con los dedos sobre la barandilla.

—No ha llovido en Londres desde hace días.

Durante unos cuantos segundos solo se oyó el viento. Después, sin previo aviso, un cuchillo dentado salió de la manga del duende, y este lo blandió en el aire y lo clavó en el piso. La punta se detuvo, resonando, a pocos centímetros del ojo de Bartolomeo, que dejó escapar un grito. —¿Barti? —gritó Queta, apretando la cara contra la reja.

El señor Jelliby se bajó de las barras y quedó colgado, sacudiendo las piernas a quince metros del suelo.

—¡Sal de ahí! ¡Sal de ahí, Bartolomeo, te matará!

El cuchillo golpeó de nuevo, varias veces, hasta darle a Bartolomeo en el brazo y hacerlo sangrar. El ascensor había llegado al techo del almacén. El aire se entibió a medida que entraban en el espacio cerrado.

—¡Ahora! —gritó el señor Jelliby desde donde colgaba—. ¡Vamos! Ya no estamos muy alto.

Bartolomeo vio el filo caer sobre él, brillante como un chorro de lluvia. Esa vez lo mataría. El duende acertaría y le atravesaría el corazón. Pero justo cuando la punta tocaba su piel, él se deslizó por entre las barras y cayó en el almacén.

El impacto lo dejó sin aire. Las rodillas se le doblaron bajo su peso y rodó por el suelo, varias veces, hasta detenerse contra una pared de cajones. Oyó que el ascensor tocaba el suelo. Luego los pasitos de los pies descalzos de Queta y los tacos del duende resonando contra la piedra. Al abrir los ojos, temió hallar a la criatura sobre él, con el cuchillo listo para liquidarlo.

Pero el duende mayordomo parecía haber perdido todo interés en Bartolomeo. Tampoco le prestaba atención al señor Jelliby, que se había arrastrado hasta el mar de cajones y estaba allí agachado, recobrando el aliento. Con movimientos rápidos y eficientes, el duende metió los pies de Queta en los zapatos chamuscados y empezó a atarle los cordones, con varias vueltas, hasta que no quedó la menor posibilidad de que la niña saliera de ellos.

Queta intentó levantar los pies, agitó las manos, pero los zapatos estaban clavados al suelo. Los dedos largos del duende tiraron de los nudos, asegurándose de que

fueran firmes. Ella se rascó la cabeza y trató de desatarse los cordones, pero el duende le apartó las manos de una palmada.

Bartolomeo fue acercándosele en cuatro patas. El duende seguía sin prestarle atención. El mayordomo se puso de pie y sacó el elixir de su chaqueta. Lo arrimó a los labios de Queta e inclinó la botella. Ella resopló una vez, escupió, pero él le apretó la carita con la mano y la obligó a mirar hacia arriba. Queta no pudo hacer nada salvo beber el líquido a grandes tragos.

Cuando la botella estuvo vacía, el duende la arrojó a un lado. Sin decir palabra, volvió al ascensor.

De un salto, el señor Jelliby salió de entre los cajones, blandiendo un gancho de metal como un estoque. El duende ni se inmutó. Lo esquivó con gracia, doblándose hacia atrás como una serpiente y, tras retorcerse, le asestó un tremendo golpe al señor Jelliby en el costado de la cabeza. Bartolomeo vio al señor Jelliby tambalearse y corrió hacia Queta. *La llevaré a la ventana. Saldremos mientras el duende está distraído y...*

Se paralizó. El duende mayordomo también. El señor Jelliby soltó el gancho.

De la nada se había levantado una brisa suave que traía consigo un olor de nieve. Y algo estaba ocurriéndole a Queta. Había empezado a formarse una línea negra sobre la piel, desde la punta de la cabeza, bajando por los hombros, hasta los brazos y las piernas.

—¿Barti? —dijo, con la voz quebrada por el miedo. Alrededor de su boca, su piel pálida estaba teñida de un negro-morado—. Barti, ¿qué pasa? ¿Qué estás mirando?

En el momento en que la línea alcanzó los zapatos clavados, estos se desintegraron, convirtiéndose en copos delicados que se desperdigaron por el suelo. La brisa se convirtió en viento, que agitaba las ramas en la cabeza de Queta. Y, de pronto, a espaldas de ella ya no hubo una pared, ni cajones, ni un almacén, sino un bosque oscuro que se extendía hasta el horizonte. Estaba cubierto de nieve. Los árboles eran negros y sin hojas, viejos y más altos que cualquier árbol inglés. Al fondo, entre ellos, Bartolomeo vio una casita de piedra. Tenía una luz encendida en la ventana.

Queta se abrazó a sí misma y lo miró, con los ojos dilatados.

—Está surtiendo efecto —ceceó una voz desde el techo. Girando sobre sí mismo, Bartolomeo miró hacia arriba y vio una forma blanca en la oscuridad, posada en una de las cadenas colgantes. Miraba fijo el bosque y a Queta. Su boca era ancha y estaba vacía, y en el fondo de su voz fría y húmeda se oía el susurro del señor Lickerish—. La puerta se está abriendo.

Bartolomeo se volteó para mirar a Queta. Sí, la puerta se estaba abriendo. De a poco la línea negra se expandía, formando un círculo como el anillo en llamas por el que salta un tigre. Y a medida que crecía el círculo, también crecía el marco, hasta ya no ser una línea sino una cadena ondulante de alas furiosas y agitadas. Eran como las alas que volaban en torno a Saltimbán y a Melusina en todas partes adonde iban, solo

que más fuertes y mucho más negras. Y destruían todo lo que tocaban. Las baldosas del almacén se levantaban y se quebraban apenas las rozaban. Los cajones que estaban más cerca estallaban en una lluvia de astillas. Y Queta seguía clavada en su sitio, una pequeña silueta recortada contra el bosque y la nieve del País Antiguo.

—Sí —dijo la voz del señor Lickerish, suave y sibilante, a través del diablillo lechoso—. Niña Número Once. Te has abierto.

El duende mayordomo se precipitó hacia el ascensor, pero el señor Jelliby se le echó encima una vez más, dándole puñetazos y patadas con toda su fuerza. Bartolomeo miraba embelesado a Queta. Sentía el viento, olía el hielo y el musgo de los bosques ancianos. La puerta no era muy grande. Su madre siempre decía que la de Bath había sido la cosa más enorme que el mundo jamás había visto.

—Ve a buscarla, niño —dijo el diablillo lechoso desde el techo—. Ve a buscarla y tráela a casa —su voz ahora escondía agudeza, un cuchillo cubierto de seda—. No te preocupes. Las sílfides no te harán daño. No a uno de los suyos —el diablillo descendió del gancho—. Vamos —lo alentó—. Ve a buscarla.

Bartolomeo no lo pensó dos veces. Echó a correr, sorteando al señor Jelliby y al duende mayordomo. Luego Queta estaba delante de él y él tiraba de ella.

Queta salió despedida de entre las alas negras del portal. Sus pies tocaron el suelo de piedra. Bartolomeo la sostenía de la mano, y empezaba a correr hacia la ventana, hacia afuera. A sus espaldas la puerta dio una tremenda sacudida. Con una velocidad escalofriante las alas emergieron chillando y devorándolo todo a su paso. Bartolomeo sintió que plumas ásperas y huesos rozaban su piel. Pero el diablillo no había mentido. Fueran lo que fueren las criaturas que se escondían en esas alas, no lo lastimaron.

—¡Bartolomeo! —gritó el señor Jelliby, esquivando el cuchillo que el duende mayordomo agitaba por encima de su cabeza—. ¡Ponla donde estaba! ¡Ponla donde estaba o nos matarás a todos!

Aterrado, Bartolomeo empujó a Queta, pero el daño estaba hecho. La puerta había llegado casi al techo del almacén, un vasto tornado de alas que se tragaban todo lo que tocaban. Un viento con olor a nieve le golpeaba la cara. El bosque parecía llenar todo el espacio, proyectando su oscuridad más allá de los cajones y del río. Unas pisadas resonaron contra la piedra —las del señor Jelliby o las del duende mayordomo—, pero él ya no veía nada.

Queta trataba de aferrarse a él, estirando la mano para agarrarse de su camisa. Del otro lado, el bosque ya no estaba vacío. Algo había salido de la casita que se veía a la distancia. La luz seguía encendida, pero parpadeaba cada vez que una figura pasaba sobre ella, corriendo entre los árboles, acercándose cada vez más. A sus espaldas, otras formas se aproximaban por el bosque, oscuras y veloces, con ojos curiosos que brillaban a la luz de la luna.

Los duendes. Acudían.

—¿No quieres quedarte con tu hermana? —se burló el diablillo—. Ah, querida

Queta, ¿ves? Tu hermano ya no te quiere. No quiere salvarte.

Bartolomeo la miró, desesperado. Nada quería más que salvarla. Había viajado cientos de kilómetros, se había enfrentado a la policía de Bath y al mercado duéndico y al duende rata mientras la buscaba. Pero Queta lo miraba fijo, con los ojos redondos y vacilantes.

—¿Sabes? Si la empujas, si la echas de un buen empujón al País Antiguo y a ese oscuro bosque invernal, en medio de esos duendes malignos que se acercan desde todos lados, la puerta empezará a encogerse. ¿No sería genial? ¿No sería *fantástico*? La puerta se desestabilizaría. Haría implosión. No miento. Inténtalo. Abandona a tu querida hermana por un mundo por el que no darías un penique.

Las palabras del diablillo encendieron un recuerdo en la memoria de Bartolomeo. De pronto, se vio en el claro de la grinbruja, alejándose de la carreta pintada y de la luz alegre de su ventana. *Qué me importa el mundo*. Eso había dicho, gruñendo en voz baja mientras caminaban pesadamente en la noche. A nadie le importaba. Ni a los duendes. Ni a la gente. Tenían otras cosas de qué preocuparse, como las monedas, y el pan, y ellos mismos. Bartolomeo podía dejarlos morir a todos. Sacaría a Queta de allí, y las alas barrerían esa ciudad cruel y aborrecible. Destruirían todo, arrasaría con iglesias, con casas y con palacios de gobierno. El señor Jelliby se convertiría en polvo. Y Bartolomeo y Queta se marcharían, de la mano, entre las ruinas. Era muy sencillo.

No eres diferente, dijo la voz desagradable, más fuerte y áspera que nunca. No eres diferente del duende rata, ni del señor Lickerish, ni de la grinbruja, ni de toda la demás gente que creías odiar.

Pero Bartolomeo *era* diferente. Sabía que lo era. Era enclenque y feo y no muy alto, y no le importaba. No le importaba que los duendes lo odiaran, o que la gente le tuviera miedo. Era más fuerte que ellos. Más fuerte de lo que había sido el duende rata, más fuerte de lo que el señor Lickerish sería nunca. Había recorrido lugares y tenido aventuras, y no lo había hecho por sí mismo sino por Queta y por su madre y por el señor Jelliby, que lo había llevado consigo cuando él estaba solo en el callejón. Ellos eran los que le daban una idea de pertenencia. No los duendes ni la gente. No tenía que ser como estos.

Acercó su cara a la de Queta y empezó a susurrar, con prisa, enlazando su mano en la de la niña.

—No lo escuches —dijo, entre el viento y las alas—. Dice solo mentiras. No tengas miedo. Tendrás que meterte ahí por un momento, pero en cuanto la puerta sea muy chiquita vuelves aquí de un salto. Saltas con todas tus fuerzas, ¿entiendes? Funcionará, Queta, lo sé.

—¿Barti? —la voz de Queta temblaba. Y entonces el viento aulló en torno a ellos y ya no pudo oírla. Pero sabía lo que estaba diciendo. *Barti, no me hagas entrar ahí. No dejes que me atrapen los duendes*.

Bartolomeo intentó sonreírle, pero su cara no se movió. Incluso las lágrimas se le

congelaron, como un dolor detrás de los ojos. Abrazó a Queta, fuerte e intensamente, como si nunca fuese a dejarla ir.

—Funcionará, Queta, funcionará.

Con suavidad, la empujó hacia dentro.

Los pies descalzos de la niña se hundieron en la nieve. El viento agitó sus ramas y sus ropas. Por un instante las alas se quedaron quietas, como si planearan a cielo abierto. Luego parecieron darse vuelta, chillando hacia la puerta.

—¿*Qué haces?* —gruñó el diablillo lechoso, agarrándose de la cadena y mirando azorado—. ¿*Qué haces, imbécil?* ¡Sácala de ahí! ¡Sácala de ahí o nunca volverás a verla!

Sí, lo haré. Pero Bartolomeo sabía que no tenía sentido responder. Clavó los ojos en Queta esperando el momento justo para gritar, para decirle que entonces sí, podía saltar.

La puerta se encogía deprisa. Cuanto más empequeñecía, más rápido giraban las alas, hasta que de pronto un pilar estalló verticalmente, chillando a lo largo del cable del ascensor al subir hacia la aeronave. El diablillo gimió y fue consumido. En lo alto se oyó una explosión honda y reverberante.

Las alas llenaban la puerta, bloqueando todo. Bartolomeo solo podía ver retazos de los árboles que estaban del otro lado, atisbos de la cara aterrada de Queta, la casita, el bosque cubierto de nieve.

—¡Ahora! —gritó Bartolomeo—. Ahora, Queta, ¡sal de ahí! ¡*Salta!*

Queta no se movió. Había alguien detrás de ella. Una figura alta, esbelta, sombría, que le apoyaba una mano en el hombro.

Bartolomeo se echó hacia adelante. Pasó el brazo por la puerta. Tocó a Queta, su camisón sucio, su pelo de ramitas. Trató de agarrarle la mano para traerla hacia su lado, a Londres y al almacén. A casa.

—Vamos, Queta, ¡ahora! ¡*Salta!*

Pero las alas estaban por todas partes, golpeándolo e interponiéndose. La mano de Queta se soltó de la suya. Salió despedido hacia atrás, volando por el aire hasta estrellarse con una pared de cajones. Cayó al suelo, mareadísimo. Algo tibio le chorreaba por la frente. Su lengua sintió gusto a sangre.

Queta, pensó con los ojos empañados. *Queta tiene que saltar.* De a poco, con dolor, se esforzó por ponerse de pie y moverse.

—¡Queta! —gritó—. Queta, tienes que...

Todo quedó en silencio. El viento había cesado, también el ruido. Las alas estaban paralizadas en el aire; cajones astillados, ganchos y cadenas quedaron suspendidos. La puerta era un círculo perfecto en el centro del almacén. Y enmarcada en él, pequeña y sola bajo los árboles abovedados, estaba Queta.

Miró a Bartolomeo con sus ojos negros llenos de terror. Le caían lágrimas por las mejillas. Levantó la mano.

A continuación hubo un sonido como el de una cuerda de violín al romperse. El

hechizo se había roto. Todo volvió a moverse. Llovieron despojos por todos lados: madera de los cajones, ladrillos de las paredes, hélices y la tela en llamas de la aeronave. La puerta desapareció.

Bartolomeo soltó un grito desesperado. Corrió al lugar donde había estado, arañó el aire, arañó las piedras.

—¡Salta! —gritó—. ¡Salta, Queta, salta, salta!

Pero era demasiado tarde.

Por encima de él hubo un tremendo estrépito. Pedazos de techo y vigas incendiadas cayeron a su alrededor, dejándolo atrapado. En medio del humo ennegrecedor, hubo una explosión. Bartolomeo cayó al suelo, llorando y gritando, y la negrura lo envolvió.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí tendido. Podía haber sido un año o un día. Lo mismo le hubiera dado si estaba muerto y ese era el fin del mundo. Le llegaron ruidos desde lejos y un agua helada le mordió la piel. El negro y el plateado de los uniformes de los bomberos centellearon entre la niebla opaca de su visión. Luego se reunió gente a su alrededor, que hablaba toda junta.

—Un distinto —dijeron—. Medio muerto. ¿Lo dejamos? ¿Lo dejamos ahí tirado?

Y en alguna parte el señor Jelliby, furioso, gritaba:

—¡Lo que harán es llevarlo a un carruaje! ¡Y de ahí a toda prisa al hospital, y si les toma el resto de su vida, lo salvarán! Él los salvó a ustedes. Nos salvó a todos.

Váyanse, pensó Bartolomeo. *Déjenme tranquilo*. Quería dormir. La oscuridad aparecía de nuevo, expandiéndose debajo de él y llamándolo. Pero antes de que se lo llevara, él abrió los ojos y miró hacia arriba. Vio el cielo a través del techo destrozado. Amanecía. El sol se alzaba sobre la ciudad, rompiendo la espesa capa de nubes.

—Te encontraré, Queta —susurró, mientras unas manos fuertes lo ponían en una camilla y se lo llevaban—. Estés donde estés, nos iremos a casa.

Nota del traductor

NOMBRES y topónimos adaptados al castellano

Se ha decidido castellanizar los nombres ingleses que tienen equivalentes directos. También, para mantener un sistema onomástico más o menos coherente, se han tomado las siguientes decisiones:

- En unos pocos casos se cambiaron los nombres por completo, aunque pensando en equivalentes socioculturales y tratando de usar nombres que existieran de alguna forma en inglés (así, Jemima, un nombre anticuado, se convierte en Gertrudis, por ejemplo).

- Para el caso de los nombres de iglesias o cementerios se han mantenido los originales (St. Paul, St. Martin-in-the-Fields, por ejemplo).

- En el caso de nombres inventados o con significado, se formaron nombres nuevos a partir de la morfología del original. Todos los nombres cambiados se consignan aquí debajo:

Arthur: Arturo

Bartholomew: Bartolomeo

Hettie (diminutivo de Henriette): Queta (a partir de Enriqueta)

Kettle: Perol (para evitar Pava, que es ambiguo)

John Wednesday: Juan Wenceslao

Jack Box (a partir de Jack-in-the-box): Saltimbán

Jemima: Gertrudis

Longstockings: Mediaslargas

Mary Cloud: Marinube

Melusine: Melusina

Nonsuch House (= *none such*): Casa Simpar

Prickfinger (*prick* + *finger*): Dedipincho

Tothill: Colinot

DETRÁS de la historia de *Los distintos* se encuentra el mito medieval de los *changelings* o niños cambiados, que forma parte del folclore celta y también del escandinavo. En diversas leyendas europeas, un niño cambiado (un sustituto, un peculiar, un distinto) es el hijo de una criatura fantástica que ha sido dejado secretamente en el lugar de un niño humano que fue robado. También puede conocerse con ese nombre al hijo entre un humano y un ser fantástico como un hada, un elfo o un troll.